EDUARDO SOTO-TRILLO

VIAJE AL ABANDONO

POR QUÉ NO PERMITEN AL SÁHARA SER LIBRE

Índice

Índice
Cita
Nota del Autor
Los viejos pecados tienen largas sombras
Primera parte. Preparativos del viaje al abandono
I. Tierra de nómadas
II. La primera víctima
III. El despertar
IV. La última batalla del General
V. Solos
Segunda parte. Viaje a la tierra prometida. Campamentos de refugiados y zona liberada
VI. Una gota en el desierto
VII. Los solidarios
VIII. Los dinosaurios hablan
IX. Todos por la causa
X. Vivir un espejismo
XI. Con paciencia hasta la desesperación
Tercera parte. Viaje al paraíso perdido. Sáhara ocupado por Marruecos
XII. Al otro lado
XIII. Río de Oro
XIV. El paraíso perdido
XV. Ramadán en familia
XVI. La escurridiza historia
XVII. El norte también existe
XVIII. Miradas y susurros
Cuarta parte. Regreso desde el abandono
XIX. Presunto culpable
XX. «... Constatamos...»
XXI. Turistas en el miedo
XXII. Estado de sitio
Epílogo. Esperando al amanecer
Mapas
Obras mencionadas

Sobre el autor
Créditos

«¡Avanzada de España! Siempre alerta
entre la gran planicie del desierto
y la llanura de la mar que ha abierto
hace siglos España, con fe cierta.
¡Atalaya de España! Descubierta
militar; conquistada con acierto,
que antes tenía el porvenir incierto
y hoy ve el Sultán Azul de paz cubierta.
Paz y progreso en campos africanos
árabes y españoles, como hermanos,
la fe en un solo Dios une y culmina.
La bandera de España allí clavada
es un faro de luz inigualada
que Sáhara y Atlántico ilumina»*.

* García Ontiveros, F.: Sonetos del Sáhara, 1950. Hallados entre la documentación personal del general Franco que conserva la Fundación Francisco Franco (689).

«La bandera de España allí clavada
es un faro de luz inigualada
que Sáhara y Atlántico ilumina».
F. GARCÍA ONTIVEROS, *Sonetos del Sáhara*

«Entonces el Señor dijo a Caín:
¿Dónde está tu hermano Abel?
Y él respondió: No sé.
¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?
Y Él le dijo: ¿Qué has hecho?
La voz de la sangre de tu hermano
clama a mí desde la tierra».
GÉNESIS 4, 9-10

«En verdad, cuando los reyes entran en una ciudad ellos la corrompen, y convierten a sus honorables ciudadanos en humillados. Es así como ellos se comportan».
CORÁN 34, 27

«El infierno está vacío, y todos los demonios están aquí».
W. SHAKESPEARE, *La tempestad*

Nota del autor

Con el fin de evitar represalias contra las personas que aparecen en esta obra, el autor quiere advertir que la mayoría de los nombres, salvo que se trate de personalidades muy conocidas, se encuentran alterados o simplemente se han sustituido por otros.

Los viejos pecados tienen largas sombras

Hacía calor. Eran casi las cuatro de la tarde y el sopor envolvía paisaje y personajes, un curso de verano en Galicia, año 2004. El viejo profesor avanzaba entre los alumnos con aires de iluminado. Su cuerpo pequeño y redondo, su cabeza calva y redonda, sus gafas doradas y redondas, todo le daba un aspecto áulico, como de druida. Y él lo sabía, se sonreía.

Antes de llegar al aula el viejo iluminado se detuvo. Acababa de encontrar a uno de sus pares, aunque éste de mejor planta, alto y bronceado, cabellos cenicientos bien peinados, un pañuelo de color asomando en el bolsillo izquierdo de su blazer azul marino. En fin, otra reliquia, aquello prometía.

Ambos eran sabios consagrados a punto de ser retirados de forma definitiva a sus hogares respectivos. El pequeño, eternamente enfrentado a un mundo que desdeñaba su suma excelencia académica, había reinado en el departamento de derecho internacional durante largos años de oscuridad y egoísmo a los que yo, por suerte, habría escapado. Cuando por fin pasó a la condición de emérito, había habido un gran regocijo entre la entrañable comunidad académica. Naturalmente no dejaba herederos, la genialidad era intransferible. El dandi bien conservado, por el contrario, era un ser ajeno al feudalismo universitario y solía caer simpático. Su encanto era otro, su aura todavía irradiaba la erótica del poder. Ministro en los últimos gobiernos de Franco, ingeniero de la transición a la democracia, antiguo dirigente de la derecha española, su vuelta final a la universidad sólo había sido un despacho más donde sentarse algunas horas.

A pesar de estas diferencias les unía algo, el privilegio de estar ya de vuelta de todo, lo que les hacía especialmente interesantes para los buscadores de la verdad. Escucharles era siempre un viaje a la intrahistoria, aquella que, sin aparecer en los libros, explica el descarnado porqué de los grandes acontecimientos. Yo agucé el oído.

El pequeño miraba al alto desde las alturas del valiente, su tono mezclaba soberbia y chanza. «Sabes tan bien como yo que a Carrero lo mató la CIA. La ETA fue un mero instrumento». El alto,

haciéndose el interesante, sólo sonreía, habían jugado a ese juego muchas otras veces. «No te digo que no, Pepe. Luego se descubren tantas cosas». No iba a soltar prenda, disfrutaba defendiendo el maquiavélico secreto del Consejo de Ministros. Aunque, esta vez, podía más el alma y sus ojos brillaban de asentimiento. El otro no cejaba, «pero ¿a que no sabes por qué? Ahora dicen que porque él era el franquismo después de Franco, pero no, no fue eso». El ex de tantas cosas se preparó, entonces, para la andanada cerrando un poco los párpados sin dejar de sonreír. «Bueno. Pues, por si no lo sabes, a Carrero lo asesinaron por el Sáhara. Él era el verdadero obstáculo para que Marruecos se lo quedara. Kissinger, que era muy amigo de Hassan II, lo sabía».

Me quedé estupefacto. Seguro que el viejo profesor llevaba tiempo incubando aquello entre cabezadas de media mañana. Y sólo ahora, a la sombra del gigante presuntuoso, se había decidido a proclamarlo para demostrar al mundo que a él nunca le habían engañado.

El sonido de la campana ahogó cualquier réplica. El protagonista de la transición aprovechó entonces para alejarse aliviado hacia su clase, no sin antes mostrar su blanca dentadura de animal político: «Me lo sigues contando después...». Salí de mi escondrijo de inmediato y me acerqué al viejo irreverente. «Buenas tardes, profesor». Y juntos, él, crecido como la mala hierba entre las flores, y yo, un tanto trastornado por aquella misteriosa revelación, entramos en clase.

Me quedé intranquilo. Lo único que me venía a la cabeza era la idea, leída en periódicos y libros, de que, de alguna forma, no sé cómo, nosotros, los españoles, les habíamos traicionado a ellos, los saharauis. Trágicas imágenes de campamentos de refugiados en medio del desierto pasaron por mi cabeza. La alucinante teoría de la conspiración que mi maestro acababa apenas esbozar caía como una bomba sobre todo aquello provocando en mi conciencia un peligroso sentimiento de responsabilidad. Ante mí, poco a poco, comenzaba a abrirse un misterio, un gran misterio. Entonces recordé la frase de la escritora Agatha Christie, los viejos pecados, como los cipreses centenarios, tienen largas sombras. Para resolver un crimen, uno debía remontarse atrás en el tiempo hasta encontrar sus raíces, las circunstancias que habían iniciado la cadena de

acontecimientos que, finalmente, habían desembocado en la trágica realidad del presente. Ésa era la única forma de hallar a los culpables.

Tenía, por tanto, que irme atrás hasta llegar al origen, para buscar el porqué y el quiénes, el cuándo, el de qué manera. Todo aquello que había provocado y seguía provocando tanta desgracia. El viejo profesor me había dado la primera pista, y yo, con mis escasos recursos, estaba decidido a tirar del hilo hasta el final. Y para mi sorpresa, la primera víctima del caso «Sáhara», según él, había sido el almirante Carrero Blanco, el lugarteniente de Franco. Aunque eso, por supuesto, estaba por demostrar. Allí comenzaba mi viaje.

Sí, Carrero Blanco podía haber sido la primera víctima de aquel crimen, ¿por qué no?, por su asesinato sólo fueron juzgados sus ejecutores, un comando de terroristas de ETA, pero sobre sus inspiradores y cómplices necesarios todo había sido pura especulación. No obstante, antes de lanzarme a tamaña investigación, debía aclarar algo fundamental, la identidad de la víctima principal, quiénes eran o habían sido los saharauis.

PRIMERA PARTE
PREPARATIVOS DEL VIAJE AL ABANDONO
Antecedentes históricos del conflicto saharaui

I

Tierra de nómadas

Cómo conocí a María es difícil de precisar. En una conferencia, en un curso, en un café, no lo sé. Lo importante es que su nombre me vino de inmediato a la memoria, ella era la persona adecuada para la identificación de las víctimas, por lo menos, las de religión musulmana. No era una académica de poltrona, sino una experta en historia y literatura árabes que conocía como la palma de su mano cada uno de los rincones de ese extraño mundo. Rápidamente conseguí su número. Su voz sonó animada al otro lado, aceptaba el reto, como buena cordobesa, le apasionan los misterios.

Septiembre se escapaba y todavía hacía calor. En medio de aquel desangelado extrarradio madrileño, como una aparición, María me recibió envuelta en una túnica turquesa. Ojos negros, pelo azabache, piel tostada, ella era el sur. Superaba ya los cincuenta, pero seguía atractiva, sugerente. Y cómo no su casa, que era el reflejo de su vida, era un recorrido por ese oriente que comienza en el estrecho de Gibraltar y se extiende hasta las islas de las especias. Después llegamos a un jardín sombrío donde nos sentamos. Sobre la mesa pringosos dulces árabes y un té resucitador. Sin más preámbulos comenzó a hablar.

UN MAPA DEL SÁHARA

«A menudo se olvida, sobre todo ahora con la que está cayendo, que la civilización árabe y los musulmanes fueron la vanguardia de la modernidad desde el siglo VII hasta el XI. Momento en que el califa Al Qadir, en Bagdad, decidió acabar con la "iytihad", el afán de búsqueda personal de los creyentes. A partir de entonces aquella iniciativa personal fue considerada un sacrilegio y en el mundo árabe se produjo una decadencia de las ciencias, de la reflexión filosófica y al final de toda la cultura hasta prácticamente nuestros días. Esto te lo cuento a modo de introducción para que puedas comprender de dónde proviene esta gente: del oscurantismo.

»También conviene, Eduardo, que delimitemos el espacio, no estamos hablando de un territorio que cubra todo el norte de África, sino de una parte bien concreta del desierto del Sáhara, un

territorio de dos millones de kilómetros cuadrados, limitado en el norte por las laderas del extremo sur de la cordillera del Atlas, que se extiende hasta el río Senegal en el sur. Y desde el océano Atlántico en el oeste hasta las regiones de Azaward y Tanezruf en el centro del Sáhara. Esta tierra se denomina, por algunos, "bidan", que significa 'tierra de blancos', para diferenciarla del África negra, "sudán", y para otros, "badia", que significa 'nomadeo, viaje'. De la mezcla de las dos acepciones surge el gentilicio, beduinos, que eso es lo que son en principio los saharauis, gentes de raza blanca que se desplazan en un constante tránsito por el desierto».

María hizo en ese instante una pausa para encender un purito largo y lujoso, una verdadera joya de brasas y humo entre sus dedos.

«El Sáhara no fue un desierto hasta hace unos cuantos miles de años, cuando un cambio climático acabó con su verde manto vegetal, su fauna de jirafas, elefantes y leones, y también con sus habitantes, que posiblemente huyeron hacia el norte. De aquellos tiempos de esplendor tenemos constancia por las pinturas rupestres que, cada dos por tres, se descubren en cuevas perdidas. Y durante mucho tiempo permaneció así, vacío, desierto, es decir, sin nada de nada. Hasta que hace unos mil quinientos años, los "sanhaya", un pueblo bereber del norte de la cordillera del Atlas, presionado por sus vecinos, tuvo que adentrarse en él. Para poder sobrevivir en semejante lugar llevaban una nueva arma importada de las lejanas tierras de Asia: el camello. Con él podían recorrer el desierto persiguiendo el azaroso movimiento de las nubes en el cielo. Las pocas gotas que pudiesen caer eran la fuente de su supervivencia. El camello, con su carne, leche, pelo y piel, era alimento, transporte, ropa y cobijo. Lo era todo, un regalo maravilloso de ese Dios tan lejano como omnipresente en el desierto».

Su voz comenzó a elevarse en determinados pasajes del relato, consciente de la importancia de la modulación. Mi interlocutora parecía poner en práctica la vieja enseñanza, no sólo hay que captar la atención del oyente, también hay que entusiasmarlo, convencerlo.

«En medio de ese infierno de calor y sequedad los grupos humanos que pretendieran atravesarlo habían de ser pequeños y rápidos, de su agilidad dependía su capacidad de alcanzar el

salvador frescor de la noche. Y la información era clave, su vida y la de sus rebaños de camellos dependían, a su vez, de conocer dónde había llovido recientemente o dónde se encontraba el pozo más cercano. También de si había enemigos o si se había producido algún acontecimiento trascendental para todos. Estos grupos aprendieron a reconocer cada garganta, cada risco, cada cambio de terreno, cuándo había piedras, cuándo sólo arena, cómo los colores minerales variaban en cada región. No, el desierto no es ese paisaje de dunas y palmeras que sacan las películas de Hollywood, es otro mundo. Con el tiempo, además, surgió un atractivo interés económico y se organizaron caravanas que cruzaban el desierto transportando la preciosa sal del norte hasta el otro lado del desierto, para cambiarla allí por el oro del África negra. Los beduinos eran los encargados de custodiarlas de un extremo al otro».

María había conseguido entusiasmarme. Ante mis ojos se había convertido en la cautivadora Sherezade, la cuentacuentos de *Las mil y una noches,* que debía entretener al sultán Schahriar para poder salvar su vida. Aunque, claro, en este caso ni yo era una amenaza para su vida ni lo que contaba era un cuento de su invención sino la historia con mayúsculas.

«En 1030 un jefe sanhaya, Yahya Ibn Ibrahim, visitó La Meca y se convirtió al islam. En su regreso al desierto conoció a Yasin, un santón, una especie de "ayatollah", que había pasado gran parte de su vida en la Andalucía musulmana y defendía la renovación del islam a través de su pureza. La fuerza arrolladora del verbo de Yasin se expandió por todo el Sáhara y convirtió a sus habitantes. Como centro espiritual fundó un monasterio fortaleza, "rábida", cuyos monjes eran guerreros entregados al sacrificio por la causa del islam. ¿Te suena la idea, verdad?, como ves, nada cambia. Eran los "al morabitum", más conocidos como almorávides. Todas las tribus del desierto se levantaron a su llamada. El turbante sobre sus cabezas fue el signo de una furia reivindicadora e iconoclasta que, en pocos años, creó un gran imperio que incluía la España musulmana. Sin embargo las delicias de Al Andalus pronto envenenaron el puritanismo de esos guerreros forjados en el desierto y, en cien años, su empuje se desvaneció. De su aventura sólo quedó Marruecos, como un sultanato extendido entre el Atlas y

el estrecho de Gibraltar. Pero la herencia espiritual de Yasin permaneció entre los hombres del desierto, su profunda religiosidad, muy mística y solidaria, y la lengua santa, el árabe».

Dio una gran bocanada a su ardiente joya y se quedó unos segundos mirando al vacío de la tarde, el zumbido del moscardón en los geranios. Era una elipsis, como en el lenguaje cinematográfico, para señalar el paso del tiempo.

UN PUEBLO DE LEYENDA

«Los saharauis actuales no son únicamente los descendientes de aquellos sanhaya. Desde el sur, por efecto del tráfico de esclavos, del que también se nutrían las caravanas del desierto, se incorporó población negra. Y por el norte aparecieron con afanes de dominación tribus llegadas del Medio Oriente. La más importante de ellas fueron los "hassan", procedentes del Yemen, que llegaron a finales del siglo XV primero como guerreros mercenarios al servicio de las caravanas. Pero aquello duró poco. Como en la fábula del escorpión y la rana, los hassan no podían ir en contra de su naturaleza, no podían estar al servicio de nadie. Y se rebelaron. En poco tiempo consiguieron imponerse a todas las tribus sanhaya. Su lengua, su dialecto del árabe, el hassania, llegó a ser la lengua de todos, la seña de identidad del pueblo saharaui en el territorio sin fronteras del desierto. Por eso también por la lengua podemos circunscribir el espacio donde se mueven. Al norte se habla el dariya marroquí; al este, el tamazigh de los tuaregs; al sur, el wolof y el paular.

»Estos árabes, los hassan, se convirtieron en los jefes guerreros de las tribus. Sus linajes de leyenda conformaron desde entonces la nueva historia de los habitantes del desierto, el pasado anterior dejó de existir en sus tradiciones. Entre ellos los más prestigiosos eran los "chorfa" que decían ser descendientes del profeta. Por debajo de esta casta de guerreros, los sanhaya se dividían en los "znaga", la mayoría, que se dedicaban al pastoreo para poder pagar tributo a los guerreros, y a su lado los "maallamim", que trabajan como artesanos, y los "zuaia", la élite entregada al estudio del Corán y a su enseñanza. En la base de esta estructura, naturalmente, estaban los esclavos negros, los "abid", que cuando conseguían la libertad se convertían en "harratin", la mano de obra de los camelleros, cuya condición social nunca variaba al tener prohibido el matrimonio

con mujeres de los otros estratos sociales. Fuera del sistema quedaban, por inclasificables, los “igawn”, poetas y músicos que adulaban y entretenían a unos y otros según el mejor postor. Con el tiempo, por efecto del matrimonio, del amor o del deseo, se produjo el mestizaje y llegamos al pueblo saharaui de nuestros días».

Un gato gris de ojos verdes se restregó, silencioso, en las rodillas de María. Ella, imperturbable en su relato, sólo extendió una mano para acariciarlo un poco.

«Como los recursos eran escasos, debían dividirse para poder sobrevivir. Las tribus se fraccionaron y se subfraccionaron formando profusos árboles genealógicos. Y al mismo tiempo surgió entre las tribus, y también en el seno de ellas, la lucha por el dominio del espacio. Aparecen los “ghazzi”, ataques furibundos y por sorpresa de un grupo contra otro. Los hombres del desierto aprendían desde pequeños el manejo de las armas, la vida les iba en ello. Las tribus más fuertes, llamadas “cabilas”, pasaron a ostentar el poder. Las demás tenían que pagarles tributo para poder pastorear en sus territorios. Pero siguieron sin rey ni gobierno. El bidan era una tierra de libertad en la que el prestigio de una tribu y el honor de una persona se medían por sus valores espirituales, el respeto al Corán, a la cabila y por su generosidad con los que sufrían. En el desierto la suerte nunca estaba asegurada y la riqueza pasajera tenía que repartirse, la riqueza material sólo era un medio para alcanzar prestigio moral si era bien empleada, y esa autoridad moral, en esa sociedad igualitaria, era lo único que aseguraba el poder. De esta forma, la única autoridad formal reconocida era la del jefe del grupo tribal, el “cheij”, elegido por su valentía, sabiduría y generosidad para asegurar la supervivencia y la felicidad de los suyos. De forma muy excepcional, y sólo en caso de agresión de un enemigo exterior común, llegó a reunirse el llamado “air arbein”, una suerte de consejo formado por los jefes de las cabilas que decidían conjuntamente cómo organizar la defensa de todos. Si era un asunto de paz, el consejo se denominaba “yemmaa”, la asamblea general de los representantes de todas las tribus, pero esto ocurrió muy rara vez».

Por el umbral de la puerta, de repente, apareció un rostro añejo y temeroso, enjaulado en unas pesadas gafas de pasta negra. Ella inmediatamente le hizo un gesto mayestático de «déjame en paz, no

ves que estoy ocupada», y prosiguió su relato. Supuse que era su marido, alguien, alguna vez, me había hablado de él. Era uno de esos ingleses locos por el jamón serrano y las mujeres morenas que luego quedaban atrapados por el matriarcado peninsular.

«El cheij representaba al grupo. Él era el primero que debía actuar ante cualquier problema, sin privilegios, como te decía, era una sociedad igualitaria. Y estaba encargado de hacer cumplir la ley, los culpables debían pagar por sus crímenes reparando a las víctimas. Cien camellos valía la vida de un hombre, cincuenta, la de una mujer, igual que la de un esclavo negro. La vida de una esclava negra, veinticinco. Cuando un cheij moría los varones del grupo elegían al sucesor, que solía ser el hijo mayor, pero sólo si se confiaba que tendría las mismas virtudes que su padre.

»En caso de guerra la ley exigía respetar la vida de las mujeres, el vencedor se quedaba con el botín, todos los bienes, camellos y esclavos de los vencidos. Tampoco había maltrato al contrario, si entregaba la espada, se le dejaba en paz, sin venganzas, aunque, claro, despojado de todo, el vencido tenía pocas posibilidades de sobrevivir en el desierto. Los ghazzis eran la ocasión para que el joven saharaui demostrase su condición de adulto, se le cortaba el mechón de pelo que colgaba de su cráneo rasurado, y desde ese día, se dejaba crecer la melena de los guerreros.

»Con el tiempo la tribu de los “ergueibat”, descendientes de Sid Ahmed Ergueibi, el último árabe que apareció por la zona presumiendo de su parentesco con Mahoma, se convirtió en el grupo más poderoso. En un principio vasallos hassan de las tribus “tekna” del norte, crecieron demográficamente de forma acelerada por su facilidad en adoptar otros grupos bajo su misma denominación, pues daban protección sin exigir tributo. Y desde la región situada al norte del Saquia el Hamra, que quiere decir acequia roja, el gran valle donde hoy se encuentra El Aaiún, descendieron hasta Zemmur, la gran cadena montañosa central, a la que convirtieron en su feudo particular. Desde allí comenzaron su ofensiva de dominio territorial en todas direcciones enfrentándose no sólo contra los tekna, sino también contra el resto de las tribus, en especial los Uld Delim, señores del sur. Los ergueibat consiguieron, de este modo, extenderse por todo el bidan, llegando a imponerse al resto de las tribus saharauis».

Así descritos, los saharauis parecían un pueblo de leyenda. Místicos, austeros, honorables y libres, dignos, que vagan eternamente en medio de tormentas de arena a temperaturas asfixiantes siempre sedientos, pero serenos, confiando sólo en la piedad de su dios.

La presencia española en La Arcadia

«Y te preguntarás ¿cuándo llegamos nosotros, los españolitos, a esta Arcadia de seres inocentes y temerosos de Dios?». María echó hacia atrás su cabeza de rasgos egipcios, volvió a fumar de su cigarro hasta agotarlo y aplastó lo que quedaba en un cenicero de alabastro. Después, cual Medea trágica, abrió todavía más sus maquillados ojos negros.

«Pues una vez más en nuestra historia vuelven a estar los Reyes Católicos, pobres míos, detrás de todo. Primero conquistaron las islas Canarias. Después descubrieron América. Y a continuación, para asegurarse el futuro, se repartieron el mundo con su primo el rey de Portugal. Por dicho acuerdo las costas del Sáhara quedaron bajo dominio español con el fin de proteger las Canarias, aprovechar las riquezas pesqueras de sus aguas y, sorpresa, conseguir mano de obra esclava. Pero aparte de esos pergaminos llenos de sellos y firmas reconociendo infinitos derechos sobre aquellas tierras nunca visitadas, nada cambió. La Arcadia de los saharauis permaneció en su propia inopia de nomadismo, luchas intertribales y libertad.

»Ese universo intacto no se rompió hasta la segunda mitad del siglo XIX. Entonces Francia, derrotada por Bismarck, consolaba sus penas expandiendo su imperio colonial. Había ocupado ya Argelia y Senegal y su sueño era unirlos por ferrocarril y quedarse con todo lo que quedaba dentro de ese arco del África occidental. Ante esta situación, unos idealistas de café, como en cualquier movida que se organiza en este bendito país, agrupados en la llamada Sociedad Española de Africanistas, comenzaron una campaña para que el gobierno de Cánovas del Castillo defendiera nuestros derechos ancestrales sobre aquellas tierras. Pero como siempre en estos casos, él no movió un dedo hasta que los ingleses, por miedo al imperialismo francés, le presionaron. Fue entonces cuando mandó una expedición para reivindicar ante el mundo que el Sáhara era nuestro.

»En aquellos momentos España no estaba para echar cohetes, estábamos en vísperas de perder Cuba y Filipinas. Así que a diferencia de los agresivos franceses, partidarios de la fuerza de las armas, la táctica de los expedicionarios españoles fue muy diferente. Conscientes del poder de los ataques, rápidos y mortales, de los guerreros saharauis, se acercaron con cautela a las tribus próximas a la costa y pacíficamente intentaron comerciar telas y armas a cambio de pieles de camello y oro. Además, a diferencia de los franceses, sin exigir un impuesto sobre los valiosos camellos. El objetivo era llegar a acuerdos con los señores del lugar, los cheijs, e intentar abrir factorías para la salazón del pescado. Esta política fue un éxito, aunque comercio, la verdad sea dicho, no hubo mucho, pues nos permitió controlar la costa fundando las bases de Villa Cisneros y Cabo Juby, luego llamada Villa Bens, y así dar cobertura a nuestros pesqueros. Lo que ocurriera en el interior del territorio, en el infierno del bidan, no nos interesaba. La reacción del sultán de Marruecos ante la presencia europea al sur de sus posesiones fue el envío de expediciones desde Agadir destinadas a conseguir que los cheijs saharauis del norte del bidan reconociesen su autoridad. Estas expediciones, sin embargo, fracasaron, ninguno acudió a su llamada, su libertad era irrenunciable a pesar de la situación. En consecuencia el sultán, en pleno caos interno, debió renunciar a su proyecto de expansión plegándose cada vez más a las exigencias de los franceses, que desde Argelia querían imponer su protectorado sobre todo Marruecos».

El marido enjaulado reapareció esta vez tras los cristales de una de las ventanas. Nos vigilaba. Con razón a María le gustaba viajar sola, como un beduino aventurero por el desierto. Qué pesadez descubrir aquel rostro canino observando.

«En esa época, evidentemente, la noción de nacionalidad no existía en aquel mundo, sino sólo el sentimiento de pertenencia al credo musulmán y la necesidad de unirse ante un enemigo común exterior que amenazase su fe. Ahora bien, esta posibilidad ya era inevitable por el empuje europeo. En el desierto la guerra comenzó, las fuerzas colonialistas francesas, desde el sur, se internaron en el Sáhara interceptando el tráfico de caravanas e intentando controlar ganados y pozos. La libertad de todos estaba amenazada y la reacción debía ser inmediata. Cheij Malainin, el cheij saharaui más

prestigioso del momento por su sabiduría, riquezas y generosidad, fundador de la ciudad santa de Smara, lanzó una "fatua", una llamada de auxilio a todos los creyentes contra el infiel invasor. Todo el bidan se levantó y el sultán de Marruecos también vino en su ayuda. En un principio la furia de los guerreros saharauis puso en jaque a los invasores, pero era un imposible, con sus nuevas armas, cañones y fusiles, los franceses poco a poco fueron dominando el espacio sahariano. Por si esto no fuera suficiente el sultán, un hombre muy débil, terminó colaborando con los franceses desde el norte. El Cheij Malainin, ante la traición de quien consideraba un amigo, organizó entonces un ghazzi multitudinario de todos los creyentes para tomar el poder en Fez y acabar con la intervención europea de una vez en la región. Sin embargo, ante la superioridad técnica de los franceses, nada pudo hacer. Derrotado y abandonado por todos, la primera figura histórica de la historia saharaui murió arrinconado en los confines de las posesiones del sultán, únicamente apoyado por los bereberes de la región de Sus.

»En 1912, ya tranquilos, España y Francia se reunieron, además de para establecer un protectorado en Marruecos, para repartirse el bidan. Para nosotros el territorio occidental pegado a la costa reclamada por España, para ellos el resto. Ante esto, sin embargo, los hijos de Malainin volvieron a la lucha, pero por poco tiempo. Al final las tribus saharauis fueron totalmente derrotadas, y la ciudad de Smara, arrasada. La "yihad" saharaui había fracasado. Ésa es una de las causas de que, hasta hoy, los saharauis siempre hayan sentido odio y desconfianza hacia los franceses.

»Con el fin de la guerra la libertad regresó a la zona española, la vida de las tribus apenas se alteró, la presencia militar española se siguió limitando a la línea de costa. Esta situación se mantuvo sin cambios hasta la época de la República española, cuando Francia, cansada de que nuestro territorio fuera el refugio de los últimos "mujaidines" de la lucha anticolonial que, con frecuencia, asaltaban sus asentamientos, nos exigió la ocupación militar del interior. Sin embargo este hecho no cambió la política española hacia los saharauis, nuestra colonización siempre fue pacífica y pactada con los cheijs bajo luz y taquígrafos: respeto a la "sharia" como ley de los saharauis, libre mantenimiento y disposición de sus esclavos, derecho a poseer armas de fuego y protección para sus rebaños de

camellos. Ésas fueron las bases de la paz colonial. Los cheijs, entonces, se transformaron en intermediarios entre el poder colonial y la población, intentando sacar el máximo provecho económico de las rivalidades entre España y Francia».

Sherezade dio por terminado su cuento y se recompuso en la silla. Me había convencido y se había salvado. María y yo nos levantamos a la vez como en las entrevistas de altos dignatarios que sacan por televisión. El marido sonrió de felicidad. «Te mandaré el título de algunos libros que deberías leer sobre los saharauis. Empezando por el del gran antropólogo Caro Baroja, *Estudios saharianos,* y otro más moderno de una francesa, Sophie Catarini, una de esas locas que se fue a vivir con ellos durante años. Y terminando por uno nuevo, que ha sacado un profesor de Murcia». Yo estaba satisfecho, ahora conocía el origen de las víctimas y la paz colonial. Ése era el escenario previo a la aparición de nuestro primer personaje, el almirante Carrero Blanco, quizá la primera víctima del crimen.

TRAS LAS HUELLAS DEL CONFLICTO

Con mi ordenador bajo el brazo me sumergí en la bibliografía de la Biblioteca Nacional en busca de más pistas. A mi alrededor otros también buceaban para desenterrar la llamada «memoria histórica», aunque los crímenes que les interesaban eran otros, el del Sáhara era sólo mío. Mis guías principales para investigar eran las obras de Javier Tusell y Ricardo de la Cierva, dos historiadores enfrentados por la posesión de la verdad sobre el franquismo, dos seres arrogantes y meticulosos, dos maestros de la argumentación, otros dos cofrades de mi viejo profesor. Cuántos desaires, cuánta desazón, cuánta bilis desperdiciada, ésa era la historia de la Historia de España. También di con otros autores de corte más jurídico y político, los españoles Carlos Ruiz Miguel, Juan Soroeta, Tomás Bárbulo, y el francés Laurent Pointier.

Cuando le conté a Paloma, una compañera de la universidad también machacada por el feudalismo académico, mis intenciones investigadoras ella me llevó a un aparte, «Eduardo, muchos pensarán mal si lo haces, ya sabes cómo funciona esto, pero no dejes de ir a la Fundación Francisco Franco. El archivo es impresionante, conservan bastantes de los informes y documentos que pasaban por las manos de Franco. Seguro que en muchos de

ellos está la sombra de Carrero». Yo no lo dudé ni un segundo, una curiosidad morbosa invadió mi ánimo y, por medio de sus indicaciones, me acerqué al último reducto de la memoria del monstruo.

En el portal de la finca no aparecía ninguna placa anunciándola, pero en la segunda planta, sobre una puerta deslucida, en penumbra, la vi. Allí era. Para mi sorpresa una chica de aire monjil me abrió. Yo, a modo de crucifijo antivampiros, me identifique con mi carné de investigador universitario. Ella me desarmó inmediatamente con su candidez, no había ningún problema, el archivo estaba a mi entera disposición. Juntos recorrimos un piso digno de representar aquellos cuarenta años de personalismo y desarrollismo, reposteros con el escudo familiar de Franco en la entrada, fotos del infame en distintas poses y circunstancias, sillones de escay, muebles de oficina de cutrosa formica, ajadas estanterías repletas de libros. Y una luz velada de abandono inundándolo todo. «Perdone, hace un poco de frío, la calefacción va y viene», comentó la pobre. Finalmente llegamos a la joya del lugar, un ordenador. «Con la subvención que nos dio el gobierno de Aznar pudimos comprarlo, pero el dinero no alcanzó para digitalizar todo el archivo». Pronunció aquellas palabras con la misma beatitud de una misionera en el corazón de la selva que hubiese recibido una donación inesperada de alguien desconocido. Yo me escandalicé en mi interior, cuánta mezquindad. Al parecer para esa memoria, memoria de todos al fin y al cabo, los fondos públicos no alcanzaban.

Encendí el ordenador. En la habitación de al lado un par de señores de avanzada edad comentaban que no sé quién acababa de morir. Uno de ellos tosía malamente. Eran ya muy pocos los que quedaban, pensé, y me concentré en la pantalla, el catálogo indicaba más de veinte mil documentos. Abrí el buscador y escribí la palabra clave, Sáhara. Lo accioné y, como por arte de magia, cientos de documentos secretos, confidenciales y ordinarios aparecieron ante mis ojos.

II

La primera víctima

Detrás de todo gran hombre dicen que suele haber una gran mujer. Detrás de todo gran dictador, ya sea Napoleón, Hitler, Mussolini o Stalin, no hay nadie. Ellos mismos con su fascinante y diabólica personalidad parecen justificar todos sus actos. Sin embargo el caso de Franco es muy diferente. No nos encontramos con un líder terco y carismático que, con su discurso totalitario y tremendista, casi siempre rumiado durante años de oscuridad y represión, hubiera arrastrado a las masas hasta la victoria final. No, Franco no era así. Y las veces que los propagandistas de su régimen quisieron representarlo de esa forma, como en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil, ese mensaje no se lo creyó nadie. Franco no era un fanático sino un oportunista. Su secreto había sido saber estar en el lugar oportuno en el momento adecuado. Así se explica su brillante historial militar y su ascensión a la jefatura de los alzados el 18 de julio de 1936.

Franco, aparte de conservador, católico y centralista, como cualquier militar español de toda la vida, carecía de toda ideología. Su régimen pasó por muchas y diversas etapas: fascista, autárquica, tecnocrática, semiliberal. Él era, más bien, un «anti» muchas cosas, un defensor a ultranza del «no» ante cualquier riesgo para lo que consideraba la España inmemorial. Su personalidad se entiende mejor en el marco de la galleguidad del personaje, un ser calculador, desconfiado, aldeano y meditabundo. Y por eso a diferencia del destino de los grandes dictadores, Franco murió de viejo en la cama, su régimen duró cuarenta años y, tras su muerte, llegó pacíficamente la democracia. Sus leyes, tan oportunistas como él, aunque le cueste a muchos reconocerlo, siguen en vigor en muchos ámbitos de nuestra vida cotidiana.

En la sombra, Luis Carrero Blanco

Por eso, Franco sí necesitaba a alguien en las sombras y esta persona no podía ser, obviamente, su pazguata esposa. Ese alguien sería Luis Carrero Blanco, marino de guerra, cántabro. Y, como él, otro militar conservador, católico y centralista, aunque sin sus

ambiciones personales ni su megalomanía, alguien profundamente leal a su persona y, sin embargo, dotado de la preparación intelectual, clarividencia y dogmatismo imprescindibles para el ejercicio continuado del poder. El General tuvo mucha suerte al encontrarlo.

El primer encuentro importante entre ambos del que hay constancia fotográfica es ya significativo. Se produce en el marco de una visita protocolaria y a sólo unas millas del Sáhara, en las islas Canarias. Es la primera vez que se ven cara a cara. Faltan dos meses para el Alzamiento militar contra el gobierno de la República, ambos, en aquellos momentos, son ajenos a toda conspiración.

El 18 de julio a Carrero le sorprende en Madrid. Mientras muchos de sus compañeros son asesinados por las tripulaciones de sus barcos, que se mantienen leales a la República, él se refugia en una embajada para escapar y unirse a los sublevados. Su mujer dará a luz sola en un Madrid sitiado. En aquellos años de guerra Carrero pierde a muchos de sus familiares y amigos. Es en ese clima de terror y venganza en el que se conforma su espíritu de lucha contra los que considera los dos grandes demonios que acechan a los españoles.

Los demonios del futuro almirante coinciden plenamente con los del general victorioso, son el comunismo y la masonería, las dos cabezas de un mismo monstruo, el materialismo, el gran enemigo de la fe católica, y por tanto de España, la España eterna que vence en la guerra civil. En su imaginario el comunismo está abanderado por la Unión Soviética, que, como una gran hidra, devora el mapa del mundo desde la revolución bolchevique infiltrándose en las capas más desfavorecidas de la sociedad. La masonería, por el contrario, actúa de forma más sutil, pero no por ello menos peligrosa. Forman parte de ella todas esas corrientes y alianzas liberales y financieras internacionales, por lo general de carácter anglosajón, cuyo objetivo también es apoderarse del mundo. La pérdida de Cuba y Filipinas en 1898 había sido obra de esta otra conspiración en contra de España. La lealtad inquebrantable de Carrero a Franco surge de compartir esta visión tremendista e intransigente de la realidad y creer fervientemente que el General es el salvador de España.

Desde que llega a la jefatura del bando nacional, Franco se vale

de su cuñado Serrano Suñer, un filofascista, para ir despejándose el camino hacia el poder absoluto. La estrategia del «cuñadísimo» es muy clara, deshacerse de cualquier rival interno y sentar las bases para crear en España un Estado totalitario a semejanza del nazi alemán o del fascista italiano. Es entonces cuando Franco, hasta el momento un mero militar de prestigio, se transforma, por obra y gracia de la imaginación de su primer valido, en «caudillo», un supuesto ser de connotaciones divinas llamado a liderar el nuevo régimen. Sin embargo cuando nuestra guerra acaba, empieza otra, pero de carácter mundial, cuyos impulsores son los amigos alemanes e italianos. Es la hora de devolver la ayuda prestada. Franco, en plena euforia imperial, se entrevista con Hitler en Hendaya, el 23 de octubre de 1940, acompañado por Serrano Suñer, el gran entusiasta, y exige diversas posesiones coloniales francesas a cambio de nuestra participación. Ahí es cuando llega el momento de Carrero.

El destino es inevitable, el verdadero encuentro no tarda en producirse. A su regreso a Madrid, y antes de tomar una decisión final sobre la entrada en la guerra junto a Alemania e Italia, el caudillo, siempre desconfiado, pide los últimos informes a sus ministros. El de Marina le pasa la patata caliente a uno de sus asesores, Luis Carrero Blanco, capitán de fragata, que se convierte en el atrevido inocente que proclama sin miedo al emperador que su traje nuevo no existe, que va desnudo. El informe que él elabora y llega a Franco ese mismo octubre de 1940 es de una claridad devastadora, las consecuencias de la entrada de España en la guerra, tanto en lo militar como en lo económico, serían desastrosas. Nuestras capacidades y nuestro posicionamiento geopolítico no admitían sueños imperiales. Y Franco, que no es un loco sino, como hemos aclarado, un oportunista, lo acepta de inmediato.

A partir de ese instante, alemanes e italianos de Franco sólo obtendrán largas. Un año más tarde las ofensivas de Hitler se estancan y el avispado general se da cuenta de que la opción filofascista de Serrano Suñer se está convirtiendo, más que en una garantía, en un riesgo. Franco comprende entonces que necesita a su lado, no sólo para su gobierno también para su propia supervivencia ante el imprevisible contexto internacional, un nuevo

valido, capaz y sereno, sin afanes de protagonismo, que permanezca en la sombra. Y hace llamar a Carrero Blanco, un desconocido, para darle el misterioso y opaco cargo de subsecretario de Presidencia, en otras palabras, su consejero personal.

Carrero no es un fascista, ni lleva la camisa azul ni saluda con el brazo en alto, es sólo un integrista de sus propios miedos contra los poderosos demonios antes mencionados. Poco después de su nombramiento escribe sin temor a Franco en relación con la Falange, «el léxico autoritario de sus escritos, el tuteo inconveniente a todo el mundo y un signo general de matonería que la dignidad innata del español no soporta fácilmente, unido a que tales manifestaciones se producen en individuos que ni por su capacidad, antecedentes y conducta inspiran la menor consideración, hacen que el Partido sea antipático y que, en lugar de sumar, reste gentes y, sobre todo, que reste valores positivos, y si suma alguno, sea a los que pretenden encontrar un destino, un medio de vida en él». Y sin tapujos, le da ya al General su segundo buen consejo, eliminar a Serrano Suñer.

Así se hace, el temido «cuñadísimo» es despedido de forma fulminante en septiembre de 1942, el experimento fascista español ha terminado. En noviembre, los aliados desembarcan en el África del norte francesa y Marruecos, circunstancialmente, sirve de base para sus operaciones. Carrero escribe de inmediato a Franco para advertirle que este hecho complica gravemente el signo de la guerra, Hitler lo tiene muy difícil para ganarla, acaba de perder el control del Mediterráneo. Es el momento de buscar otra fórmula para asegurar la supervivencia de la nueva España tras el conflicto mundial y la posible derrota alemana. No obstante, Carrero tranquiliza al General, él prevé que la ruptura entre los aliados será inevitable aunque alcancen la victoria, la dinámica expansiva soviética en Europa lo exige, el acercamiento de Estados Unidos y Gran Bretaña a Franco es sólo cuestión de tiempo. La consigna que lanza es aguantar hasta que los hados sean propicios. En aquellos días previos a la invasión aliada de Italia, se produce en Marruecos un encuentro de gran trascendencia para el futuro del Sáhara, Vernon Walters, un oficial norteamericano, monta en su tanque al príncipe Hassan, el hijo del sultán, y se hacen amigos. Es uno de esos encuentros mágicos de la vida en los que los protagonistas

sellan un pacto a futuro, aquí estoy para cuando me necesites.

El tándem Franco-Carrero Blanco se convierte, a partir de su encuentro, en el motor del régimen autoritario franquista, algo único y en cambio constante. Poco a poco Carrero se convierte en la mente pensante y consejera, y Franco, en la figura que decide y representa. En palabras de Javier Tusell, el marino es el jefe de Estado Mayor del General. El resto siempre serán peones a desplazar sobre el siempre incierto tablero. En todos esos años hasta la muerte trágica del valido, la relación que se establece entre ambos no varía, a pesar del trato cotidiano, una fría distancia en lo personal. Este formalismo asegura el carácter exclusivamente profesional de sus relaciones, pues como bien sabe el «caudillo» la lealtad de Carrero se fundamenta tan sólo en compartir un objetivo común y no en lazos ni ambiciones personales. De hecho nunca llegaron a tutearse.

La influencia de Carrero en Franco busca, desde el comienzo, la reinstauración de la monarquía en España, pero por supuesto, no en la figura de don Juan, el heredero de Alfonso XIII, por su creciente proximidad a sus demonios comunistas y masones, sino en la de su hijo mayor. El primer paso de esta delicada y costosa operación se inicia cuando consigue que don Juan Carlos sea enviado por su padre a estudiar a España bajo la tutela de Franco. Carrero entonces convence a don Juan de que no le queda otra, para que la institución no quede desvinculada de su pueblo tiene que empezar a colaborar con los vencedores de la guerra civil. Esta defensa del principio de legitimidad histórica, que promueve Carrero, hará que el régimen de Franco sea siempre, de hecho, una etapa provisional hasta la definitiva que se inauguraría con la proclamación de don Juan Carlos como rey. De esta forma, y sin quererlo en ningún momento, crea el mecanismo que, activado a su debido momento, hará explotar, desde dentro, el franquismo.

El almirante y las conexiones con el Sáhara

Una vez aclarado quién es Carrero Blanco en España, volvamos a nuestra sombra de ciprés y busquemos en su larga copa sus conexiones con el Sáhara. Enseguida comprobamos que el nuevo y definitivo valido de Franco asume personalmente, desde su aparente intrascendente cargo de subsecretario de la Presidencia, la dirección de la administración civil de todas las colonias del menguante

imperio español, los territorios en el golfo de Guinea, y los situados en Marruecos y el Sáhara. En relación con este último comprueba que la administración española presenta extrañas anomalías. El territorio español poblado por tribus saharauis está sometido a distintos regímenes. Por un lado está el llamado Sáhara español, que tiene estatus de colonia, por lo que España tiene plenos poderes sobre él. Sin embargo en la franja norte, en la zona de Tarfaya, por los acuerdos con Francia de 1912, España sólo tiene un protectorado y reconoce, sin ningún aval histórico que lo justifique, la autoridad del sultán de Marruecos para administrar ciertos asuntos internos. Dentro de esa zona se encuentra el enclave de Ifni, plaza de soberanía española desde 1860 por reconocimiento marroquí de aquellos antiguos derechos de los Reyes Católicos y por tanto con un estatus parecido al de Ceuta y Melilla.

Se trata de una realidad que no puede modificar y que se explica principalmente por la tradicional debilidad de España frente a Francia, la cual ha ido cortando y limitando con habilidad el colonialismo español en toda África. Carrero, a pesar de estos obstáculos, conseguirá en 1946, mediante reglamentos, establecer una administración conjunta y homogénea de los tres territorios saharauis, Río de Oro, Saquia El Hamra y Tarfaya, separada de la del protectorado español del norte de Marruecos y bajo su supervisión directa desde su despacho de la Castellana en Madrid, denominada «África Occidental Española».

Como había predicho el valido, el régimen aguanta y sobrevive a la posguerra mundial por el comienzo de la «guerra fría» entre Estados Unidos y la Unión Soviética, los norteamericanos nos necesitan de su lado. En España se instala definitivamente ese olor a cerrado que desprenden las dictaduras sin horizonte. Pero la escasez y el hambre persisten y son, como Carrero bien sabe, el caldo de cultivo para que los «demonios» puedan regresar y extenderse entre los españoles. El abastecimiento a la población es su mayor preocupación, ha llegado el momento de sacar mayor rendimiento a la riqueza natural de nuestros territorios africanos. Y en el caso del Sáhara el desierto empieza ya a mostrar sus tesoros escondidos. A raíz de una expedición oficial, el profesor Alía Medina descubre, aparte de hierro y uranio, la existencia de importantes yacimientos de fosfatos. El informe secreto con los resultados llega a Carrero de

inmediato, que sabe calibrar muy bien su trascendencia en aquellos años de sequías y penuria, los fosfatos son los mejores fertilizantes del mundo. Al mismo tiempo, como bases del nuevo interés suscitado en la metrópoli, las ciudades de El Aaiún y de Tantán surgen en medio de la nada del desierto al amparo de sendos destacamentos militares.

Para hacer despegar este proceso de explotación colonial, Carrero organiza, en 1950, la primera visita de un jefe del Estado español al Sáhara. Ante los jefes de las tribus saharauis, congregados desde todos los confines del desierto bajo dominio español, Franco les habla con palabras no exentas de cierta ingenuidad. Ni él ni Carrero son todavía conscientes de lo que se les viene encima. «Vuestros hermanos de España no vienen aquí a alterar vuestra paz, vuestra libertad y vuestro señorío, vienen a traeros el progreso de la civilización..., porque España es el único pueblo sobre la tierra capaz de estas grandes empresas, de redimir a un pueblo y ayudarle sin pedirle nada más que una sonrisa».

En 1951 la dependencia que tiene ya Franco de su fiel consejero es tan fuerte que debe elevarlo a rango de ministro para que participe en el Consejo. El dictador, con su clásico estilo de maquillar los sucesos trascendentales con banales justificaciones, le dice a Carrero: «Así no le tengo que repetir las cosas». El asunto político clave para el régimen en esos momentos es conseguir el aval de Estados Unidos para poder entrar en la ONU y obtener los créditos imprescindibles para apuntalar la maltrecha economía, las cartillas de racionamiento siguen en circulación. No queda más remedio, el espejismo de la autosuficiencia es un desastre. Los norteamericanos, el demonio de la masonería y el liberalismo, lo saben y ponen un alto precio a los antiguos amigos de Hitler y Mussolini. Son los acuerdos de 1953 que permiten la apertura de varias bases militares norteamericanas en nuestro territorio y otras concesiones. Entramos en la órbita occidental por la puerta de atrás, como los parientes pobres.

Para Carrero estos acuerdos suponen una gran decepción, no sólo por lo que ello implica de ceder ante la conspiración masónico-liberal, sino porque «los americanos han resuelto sus problemas, pero nosotros no». España lo daba todo a cambio de casi nada, algunos millones de dólares y una silla en las instancias

internacionales. Desde su posición querrá siempre modificarlos sustancialmente. Además añade, «nos ayudarán cuanto nos necesiten pero de paso que nos ayudan, intentarán dominarnos», esta percepción le perseguirá hasta el final de sus días. Por el momento los acuerdos servirán para modernizar el anticuado armamento de nuestro ejército y mantener la superioridad militar española frente a Marruecos ante el hipotético caso de una guerra limitada al Sáhara. Sin embargo, como veremos, todo cambiará cuando Carrero asuma la presidencia del gobierno en 1973 y los acuerdos deban ser renovados. La sólida posición económica de la España de entonces le permitirá poner sin complejos todas sus exigencias sobre la mesa. No obstante, en plena batalla diplomática de la renegociación se producirá su asesinato.

En 1956 sin consultarnos, nuestra siempre amiga Francia concede la independencia a su protectorado en Marruecos. Entrega el poder del nuevo Estado al sultán, que se convierte en rey. La precaria maquinaria de poder de los sultanes, basada en el feudalismo y el clientelismo local, el llamado «mazjen», almacén, se mantiene. Los franceses no quieren perder su influencia, estas estructuras tradicionales son más fácilmente corrompibles y manipulables. El nuevo rey, Mohammed V, consciente de su debilidad, tiene que apoyarse en los nacionalistas, el partido Istiqlal, y asume su ideal expansionista, Marruecos debe llegar hasta el río Senegal reinventando el imperio almorávide novecientos años después. Para evitar problemas y sin mucha discusión España cede al nuevo reino, meses más tarde, su protectorado del norte con la excepción de las plazas de soberanía, Ceuta y Melilla. En medio de una lluvia de pedradas, las tropas españolas abandonan Tetuán, la antigua capital colonial. En el protectorado del sur, la zona de Tarfaya, todavía bajo soberanía española, se presenta por esas fechas el príncipe heredero Hassan con un plan secreto y dinero en metálico para comprar voluntades.

Guerra de Ifni, primer fracaso y traición al pueblo saharaui

1957 es el año cero del régimen, la situación económica está a punto de explotar, la inflación se ha vuelto insostenible, aparecen las primeras huelgas en Barcelona y Asturias, la industria, amparada en un ultramontano proteccionismo, produce caro y mal, las clases más desfavorecidas viven en la desesperación. Los demonios

vuelven a acechar. Urge una gran reforma estructural económica, pero el dictador, en su laberinto de inseguridad y desconfianza, sigue sin responder. Carrero le apremia, o se realizan todas las reformas necesarias o el barco se hundirá con todos ellos dentro, basta ya de equilibrios inútiles y personalismos, en el gobierno deben entrar las mentes más preparadas del país. El valido, además, ha encontrado recientemente la fórmula de recambio durante un retiro espiritual, ha entrado en contacto con el Opus Dei a través de Laureano López Rodó, su otro yo, desde entonces. Son los llamados tecnócratas, personas muy capaces intelectualmente y de lealtad asegurada por compartir su profundo integrismo religioso.

En medio de esa incertidumbre en los territorios saharauis estalla un levantamiento, una nueva yihad contra la presencia colonial francesa y española. Al día siguiente el rey de Marruecos viaja a Estados Unidos y permanece allí varias semanas. Sorprendentemente, los norteamericanos prohíben a España hacer uso del armamento recibido en virtud de los recientes acuerdos. Mientras tanto, las tribus del desierto, con el apoyo logístico encubierto de Marruecos, inician un ghazzi rápido y brutal contra las tropas españolas que, en cuestión de semanas, se ven obligadas a abandonar todo el territorio y replegarse hasta la plaza de Ifni, donde son cercadas. Los atacantes utilizan muchas armas de fabricación española, presumiblemente las mismas que acababan de ser donadas a las recién creadas fuerzas armadas reales marroquíes. La situación es desesperada, el ejército se encuentra en un estado lamentable y las arcas del Estado están al límite. Para animar a los asediados se envía a la actriz Carmen Sevilla. Sin embargo el cerco no cesa y las bajas crecen, se teme un desastre total. La salvación, esta vez, viene de Francia, la revuelta amenaza con propagarse por toda Argelia, la respuesta ha de ser conjunta y total. Primero consiguen que Mohammed V interrumpa sus suministros a las cabilas saharauis. Después en una operación militar combinada de rastreo terrestre y cepillado aéreo, acaban con la guerra de Ifni. El desierto se llena de cadáveres y rebaños de camellos masacrados desde el aire. Muchos cheijs se dan cuenta de la manipulación marroquí y de su traición, se producen divisiones entre las tribus. La población saharaui queda traumatizada por el fracaso.

Después del susto llega el momento de los pagos y Franco,

confiando absurdamente en su gran conocimiento del alma magrebí, hace un generoso regalo a Mohammed V, le entrega el territorio saharaui de Tarfaya y Tantán, una región donde la soberanía del sultán nunca había llegado. Muy ingenuamente cree que así los marroquíes se quedarán satisfechos. Sin embargo meses más tarde el rey de Marruecos, en una declaración pública destinada a la prensa internacional, vuelve a proclamar sus reivindicaciones territoriales, más de dos millones de kilómetros cuadrados, que incluyen el Sáhara español, Mauritania y el este de Argelia. El regalo de Franco, además para desgracia de los saharauis, resulta ser doble, no sólo se trata de territorio, también de población saharaui, por primera vez bajo control marroquí, un argumento de peso para justificar sus aspiraciones sobre el resto del Sáhara español. Los que allí permanecen, muchos de ellos por temor a las represalias si regresan a sus lugares de origen, se sienten ahora traicionados por España y se niegan a aceptar la nueva frontera que divide a su pueblo, unos bajo Marruecos, otros bajo el colonialismo español. Es el primer abandono.

SAHARAUIS, ESPAÑOLES DE ULTRAMAR

En el palacio de El Pardo finalmente Franco ya relajado toma una decisión: cambio radical de gobierno. Aupados por Carrero Blanco, los tecnócratas del Opus reciben las carteras de corte económico y comienzan a cocinar sus drásticas recetas, López Rodó se hace cargo de la secretaría general técnica del Ministerio de la Presidencia, la oficina encargada de dar forma legal y coherente a la arbitrariedad institucional del régimen. Así comienza el «milagro español», aperturismo y crecimiento a partes iguales, con el único límite de no cuestionar las bases del sistema franquista. Tal y como el ya almirante había previsto, la mejora acelerada de las condiciones de vida de los españoles ahuyenta a los demonios de España, el régimen se estabiliza.

Sin embargo tras el susto de Ifni Carrero medita qué hacer con los restos del imperio en plena oleada de emancipaciones coloniales. Este heredero del desastre colonial de 1898 no cree en los imperios perdidos ni en las falsas fraternidades, es muy realista. Las poblaciones de estos territorios, Guinea y el Sáhara, no están preparadas para la independencia, no poseen ni élites ni estructuras socioeconómicas que les permitan desarrollarse con autonomía. La

época colonial debe superarse, pero la emancipación de España sólo debe producirse a largo plazo, cuando estén preparados podrán separarse. Como primera medida se ha de acabar con el propio sistema colonial desde dentro. En 1958, por ley, las colonias dejan de existir como tales oficialmente y se convierten, de la noche a la mañana, en provincias españolas, y sus pobres indígenas, en españoles de pleno derecho. Como es obvio, bajo aquel régimen derechos no había muchos, ni para ellos ni para nadie, aunque el derecho al desarrollismo de la época también les va a tocar a estos otros españoles de ultramar. Es en ese sentido como hay que interpretar su famosa frase: «El Sáhara es tan territorio español como la provincia de Cuenca». En sus reflexiones a Franco comenta: «La separación entre Mauritania y el Sáhara español es artificial, es la consecuencia de haber sido ocupados por países diferentes. En cuanto a Marruecos su reivindicación sólo puede tener fuerza si consigue apoyo entre la población y a nivel internacional, ya que carece de argumentos jurídicos para reclamarla. La provincialización del Sáhara que acabamos de hacer ha sido igualmente artificial, sin el apoyo de la población no conducirá a nada. Hay que desarrollar e integrar a los saharauis».

De repente la modernidad hace aparición en el desierto. En 1960 se inician quince años de prosperidad. Los saharauis abandonan el desierto para montar sus jaimas en los arrabales de las nuevas ciudades, como El Aaiún, la capital administrativa, y junto a las guarniciones militares, aparecen las poblaciones de Guelta, Tichla, Bir Gandus y Zug. Allí hay agua, escuelas, médicos, posibilidades de hacer dinero para comprar cosas. Con el tiempo las jaimas darán paso a casas de adobe, de ladrillo. La maldita obsesión por la posesión y el consumo penetran en La Arcadia beduina. El comercio se extiende por la llegada de productos exentos de impuestos que luego venden a sus vecinos en los países colindantes. El empleo público da trabajo, a través de las tropas nativas y las obras públicas, cada vez a más saharauis y sin discriminación, da igual ser un ergueibat, un tekna o un esclavo manumitido. La sociedad tradicional se resquebraja, la jerarquía tribal se debilita, las diferencias económicas aumentan a favor de los más integrados en el aparato administrativo y social español. El uso de la radio y de la televisión se hace cotidiano. Las sacrílegas costumbres europeas se

hacen presentes por la creciente llegada de peninsulares, la mayoría canarios, que trabajan en la administración y explotación del Sáhara. Al final de ese periodo, en 1974, el Sáhara occidental disfrutará del nivel de renta más alto de África, 2.250 dólares, comparado con los 270 de Marruecos y los 180 de Mauritania. Sin embargo esta prosperidad de los saharauis españoles produce un gran rencor entre los saharauis sometidos al dominio marroquí y los que viven en Mauritania, que sienten que toda esa riqueza material también tiene que ser repartida con ellos.

Y por supuesto, en paralelo, la peculiar estructura del régimen se adapta a las peculiaridades de un territorio donde la población autóctona no rebasa las 20.000 personas. Con participación paritaria entre saharauis y peninsulares, se crean los ayuntamientos de El Aaiún y Villa Cisneros y se forma un cabildo provincial para gestionar los asuntos locales. Seis procuradores representan a la población saharaui en las Cortes franquistas. Como regalo de la madre patria por su lealtad, el gobierno comienza a organizar viajes a La Meca con cargo a los presupuestos del Estado. No obstante, el poder real sobre el territorio lo sigue ostentando el gobernador militar, que aplica las instrucciones directas de Carrero Blanco para los asuntos civiles del territorio.

El presidente de Estados Unidos, Eisenhower, para sellar la provechosa amistad hispano-norteamericana, visita al dictador. En la famosa foto de 1959 cuando Franco lo recibe triunfalmente en Barajas, volvemos a encontrar sonriendo, en medio del abrazo de los osos, un rostro conocido, el de Vernon Walters, el amigo del heredero de Marruecos, que hace de intérprete en las conversaciones oficiales. No ha tardado mucho en reaparecer. Dos años más tarde muere Mohammed V y es sucedido por su hijo, Hassan II. El nuevo rey es todavía un aprendiz de brujo. En un primer momento fracasa en su «guerra de las arenas» que busca arrancar a Argelia trozos de su rico desierto. En 1963 él también visita al dictador. Intenta convencer a Franco de que si España hace concesiones territoriales el anticomunismo de Marruecos se reforzará. Es un esfuerzo inútil, Carrero ya ha decidido la política del régimen con respecto al Sáhara. Sin embargo las posibles riquezas del desierto se hacen cada vez más necesarias para la supervivencia de la monarquía alauita, la crisis interna es creciente,

la pobreza y las desigualdades aumentan, el «mazjen» reprime y explota a sus ciudadanos sin piedad. En ese clima de frustraciones surge con fuerza el partido socialista marroquí y Hassan II tiene que actuar con rapidez para garantizar su propia supervivencia. En París, su líder, Ben Barka, es raptado por los servicios secretos marroquíes y se le hace desaparecer.

ESPAÑA NO OS ABANDONARÁ NUNCA

El único espacio que el almirante Carrero Blanco no controla en el tablero del gobierno es la política exterior. Franco se la ha cedido a Castiella, un rancio diplomático, condecorado por Hitler, y autor, junto a Areilza, de una obra, *Reivindicaciones de España,* que había justificado las aspiraciones imperialistas de Franco en África. Este camaleón presenta ahora otro talante, se ha vuelto internacionalista. Cree que, colaborando con la ONU en el tema de la descolonización, España recuperará Gibraltar. Este sueño tiene enganchado al General, que lo protege frente a Carrero. La estrategia de Castiella es ir cediendo poco a poco nuestras colonias para conseguir que la ONU obligue a los ingleses a abandonar el peñón. Cuando toma la palabra en los consejos de ministros es sólo para hablar de sus avances en este asunto, sus compañeros de gabinete le llaman el ministro de la «cosa». Carrero lo detesta profundamente, las cesiones de Castiella ante la ONU son contrarias a su política paternalista y visionaria a largo plazo.

El mundo empieza a conocer las riquezas ocultas del Sáhara, el gobierno busca un socio internacional que aporte la capacidad técnica para poder explotar los fosfatos. Por si esto fuera poco, ingenieros norteamericanos auscultan el desierto en busca de petróleo amparados en la posición oficial de neutralidad del nuevo presidente Johnson. Hassan II no puede renunciar a su sueño, necesita con urgencia tener acceso a esa riqueza para poder atender a su sufrida población. En 1965 consigue que la ONU se pronuncie por primera vez sobre el Sáhara pidiendo su descolonización y un referéndum de autodeterminación. Marruecos, en ese momento, apoya el referéndum sin plantearse el posible resultado de esa eventual votación, cree que los saharauis están desorganizados y son fácilmente manipulables. Los otros vecinos le apoyan, Mauritania, que busca sacar tajada de sus primos del norte, y Argelia, sin una postura clara, simplemente africanista, libertaria.

Como prueba de la desorientación del régimen revolucionario argelino en esa época, su apoyo a Cubillo, un abogado laboralista canario, que funda el MPAIAC, movimiento de liberación del pueblo canario, que sostiene que el 70 por ciento de los canarios son indígenas guanches, oprimidos y explotados por España.

A Carrero, por el momento, estos debates y llamamientos internacionales no le preocupan, él sigue decidiendo todo lo que sucede en el Sáhara. Él sólo cree en los hechos y éstos van en su favor, la tasa de crecimiento económico anual de España sólo es superada por Japón. En mayo de 1966 el almirante realiza una visita triunfal a El Aaiún. El mensaje que Carrero quiere transmitir a los saharauis pretende injertar juntas dos ramas de distinto árbol, el respeto secular de España a la libertad tradicional de los saharauis y el interés para los saharauis de seguir con España, que no sólo garantiza su progreso material, sino lo que es más importante, su identidad y futura independencia. La primera afirmación es pura demagogia, pero la segunda la cree como un dogma de fe, los saharauis deben convencerse de su propio destino colectivo diferenciado. Por ello, el valido de Franco, sin duda, debe ser reconocido como uno de los padres del nacionalismo saharaui.

Las imágenes del NO-DO nos lo muestran en su pose habitual, firme e inescrutable, en su refulgente uniforme blanco de almirante, hablando a la multitud congregada en la plaza de España. El momento es de gran importancia, los saharauis ya comentan entre sí las enormes riquezas naturales de su territorio, los yacimientos de fosfatos y los indicios de petróleo. El discurso comienza con una advertencia destinada a Hassan II, «hace ya varios siglos, antes de que América fuese descubierta, españoles y saharauis tomaron contacto en estas tierras, que nunca tuvieron nada que ver con el Magreb, cuyos límites meridionales fueron secularmente el gran obstáculo del Atlas». El mensaje es muy claro, Marruecos no tiene ningún derecho.

Después se extiende sobre los logros del desarrollismo en carreteras, aeropuertos, escuelas y hospitales, la exención de impuestos para todos los nativos, y todo ello a cambio de nada, «que vuestros ancianos os digan si recuerdan que sus abuelos relataran un agravio a vuestro pueblo por parte de españoles. Jamás salió de aquí el más mínimo beneficio material y os hemos dado a

cambio cuanto hemos podido». Anuncia un plan de desarrollo que va a aprovechar los nuevos recursos recién descubiertos, «el Sáhara ya no es un país pobre. Dentro de poco empezará la explotación de su riqueza minera. Esta riqueza es vuestra puesto que está en vuestro suelo; pero para que pueda ser efectiva es preciso una fuerte inversión de capital en su explotación..., vosotros recibiréis la parte que legítimamente os corresponde como propietarios».

Carrero, integrista católico, apela al integrismo tradicional de los religiosos saharauis. En el fondo se trata del mismo Dios, ambos pueblos luchan contra los mismos demonios del materialismo, «esta generosidad española, tan diametralmente opuesta al colonialismo que han practicado otros pueblos, puede parecer tan extraña, tan absurda que se achaque a locura o a engaño, pero sin embargo tiene una clara explicación. Nosotros, como vosotros, creemos en Dios y somos como somos porque sabemos que después de esta vida hay otra eterna en la que el premio que Dios da por la ayuda generosa prestada al hermano vale más que todas las riquezas de la tierra. Si otros pueblos hubieran obrado como España, muy distinta sería hoy la situación de África y quizá también la situación del mundo». Y no miente, hasta ese momento, España no ha sacado ningún beneficio económico del territorio.

El almirante acaba su discurso reafirmando, «ninguna nación tiene el más mínimo derecho a reivindicar la soberanía sobre estas tierras y, sobre todo, nadie tiene derecho a violentar vuestra voluntad. Si vuestra voluntad es continuar vuestra secular unión a España, España no os abandonará nunca». A través de sus servicios de información sabe que Hassan II ya ha empezado su política de comprar cheijs, por eso, les previene: «¡Cuidad vuestra unidad! Si os mantenéis unidos, vuestro porvenir está asegurado. Vigilad que nadie siembre entre vosotros la cizaña de la discordia, porque por encima de todas las ambiciones o rencillas personales que hay siempre entre los humanos, está el porvenir de vuestros hijos, que a todos por igual interesa».

El germen del nacionalismo saharaui

Sin embargo el espíritu de colaboración de Castiella hace que, en esos meses, España acepte enviar un grupo de representantes saharauis para que respondan a las preguntas del Comité de descolonización de la ONU. Los pobres cheijs que llegan a Nueva

York, analfabetos, primitivos, impresionados por el entorno, ofrecen un espectáculo bochornoso, balbucean, no entienden las preguntas, desvían la cuestión de fondo. El resultado es humillante para la posición española. Cuando Carrero lee el informe del embajador Manuel Aznar, estalla y escribe a su caudillo, «se acabó el buscar el aplauso general cuando se pone en riesgo a España. No se puede abandonar el Sáhara; Ceuta, Melilla y Canarias vendrían después». Esto lo va a arreglar él a su manera. Saltándose al ministro de la «cosa», organiza entonces el llamado «referéndum de Carrero» convocando a todos los varones saharauis a que se reúnan en asambleas, yemmaas, por supuesto, sin urnas ni papeletas. Un funcionario enviado por el gobernador les invita a firmar una carta de adhesión, hábilmente redactada por sus subordinados, en la que ellos expresan su deseo de seguir unidos a España sin excluir la posibilidad de que en el futuro puedan acceder a la independencia total, «cuando dispongamos de los dirigentes competentes y los medios económicos adecuados». La realidad es que la población, en general, está contenta con la situación. Hartos de guerras sólo piensan en las ventajas del desarrollo, y las autoridades españolas son siempre muy respetuosas con la jerarquía tribal. Sin mayor problema, Carrero consigue sin problemas que el 89 por ciento de los varones saharauis suscriban la carta. Pero este gesto no altera la posición de la ONU, la descolonización del Sáhara sigue pendiente.

Marruecos, efectivamente, se está infiltrando entre los saharauis a la vez que intenta comprar la voluntad de los cheijs. Para esta labor de zapa cuenta con el control de las tribus tekna mayoritarias en la zona de Tarfaya y con los refugiados de la guerra de 1957, muchos de ellos, incorporados a su ejército o recibiendo prebendas oficiales. En las grandes ceremonias de palacio, muchos besan puntualmente la mano de Hassan II, son ya suyos y deben devolver el pago colaborando con la causa nacional. Sin embargo, el sur de Marruecos sigue siendo la región más desfavorecida del reino, los saharauis son los pobres entre los pobres, y son tratados con desprecio por sus conciudadanos marroquíes, que les llaman «areibat», hermanos de los camellos. En cuanto a Argelia se limita a observar. Mauritania, por su parte, el otro jugador de la partida, también se anima a reivindicar el Sáhara, pero sigue enfrentada a Marruecos, pues su territorio también es reclamado por Hassan II.

No obstante, también se convierte en centro de conspiraciones, como la dirigida, en 1967, por El Jatri Yumani, jefe de una de las facciones de la tribu ergueibat, con algún apoyo entre las tropas nómadas. Pero es abortada sin dificultad por las autoridades españolas con el apoyo de las otras tribus, contrarias a la superioridad de los ergueibat sobre el resto. Carrero debe dar un paso más para convencer a los saharauis de su autonomía, aunque sólo sea aparente, y crea un órgano exclusivamente saharaui, la llamada Yemmaa siguiendo la antigua denominación, una asamblea consultiva en la que participan proporcionalmente todas las tribus, siendo los ergueibat, por su superioridad demográfica, el grupo mayoritario. Sus miembros, en teoría aunque no democráticamente, representan la voluntad del pueblo saharaui. Esta medida, en realidad, nada cambia, son personas de edad, muy celosas de las prerrogativas que Franco les reconoce, y por tanto, en principio, sumisas a las decisiones del gobernador. Para tener controlado a El Jatri Yumani, el conspirador, se le nombra presidente de la Yemmaa.

Dentro de su política de asimilación los hijos más brillantes de los refugiados en Tarfaya y Tantán son tratados con especial mimo por Hassan. El «comendador de los creyentes» les concede todo tipo de becas y privilegios para amarrarlos a la monarquía, como ya había hecho con algunos de sus padres. Las universidades de Rabat y Fez les reciben bien, sin embargo, la operación le sale torcida, allí se impregnan de marxismo y anticolonialismo. Algunos, incluso, consiguen viajar por Siria, Irak y Egipto empapándose de panarabismo y nacionalismo. De ese grupo de saharauis ilustrados y viajeros surgirán dos personajes trascendentales, Bassiri y El Uali, ambos ergueibat, que trastocarán en los años venideros los planes, radicalmente opuestos, tanto de Carrero como del rey de Marruecos. Son la nueva versión del legendario Cheij Malainin, Bassiri, más religioso y conciliador, y El Uali, decididamente revolucionario puro. Son los jóvenes airados del nacionalismo saharaui, personalidades fuertes y arriesgadas cuyo martirio les convertirá, entre la juventud saharaui, en seres cuasi divinos en paralelo con Che Guevara.

CARRERO, EL TODOPODEROSO

Y mientras tanto comienza lentamente la decadencia del vencedor

de la guerra civil. En los consejos de ministros se deja de oír su voz, Franco, con casi 80 años, entra en un mutismo del que apenas se despierta. Su mente pierde concentración. A veces, cuando las reuniones son largas, se queda dormido. A pesar de ello no hay alteraciones visibles en la marcha del régimen. Hace tiempo que el almirante controla todos los resortes del poder desde la sombra. Nominalmente siempre había existido un vicepresidente del Gobierno, el general Muñoz Grandes, héroe de la División Azul enviada a combatir al demonio soviético durante la guerra mundial. La negativa final de Franco a entrar en el conflicto a su lado hizo que Hitler pensase en él para organizar un golpe militar y establecer en España un gobierno títere. Al caudillo, entonces, no le quedó más remedio que darle una patada hacia arriba y nombrar al héroe vicepresidente para poder encerrarlo en una jaula de oro. Sin embargo Carrero advierte que Muñoz Grandes en los últimos años está tomando iniciativas muy peligrosas, sus servicios le informan de cartas suyas dirigidas a Hassan II y de contactos con la embajada norteamericana en las que da seguridades de cooperación regional para aprovechar los recursos naturales del Sáhara, y aconseja a Franco que se deshaga de él con elegancia pero con rapidez. Como era previsible él es nombrado nuevo vicepresidente del Gobierno, comienza a salir de las sombras. Un vicepresidente que ya no es un cargo honorífico sino ejecutivo y todopoderoso ante el creciente absentismo de Franco.

Castiella, ministro de la «cosa» y encargado de lavar la imagen del régimen en el exterior, presiona a Franco para que empiece a ceder los territorios del golfo de Guinea, la solución de la ONU al problema de Gibraltar lo requiere. A pesar de la oposición del almirante, Franco acepta. De acuerdo con los dictados llegados desde Nueva York, en 1968 en Guinea se celebran elecciones democráticas que, para sorpresa de todos, pierden los dos candidatos proespañoles, el apoyado por Carrero y el apoyado por Castiella. A los pocos meses de los festejos por la independencia, Macias, el presidente elegido, un loco sanguinario, lanza una campaña de intimidación y acoso contra todo lo que represente la antigua metrópoli. Los residentes españoles huyen en masa y pierden sus bienes, las fuerzas españolas que aún permanecían allí no intervienen por temor a las reacciones internacionales. Es un

espectáculo de humillación y bochorno. Este desastre no impide a Castiella, el magnánimo, ese mismo año, dentro de su política de «buen rollo» internacional, hacer entrega a Marruecos de la plaza de Ifni, en poder español desde 1860. Por si esto no fuera suficiente, meses después, el gobierno británico otorga graciosamente a los gibraltareños, sus colonos trasplantados, una constitución que reconoce su derecho de autodeterminación, alejando así toda posible devolución a España. La política de colaboración con la ONU ha resultado un fracaso.

El almirante ve en todo ello la constatación de lo acertado de su política, el Sáhara no puede seguir el mismo camino que Guinea. El discurso pronunciado años atrás en El Aaiún recupera toda su vigencia. Pocos meses después el fatídico motorista de El Pardo, cual ángel exterminador, aparece en la casa de Castiella con su cese. A pesar de todo 1969 representa la culminación de Carrero, que no sólo consigue un cambio radical de ministros afín a sus intereses, también que el príncipe don Juan Carlos, su protegido, sea votado por las Cortes como sucesor de Franco a título de rey. Es el franquismo sin Franco, el sueño de Carrero, la reinstauración de la monarquía histórica, pero bajo los principios del régimen franquista, que son, no lo olvidemos, sus propios principios, los «demonios» no regresarán nunca.

III

El despertar

A las pocas semanas, seguramente intoxicada por Marruecos, la BBC internacional informa que, después del abandono de Ifni, la entrega negociada del Sáhara a Marruecos está próxima. La noticia es escuchada en Smara, la ciudad santa, por Bassiri, en aquellos momentos, el único nativo licenciado universitario del Sáhara, que se encuentra ilegalmente en territorio español acogido por sus parientes. La policía marroquí le persigue por haber publicado en una revista su primer manifiesto, *El Sáhara para los saharauis*. Bassiri, ante esa funesta posibilidad, decide organizar a la población, son ellos mismos los que tienen que decidir su futuro. Los juramentados se comprometen en secreto sobre el Corán. La organización se extiende con rapidez entre los saharauis jóvenes empleados por la administración española.

Hassan II por fin se da cuenta de que solo no va a ninguna parte, necesita a sus odiados compañeros regionales para hacer presión sobre España. En una reunión digna de Maquiavelo, celebrada en Nuadibu, Mauritania, el rey de Marruecos, como si hubiera tenido súbitamente una revelación divina, contradiciendo toda su política anterior, reconoce a Mauritania como país independiente, así como las fronteras con Argelia. El compromiso es luchar juntos ante la ONU por la autodeterminación del pueblo saharaui. Por supuesto nada se adelanta sobre el futuro del pastel. Hassan continúa confiando en su capacidad de compra e intimidación entre los saharauis para quedarse con todo. Carrero, en esos momentos, a pesar de todo, se siente seguro, el bienestar creciente en el que viven los saharauis, como el resto de los españoles de la época, asegura una fidelidad mayoritaria e inquebrantable al régimen.

PRIMERA INTIFADA SAHARAUI: BASSIRI

No es mayo de 1968 sino junio de 1970 aunque se parecen mucho. El gobernador, general Pérez de Lema, convoca en El Aaiún, en la plaza de España, una manifestación de apoyo a la presencia española que es secundada por los cheijs y notables saharauis. Sin embargo a cierta distancia de allí, en el barrio de Zemla, Bassiri ha

organizado otra paralela a la que acuden numerosos jóvenes. Su objetivo es entregar al gobernador una petición formal para que España conceda de manera inmediata la autonomía al territorio y el control saharaui de la explotación de los recursos naturales hasta el momento de la independencia. Pérez de Lema, conciliador, acude personalmente a disolverla. Pero los congregados se resisten y los legionarios que la rodean cada vez están más nerviosos. Unos niños empiezan a lanzar piedras y se produce la reacción. Es la primera «intifada» saharaui. Hay tiros y heridos. En las redadas posteriores Bassiri es detenido y después se le da por desaparecido, surgiendo dos versiones, o ha muerto torturado durante los interrogatorios, o tras haberlo soltado en la frontera la policía marroquí lo ha liquidado. Un suceso que, por otra parte, no es extraño para muchos peninsulares involucrados en la emergente agitación obrera y universitaria de la época.

Esta dura represión del primer movimiento nacionalista saharaui, pacifista y por la autonomía, tiene importantes consecuencias. Señala la ruptura generacional entre los viejos cheijs, acomodados a los beneficios de la administración española, y los jóvenes saharauis, hartos del sistema tribal paternalista y de las diferencias económicas que genera la colonización española. Ellos lo quieren todo y ahora. Su creciente radicalización les llevará en poco tiempo a optar por la lucha armada.

A los norteamericanos los mecanismos legales que Carrero Blanco ha puesto en marcha para asegurar la continuidad del régimen no les interesan, están preocupados, desean que, con la muerte del dictador, España se encamine hacia un régimen democrático liberal. Para tantear el terreno, en octubre, Nixon visita España. Como es habitual entre los presidentes de Estados Unidos, no tiene ni la menor idea de adónde viaja. Pero a su lado van Kissinger, consejero de Seguridad Nacional, y nuestro viejo conocido, el ahora ya general, Vernon Walters. El periodista que destapará el caso Watergate, John Woodward, identifica ya, en esa época, a Walters como el agente personal de Hassan II dentro de la administración americana.

Después de pasar protocolariamente por El Pardo, los visitantes se reúnen con Carrero, el hombre fuerte del régimen. La conversación se centra en la política internacional. El almirante da

rienda suelta a su odio contra los eternos demonios de España. Haciendo una comparación con la caída del Imperio romano, les advierte que los enemigos de occidente, como los bárbaros, lo están minando a través de la utilización sesgada de las libertades democráticas. En cuanto al tema del Sáhara su política es inamovible, primero, desarrollo; después, a largo plazo, autodeterminación, cuando la población se encuentre preparada. Kissinger y Walters no se sorprenden, corroboran lo que ya conocen por sus agentes en Madrid. Los informes de la CIA dibujan a Carrero como un personaje antiamericano, ultracatólico y feroz antimasón. Se le considera incorruptible, no manifiesta ningún interés particular por los asuntos económicos o comerciales, excepto cuando afectan a la política del país. En conclusión representa un peligroso estorbo para el desarrollo de los intereses norteamericanos en España. En los meses siguientes los príncipes de España visitan Washington y Nixon les acoge con rango de jefe de Estado. Como en lo prolegómenos a la muerte de Carlos II *el Hechizado,* cuando las grandes potencias hacían planes para repartirse sus dominios, las conversaciones oficiales y extraoficiales con don Juan Carlos durante ese viaje tienen un único propósito, captar al heredero para atraerlo hacia sus objetivos.

Al mismo tiempo en Marruecos la situación continúa deteriorándose de forma acelerada, la tensión social aumenta por la creciente pobreza, a los opositores a la corrupta dictadura de Hassan II se les hace desaparecer o viven en las catacumbas, son los llamados «años de plomo». La alternativa sólo puede venir desde dentro del sistema, desde los jefes militares de confianza del rey. La conspiración sigue el estilo Gadafi, golpe del ejército y eliminación del tirano. Primer intento, en 1971, fiesta en el palacio favorito del rey, apresamiento de todos los invitados. Hassan consigue zafarse vestido de mujer. Segundo intento, al año siguiente, ataque aéreo al avión real. El piloto consigue aterrizar y Hassan se salva milagrosamente. Su «baraka», gracia divina, es incuestionable.

Estados Unidos y Francia quieren evitar a toda costa más riesgos, bastante tienen ya con los socialismos panarabistas de la revolución argelina y de la Libia de Gadafi, es preciso apuntalar la ultramontana monarquía marroquí como sea. Las presiones comienzan. En marzo de 1971 Franco se despierta un día en un

Consejo de Ministros y dice: «Me da la impresión de que hemos pasado estos años con el impermeable puesto. Me temo que si se hurga un poco nos va a salir a la cara la verdadera situación del Sáhara». Vernon Walters, el amigo americano de Hassan II, nombrado recientemente vicedirector de la CIA, se ha puesto manos a la obra. España debe ceder las riquezas del Sáhara a Marruecos. La incorporación del Sáhara, además, aglutinará a su sufrido pueblo alrededor de la monarquía alauita. Sin embargo para poder conseguirlo existe un grave obstáculo, la oposición numantina del gobierno español, en otras palabras, el almirante.

UN NUEVO PROFETA: EL UALI

A principios de 1972 Walters visita de nuevo España en misión secreta con dos objetivos, retomar contactos con vistas a la sucesión de Franco y convencer al gobierno de la entrega del Sáhara. De su entrevista con Carrero, sale cariacontecido, a pesar de las presiones, España no va a abandonar nada.

En los meses siguientes se produce un hecho relevante en la misma perspectiva del futuro reparto del poder, en la capilla de El Pardo se celebra la boda de Carmen, la nieta de Franco, con un nieto de Alfonso XIII, el duque de Cádiz, y algunos miembros de la familia del Generalísimo fantasean con una nueva alternativa a la sucesión de don Juan Carlos. Otras personas cercanas a ese círculo también temen perder sus prerrogativas si Franco desaparece, entre ellos, Arias Navarro, director de la Seguridad del Estado, antimonárquico, recordado en Málaga por su concienzudo trabajo de fiscal durante la guerra por el que había sido apodado *el carnicero de Málaga*. A Carrero Blanco, hacedor del príncipe y guardián del régimen, no dejan de salirle enemigos desde que ha abandonado el mundo de las sombras. Además ya es «vox populi», Franco está gagá y es el valido quien de hecho maneja el poder. Si el almirante no estuviera ahí, los ratones piensan, todavía todo sería posible.

Mientras, en el desierto ha aparecido un nuevo profeta, El Uali. Barbudo, desarrapado, con la sonrisa siempre en los labios, también él es consciente de que el futuro del Sáhara español se decidirá en poco tiempo y propaga una nueva teología de la liberación, los saharauis sólo podrán asumir su futuro como pueblo si acaban con la sociedad tribal, ¡abajo los cheijs y sus privilegios! El mito tribal

de la desigualdad social y cultural entre los diferentes grupos del desierto debe desaparecer. Al principio pide ayuda a la izquierda marroquí pero fracasa, aterrorizados por la represión de Hassan II, sus dirigentes comienzan a transigir con la monarquía por un plato de lentejas. A pesar de todo consigue hacer sus primeros discípulos entre los jóvenes saharauis de Tarfaya y Tantán y organiza una manifestación por la independencia. A partir de ese momento se convierte en una pieza a abatir para la policía marroquí. Huye a Tinduf, en Argelia; después viaja a Libia para convencer a Gadafi con su sonrisa. El líder libio queda seducido, está dispuesto a financiar la aventura. Y ya con dinero en el bolsillo, el predicador viaja a Mauritania para multiplicar sus discípulos entre los refugiados saharauis.

Carrero y Hassan, por sus respectivos servicios de inteligencia, empiezan a saber de este nuevo movimiento revolucionario. El alauita reacciona amenazando a España, si consiente en crear un Estado artificial en el Sáhara, las islas Canarias estarán en peligro de penetración por el gran demonio soviético. Al almirante estas pataletas le traen sin cuidado, sin embargo, para evitar los efectos desestabilizadores de la intoxicación exterior y las maniobras internas con fines oscuros, declara todas las informaciones referidas al Sáhara materia reservada. Es el *black out* informativo, sin noticias buenas noticias. El verano de 1972 transcurre plácidamente, con Consejos de Ministros en el pazo de Meirás y en el palacio de Ayete de San Sebastián.

En septiembre un día lluvioso, un hombre enfundado en una gabardina gris entrega en el hotel Mindanao de Madrid un sobre a Argala, jefe del recién creado comando de ETA en la capital. El sobre contiene un informe explicando los movimientos diarios del vicepresidente del Gobierno por las calles de Madrid. Todas las mañanas acude a oír misa en la residencia de los jesuitas de la calle Serrano, sólo le acompaña un escolta de paisano. El comando de ETA en Madrid está apoyado logísticamente por el conocido dramaturgo Alfonso Sastre, autor de *La taberna fantástica,* y en especial por su mujer, Eva Forest, alias *la tupamara,* ambos díscolos militantes del PCE. Ha comenzado la operación para cargarse a Carrero Blanco, el máximo pilar del régimen y del no abandono del Sáhara.

KISSINGER MUEVE SUS HILOS

El año de 1973 se inicia con la atención internacional puesta en Vietnam y en Oriente Medio. Detrás de estos conflictos continúa la guerra solapada y permanente entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En la agenda del almirante hay un asunto de máxima importancia, la renovación de los acuerdos militares con Estados Unidos. El momento tan esperado por Carrero ha llegado. Hay que darles la vuelta, ya no necesitamos dinero ni armas, sino ventajas políticas, el ingreso en la OTAN y el apoyo para entrar en la Comunidad Europea. Frente a él se sitúa Kissinger, recién nombrado por Nixon secretario de Estado. Uno es el integrista íntegro, el otro, el malabarista del todo vale si el objetivo lo justifica. Como buen judío su obsesión es la seguridad de Israel, y para ello necesita aliados firmes y duraderos en el Mediterráneo. Para esta tarea cuenta con la ayuda de Vernon Walters, el fiel amigo del rey Hassan. Las ventas de armas a Marruecos se multiplican por treinta.

Los cheijs amamantados por la administración española se ponen nerviosos, las palabras de El Uali, como las canciones de los grandes «rockeros» del momento, causan furor entre los jóvenes, su poder está en peligro. El panorama aconseja soltar algo de lastre, Carrero lo sabe, no puede perder tiempo, ha llegado el momento de dar un paso definitivo que desbarate por completo los planes de los conspiradores. Pero ante todo guardando las formas recién creadas, por medio del coronel Rodríguez de Viguri, secretario peninsular de la institución, induce a los miembros de la Yemmaa a escribir una carta a Franco pidiendo la autonomía. Cuando recibe la comunicación oficialmente, Carrero propone además aprobarla con un referéndum. Sin embargo, al llegar la petición a oídos de Hassan II, éste estalla. Decenas de pesqueros españoles son apresados en cuestión de días. Ante el peligro de crisis la respuesta formal a la Yemmaa ha de demorarse, las presiones americanas y francesas sobre España crecen. Mientras, lejos de los despachos oficiales, en el desierto, imparable, la revolución de El Uali sigue su curso. Con sus conjurados crea el «Frente para la liberación de Saquia El Hamra y Río de Oro», el Polisario. La consigna, luchar hasta la independencia. El principal obstáculo, la jerarquía tribal que, como la burguesía para el marxismo, impide la liberación del pueblo. La estrategia, un voraz proselitismo entre la población y la guerra de

guerrillas contra la presencia española, el desierto puede ser tan intrincado e inescrutable como las junglas de Vietnam. El 20 de mayo se produce el primer ataque a un puesto militar. Después habrá otros, con víctimas mortales.

A Carrero le falta una última pieza en su original puzle de régimen autoritario perfecto, la separación formal de las figuras de jefe del Estado y de presidente del Gobierno, hasta entonces unidas en Franco, aunque sea él, desde hace tiempo, quien dirija de hecho todo el sistema. El momento no se puede retrasar más, Franco es un anciano rodeado de arribistas, los asuntos de Estado son muy complejos y el almirante necesita manejar sin cortapisas todos los resortes del poder. Por otra parte si el dictador fallece, su heredero, don Juan Carlos, debería sólo ostentar los poderes propios de las monarquías europeas sin emponzoñarse con los rijosos asuntos diarios del gobierno. En un momento de lucidez Franco recoge, por fin, el apremiante consejo y le nombra presidente del Gobierno. Así ya puede dormitar tranquilo en su despacho cuando le plazca sin necesidad de mirones. Pero Carrero no obtiene el plácet para nombrar todos los ministros del nuevo gabinete. La familia y sus cortesanos logran colarle un submarino en el nuevo gobierno, Franco impone el nombre de Arias Navarro, como ministro de Gobernación, hoy Interior, y por tanto encargado de velar por la seguridad del Estado y del propio Carrero. López Rodó, el valido del valido, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores, el almirante necesita a alguien de su plena confianza y en total sintonía con su ideario para enfrentarse a los graves problemas internacionales que se avecinan. A las pocas semanas reciben un gran regalo, la cumbre de Agadir entre Hassan II, el presidente argelino Bumedian y el presidente mauritano Uld Dada es un desastre, llegan hasta insultarse, Marruecos descubre sus cartas ante sus socios, lo quiere todo, por la razón o por la fuerza. El espíritu de cooperación regional en contra de España ha terminado.

El nuevo presidente del Gobierno sabe que no queda mucho tiempo para el desenlace, si se pierde la confianza de los cheijs, sus planes de «no abandono» fracasarán. Es preciso volver a barajar y sacar un comodín, Mauritania, el flanco más débil. Llega otra vez septiembre con sus vientos y sus cambios. Lleva meditándolo todo el verano, se trata de dar un paso inusitado que puede resultar fatal

no sólo para él sino para el propio régimen en ese contexto de guerra fría total. En el palacio de Ayete de San Sebastián se reúne con el ministro de Asuntos Exteriores mauritano. Para asombro de todos se atreve a lanzar una tercera vía en la esfera internacional en contra de los intereses norteamericanos, «es lógica la aspiración de los pueblos del tercer mundo a poder beneficiarse de sus propios recursos naturales y a no ser víctimas de un neocapitalismo económico». El ministro mauritano se queda entusiasmado y se rinde a la tesis de Carrero sobre una independencia a largo plazo, «somos la misma familia, lo que es bueno para los saharauis es bueno para los mauritanos. Si el Sáhara es independiente, todos ganamos, nosotros recibimos de Francia y ellos de España». Días después Franco responde por carta a la Yemmaa, España acepta la autonomía del Sáhara. La autodeterminación de los saharauis vendrá cuando ellos mismos decidan.

Alrededor, como un bosque que se incendia en verano, la tensión internacional crece imparable. Estalla la guerra de Yom Kippur entre árabes e israelíes. La renegociación de los acuerdos militares está estancada, Carrero niega a Estados Unidos el uso de sus bases en nuestro territorio para ayudar a Israel frente a los árabes. En Nueva York el ministro López Rodó informa al mundo que el gobierno español ha aprobado las bases para la autonomía del Sáhara. Después de un periodo transitorio, dos o tres años, de acuerdo con las resoluciones de la ONU, habrá un referéndum de autodeterminación y, acto seguido, la independencia, no hay marcha atrás en la decisión de España, la potencia administradora del territorio.

Carrero es incluso capaz de sentarse a hablar con el demonio soviético. Prueba, aún más audaz, de este giro maquiavélico del nuevo gobierno hacia una tercera vía internacional para proteger la futura independencia del Sáhara es el increíble encuentro entre López Rodó, ministro de Franco, y Gromyko, el ministro de Asuntos Exteriores soviético. El otro gran «demonio», ¿por qué no?, también puede ser un aliado en este momento crucial. El hombre de Carrero le explica de manera pormenorizada quiénes son los saharauis, nómadas del desierto, hombres libres sin vinculación precolonial con nadie, España no va a aceptar la anexión del Sáhara a ningún otro Estado. El ministro español hace hincapié en que los famosos

fosfatos son del pueblo saharaui, todavía no han dado beneficios en relación con la gran inversión realizada. El único peligro a la autodeterminación de los saharauis es Marruecos, no hay ningún problema en proporcionarle documentación con todos los detalles. Gromyko, impresionado por el encuentro, promete, sin dudarlo, su apoyo a la futura independencia.

Asesinato de Carrero Blanco

Los servicios de información de todos los interesados funcionan rápido. La respuesta de Hassan a la maniobra española es inmediata y va dirigida a Washington, también él puede alterar de forma unilateral las reglas del juego y lanza un órdago, no puede más, «estamos dispuestos a aliarnos con quien sea si surge en el Sáhara una situación que ponga en peligro la seguridad de Marruecos o que afecte a sus intereses o a la dignidad de la monarquía alauita». Para el rey de Marruecos, un realista, la dinámica de la guerra fría no puede admitir caminos intermedios, su chantaje a Kissinger es evidente, o nos ayudas o acudiremos a los odiados soviéticos. Francia, por su parte, también se apresura a actuar, el ministro Jobert se entrevista con López Rodó y llueven las amenazas, no a la OTAN, no a la Comunidad Europea, para España no habrá nada. Al mismo tiempo los apresamientos pesqueros de Marruecos aumentan y, por iniciativa de los países africanos amigos de Francia, reaparece en la agenda de la Organización de Estados Africanos el apoyo a la descolonización de las islas Canarias. Sin embargo en su Escorial del Paseo de la Castellana, número 3, Carrero aguanta, no cederá, por encima de su cadáver.

Sorprendentemente el comando de ETA en Madrid sigue sus actividades con total impunidad. En un momento de máxima tensión para el régimen, en el que las redes de inteligencia del Estado trabajan a pleno rendimiento por las crecientes turbulencias obreras y universitarias, sobre todo en la capital de España, y en concreto en el protegido barrio de Salamanca, el etarra Atxulo compra un semisótano en la calle Claudio Coello, enfrente de la iglesia de los jesuitas, a menos de cien metros de la embajada norteamericana. El portero, un antiguo policía, tampoco advierte nada extraño en aquel melenudo de acento vasco. Los etarras enseguida comienzan a excavar un túnel bajo la calle. La estación de la CIA en la cercana embajada está dotada de equipos de alta

tecnología capaces de detectar cualquier acto extraño en los alrededores, incluidos posibles túneles o movimientos de sospechosos.

Estamos en diciembre de este funesto año, sol de invierno, Kissinger, a pesar de todo, quiere hacer un último intento. Viaja a Madrid a tener la última conversación con Carrero. El día 19, en el número 3 del Paseo de la Castellana, ante López Rodó, se lleva a cabo la entrevista. El fariseo se enfrenta sin éxito a la integridad del iluminado. Es inútil, ni aperturismo ni Sáhara, no hay nada que hacer, él es el problema.

A la mañana siguiente las aceras de la embajada americana aparecen vacías de coches. Vehículos de la seguridad militar patrullan la zona, en la operación participan futuros conspiradores del 23-F como Pardo Zancada, Cortina y San Martín. Cuando el coche oficial del almirante Carrero Blanco atraviesa la calle Claudio Coello salta por los aires. A las pocas horas está muerto. Sin embargo no hay reacción inmediata. Como si nada hubiera pasado a pesar del magnicidio, las carreteras de la capital, el aeropuerto, continúan despejados, sin controles. De repente un teléfono suena en la embajada española en París. Es la policía francesa, saben quiénes son los autores del crimen y se ofrecen a entregarlos. El embajador, Cortina Mauri, amigo íntimo de Arias Navarro, ante el asombro de sus colaboradores, rechaza el ofrecimiento.

Al día siguiente el cortejo del entierro del almirante es presidido por el príncipe don Juan Carlos, a cara descubierta, sin seguridad. En el cortejo, Gerald Ford, vicepresidente de Nixon y futuro presidente de Estados Unidos. Todos caminan tranquilos, sin protección, aparentemente seguros de que nada les puede pasar. En la misa de funeral bajo la enorme bóveda de la iglesia de San Francisco el Grande, aparte de la familia del finado, sólo llora una persona, el general Franco. Ahora sí que está solo. Carrero, su otro yo siempre leal, hasta casi el final, siempre en las sombras. Y cuando, por fin, le dejó sacar la cabeza, en cuestión de meses, se la cortaron.

La familia también ha ganado. Franco, un anciano, tiene poco margen de maniobra, más bien ninguno, y, resignado, nombra nuevo presidente del Gobierno a Carlos Arias Navarro, que llama de inmediato a Cortina Mauri para el puesto de ministro de Asuntos

Exteriores. La jugada parece haberles salido redonda. Pocas semanas después de la muerte del almirante, en una recepción en El Pardo, una fotografía tomada por la agencia EFE muestra a doña Carmen, la mujer de Franco, bromeando con Arias Navarro, él se ríe a carcajadas.

El magistrado nombrado instructor del magnicidio, Luis de la Torre, elabora un extenso sumario del crimen, pero cuando intenta investigar a sus inspiradores y cómplices, le paran los pies. Nunca llega a redactar las conclusiones, el Tribunal Supremo le obliga a pasar el asunto a la justicia militar y su carrera judicial es torpedeada. Años más tarde comentaría su convencimiento en la participación de la CIA y de algunos servicios de la seguridad del Estado, «aquí hay tantos que querían quitarse de en medio a Carrero». Santiago Carrillo añadiría: «Desde los años de las guerrillas yo tenía muy clara una cosa: que no se podía trabajar en una ciudad española como lo hizo el comando y menos en pleno Madrid durante varias semanas, sin que ese trabajo fuera detectado por la policía. Si se piensa que el día anterior a la muerte de Carrero, el secretario de Estado norteamericano Kissinger visitó Madrid y que estuvo en la embajada americana, muy cerca de donde moriría Carrero horas después, hay que pensar que los servicios de seguridad españoles y americanos peinaron la zona. Para mí que había mucha gente interesada, aparte de ETA, en que desapareciera Carrero».

José Luis de Vilallonga, en su libro de conversaciones con el Rey, comenta «es posible que no sepa nada, que no esté al corriente del asunto, aunque me extrañaría, pero noté enseguida que no había que insistir porque era un tema que le molestaba». Él mismo quiso en su día hacer un libro sobre el asesinato de Carrero. Llamado a capítulo por el ministro del Interior francés del momento, se le aconsejó que no lo hiciera.

El biógrafo oficial de Carrero, Javier Tusell, silencia todo lo relativo a la posible participación de la CIA en su asesinato. A juicio de su rival, Ricardo de la Cierva, la razón está en que Tusell era amigo o colaborador de la CIA y su nombre aparecería en las listas de dicha organización.

De lo que no cabe duda es de que la muerte del almirante benefició los planes de Kissinger en su guerra planetaria y despejó a

Hassan II su camino hacia el Sáhara. Sí, Carrero Blanco pudo ser la primera víctima.

IV

La última batalla del General

Sin embargo Franco sigue vivo. Y aunque ahora rodeado de intrigas familiares y servidores desleales, el General sólo quiere dormir, soñar, evadirse de tanta comedia. Para el anciano, sin embargo, el tema del Sáhara, para sorpresa de todos los interesados, sigue siendo sagrado. Los médicos suelen decir que a esas edades las personas recuerdan mejor detalles de su infancia y juventud que el día en el que viven, el General tiene más frescas en su cabeza las hazañas contra los moros que le llevaron a ser el general más joven de Europa que el acta del último Consejo de Ministros. Cuando a principios de 1974, Antonio Carro, nuevo ministro de la Presidencia y encargado del Sáhara, acude a El Pardo a proponerle una nueva política para el territorio, el viejo general le corta en seco, no habrá cambios, «si hay que ir a la guerra, vamos». Este peculiar asunto le ha devuelto la energía.

Por el contrario a Arias Navarro el Sáhara no le importa nada. Como peón de la familia, su preocupación es parchear el difícil día a día y asegurarse el control del aparato ante la cercana muerte de Franco para que todo quede bien atado. Son Cortina Mauri y Antonio Carro los que llevan la batuta de este tema, el primero ante la ONU y el segundo ante los saharauis. Por el momento todo sigue igual por la posición inamovible del jefe del Estado a pesar de la insistencia de franceses y norteamericanos. Esta aparente calma se rompe en abril, la revolución de los claveles en Portugal hace caer la dictadura y en el país vecino se instala una junta comunista. El foco revolucionario no está en Lisboa sino en las colonias de ultramar, son los militares que luchaban por la pervivencia del imperio los que han acabado con el sistema. El franquismo se tambalea, los fantasmas crecen, se trata ya abiertamente de la propia supervivencia.

FRANCO EN CAMPAÑA

En junio el presidente Ford, Kissinger y Vernon Walters, cual padrinos de una misma mafia, regresan a España ansiosos por comprobar si hay cambios tras la desaparición de su bestia negra. El

diálogo es fluido y se vuelven satisfechos, aunque el General se mantiene en sus trece, el nuevo gobierno se muestra receptivo, ahora hay espacio para la negociación y el cambalache. En el desierto los ataques del Polisario se extienden. La organización actúa de forma indiscriminada tanto contra objetivos militares como civiles. El Uali, como buen líder revolucionario, no admite medias tintas, todos los saharauis deben colaborar en la lucha contra la presencia española, el que no está conmigo está contra mí. En el seno de las tribus los cheijs se resisten a perder el poder y sus privilegios. Pero en las familias, los hijos se enfrentan a los padres. La sociedad tradicional carece de medios y argumentos sólidos para detener esta marea.

Franco cumple sus promesas. Hace enviar a sus fieles cheijs su proyecto de autonomía y la Yemmaa lo aprueba en julio. Hassan sabe que no tiene tiempo que perder, inmediatamente concentra sus tropas en la frontera sur y sale en todas las emisoras de Marruecos haciendo una llamada a la movilización general, es la guerra. Al mismo tiempo manda a El Pardo una carta llena de amenazas y recibe en privado, uno por uno, a sus odiados partidos políticos, si quieren respirar tienen que apoyar ahora la sagrada causa del Sáhara. Ellos, acosados por la represión, aceptan sin ambages, el tiempo del martirio ha terminado, el rey sabrá ser generoso.

Al recibir la carta del rey de Marruecos, el ritmo cardiaco del caudillo abruptamente se acelera, su senil imaginación le hace retroceder cincuenta años, para verse ahora, otra vez, al mando de sus legionarios frente a los moros, Santiago y cierra España, sus ojos brillan de entusiasmo. Sin embargo su organismo ya no soporta tanta excitación, ese mismo día es ingresado en el hospital por un ataque de tromboflebitis. De acuerdo con la ley de sucesión, el príncipe asume temporalmente los poderes del jefe del Estado.

Mientras el viejo gato duerme los ratones bailan. Durante la convalecencia del dictador, se inician las cesiones al mago Kissinger, el gobierno de Arias Navarro firma una declaración de principios para renegociar las bases militares y se forma un *lobby* promarroquí que comienza a discutir en secreto el precio del abandono del Sáhara. En él destaca la presencia de banqueros como el opusino Valls-Taberner y los estraperlistas March, los Fierro, y por supuesto el ministro Cortina Mauri y el ex ministro y enemigo

de Carrero, Solís, ahora dedicado a los negocios; se comenta que administra los bienes de Hassan en España. Se trata de hacer un solo paquete para todos los productos: seguridad para las Canarias, pesca, fosfatos y, por supuesto, todo eso a cambio de la entrega de la soberanía del territorio. Sólo hay un cabo sin atar, la ONU y su dichoso referéndum, Cortina Mauri, tan cuidadoso con las formas, explica que es inevitable si se quieren hacer las cosas bien. Los marroquíes ponen el grito en el cielo pero Antonio Carro promete encauzarlo, ellos saben muy bien cómo hacer estas cosas. Como garantía de lo hablado, en plena canícula de agosto, Arias suspende la aplicación de la autonomía y comunica a la ONU que la consulta popular se celebrará en el primer semestre de 1975. Franco sigue ausente todo el verano, dormitando bajo los castaños de Meirás, soñando estrategias y tácticas militares, una nueva campaña. A su lado su yerno, el doctor Martínez-Bordiú, cuida que su recuperación sea rápida, la familia lo necesita de vuelta en el poder cuanto antes para que don Juan Carlos regrese por donde ha venido. En el desierto el santón El Uali celebra el segundo congreso del Polisario. De su boca continúan saliendo consignas revolucionarias, libertad, igualdad y fraternidad, todos a una, como Fuenteovejuna, se acabó la esclavitud del hombre sobre la mujer, de los blancos sobre los negros, de los padres sobre los hijos. Sólo hay un pueblo. El nuevo evangelio se transmite boca a boca por todo el bidan. Los atentados se multiplican, hace saltar la cinta que transporta los fosfatos, el oro del Sáhara. El muy atrevido escribe a Hassan, «más te valdría dedicar los recursos de la guerra que se avecina a poder dar de comer a tu pueblo todos los días».

La operación PUNS

Por fin acabado el verano el General, muy debilitado, reasume sus funciones. El príncipe, decepcionado, regresa al vacío de la Zarzuela. La familia, por el momento, ha ganado. Arias vuelve a tener las manos atadas en el Sáhara, no obstante, para crear un clima de opinión propicio al abandono, pone fin a la opacidad informativa de Carrero, hay que sacarlo todo a la luz para que se descomponga. De cara al referéndum anunciado ante la ONU, el ejército lleva a cabo el censo de los saharauis, el desierto se llena de pequeñas oficinas de campaña. Pero faltan mecanismos para garantizar el resultado, Carro y Arias necesitan con urgencia un

partido político que haga la contra al Polisario y que sea fácil de manipular. Nace así el Partido de Unión Nacional Saharaui, PUNS, a su frente se coloca a un tal Jalihenna Uld Rachid, ergueibat de confianza, de la misma fracción tribal que El Uali, un ingeniero recién licenciado casado con una peninsular.

Con una buena cantidad de dinero en el bolsillo, el nuevo líder saharaui reaparece en El Aaiún para captar adeptos. En principio el PUNS promueve la política oficial, promete independencia pero siempre al amparo de España. Sin embargo a pesar de estas importantes maniobras, el resucitado espíritu de Franco no permite mucho más a Arias Navarro y a sus colaboradores. Durante los Consejos de Ministros, en los que hace un breve y protocolario acto de presencia, no pierde ocasión de volver a la carga, «los marroquíes han sido nuestros enemigos tradicionales, y seguirán siéndolo. Debemos entendernos con Argelia». Siguiendo a su llorado Carrero, el General también es consciente de que España sólo puede mantenerse jugando con los adversarios regionales de Marruecos. Pero el flanco mauritano comienza a sucumbir por las presiones francesas.

Hassan no confía en los españoles para vencer en el referéndum, debe ganar tiempo como sea para que no llegue a celebrarse. Aconsejado por Francia lleva a España ante el Tribunal Internacional de La Haya, la pregunta planteada a los jueces internacionales es, ¿de quién es el Sáhara? La ONU, presionada por Kissinger y sus aliados, acepta retrasar la consulta popular hasta que se conozca la respuesta del alto tribunal. La posición oficial de España refleja una polvorienta concepción de la realidad sacada de un viejo arcón de las guerras de Flandes, el Sáhara no era de nadie, cuando llegamos no había nada, uno tiene derecho a quedarse con lo que está vacío. Marroquíes y mauritanos a su vez presentan respectivamente sus pruebas de soberanía previas a la llegada española: ambiguas cartas del sultán y frágiles contratos de propiedad de emires mauritanos, poca cosa. Al mismo tiempo en los foros internacionales aparece una campaña por la marroquinidad de Ceuta y Melilla que misteriosamente va acompañada del estallido de bombas en ambas ciudades. En esos días, por el norte del Sáhara, se infiltran saboteadores cuyas acciones se añaden a las de los polisarios. La estrategia marroquí es atacar por todos los flancos. A

pesar de todo El Uali sigue empeñado en interpretar la situación como un conflicto colonial y no neocolonial, presionando con sus ataques sólo a los españoles. Este error de percepción, claramente anclado en la desfasada dialéctica marxista, será fatal para su causa.

El año 1975 comienza con otra audaz maniobra del monarca alauita. El fin del General está muy cerca, no queda otra que trabajarse directamente al sucesor. Hassan II invita a don Juan de Borbón, padre del príncipe, a las mil y una noches de Marrakech, y le pone las cartas sobre la mesa al conde de Barcelona: dos bases militares para proteger las Canarias, el 50 por ciento de Fos Bucraa, la empresa nacional que explota los fosfatos, y libertad de pesca para los pescadores canarios. De lo contario si hay referéndum, se instalará en el Sáhara un régimen radical con apoyo argelino que terminará por derribar a la monarquía marroquí. Entonces, con los comunistas en Portugal, la futura monarquía del príncipe tendría los días contados, antiguo régimen somos todos desde la Revolución francesa. Don Juan inmediatamente redacta un informe completo que envía a su hijo.

Ese invierno el *lobby* promarroquí es muy activo en los despachos del Alto Estado Mayor en Madrid. A esta labor colabora la CIA, que ya está infiltrada en esos ambientes, y obtiene su fruto. En un informe al gobierno advierte que una República independiente del Polisario, apoyada por Argelia, haría que se extendiera la influencia del MPAIAC, el movimiento independentista canario. Arias y Carro siguen así añadiendo argumentos al abandono. Esta falta de coherencia llega al territorio, la suspensión del plan de autonomía es una puñalada a la oligarquía tradicional, los cheijs no saben qué hacer, los españoles ya están haciendo las maletas y la juventud rebelde del Polisario les obliga a hacerse el harakiri. Muchos de ellos, miembros del incipiente PUNS, para salvar sus privilegios, descubren nuevos colores, más atractivos, en los regalos que oportunamente llegan de Marruecos. Con consentimiento del Gobierno algunos ricos comerciantes de El Aaiún incluso toman contacto con el embajador marroquí aprovechando sus viajes a Madrid. En El Pardo Franco, cada día más espectral y senil, recibe emocionado por última vez a sus fieles cheijs saharauis, la comitiva oficial va presidida por el imprevisible Al Jatri Yumani, presidente de la Yemmaa.

Sin embargo las cosas no van bien para los conspiradores. La inconsistencia de los argumentos marroquíes y mauritanos en La Haya es muy evidente, la vía judicial va a resultar un fracaso, es preciso adelantarse al desenlace. Además a Hassan II y a Kissinger les llegan informaciones de una creciente simpatía entre los militares españoles destacados en el Sáhara y la causa del Polisario. Aunque el fallo del alto tribunal sea contrario a sus intereses, ese referéndum no debe celebrarse de ninguna de las maneras, hay que recurrir a la fuerza, ahora bien, envuelta en guante blanco. Es la operación «marcha blanca» diseñada por Vernon Walters, el amigo americano, con financiación de Arabia Saudita, y preparación logística y técnica de la CIA. Hassan la teñirá de verde, el color del profeta, para islamizarla, y será la ingeniosa «marcha verde», una retorcida interpretación de la teoría del poder de las masas desarmadas formulada por Ghandi en la era de la resaca posvietnam: ningún idealismo vale más que la vida de un soldado occidental.

A finales de abril en declaraciones a *France-Inter* Hassan deja caer que mantiene un ejército en la frontera del Sáhara «para apoyar la marcha inexorable del pueblo marroquí, con su rey a la cabeza, en el caso de que espíritus amargados pretendiesen iniciar el proceso de autodeterminación en el Sáhara». Todo eso es una pantalla, porque lo genial del plan de Vernon Walters es su carácter pacífico, ocupación del territorio por la fuerza pero sin armas. Sólo así se podrían matar todos los pájaros de un tiro, evitar una guerra con España y, además, dar una coartada al débil gobierno español para su abandono pacífico evitando la intervención de los ávidos buitres argelinos y soviéticos.

El mes siguiente visita solemnemente el Sáhara una misión de la ONU. Jalihenna Uld Rachid, ya comprado en secreto por Marruecos, pide a sus seguidores del PUNS que saquen pancartas pero sólo reclamando el abandono de España y no la independencia del Sáhara. Sin embargo la voz de El Uali ya ha llegado a todos los corazones del desierto y cuando los observadores internacionales aterrizan, les recibe una marea de banderas polisarias que claman a favor de la independencia por las calles de El Aaiún. El mensaje que el líder saharaui quiere transmitir al mundo es claro, aquí hay un

pueblo que exige sus derechos. Estas imágenes inundan las agencias internacionales de noticias para bochorno de los conspiradores, las manipulaciones del censo o el dinero del PUNS resultan inocuos ante el prestigio del Polisario entre los saharauis. El Gobierno asume ahora que el referéndum no se puede celebrar y hay que evitarlo, no se puede cumplir la legalidad internacional. Arias Navarro, a espaldas de Franco, ordena al Alto Estado Mayor preparar un plan de evacuación del territorio, la operación «golondrina». Como la rata que abandona el barco a punto de naufragar, Jalihenna Uld Rachid huye a Marruecos con los fondos del partido bajo el brazo. Hassan II escribe a Franco tratando de manipular por enésima vez sus demonios, «España y toda la región están amenazadas por el comunismo que invade el Sáhara». El General contesta imperturbable, «no habrá abandono sino proceso de descolonización en cooperación con los otros Estados interesados. Si alguien lo altera, España actuará unilateralmente». Pero él, a diferencia de su fiel Carrero, lleva una bomba natural de relojería en su organismo, tiene los días contados de forma inexorable.

El 12 de junio tiene lugar un extraño accidente por la carretera de La Coruña dirección Madrid; un camión se echa encima del coche de Herrero Tejedor, secretario general del Movimiento Nacional y fiscal general del Estado, que muere en el acto. El fallecido nunca había descartado la participación de organizaciones ajenas a ETA en el atentado a Carrero y precisamente acababa de recibir un informe del expediente de instrucción del asesinato del almirante que, al aparecer, apuntaría a la CIA. La agencia de inteligencia norteamericana habría introducido, a través de la base militar de Torrejón, bombas con sensores acústicos y térmicos que se habrían añadido a las de los etarras. Como ministro secretario del Movimiento, es decir, del aparato político del franquismo, Solís, el supuesto testaferro de Hassan, es nombrado en su lugar. La «sonrisa del régimen» regresa al gobierno para colaborar en lo que ya es inminente.

El Uali empieza a tener problemas para moverse por Mauritania, el chantaje francés tiene éxito, hay grupos financieros franceses detrás de los fosfatos. Por otra parte, la ayuda que viene de Libia cada vez es más escasa, no se puede confiar en Gadafi, acaba de

intentar comprar a la cúpula del Polisario haciendo de intermediario de Hassan, que promete autonomía y ministerios en su gobierno. Como Franco, él también termina por aceptar que Argelia es la clave. El presidente de Argelia, Bumedian, le concede una entrevista a regañadientes, es su gran oportunidad. El encuentro durará horas, la magia de su discurso encuentra el terreno abonado. Al igual que con Gadafi, cuando terminan, el líder saharaui ha convencido a Bumedian de que posee otro título, libertador del pueblo saharaui. Para la nomenclatura revolucionaria argelina, el asunto saharaui se convierte a partir de ese instante en algo personal, irrenunciable.

RECONOCIMIENTO ESPAÑOL DEL POLISARIO

A los vendedores del abandono, aparte de la salud del jefe del Estado, les amenaza otro gran escollo, el honor del ejército. El gobernador del Sáhara es el general Gómez de Salazar, un fiel a Franco, que intenta mantener la disciplina ante el creciente descontento con nuestra política entre los residentes españoles en el territorio y la confraternización con los saharauis. En el Alto Estado Mayor en Madrid opinan que la operación «golondrina» debe mantenerse en secreto a toda costa. Ahora bien, antes del abandono es imprescindible liberar a todos los soldados secuestrados por el Polisario para evitar que sean utilizados como rehenes de nuestra política. Cortina Mauri, el formalista, es el encargado de representar el gran engaño a El Uali. Aunque el iluminado es sabio y está bien informado de los preparativos de invasión marroquí, cree en la palabra de Franco, sabe que el General nunca abandonará el Sáhara. Por intermediación del gobernador Gómez de Salazar, el ministro español y el mesías saharaui se reúnen en Argel. Es el reconocimiento oficial español del Polisario a cambio de la liberación de los prisioneros. La noticia se expande por el Sáhara y se celebra, los ataques a las guarniciones del ejército se interrumpen, España cumplirá sus compromisos. Cuando días después se produce el fusilamiento de los terroristas del FRAP y de la ETA por sus asesinatos y se organiza una campaña internacional contra el gobierno español, Argelia, socialista y revolucionaria, es el único país que sale en nuestra defensa, «España es víctima de un complot sionista internacional».

En Nueva York en el marco de la Asamblea General de la ONU

Cortina Mauri se apresura a reunirse con Kissinger para revisar los detalles del plan B ante lo que está a punto de producirse, el dictamen del Tribunal de La Haya. El ministro español quiere salvar la imagen de nuestro país a toda costa, las apariencias son muy importantes. En esos días las tropas marroquíes son acuarteladas y se suspenden todos los permisos. Hassan II se instala en su palacio de Marrakech, el mismo lugar desde donde había dirigido la guerra de 1963 contra Argelia.

Mientras, en el Sáhara, en medio de ese clima de confraternización y euforia provocado por el acuerdo entre el gobierno español y el Polisario, los cheijs son convocados por El Uali. Es el 12 de octubre, fiesta nacional de España, y a partir de ese momento, en agradecimiento a Franco, fiesta nacional del futuro Sáhara independiente. Al llamamiento acuden todos, incluidos los antiguos militantes del ya extinto PUNS, temerosos ahora de perder sus bienes ante la revolución polisaria que se avecina. El líder supremo les calma, «lo único que les pido es que no vendan su dignidad a cambio de algo 'material', porque por encima de todo está la dignidad de cada uno y la dignidad de todo un pueblo». Y para convencerles de lo acertado de su apoyo ante la invasión marroquí les arenga: «¿Por qué conformaros con ser jefes de tribu si podéis ser los padres de todo un pueblo?». Ellos acatan y como tales cheijs en la nueva sociedad saharaui dejan de existir.

El subdirector de la CIA, el correoso Vernon Walters, viaja entonces a Marruecos y después hace una visita secreta a Madrid. La operación «marcha blanca», por sus riesgos, sólo puede llevarse a cabo como última opción. Se reúne con miembros del Gobierno, deben abandonarlo todo ya, no hay tiempo que perder. Sin embargo los burócratas no pueden prometer nada, Franco sigue vigilándolos desde su ensueño de El Pardo. Como último recurso Walters se entrevista con el príncipe. Don Juan Carlos vive momentos difíciles, necesita todos los apoyos para sus propios planes de transición. Con su suave español refinado en sus viajes a tantas dictaduras latinoamericanas, el amigo americano le expone con claridad lo que se juega, la monarquía en España sólo tiene futuro con el apoyo norteamericano, y éste pasa por la cesión del Sáhara. Alteza, o lo toma o lo deja.

El aire se vuelve espeso, todos son conscientes de la

irreversibilidad de ciertos procesos, especialmente en un octogenario que se aferra de forma inútil a una vida cuyo único sentido ha sido desde hace decenios el ejercicio absoluto del poder. El día 14 Franco sufre un primer amago de infarto. Dos días después, el 16, el Tribunal Internacional de Justicia emite su dictamen: cuando España llegó al Sáhara no era un territorio vacío, ya tenía dueño, el pueblo saharaui, y no existen vínculos suficientes de soberanía de ese pueblo con Marruecos o con Mauritania que impidan su derecho inalienable a la autodeterminación. Inmediatamente el plan B se pone en marcha.

LA MARCHA VERDE

Esa misma tarde Hassan II aparece en todas las emisoras del país con el Corán en la mano. Emulando el famoso discurso de Martin Luther King, el rey inicia una conversación íntima con su pueblo. «Anoche tuve un sueño. Dios me habló». Suspira con profundidad y prosigue, «quiere que ocupemos pacíficamente lo que es nuestro. Sé querido pueblo, que tú me comprendes». Es la marcha verde. A las mismas horas, por mediación de Francia, Mauritania acepta repartirse el Sáhara con los marroquíes, y Kissinger, en la Casa Blanca, miente al ignorante Ford diciéndole que el dictamen es favorable a Hassan II. El presidente, en su aturdimiento de señor del mundo, le da manos libres para que actúe como considere más oportuno para los intereses norteamericanos.

Al día siguiente se celebra en El Pardo, un Consejo de Ministros con carácter de urgencia, con la presencia de todos los altos mandos militares en Ceuta, Melilla y el Sáhara. El General no ha pegado ojo, su corazón bate con fuerza, en sus ojos acuosos hay brillos de campo de batalla. Una vez más venceremos a los moros. En la sala contigua un equipo médico está preparado por si acaso. Efectivamente, nada más empezar a debatir la amenaza marroquí, Franco siente un fuerte dolor en el pecho. Es otro infarto, le sacan en volandas, y vuelve al mundo de los sueños, del cual ya no saldrá. Arias Navarro no se inmuta, el debate prosigue en el consejo, ya no quedan obstáculos para el abandono. Los médicos confirman, poco después, que Franco no está capacitado para reasumir sus funciones. Esa noche de madrugada, Arias llama a Solís, viajará a Marruecos en secreto para negociar los términos definitivos del abandono español. Cortina Mauri tendrá que dar la cara a nivel

internacional, no habrá referéndum, pero habrá que guardar las apariencias hasta el final; los favores se pagan.

En El Aaiún, a pesar de los aires de guerra, la fiesta no ha terminado, se produce conforme a lo pactado el intercambio de prisioneros entre el ejército español y el Polisario. El gobernador Gómez de Salazar, ajeno a cuanto se le avecina, se entrevista con el mesías El Uali. Hay cordialidad, abrazos, días de té y rosas, se invita a los dirigentes del Polisario a bajar a las ciudades sin temor, sólo se está a la espera del aval de la ONU para iniciar los preparativos para el referéndum de autodeterminación. Sin embargo el líder saharaui desconfía, el aire del desierto también se ha enrarecido, demasiadas nubes para esta época del año.

Tras el fructífero encuentro con su amigo Solís, Hassan informa a Kissinger que se ha llegado a un principio de acuerdo, nos vamos. Aunque todavía todo pende de un hilo, el mago, por fin, puede respirar. Sí, habrá una marcha, pero limitada y simbólica, para calmar a las hambrientas masas marroquíes, que sólo se internarán diez kilómetros en el Sáhara durante cuarenta y ocho horas. En el Sáhara la ingenuidad reina, el Polisario se mueve libremente a pesar de que algunas bombas estallan en El Aaiún accionadas por infiltrados marroquíes.

A Hassan ya no hay quien lo pare. Sin pestañear rechaza el plan que le propone «in extremis» la ONU, a saber, abandono de España, administración internacional y referéndum manipulado, al modo de Indonesia en Papua Occidental, para que no haya quiebra de la legalidad internacional. Advertido de lo que se cuece, el ministro argelino de Asuntos Exteriores corre a Madrid para saber lo que está pasando y le comunican que la suerte está echada, de nada valen sus amenazas de cortar el suministro de gas, las monarquías del golfo avalan toda la operación.

Franco no se recupera, su estado es irreversible. El 30 de octubre de 1975, el príncipe asume de nuevo los poderes del jefe del Estado, comienza la transición. Por la frontera norte del Sáhara penetran unidades militares marroquíes. La primera tarea de don Juan Carlos, calmar al ejército. Su humillación puede hacer saltar el plan ya en marcha. Para que Hassan no tense más la cuerda envía a su confidente y amigo de tantas historias, Manuel Prado y Colón de Carvajal, a entrevistarse con los amigos de la transición, Kissinger y

Giscard. El príncipe necesita tiempo.

El gobernador Gómez de Salazar es informado por el Gobierno de la decisión de abandono y de la puesta en marcha del plan «golondrina». El 10 de noviembre es la fecha negociada para iniciar la retirada, hay que preparar ya el terreno para la ocupación marroquí. Gómez de Salazar, un humillado servidor del interés nacional, es el primero en experimentar la vergüenza del abandono. Sin dar más explicaciones a sus subordinados, el 31 decreta el toque de queda en las ciudades y desarma y licencia a todos los saharauis que sirven en el ejército. Todo se rompe. Los dirigentes polisarios huyen al desierto, España les ha traicionado. Entre los militares españoles cunde la frustración y las ganas de combatir, algunos pasan sus armas al Polisario.

El abandono

Sólo el príncipe puede parar un levantamiento de las tropas. Como él mismo dice, «los militares necesitan que se les mande», y él es ahora el heredero de Franco. El 2 de noviembre, en medio de vítores, aterriza en el desierto. Todos creen que ha venido, como hubiera hecho el general moribundo, a ponerse al mando de las tropas contra Marruecos. En el Casino Militar de El Aaiún, ante las caras de circunstancias del gobernador y de los altos mandos, proclama ante jefes y oficiales, «España cumplirá sus compromisos». El ambiente se relaja al instante. Pero acto seguido añade «no se debe poner vida humana alguna en peligro cuando se ofrecen soluciones justas y desinteresadas y se busca con afán la cooperación y entendimiento entre los pueblos», en otras palabras, una guerra sería inútil, el destino de los saharauis ya está decidido, nosotros a lo nuestro, que no es poco. El futuro monarca sigue así el guion que le han preparado en esta farsa. Y se va. Muchos ilusos se quedarán con la primera parte del discurso. La verdad, sin embargo, viene envuelta en esa maquiavélica segunda parte, qué vale una vida humana. El honor tiene ahora un precio humanitario. París bien vale una misa, que dijo su antepasado.

El día 6, bajo un terrible siroco, la marcha de los desarrapados de Hassan comienza. Agitan banderas verdes, en sus manos Coranes editados en algún lugar de Texas. Han acudido a la llamada desde todos los confines del reino, cantan y gritan consignas patrióticas. Pero aún falta algo, Hassan no es tonto, las palabras se las lleva el

viento, España todavía no ha hecho una declaración pública de su abandono, pues quedan por negociar los gruesos flecos del acuerdo, la sustancia. El gobierno español lo sabe y teme que la marcha no se detenga en los diez kilómetros acordados. El ministro Carro viaja a la desesperada hasta Agadir, donde Hassan le hace esperar durante horas. Al final se firman las condiciones de la venta. Al día siguiente la marcha se detiene. En todos estos días el Consejo de Seguridad de la ONU, el selecto club de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial que todavía dirige el mundo, de acuerdo con las instrucciones de Kissinger, lejos de condenar a Marruecos, se ha limitado a pedir negociaciones y buena voluntad entre las partes, la coartada ha funcionado a la perfección, como los desarrapados van desarmados, en ningún momento Marruecos ha cometido un acto de agresión contra España.

Al Jatri Yumani, peligroso presidente de la Yemmaa saharaui y, hasta el momento, favorable al Polisario, viaja precipitadamente a Madrid. A su llegada, en rueda de prensa, declara que su pueblo no aceptará la entrega a Marruecos, confían en España para la defensa de sus fronteras. Sin embargo por la tarde, tras entrevistarse con el ministro Carro, toma un avión militar marroquí y se postra a los pies de Hassan II, le besa la mano, ya están vendidos. El Uali se da cuenta de la maniobra de inmediato, su obsesión, desde ese instante, es disolver la Yemmaa, nadie puede sustituir la voluntad del pueblo. El ejército español poco a poco abandona el interior del territorio y permanece en las ciudades. Las fuerzas marroquíes, en una maniobra envolvente, intentan ocupar las poblaciones cercanas a la frontera con Argelia para impedir todo contacto. El Polisario es la única fuerza oponente sobre el terreno. El presidente de Argelia, Bumedian, a la desesperada, pide a Mauritania que se aparte de Marruecos, «el Polisario os barrerá». No hay respuesta. Pero Argelia sí que responderá a la traición española haciendo de su territorio, a partir de ese momento, refugio y campo de entrenamiento para etarras.

Por fin el gran día llega. El 14 de noviembre se firman en el palacio de la Zarzuela, en presencia del príncipe, los acuerdos con Marruecos y Mauritania que confirman el abandono y el precio de la venta, libertad de pesca durante veinte años y conservar el 35 por ciento de los fosfatos. Para continuar con la farsa uno de los

apartados estipula que la voluntad del pueblo saharaui, expresada por la Yemmaa, será respetada. Pocos días después para cumplir con la legalidad española, el ministro Carro se presenta ante las Cortes franquistas con un proyecto de ley sobre la descolonización del Sáhara. Su único artículo autoriza al Gobierno a entablar negociaciones como considere oportuno. Es aprobado. La ley, con su único artículo, no saldrá publicada en el BOE hasta dos años más tarde, es la última ley del franquismo.

El 20 de noviembre Franco deja de existir. Los saharauis han perdido a su último adalid. El dictador, aunque caudillo, no es un Cid que pueda ganar batallas muerto. El príncipe es proclamado jefe del Estado a título de rey. Las dos piezas, Sáhara para Marruecos y transición democrática para España, van encajando. En la recepción del Palacio Real de Madrid todos sonríen, Arias Navarro y los suyos, no pueden imaginar que ellos serán las próximas víctimas. Junto a ellos Fernández-Miranda, antiguo hombre de confianza de Carrero y ahora cabeza de los aperturistas del régimen, Ford, el presidente norteamericano, Giscard d'Estaing, el presidente de la República francesa, y por supuesto, el hijo del ganador de la partida, el príncipe heredero de Marruecos, futuro Mohammed VI, entonces sólo un niño inocente.

SIN MIRAR ATRÁS

A los pocos días el humillado ejército español hace entrega de las principales ciudades del Sáhara occidental a los marroquíes. El precio que paga Hassan por la presa es el adecuado a juicio de los franceses, ceder el sur de la colonia a los mauritanos. Se compra así el silencio de la familia de los desahuciados, los saharauis del sur, todo sigue encajando. Al enterarse de la traición El Uali escribe al presidente de Mauritania, «comprometer al pueblo mauritano en una guerra contra su hermano saharaui es una gran responsabilidad para el que tenga conciencia. Teme a dios Mohtar».

El 12 de diciembre se forma el primer gobierno de la monarquía. Los valientes reciben su premio, Arias Navarro se mantiene como presidente del Gobierno; Solís, el gran facilitador, cambia de cartera. En sustitución del quemado Cortina Mauri, llega Areilza con aires de que aquí no ha pasado nada, año cero. Por su parte el embajador de España en Marruecos, Martín Gomero, otro colaborador necesario de Hassan, es nombrado ministro de

Información y Turismo. En enero se firma un nuevo tratado de amistad y cooperación con Estados Unidos. Es la medalla que Kissinger pone a los herederos del franquismo por lo bien que se han portado, viva la transición. Claro que el nuevo acuerdo no tiene nada de generoso, las cuatro bases militares permanecen y la ayuda financiera resulta irrelevante. Las exigencias del integrista Carrero ya no interesan, las ventajas políticas han sido tantas...

En cuanto a la antigua colonia los saharauis deben decidir en cuestión de horas entre aceptar la ocupación o huir al desierto para reagruparse y organizar la resistencia. Las familias se separan, los que se quedan intentan proteger sus propiedades, los que se van buscan la victoria sobre los invasores. Desde el aire los F5 bombardean con napalm y fósforo blanco todo lo que se mueva sobre el árido suelo. En un lugar perdido entre las montañas, el gurú de la lucha hasta el final, El Uali, consigue, por fin, reunir a la mayor parte de la Yemmaa, los viejos jerarcas tribales ya sin futuro por la muerte del padrecito Franco. Ellos mismos se hacen el harakiri y se autodisuelven para denunciar la vergüenza del fin de la colonización española. Ya tiene lo que necesitaba, de esta forma, Hassan y España pierden una de sus cartas para legitimar el abandono de forma legal, los acuerdos de Madrid ya no se pueden cumplir.

Pero a ellos no les importa, lo fundamental es la ONU, obtener cuanto antes el imprescindible respaldo internacional. Si los acuerdos no son refrendados por la Asamblea General de la ONU de forma internacional, serán papel mojado. Kissinger y Giscard mueven con habilidad sus hilos ante la torpeza diplomática marroquí y la esquizofrénica parálisis del también avergonzado representante español, Jaime de Piniés. Frente a ellos Argelia trata de remover las conciencias de todos los países surgidos del colonialismo, una tarea casi imposible, son todos pobres de solemnidad. Pero el siempre activo frente antioccidental liderado por los soviéticos inclina la balanza a su favor, la Asamblea General de las Naciones Unidas no reconoce los acuerdos firmados en la Zarzuela, España sigue siendo legalmente la potencia administradora del Sáhara occidental. Para el derecho internacional, la entrega española del territorio a marroquíes y mauritanos es ilegal. De todo lo que hagan en el Sáhara contra los

intereses de sus habitantes, el gobierno de Madrid continuará siendo responsable a nivel internacional. Aun así, el nuevo gobierno español, cobarde, no quiere dar marcha atrás, ante todo debe responder a sus espurios compromisos con Marruecos, Mauritania y los padrinos norteamericano y francés, y el 26 de febrero de 1976, por medio del pobre de Piniés, envía una carta a la ONU en la que hace saber que abandona definitivamente el territorio desligándose de forma unilateral de cualquier responsabilidad internacional con respecto al mismo, como si esto fuera tan fácil como dejar a una novia, con una simple carta. En el último párrafo, no obstante, se hace una consideración fundamental para salvar la cara: «la descolonización del Sáhara occidental culminará cuando la opinión de la población saharaui se haya expresado válidamente», bravo, Areilza.

Sin embargo de esta trascendental realidad jurídica se olvidará El Uali y sus aliados argelinos. Optando por el idealismo de los sueños para gran regocijo de sus enemigos, prefieren crear el reino de los justos en la tierra. Con la mitad de la población saharaui atrapada por la ocupación y la otra refugiada en el sur de Argelia, el carismático líder proclama la creación de la República Árabe Saharaui Democrática. Al día siguiente se arría la última bandera española y el último contingente español abandona el territorio. En agosto, por decreto, el consecuente primer gobierno de Adolfo Suárez retira a todos los saharauis la nacionalidad española, convirtiéndoles en apátridas en el peor momento de su existencia.

En los meses siguientes de pleno fragor por la supervivencia, El Uali sufre, una vez más otro momento de ingenuidad, cree todavía que la honestidad de su discurso puede cambiar el sino de su pueblo y escribe al ya rey don Juan Carlos, «por nuestra fe en que la Casa de los Borbones siempre ha defendido el prestigio de España. Los acuerdos convierten a España en una parte amoral, inhumana y desleal; nos ha vendido. ¿Cuál es el beneficio para España? Lo que los saharauis le podrían dar nunca lo obtendrá de los marroquíes. La integridad de España se verá amenazada, si no es ahora, será mañana, Canarias. ¿No sería posible que su majestad ilumine la historia de vuestra familia y conserve su reinado mediante la devolución de la dignidad a su pueblo y la responsabilidad a su país?». Nunca habrá respuesta a su carta.

V

Solos

En España los nuevos «caudillos» de la madre patria sufren un proceso de amnesia progresiva. Y sabrán dar una justificación moral para su felonía, les abandonamos agobiados por las terribles circunstancias del cambio de régimen, pero ahora todo eso es agua pasada. Es la hora de una productiva neutralidad ante el conflicto, que no se alterará en los sucesivos cambios de gobierno, centristas, socialistas o populares, todos defienden la misma ficción, aquello nada tiene que ver con nosotros, pero, pobrecitos, alguna ayuda humanitaria habrá que mandar a esos refugiados que todavía hablan nuestra lengua.

Ya olvidados, los saharauis, en su lucha, se encuentran completamente solos. Unas semanas antes de la salida definitiva de España, un batallón argelino que combatía con el Polisario es aniquilado por los marroquíes. El Sáhara no merece la vida de nadie. De sus amigos sólo pueden esperar refugio y apoyo logístico. En aquellos días Hassan comenta a Giscard, el presidente francés, «el Polisario no existe. Dentro de tres años nadie hablará de él porque habrá desaparecido entre las arenas del desierto». Sin embargo los hechos le contradicen, los poderosos norteamericanos han sido recientemente derrotados por los vietnamitas, una hambrienta guerrilla de los que creen en lo imposible. Aunque el desierto no es la jungla tropical y en apariencia no hay dónde esconderse, El Uali rompe todos los esquemas hasta entonces establecidos para crear un foco guerrillero revolucionario. Organiza a sus hombres como los antiguos «ghazzi» de sus antepasados, pequeñas unidades rápidas que avanzan de noche, atacan al amanecer y se sumergen en la arena durante el día. Su primer objetivo es el flanco más débil, los mauritanos, sus hermanos traidores. Enseguida empiezan los preparativos para atacar la capital, Nuakchott.

EL ÚLTIMO DISCURSO DE EL UALI

En realidad se trata de un ataque suicida, son miles de kilómetros de desierto desde los campos de Tinduf. Pero sabe que tiene que

dirigirlo él mismo, ser el primero, como los antiguos cheijs tribales, aunque ahora dirigiendo a todo un pueblo y con gran riesgo para su vida. Sin embargo en su visión, ese precio no importa, después de todo, la causa necesita un mártir, un dios en las alturas que ilumine a su pueblo en la larga travesía que les queda por delante.

Su último discurso a su pueblo, en el aniversario de la creación del Polisario, se vuelve premonitorio, «los líderes marroquíes se han entregado al rey, y esto retrasará la solución y producirá mucha muerte en el Sáhara, pero a pesar de todo, la revolución en Marruecos será inevitable. No obtendremos la independencia sin que haya antes una revolución violenta en la región que opere una transformación radical, edificada sobre bases revolucionarias. Por eso es necesario un sacrificio de todos, porque la lucha será larga y los costos humanos enormes». A lo que añade en declaraciones a la prensa internacional, «en cualquier caso estamos dispuestos a ser un infierno debajo de los pies de Marruecos. La lucha contra Marruecos durará generaciones».

El 9 de junio de 1976 cuando regresa al frente de la columna armada que ha hecho temblar los muros del palacio presidencial mauritano, un fallo en la operación de cobertura, hace caer a El Uali en una emboscada. Su cuerpo es acribillado a balazos por los soldados como si se tratara de un monstruo que tuviera varias vidas. Inmediatamente su cadáver, como el del Che Guevara, es fotografiado y publicado por la prensa internacional para probar la muerte del santón y el fin de su causa. Pero los propios asesinos no son ajenos a su magnetismo y algunos trocean sus ropas y las guardan como reliquias. El ejército mauritano decide entonces destruir los restos y enterrarlos en un lugar secreto, bajo un cartel que dice «peligro, explosivos».

Cuando la noticia llega a los campamentos de refugiados en Tinduf, en Argelia, nadie la cree, pura propaganda. Luego la espera se agota y se confirma, él nunca más volverá, sólo quedará el eco de sus palabras. Por unos días cunde la desesperación. Es la hora de la verdad, sus apóstoles deben continuar la lucha o renegar para siempre y desaparecer. Pero nadie se echa atrás. Tras el duelo se vuelve al combate. A los tres años de guerra el Polisario derrota a los mauritanos, que firman la paz y abandonan el Sáhara. Las tropas marroquíes ocupan sus posiciones de inmediato. Hassan tiene ahora

el pastel para él solo, Alá es grande.

A partir de entonces el Polisario se queda con los principios pero pierde la arrolladora estrategia espiritual de El Uali. Ya no hay padre, líder, genio. Sus herederos intentan interpretar su revolución, aplicándola con mayor o menor acierto entre los huidos. Desarrollan en los campamentos de refugiados en el sur de Argelia una organización espartana y colectivista que se convierte, con el tiempo, en una meca para la izquierda idealista europea que aspira a tomar el poder a finales de los setenta. Sin embargo, cuando sus líderes, durante la década siguiente, asumen las tareas de gobierno, rápidamente se olvidan de sus emotivas excursiones de apoyo y guardan en un cajón, entre otros recuerdos de su dorada juventud, sus coloridas fotos donde se les ve sonriendo rodeados de guerrilleros por la libertad. Qué felices éramos luchando contra Franco. Sin apenas pestañear aceptan el abandono y la ocupación. No les importa esperar durante horas a que el tirano les reciba. Comen de su mano.

En el desierto las guerras son eternas, nunca terminan. Se encienden, se apagan, pero la paz no llega nunca. Los guerrilleros del Polisario continúan la guerra llegando a acariciar lo imposible. Toman ciudades, apresan pesqueros españoles. De hecho durante varios años poseen prácticamente todo el territorio menos las ciudades. Los acosados marroquíes y sus aliados, una vez más, deben encontrar una piedra filosofal para detener aquella furia. Y son de nuevo los americanos y los franceses los que le proponen a Hassan II que aplique la inteligente estrategia israelí frente a Egipto en el Sinaí, construir muros defensivos en el desierto. Progresivamente Marruecos irá parcelando, con murallas de arena, alambradas, trincheras y campos de minas, el Sáhara occidental.

UN GUERRILLERO SIN GUERRA ES UN GUERRILLERO MUERTO

Cuando, de repente en 1991, Marruecos acepta un plan de paz auspiciado por la ONU, que incluye un alto el fuego y la celebración del deseado referéndum por los saharauis, muchos se sorprenden. Si Hassan ha conseguido encerrar casi todo el desierto con sus muros, ¿por qué ahora cede? La realidad es otra, esos muros no aseguran nada aunque sí desgasten al Polisario. Varios ataques simultáneos en distintos puntos permiten atravesarlos. Después, claro, eso sí, la aventura guerrillera acaba ahí, los muros se cierran detrás suyo y

quedan atrapados por el monstruo. En consecuencia el ejército marroquí no descansa y los guerrilleros se agotan pero no llegan a desaparecer. El rey necesita cambiar de estrategia aunque los resultados se hagan esperar. Además, los disidentes del Polisario han empezado a frecuentar los pasillos de palacio pidiendo clemencia.

Un guerrillero sin guerra es un guerrillero muerto. Un refugiado sin esperanza se convierte en un apátrida. El tiempo es la clave, Hassan II se da cuenta de que es su gran aliado. Por eso acepta el plan de paz de la ONU. El alto el fuego desactiva la guerrilla y, con el paso del tiempo, la desarma moral y materialmente, todos dejan de creer en su amenaza. La promesa de un referéndum enciende el espíritu de los refugiados en un primer momento. Pero él tiene la llave para dilatarlo por tiempo indefinido, pues tiene que aceptar el censo, la lista de votantes, la madre del cordero. El conflicto ahora se vuelve peligrosamente burocrático. El rey apela a sus súbditos saharauis de Tarfaya y Tantán para que proclamen que el desierto también fue suyo. Los frondosos árboles genealógicos del desierto saharaui se estirarán de una forma tan retorcida que nadie sabrá a ciencia cierta quiénes eran los habitantes del Sáhara occidental y dónde querían llegar. Al final, como había previsto el astuto de Hassan, la ONU, de forma interesada, va a considerar la tarea del censo como un imposible y los refugiados en Tinduf, en el fondo de sus conciencias, al final comienzan a renunciar a él. No hay futuro, el día a día es más importante y así no podemos seguir, hay que marcharse donde sea, emigrar, a Mauritania, España..., Marruecos.

Adiós al referéndum

Y hasta hoy. A rey muerto rey puesto, en este caso Mohammed VI; la estrategia no varía: la aniquilación por agotamiento hasta el final. En 2001 la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York y el lanzamiento de la ofensiva contra el terrorismo islámico internacional sólo facilitan el camino para renunciar a cualquier decisión que pueda desestabilizar la fiel monarquía marroquí prooccidental, pilar clave de la lucha contra el fundamentalismo en el mundo árabe. El derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui no lo vale, necesitamos proteger a este líder árabe, como sea, a nuestro lado.

Finalmente la ONU secuestrada por la dinámica paranoica del

presidente Bush, quien no esté conmigo está contra mí, da un paso casi definitivo para la suerte del pueblo saharaui. Pasándose por alto el inalienable derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui, su Consejo de Seguridad, es decir, Estados Unidos y Francia, con la anuencia cómplice de británicos, chinos y rusos, ominosamente pide, para solucionar este conflicto menor que dificulta su estrategia global, un acuerdo amistoso entre el criminal y la víctima, entre Marruecos y el Polisario. La solución ideal es que la cúpula del antiguo movimiento guerrillero, ahora burocratizado por el alto el fuego, meros hijos pródigos después de todo, se acerque sin demora a palacio a besar la mano de su padre. Él sabrá perdonarlos y ser generoso. Que los refugiados arríen sus banderas, levanten sus jaimas y retornen a casa como si nada hubiera pasado. ¿Autonomía? Sí, o algo parecido, qué más da, lo importante es acabar cuanto antes con esta pesadilla.

En 2004 el recién constituido gobierno de Zapatero también está de acuerdo, el ministro Moratinos declara que un referéndum en la ex colonia no es aconsejable. Se acabó nuestra prudente e hipócrita neutralidad. Hay que implicarse para ayudar a acabar con el problema. Por favor, un poco de humanidad; toda esa gente tiene que volver a casa y dejarse de luchar por un imposible. Es la política del consenso. Nosotros que en su momento fuimos los que los entregamos, ahora les sujetamos del cuello para el golpe definitivo.

Desde sus tribunas todos aplauden con alivio. Un problema menos en el mundo.

SEGUNDA PARTE
VIAJE A LA TIERRA PROMETIDA.
CAMPAMENTOS DE REFUGIADOS Y ZONA LIBERADA
Situación provisional, a la espera del referéndum de autodeterminación

VI

Una gota en el desierto

Llegó de nuevo el verano, un respiro en medio del gran esfuerzo de síntesis histórica. Y otra vez, en Galicia. El catamarán trotaba tranquilo sobre la superficie elástica de las aguas mientras contemplaba relajadamente el atardecer desde la popa. De repente un grupo de niños me asaltó por detrás. Uno de ellos, un pequeño terremoto, estaba viviendo el mejor cuento de su vida. No podía estarse quieto, gritaba, reía, me abrazaba. Su piel, del color del cuero curtido, era una llamada del otro lado del mundo. «Hola, ¿quién eres tú?». Sus ojos centellearon, «Zug», casi gritó. Y tal y como habían venido, desaparecieron, una voz les reclamaba desde el otro lado de cubierta. A mi lado enseguida me aclararon, «está en casa de Marta. Es un niño saharaui, ha venido a pasar el verano». De inmediato algo se revolvió en mi interior, por fin, veía en carne y hueso a una de las víctimas, un niño del desierto en medio del océano. Un programa humanitario lo había traído desde los abrasados campamentos de refugiados en Tinduf para que respirase por algún tiempo el verde/azul de nuestro mundo. Cuando se acabara el verano, él regresaría a su condena, y esos días de mar y abundancia no permanecerían más que en sus recuerdos.

Ya en Madrid me tuve que enfrentar a la gran decisión, el viaje al escenario del crimen era imprescindible. Sin embargo por una cosa o por otra, o simplemente, por el sopor que me metían en el cuerpo tantas horas sentado en bibliotecas, fui retrasando el momento. Cuando me di cuenta ya habían pasado las navidades. Me entró, entonces, una especie de ansiedad. Me había iniciado en el tema a través de la arabizada María, había completado el atestado de la posible primera víctima, Carrero Blanco, y las trágicas consecuencias de su muerte para la suerte del pueblo saharaui. Había, también, vislumbrado las andanzas de su agente catalizador, El Uali, su vía crucis, su muerte y su resurrección a golpe de fuego en el desierto. Por último me había informado del fin de la guerra, de la mediación de la ONU y del callejón sin salida diplomático en el que se encontraba el conflicto en la actualidad. Pero en realidad

no sabía nada. No los conocía en persona a ellos, a los saharauis. Tenía que visitar cuanto antes los campamentos de refugiados, comprobar por mí mismo si el espíritu de El Uali seguía vivo entre sus discípulos o si el previsible agotamiento y el acorralamiento diplomático —tan aplaudido en París, Madrid y Washington— estaban dando sus frutos y los refugiados saharauis regresarían en breve a sus casas acogidos por la clemencia del tirano.

En busca de la herencia de El Uali

Acudí con ingenuidad a la sede de la Asociación de Ayuda al Pueblo Saharaui, un piso en un viejo caserón en la calle del Pez. La puerta estaba abierta. Entré. Todo eran cajas, todo tipo de objetos amontonados, polvo. Al final del pasillo, un despacho habitado por dos chicas muy atareadas, una rubia, que ni se molestó en levantar la vista, y una morena, que me paró en seco: «¿Qué quieres?». Yo, torpemente, le expliqué mi objetivo y mis prisas, mi ignorancia de cómo llegar hasta ellos. Pero ella no se conmovió acostumbrada como estaba a encontrarse con seres deseosos de conocer la meca de la solidaridad española. «Lo tienes muy difícil si quieres viajar a los campamentos en estas fechas. Parece que no te has enterado, este año se celebra el treinta aniversario de la RASD y todo el mundo quiere asistir a las celebraciones. Los vuelos van llenos». Rápidamente traduje en mi cabeza RASD, la República Árabe Saharaui Democrática, el Estado en el exilio creado por El Uali. Claro, habían pasado treinta años de todo aquello. La noticia de la celebración me alegró, era una oportunidad de oro para mi visita, no podía dejarla pasar. «Y si me voy en barco desde Alicante hasta Argel, ¿crees que luego podría llegar hasta allí en autobús?». Me miró de arriba abajo como si le hubiera preguntado por un viaje a la luna, la otra levantó la vista de lo que estaba haciendo, «la verdad es que no tienes ni idea de nada. Sin el permiso del Polisario, nunca podrías llegar». No podía rendirme, puse cara de drama e insistí, mi libro iba a ser muy importante para la causa. Al final se apiadó de mí, «vete a la oficina del Polisario. Habla con el delegado, Brahim Gali, a ver si él te puede meter en uno de los vuelos».

No podía perder aquella oportunidad única. En Internet, ese maravilloso agujero negro, había descubierto un informe de noviembre de 2005 de un denominado Centro Europeo de

Inteligencia Estratégica y Seguridad (ESISC) con sede en Bruselas, que analizaba la situación actual entre los refugiados. Sus fuentes de información eran antiguos dirigentes del Polisario huidos a Marruecos que vivían ahora de la generosidad de Mohammed VI. El documento era demoledor, contradecía todo lo que yo había leído hasta el momento, partía de la base de que el Polisario había sido una creación de Argelia en su estrategia de acoso a Marruecos. Además existiría un interés económico, un Sáhara independiente les garantizaría libre acceso al Atlántico para sus recursos mineros del sur del país. Por si esto fuera poco, añadía que, de las manos del Polisario, los campamentos de refugiados se habían transformado en una república marxista-leninista, un espacio cerrado del que nadie podía salir sin su permiso, una prisión donde los derechos más fundamentales de la persona eran regularmente violados, un infierno. Por otra parte, los dirigentes polisarios se habían convertido en unos déspotas que desviaban la ayuda internacional en beneficio propio. Los refugiados sólo soñaban con escapar de aquella encerrona, pero les era imposible. Para acabar de rematar, el informe terminaba analizando las posibles salidas al conflicto en un contexto marcado por la guerra internacional contra el terrorismo islámico y el agotamiento militar del Polisario frente a los muros defensivos de Marruecos. A juicio de este supuesto grupo de expertos, la única solución era la eliminación del Polisario, el retorno de los refugiados y la aceptación de la soberanía marroquí.

Brahim Gali, una llave a los campamentos de refugiados

La oficina polisaria era una isla saharaui en medio del maremágnum mayoritariamente marroquí del barrio de Lavapiés. Por suerte a dos pasos de mi casa, terreno conocido. Sentado en una sala oscura y armado del dichoso informe, esperaba la audiencia finalmente concedida, tras innumerables llamadas, por Brahim Gali, el representante del Polisario para toda España. A mi alrededor pululaba mucha gente, presumiblemente saharauis, liados con los preparativos de la conmemoración. Así a primera vista quise comprobar si externamente se diferenciaban de sus vecinos y supuestos maltratadores, los moros de la calle. Y había algo, o quizá necesitaba verlo, quién sabe, su piel era más oscura, sus rasgos más marcados, y sobre todo sus gestos eran más suaves, más inocentes, ¿más felices?, los gestos de los marroquíes del barrio eran en

general hoscos, duros, llenos de amargura.

La mirada de Gali, sin embargo, no reflejaba ni lo uno ni lo otro, tan sólo astucia. En él descansaba la lacerante carga de lidiar con los hipócritas gobiernos de la madre patria. Sin más preámbulos me lancé a contarle las acusaciones vertidas contra el Polisario en el informe y mi deseo de saber la verdad. Él ni se inmuto, «¿quieres venir a los campamentos de Tinduf?, yo te organizo el viaje para que hables con quien quieras y saques tus propias conclusiones. No tenemos nada que esconder». Mi corazón se conmovió de la alegría, podía dar otro paso más hacia la verdad. Un asistente suyo tomó mis datos, ellos se encargarían del visado. Al día siguiente pasé por las oficinas de Air Algeria, donde unas azafatas sexagenarias, peligrosamente analfabetas en Internet, me confirmaron mis billetes al desierto. Primero llegaría a Argel y después de unas horas, otro avión me llevaría hasta Tinduf.

Días más tarde, ya más tranquilo, quise darle las gracias a la chica morena de la asociación. «Pero ¿es que no te has enterado?». Las oficinas de la calle del Pez eran ahora un caos de gente enloquecida, de teléfonos, móviles o fijos, que sonaban tan desesperados como ladridos en la noche. Ella estaba desencajada, «en Tinduf, hace días que no deja de llover. Los campamentos se han inundado. La gente se ha quedado sin nada, y desde aquí, tenemos que hacer lo que podamos». Me quedé estupefacto, inundaciones en el desierto. Aquello iba más allá de cualquier sueño o locura imaginada, el cambio climático golpeaba a todos por igual, no había límites. ¿Cómo pensar que el agua en el desierto pudiera ser una desgracia? En un arrebato de egoísmo pregunté, «¿y las celebraciones?, ¿se han suspendido?». Ella, ofendida en su dignidad de militante, me cortó, «el Polisario ha dicho que no se suspende nada, se harán con lo que tengan». Se giró en redondo y me quedé con la palabra en la boca. Pero cuando estaba saliendo por la puerta, me llamó, «¡eh!, ¡no te olvides de meter en tu equipaje todo lo que puedas, ropa que te sobre, medicinas usadas...! ¡No tienen nada!». Apesadumbrado, salí a la calle. La noticia aparecía en todos los diarios, inundaciones en los campamentos de Tinduf, crisis humanitaria. Según las informaciones aquello era la gota que colmaba el vaso, desde hacía unos años la ONU y el ACNUR, la agencia internacional de ayuda a los refugiados, les reducían la

ayuda alimentaria. El Polisario denunciaba la pinza franco-marroquí en los foros internacionales, el agotamiento, además de moral, tenía que ser físico, eso les ayudaría a pensar más sobre su futuro.

VII

Los solidarios

La terminal T4 a primeras horas de la mañana no era el mejor de los mundos para alguien tan desorientado como yo. Cualquier decisión equivocada podía llevarme al desastre, la alienación absoluta. Allí uno simplemente no comprendía nada. Por si esto fuera poco, en mi caso, una ligera resaca de la noche anterior me dificultaba cualquier comunicación con el resto de la humanidad, algo vital para mi objetivo, así que necesitaba con urgencia pegarme a alguien que pudiera lidiar con todo aquello. A duras penas localicé la cola de nuestro vuelo. Argelinos y subsaharianos, vestidos de marca y repletos de bolsas y maletas, luchaban por colarlas sin pagar el exceso de equipaje. A mi lado un pirata inglés se congració con mi apariencia de excursionista extraviado, «no te preocupes, Argelia ha cambiado mucho. El peligro fundamentalista se ha alejado. Sólo quedan algunos locos en las montañas, el ejército ha vencido». Me alarmé, por primera vez era consciente de las peculiaridades del país que acogía con generosidad a los refugiados saharauis. Un país que tenía sus propios problemas. Un pasado de partido único revolucionario y economía dirigida. Un intento democratizador, a principios de los noventa, truncado por un golpe militar ante el peligro de victoria islamista. Una guerra civil encubierta, llena de masacres y ejecuciones sumarias. Un intento ahora de volver a la normalidad amparado en los altos precios del petróleo. En cierta manera aquello me sonaba. Ya en el avión, entré en un sueño profundo y reparador.

Arrastraba mi mochila desde el aeropuerto internacional de Argel hasta la terminal de vuelos internos, cuando reparé en un chaleco humanitario de color caqui y lleno de bolsillos, con las siglas de la ONG «MPDL» en la espalda. A su lado una chica, ojos garzos, también con mochila, me sonrió fugazmente. Estaba salvado. «¡Hola!, ¿vais para Tinduf?, ¿me puedo unir a vosotros?, ando un poco perdido, es mi primera vez». Había caído en gracia y me acogieron, no hay nada como parecer desamparado. Para pasar el rato nos sentamos los tres en el café. Carol, así se llamaba mi

nueva amiga, era la única mujer del local, viajaba para supervisar un proyecto sanitario. Él, mi nuevo protector, se llamaba Manu, o *el abuelo,* «como tú quieras. Llevo ya muchas guerras encima. Empecé con el comité anti-OTAN, así que, imagínate. Y desde hace unas semanas, tengo un nieto, ¿qué te parece?». Manu, *el abuelo,* era un clásico de la cooperación, pero más que eso, era ya un abuelo batallas. En cuanto le conté mis intenciones, destapó su sabiduría. «Llevo un programa de ayuda para 500 familias, las más pobres. ¿Te sorprende?, aquello ya no es lo que era, el sueño de la igualdad está desapareciendo, se está formando una nueva sociedad, y los que más sufren son los negros. La crisis hace que la tribu vuelva a ser el eje de todo, y ellos están en la base de la base. Ya lo verás». No se cortaba nada. Yo miraba de vez en cuando a Carol, ella también tenía ganas de hablar. «En los campamentos las mujeres son las únicas que trabajan. Las obras, antes las hacían los prisioneros de guerra marroquíes, pero los soltaron, así que ahora nada de nada. Ellos, para justificarse, dicen que siguen teniendo alma de guerreros, que no pueden trabajar». Fumaban como cosacos, los dos, y en sus ojos brillaba la pasión por la causa saharaui. Sus críticas eran las del padre a su hijo, quejas de amor. «A muchos de los niños los mandan a estudiar a Cuba cuando llegan a los 12 años. Cuando regresan es un *shock*. La sociedad saharaui sigue siendo muy tradicional aunque haya mucha promiscuidad debajo de esa apariencia». El panorama era mucho más interesante del que me había imaginado. «Cuidado con lo que preguntas. El sida y los abortos clandestinos para las solteras que se quedan embarazadas son temas tabú. Oficialmente no existen. Todas las sociedades árabes son bastante hipócritas».

«La negociación está agotada»

Unos hombres se acercaron. Eran del Polisario, comprobaron nuestros nombres en una lista y se marcharon. «La organización está en crisis. La negociación está agotada. Tienen miedo de que un día la gente se harte, coja las cuatro cosas que tiene y se vaya. Si España diese un pasaporte a cada uno, te digo yo que allí no se quedaba nadie. No hay causa, por justa que sea, que aguante tanto». Carol sacó cosas para comer y me acordé de que yo sólo traía algunas chucherías siguiendo fielmente la indicación de Gali, yo era un invitado del Polisario, no debía preocuparme por nada una vez

que llegara allí. «Se habla mucho de la corrupción. Como hay tanta desesperación sobre el futuro, algunos dirigentes roban, más o menos descaradamente. Luego está el famoso misterio, los rumores de que es la propia organización la que se queda con parte de la ayuda internacional». Qué imagen del paraíso soñado por El Uali, aquello parecía un fruto ya en descomposición. En Manu, además, existía una especial delectación en descubrirme el proceso. Seguía y seguía yo apenas tenía que sugerir un tema para que él opinase abiertamente. Carol asentía y todavía no podía saber si por admiración o por propio convencimiento. «Ten cuidado con quién hablas y lo que preguntas. Ellos nunca hablan mal de los demás. Sólo rajan cuando están borrachos. Y no olvides que lo que les cuentes ellos, inmediatamente, lo transmiten». En ese instante oí una voz a mis espaldas, «¿esa silla está libre?». Nos volvimos, era un argelino que hablaba en perfecto español. Manu y Carol respondieron sonrientes, sin ningún temor a que aquel tipo pudiera haber escuchado toda nuestra conversación. Y no sólo él, cualquier otro sentado en las mesas de alrededor. Enseguida me di cuenta de que estaba sufriendo un pequeño brote psicótico de persecución.

Sin embargo había razones para ello. La Argelia que estaba percibiendo a través del paisaje circundante era gris y melancólica en sus gentes de a pie, pero opresiva y trasnochada en sus autoridades. Las paredes del aeropuerto estaban empapeladas de carteles que mostraban el cansado rostro del presidente Bouteflika. Hacía unos meses un referéndum aprobaba, casi por el cien por cien, una amnistía perdonando de las salvajes masacres cometidas contra la población a todos los criminales, fueran guerrilleros fundamentalistas o fuerzas del orden. La esquizofrenia, pensé, mientras la policía, gafas oscuras, bigote, uniforme o gabardina, gánsteres, volvía a registrar mi equipaje y mis billetes de avión por enésima vez. El miedo no había disminuido, el peligro seguía siendo real y eso lo justificaba todo.

«El año pasado sólo hubo setecientos muertos. Van mejorando, aunque la democratización es lenta. El ejército es el que en realidad sigue controlando el país». En medio de la ya muchedumbre, humanitaria y española, que esperaba el embarque del vuelo a Tinduf, su blazer de paño inglés aspiraba a marcar distancias. Pero él mismo, no, él era «guay». Los esfuerzos del joven diplomático,

segundo de nuestra embajada en Argel, por transmitir talante a todos los que peregrinábamos a los campamentos eran muy de agradecer ante las suspicacias que suscitaba la nueva política de Zapatero en la región. «Vamos a ver qué tal está todo y ver qué podemos hacer más». Él era parte de la estela de la nueva estrella de la Cooperación Española, la secretaria de Estado Leire Pajín. «La secretaria llegará la semana que viene. Éste es un asunto que lleva ella personalmente». A pesar de haber claudicado ante Marruecos en su defensa del principio de autodeterminación del pueblo saharaui, los socialistas no podían perder la oportunidad de mostrar toda su generosidad en aquellos momentos de zozobra. La política es imagen. «¿Le importaría que luego me pasase a charlar un rato con usted?». Él sonrió, «sin problemas, te espero en business».

Carol se quedó dormida nada más acomodarnos en nuestros asientos. Un pequeño milagro. Manu, *el abuelo,* estaba desaparecido. El resto de los pasajeros, todos peregrinos, bullía de excitación. En nuestro sector destacaba un grupo vestido de vistosos chándales. Eran talluditos ya, pero derrochaban entusiasmo. «Venimos al maratón del desierto». Cuarenta y dos kilómetros bajo el implacable sol, corriendo entre los campamentos de refugiados. Me entró un pinchazo en el bazo sólo de imaginarlo. «Lo hacemos todos los años. Viene gente de toda Europa. Queremos mostrar la realidad de los refugiados a través del deporte». Encomiable esfuerzo, terrorífico. «Claro que todo está cambiando por aquí. El Polisario tiene mucho miedo. Miedo a que la gente se escape de los campamentos y a que cualquier cambio interno sea aprovechado por los marroquíes para infiltrarse y acabar con todo». Otro que hablaba por los codos. Pero no podía dejar escapar al pez gordo. Sorteé a los entusiastas de los deportes de riesgo. Por las ventanillas todo era oscuridad, tinieblas. Tras el telón que algún exaltado pensaría que separaba al pueblo de sus explotadores, se sentaba la delegación oficial española. El talante no se había movido de su sitio. «Moratinos no ha tenido suerte, no han sabido entenderle. Él lo que quiere es que haya una solución ya, que acabe el problema. Esto no puede seguir así otros treinta años». Aquello superaba el descaro, pero no había botellas de alcohol vacías por ningún lado. «No te creas mucho de sus quejas. El Polisario, en una sola campaña en España, puede sacar más de medio millón de euros. En cada ciudad española hay una

asociación de ayuda, ésa es su fuerza». Un funcionario de segundo rango que le acompañaba se subió las gafas en un gesto de contención, todavía no les había contado yo cuál era el propósito de mi viaje. Pero él prosiguió, «es cierto que la oficina humanitaria europea está en manos de los franceses y la ONU y el ACNUR están infiltradas de oficiales promarroquíes. Pero también es verdad que las cifras de refugiados que da el Polisario no son reales. Ya hay mucha gente que vive fuera de los campamentos, en Mauritania, en otros lugares, el desierto no tiene fronteras». Los altavoces anunciaron que estábamos llegando a nuestro destino. Rápidamente abandoné los bastiones del realismo y regresé a las estrechas butacas del idealismo.

RABUNI, CAPITAL ADMINISTRATIVA DE LOS CAMPAMENTOS DE REFUGIADOS

Tinduf había sido, en otro tiempo, un pozo, el único en cuatrocientos kilómetros a la redonda, es decir, agua, camellos, vida, lugar de reposo de las caravanas que cruzaban el desierto, y por tanto poder, ambición, guerra. La primera ciudad, fundada por la tribu takayant, fue luego destruida por los poderosos ergueibat tras un largo enfrentamiento. Según la leyenda los takayant, para no pagar a su pastor ergueibat lo mataron, y toda la tribu del muerto clamó venganza. Ese periodo, eterno y legendario, de luchas tribales por la supervivencia terminaría con la irrupción del imperialismo francés, que refundó la ciudad. Tras la independencia de Argelia, y el inmediato descubrimiento de yacimientos de hierro en las cercanías, la zona se puso entonces en el punto de mira de Hassan II y sus delirios imperiales. En 1962 estalló, otra vez, la guerra, la guerra de las arenas, una guerra dura y despiadada entre hermanos, que quedó en tablas por la intervención internacional. Desde entonces desconfianza y temor al otro. Después el problema saharaui se convertiría en un nuevo escenario de dicha confrontación. Tinduf era, ahora, una ciudad cerrada, militar, secreta. Nadie llega allí de paso. Nuestro salvoconducto de entrada era nuestro objetivo, los cercanos refugiados.

En la aduana del aeropuerto los guardias se afanaban en encontrar alcohol en nuestros equipajes. Ellos, turbante negro, túnica azul, y ellas, maquilladas y envueltas en velos de colores, nos miraban desde el otro lado de la cristalera. Al cruzarla, como a la vuelta de un viaje escolar, los padres saharauis identificaban a sus

hijos solidarios, los montaban en un todoterreno y desaparecían con ellos en la noche. Carol se fue, todos se iban, pero a mí no me esperaba nadie. «Eso es imposible. El Polisario tiene todo organizado, nadie puede quedarse colgado», los del maratón no querían dejarme allí y hablaron con su padre saharaui, un delegado del Ministerio saharaui de Cultura y Deportes. Desconcierto, discusiones entre los hombres de azul. «Te vienes con nosotros», dijo al final uno de ellos, y yo también desaparecí en la inmensidad de la noche. Una carretera iluminada y, luego, la nada. «Te quedas en Rabuni», dijo el conductor.

Desperté con frío. Por un ventanuco se veía un trozo de azul cielo y una franja de amarillo desierto. Ni rastro de nubes, lo de las inundaciones sonaba a cuento. En los cadavéricos baños, había luz y un hilo de agua. Mi alojamiento era un cinco estrellas en aquel paraje. Compartía habitación con un bosnio, un ser huidizo que trabajaba para un programa de destrucción de minas. Juntos fuimos a desayunar, el servicio del Polisario era a pensión completa. Café aguado, leche hecha con polvos, mermelada de albaricoque y pan aceptable, todo sobre unas grandes mesas estilo comedor colegial. Salvo que fuera a vivir con una familia saharaui, el visitante extranjero debía residir allí, en el «Protocolo» de Rabuni, una especie de rancho. Había habitaciones para los que andábamos de paso y también para los que vivían allí casi de forma permanente por trabajar en algún proyecto. Y, en el medio, un gran patio con bancos y dos acacias en proceso, muy lento, de crecimiento bajo el sol. La construcción del complejo hotelero databa de 1980.

El Protocolo era uno más de los edificios oficiales que conformaban Rabuni, que no era más que un villorrio desparramado alrededor de una loma pelada, coronada por un depósito de agua y una gran antena. Todo tenía un aire de arrabal de chabolas de gran ciudad, como de cuadro cincuentero de Antonio López, mucha desolación. Eran construcciones muy básicas, de una sola planta, ajadas por el viento o por las recientes lluvias, miserables, envueltas en el vacío del desierto circundante. La bandera del Polisario, una trasposición de la palestina, ondeaba a la puerta de nuestro gran patio. Pequeñas dunas luchaban por traspasar el umbral. Todavía quedaba una semana para el comienzo de las celebraciones del treinta aniversario de la República Saharaui

en el exilio. En esos pocos días, debía intentar saber qué había sido del sueño de El Uali, si la fe en las promesas de su profeta permanecía o si estábamos asistiendo a los últimos días de su sueño. Por el momento me tocaba esperar. De aquel lugar no podía salir nadie sin su correspondiente acompañante saharaui. Y no sólo porque el Polisario quisiese tener un control de las visitas, también porque el transporte era un gran desafío en aquella inmensidad.

Yo debía esperar, por tanto, instrucciones de Gali, mi mentor. En uno de los bancos del patio algunos invitados charlábamos. La crisis humanitaria desencadenada por las inundaciones había vuelto a atraer la atención sobre la situación crítica en los campamentos. «En Bruselas el *lobby* marroquí es muy fuerte. Son muchas las empresas que invierten en Marruecos. Luego están los inmigrantes. No sé si has estado alguna vez allí pero Bruselas está llena de marroquíes. El consulado de Marruecos los manipula para que participen en manifestaciones frente a la Comisión cuando se discute el tema del Sáhara». Era un equipo de OXFAM, la gran ONG británica, quería analizar la situación actual, tener su propia opinión en la polémica del momento, el misterioso número de refugiados saharauis en los campamentos de Tinduf. «Las cifras oficiales del Polisario son de 190.000, las más realistas hablan de 150.000. Luego está el ACNUR, que quiere reducir la ayuda a los 90.000 refugiados más vulnerables. Como si todos los refugiados no lo fueran».

Primeras voces saharauis

Mi paciencia se iba consumiendo y cada vez hacía más calor. Me dirigí entonces a las habitaciones que hacían de oficinas del complejo. Sombra y moscas. «Yo no sé nada de Gali. No sé quién eres tú ni qué haces aquí». El director del Protocolo era un saharaui de mundo, con sus gafas de espejo, políglota. Él sí parecía un turista extraviado. «Llámalo». Fácil, como si estuviéramos en Tenerife. El sujeto en cuestión pasaba de mí. Estaba claro, tenía que resignarme a sacar provecho de mi día enclaustrado allí.

«¿Dices que vas a escribir un libro? Ya se han escrito muchos, y todos malos. El de Javier Reverte está lleno de tonterías, no ha puesto bien ni los nombres de los sitios. El de Alejandro García es mejor, pero metió también mucha porquería y al Polisario no le gustó nada». Alejandro García era el autor que me había recomendado María, mi introductora en el tema, él debía de ser el

profesor de Murcia. La que me hablaba era Mª Jesús, la voz cantante de un grupo de enfermeras valencianas y navarras. Era gorda y salerosa, y sobre todo se creía en posesión de los secretos más íntimos del problema saharaui. «Este año el Polisario se juega muchas cosas. Pero yo no te voy a contar nada. Descúbrelo tú mismo». Saqué entonces un arma poderosa, una chocolatina, y ella, por fin, me sonrió. «Mi consejo, si quieres escribir algo importante sobre esta gente, es que te vayas al otro lado, al Sáhara ocupado por Marruecos. Allí es donde se están moviendo las cosas desde hace unos años, aquí ya no ocurre nada. Habrás oído hablar de la intifada saharaui, ¿no? Son los jóvenes los que se han levantado. El futuro de esta gente está en el otro lado del muro». Luego en un arrebato de generosidad mezclado con prepotencia añadió, «ya hablaremos en otro momento».

Inicié entonces una búsqueda desesperada de cobertura para mi móvil. Primero por el patio, nada. Luego por los aledaños al Protocolo, tampoco. Levantaba el brazo, apagaba el móvil, lo volvía a encender, inútil. «¿Quieres un té?», una cara amable salía por la puerta de un edificio teñido de rojo intenso. Algunas de las paredes se habían desmoronado por las inundaciones, me explicó señalando los cascotes. En el interior ninguna decoración, sólo sombra. Tumbado sobre una alfombra de colores lujuriosos, adormilado por el zumbido de las moscas, observé cómo mi anfitrión preparaba el té. En su vida había puesto un pie fuera de los campamentos, hablaba un español rudimentario, «el 27 de febrero va a ser una gran fiesta». No dejaba de sonreír. Otros llegaron y preferí despedirme, no me sentía seguro del terreno que pisaba. «Oye ¿y este edificio para qué sirve?». Él contestó orgulloso: «Ésta es la Delegación de Juventud y Deportes. Vuelve cuando quieras».

Detrás del depósito de agua, sobre la cima de la loma, por fin, encontré cobertura. Pero Gali, mi anfitrión, no cogía el teléfono. Me senté a contemplar la inmensidad de la nada, más allá de los caseríos ministeriales del Polisario aplastados por el sol sólo se veía una llanura de ceniza y polvo. Y basura, sí, plásticos, vidrios, papeles, como un rasgo de extraña humanidad. ¿Qué hacía yo allí?, ¿merecía la pena escribir un libro sobre todo aquello?, ni a ellos mismos les importaba, a nadie le interesaba lo que yo hubiera venido hacer.

A mi lado se instaló otro buscador de ondas hertzianas. Un voluntarioso saharaui provisto de dos móviles. Pero él era un chico con suerte, no le hacía falta llamar a nadie, a él lo llamaban. Primero se puso a hablar en alemán, luego en inglés. Qué curioso. Mi mirada le incomodaba, «¿eres español?». Vaya corte, «sí, ¿se me nota tanto?». Se rio, «trabajo allá abajo, en el Ministerio de Información, de traductor para las delegaciones». Miré en aquella dirección. Otro ministerio chabola, aunque éste coronado por dos parabólicas. «Que sepas que tu rey es un mierda. Si no fuera por él, no estaríamos aquí. Nos vendió a todos en el 75, es un amigo de Hassan». Su acento era muy suave, lleno de matices, caribeño. Él era cubano, saharaui-cubano. «De los 10 a los 25 estuve allí estudiando. El pueblo de Cuba me dio todo lo que ahora tengo». La verdad es que lo que tenía, materialmente, no era mucho. Pero, claro, el modelo cubano se basa en lo espiritual, formación intelectual. «¿Puedes hablar con los del otro lado?». Los del otro lado eran los saharauis que vivían en el Sáhara ocupado. «Sí, pero tienen los teléfonos pinchados y se ponen nerviosos, no cuentan nada. Es mejor comunicarse por Internet, así nos enteramos de todo lo que pasa con la intifada». Quise comprobar su lealtad con la causa y se ofendió, «el Polisario no decide nada, hace lo que dice el pueblo». Desde luego su paso por la revolución cubana le había dejado huella, ni un paso atrás. «Oye ¿y de qué tribu eres?». De sus ojos saltaron chispas, no iba a caer en la trampa, «eso no importa, sólo soy saharaui. Ése es el juego que les gusta hacer a los marroquíes para dividirnos». No había más que hablar. Vaya éxito de entrevista.

CAMPAMENTO '27 DE FEBRERO'. LOS DIRIGENTES DEL POLISARIO

Rancho en el rancho del Protocolo, lentejas y patatas estofadas. Las verduras frescas no existían por aquellas latitudes. Alrededor de la gran fila de mesas, la diversidad de la asistencia humanitaria daba su opinión sobre lo que nos rodeaba. Una médica de Requena se servía con cierto pudor, «qué mal están este año los dispensarios. No hay de nada, ni una gasa para una herida. Está la cosa peor que nunca». Yo prefería mantener todavía un perfil bajo. «¿Y tantos casos de polio?, ¿es que no vacunan a los niños?», exclamó una asturiana quizá demasiado espontánea. «Desde unos años para acá muchos llevan a pastar sus rebaños a la zona liberada y se olvidan

de todo», terció una rubia de acento andaluz. «¿Y no deberían irse todos para allá y dejar de una vez este basurero?», ese tipo lo había dicho en broma o con segundas. Silencio. Mª Jesús, la gurú del Protocolo, le cortó suavemente, «no hay suficiente agua». La zona liberada era el territorio comprendido entre los muros de defensa marroquíes y las fronteras del Sáhara occidental. De acuerdo con el alto el fuego acordado con la ONU quedaba bajo el control efectivo del Polisario. Las fuerzas de paz la patrullaban para evitar incidentes que pudiesen romperlo. De repente entró el divino director y fue directo hacia mí, «oye, antes vino Gali buscándote. ¿Dónde estabas?». A pesar del bochorno me sentí aliviado, ya no era un huérfano, yo también tenía un padre saharaui.

Mi primer baño de saharauismo era el campamento *27 de febrero,* fecha de la supuesta independencia. Allí vivían muchos dirigentes del Polisario por su proximidad a Rabuni. El coche enseguida dejó la carretera y se internó por el desierto, Alí, el chófer del Protocolo, prefería la línea recta entre dos puntos. Al entrar en una hondonada entre pequeñas colinas, comencé a ver las primeras casas y los efectos de las inundaciones. Los campamentos, en los primeros años, habían sido concentraciones de grandes tiendas de campaña, "jaimas", cosidas por las mujeres con trozos de velo, trapos o sacos, cualquier cosa valía. Los años de guerra y el alto el fuego, poco a poco, las fueron transformando en casitas de adobe. Pero nada de ladrillos ni de cemento, la idea del regreso siempre en sus mentes, cualquier construcción debía ser provisional, en cualquier momento se celebraría el referéndum y todos regresarían a casa. Ahora sin embargo, sin un referéndum en el horizonte, las recientes riadas habían deshecho las frágiles paredes de sus refugios y volvían a sacar las jaimas. En el fondo nada cambiaba, ellos eran nómadas. Aquello me hizo recordar algo que había leído sobre la tumba del fundador de la tribu ergueibat, apenas un montón de piedras en medio del desierto. La leyenda contaba que cada vez que sus descendientes la reconstruyeron se les cayó al poco tiempo. El espíritu de Sid Ahmed Ergueibi quería mostrar a su gente que su vida era el nomadismo, la jaima, nunca una casa, la estabilidad.

Con nosotros venía el delegado de la organización en Roma, su casa también se había caído, pero él estaba exultante, acababa de

regresar de un viaje muy especial, y nos invitó a té en su jaima. «No te puedes imaginar mi emoción. He vuelto a ver a mi madre y a mis hermanos después de treinta años». La ONU, como parte de su programa humanitario, organizaba viajes entre los campamentos de refugiados y la zona ocupada. El objetivo era que la población recuperase el contacto perdido en los días de la huida. «Nos dan cinco días. Apenas pude ver nada de El Aaiún. Todo el mundo quería saludarme. Aunque la policía marroquí me vigilaba todo el rato, me di cuenta de que la gente de allí está perdiendo el miedo». A nuestro alrededor se secaban las alfombras al sol. Entraban amigos, vecinos, tomaban un vaso, dos. Ninguno pedía o se quejaba, nadie abandonaba su voluntad de agradar. Aquélla era la famosa hospitalidad de los beduinos. Dios proveerá.

Alí era mi guía por su pueblo. El centro era una gran plaza flanqueada por un edificio que albergaba un proyecto educativo para mujeres, que incluía un internado. En los otros costados talleres de formación profesional, un dispensario médico y unas oficinas judiciales del Polisario. Salvo algunos muros, estos edificios habían resistido la furia del agua. En un extremo se acumulaban, en sacos, tiendas de campaña donadas por los argelinos. «¡Hola!, ¿qué tal?», por una puerta salieron unos burócratas humanitarios de la Cooperación Española, «nada. Evaluando en qué podemos ayudar». Les acompañaba una mujer de gesto firme y aspecto elegante envuelta en un velo de tonos azules y verdes. «Es la mujer del presidente», susurró Alí detrás de mí. El presidente era Mohammed Abdelaziz, elegido por el Polisario a la muerte de El Uali. Llevaba, por tanto, treinta años en el poder. ¿Otro sátrapa? Entré en el dispensario, una solidaria enfermera de Cuenca vino a saludarme rodeada de comadronas locales. Junto a ellas una madre con un bebé. «Durante el embarazo dejan de comer. Piensan que así el parto será más fácil. Después, claro, se quedan anémicas y su leche no alimenta. Luego, para colmo, dan de mamar al niño hasta el año y medio. Pero por lo menos, durante ese tiempo, difícilmente se quedan embarazadas pues dar el pecho tiene ciertos efectos esterilizantes». El bebé se llamaba Zahara, que significa ‘flor, flor del desierto’. «Antes los niños morían como moscas, por eso ellas, por miedo a perderlos en cualquier momento, todavía se muestran tan poco cariñosas con sus hijos. Da mucha pena verlo».

No lejos de allí, sobre el dintel de una casa también de adobe, se leía «Museo Nacional Saharaui». En su interior huellas de su historia legendaria, arreos de camello, vasijas, utensilios, viejas armas. De cuando la vida de los saharauis sólo dependía de ellos mismos. En unos paneles, seguramente pagados por algún ayuntamiento español, se explicaba la historia del pueblo saharaui. Me volví a acordar entonces de María, mi iniciadora en el tema, cuánto sabía aquella dama, ahora todo concordaba. De regreso al coche pasamos delante de la casa del presidente. Apenas se diferenciaba del resto, aunque sus muros habían aguantado. «Aquí no hay diferencias, somos todos iguales». La meca de la izquierda, recordé.

Mi último té era en la jaima de Alí, al lado de su casa caída. Sobre la gran alfombra roja su mujer charlaba, indiferente, con sus amigas. Nosotros nos posicionamos frente al televisor. Té y fútbol, como en cualquier parte. Afuera también indiferentes, dos objetos de otro mundo, una pequeña antena parabólica y una placa fotoeléctrica, él era uno de los «ricos» del pueblo. «Las trajeron mis hijos. Son regalos de las familias españolas con las que pasan el verano. Uno va los veranos a Oviedo, el otro a Málaga». La hija la tenía estudiando enfermería en Libia. A los niños les quedaba poco para marcharse a Cuba. Pero debían estudiar, sólo van los mejores. «Me gustaría ver a mi madre antes de que se muera. Ella se quedó en el otro lado. Está muy mayor y ya no ve», sus ojos se empañaron, las listas de espera para los vuelos de la ONU eran infinitas. Después se abrió el pecho y me enseñó sus heridas de guerra. «Una granada. Cuando estábamos a las puertas de Smara», no se arrepentía de la decisión tomada. Sólo hay un camino, decía El Uali.

Los rostros de la Cooperación Española

Mª Jesús se sentó a mi lado en la mesa durante la cena. Sus dedos regordetes hacían de pantalla, «no me importaría acompañarte a la zona ocupada. Eso sí, tendrías que pagarme el avión». Yo me limité a sonreír. Arroz y tortilla de patatas, como en casa. «Los huevos vienen de una granja que no está lejos de aquí. Es ahora uno de los grandes proyectos del Polisario para mejorar la dieta en los campamentos», me explicó sirviéndose más. Miles de gallinas ponedoras en medio del desierto, con ese calor, pobrecillas. Me entró una pequeña náusea pero seguí comiendo, tenía tanta hambre. Mª Jesús era otra gallina y yo otro de los polluelos bajo su

protección. «Luego hay una reunión. No te la pierdas, te vas a enterar de muchas cosas».

La cacareada reunión la viví entre bostezos, acurrucado en un rincón de la sala. Allí estaban todos aquellos que llevaban proyectos de cooperación con los refugiados. Por un lado estaban las ONG que dependían del dinero de la cooperación oficial española, y por otro, las independientes, las que tenían fondos propios o de ayuntamientos y comunidades autónomas. Las primeras vivían bajo el miedo a perder sus subvenciones. Su labor estaba supervisada por Inma, la comisaria enviada desde la embajada de España en Argel, una andaluza con aires de ministra por su acento y su control de la dialéctica de masas. Ella quería coordinarlo todo, tenía órdenes. Sin embargo en los días pasados había metido la pata. Sus afanes mediáticos y quizá ante la inminente visita de la emocionalmente involucrada secretaria de Estado, le habían llevado a saltarse la intermediación del Polisario para distribuir medicamentos en los campamentos. Esto era grave, aquél era uno de los principios para trabajar con los refugiados, todo debía hacerse a través del «Estado saharaui» y sus representantes, y las ONG independientes, tan anarquistas, querían que Inma, como prepotente Estado, se humillase y pidiese perdón, una victoria pírrica. Aquella discusión de egos era insoportable, la España eterna. Salí a respirar el aire fresco de la noche. En el cielo una enorme media luna marfileña calmaba el espíritu de los indómitos.

Me desperté tarde. En el comedor no había un alma. Del café aguado no quedaba ni rastro. Me tuve que conformar con un vaso de leche lleno de grumos y unos pedazos de pan. Era un día desapacible, un viento arenoso hería la piel, el cielo estaba encapotado. Hacía frío, qué lugar más extraño. Me tocaba, otra vez, esperar a que Gali se acordase de mí. Busqué, entonces, refugio en el gallinero del Protocolo, el cuarto de las enfermeras. Mª Jesús había salido, pero estaba Carmen, una mallorquina sin ansiedades. «La reunión de ayer fue una pantomima. Yo me fui a la cama. Inma, lo único que quiere es que cuando llegue la tal Leire, no haya problemas y no le jorobemos la visita». Ella era otra de las veteranas, más de diez años viniendo a ayudar. «Aquí no entró el dinero hasta hace unos años. Antes esto era como una gran comuna, todo para todos. Pero cuando vieron que el referéndum no llegaba,

empezaron a pensar en su futuro como individuos». Hablaba con melancolía, para ella eran sucesos inevitables. «Muchos emigraron para poder enviar dinero a sus familias. Algunos abrieron pequeñas tiendas, otros compraron camellos, los que pudieron intentaron comerciar a través del desierto». Individualismo, egoísmo, el ideario de El Uali se había empezado a corromper, un pueblo unido. «Ya has visto toda esa basura que empuja el viento. Esa desesperanza sobre su futuro hace que se vuelvan descuidados. Ya no les interesa el espacio que va más allá de su jaima». El viento golpeaba las ventanas. «El año pasado, el ACNUR y la Comunidad Europea, amparados por esa nueva apariencia de individualismo entre los refugiados, decidieron, sin que España abriese la boca, que reducían su ayuda a 90.000 refugiados. La mitad de los que viven en los campamentos. El Polisario no sabe qué hacer. En los territorios ocupados está la intifada, un movimiento totalmente espontáneo que se les escapa de las manos, y aquí tiene a todos esos jóvenes licenciados que regresan de Cuba y no tienen nada que hacer, terrible». Se quitó las gafas y parpadeó buscando algo en su mente, «su mayor momento de felicidad es cuando viajan hasta la zona liberada y se quedan allí unas semanas. Están en su tierra. Beben leche de camella, comen carne. Vuelven a ser ellos mismos, nómadas, seres libres. Cuando regresan aquí, a este vertedero, vuelven diferentes, creyendo más que nunca en su causa».

Un cementerio olvidado

El Protocolo, como parte de sus instalaciones, poseía una cantina de horario indeterminado. Sin alcohol, por supuesto. «Gali no se ocupa de ti por lo que veo. Pero yo nada puedo hacer, tú eres su invitado», el director se estaba empezando a pasar de la raya. Lo peor es que era cierto, aquello tenía visos de que me fuera a pasar el día metido entre aquellas paredes. En el otro extremo unos ingenieros vascos, miembros de la delegación que preparaba la visita de la secretaria de Estado, discutían sobre la reconstrucción de las casas de los refugiados. «Era un desastre anunciado. Construyen las casas con adobe sin cocer y sin ningún armazón. Como no tienen canalones, la lluvia resbalaba directamente sobre las paredes. En los próximos días, con el calor, se abrirán más grietas y seguirán derrumbándose». Ellos, por supuesto, traían la solución de emergencia, unos iglús prefabricados. «Sí, Leire los ha visto y le han

gustado», eran los clásicos de Bilbao, fabricaban los mejores refugios para catástrofes del mundo, «si pusiéramos *made in USA,* ya seríamos millonarios». El director, por fortuna, se fue a sus quehaceres, no sin antes lanzarme una sonrisita de hiena. Los ingenieros y yo nos relajamos, «el Polisario es una dictadura, pero una dictadura rara, aquí nadie manda. No se limpia, no se ayuda. Desde que se fueron los prisioneros marroquíes aquí nadie mueve un dedo. Lo que debía hacer Argelia es hacerse cargo de todo, convertir a todos los saharauis en argelinos y se acababa el problema». Ellos también tenían la solución para aquello, por supuesto. «Si sólo fuera suciedad. En el hospital, los equipos desaparecen, los venden. Tienen que sacar de donde sea». Era un médico valenciano con un cierto síndrome de abstinencia alcohólica, no paraba de dar tragos a su refresco, «no, los argelinos ya tienen bastante con lo suyo. Nosotros somos los responsables de todo esto. Lo mejor es dar pasaportes y nos llevamos a todos a Teruel, con camellos y todo». Era el discurso de la derrota, también del que no entiende nada.

Empujado por mi claustrofobia psicológica y también por las alubias con carne de camello de la comida, decidí aventurarme más allá de la loma del depósito de agua. El viento había cedido. Ni rastro de nubes, el sol caía en picado y no se veía un alma, pero mi voluntad podía más. Fui dejando atrás el Ministerio de Información y otras construcciones de aspecto lastimoso. Era difícil de creer que fueran realmente instituciones oficiales de la República Saharaui en el exilio, aquello parecía un gran erial. Y sentí pena, pena por ellos y pena por mí, mi propósito parecía no interesarles y, al mismo tiempo, cabía la posibilidad de que ellos mismos, en su fuero interno, hubiesen perdido ya toda esperanza de victoria, de salvación. Cuando llegaba ya a los confines de Rabuni me topé con un castillo de grandes dimensiones nunca imaginado. Sus poderosos muros estaban construidos a base de contenedores de camión apilados unos encima de otros como si de enormes ladrillos se tratase. Pintados en distintos colores, muchos aún con el nombre de su empresa de origen, el conjunto era un gran monumento a la ayuda internacional destinada a los refugiados saharauis. Algunos habían llegado allí en caravanas solidarias y todavía portaban a modo de estandarte lemas alusivos a la causa como «referéndum

ya». Los restos de todo ese esfuerzo de solidaridad, en su mayoría aportada por el pueblo español, yacían allí, como esqueletos, como un cementerio olvidado. Un todoterreno se paró a mi lado, «¿quién eres?, ¿qué haces aquí?». Me hablaba en francés y yo le contesté en el mismo idioma. Preguntó mi nombre y se fue sin preguntarme siquiera si necesitaba algo. Extraño. Regresando al Protocolo pensé que mejor así, que ellos viesen que me escapaba, si el Polisario no me sacaba de paseo yo me lo daría en cualquier caso. En el patio Mª Jesús estaba tomándose un respiro. Abrazada a una Coca-Cola de litro, me llamó para entrar en su cuarto.

La esperanza, al otro lado del muro

Era coqueto y confortable, alfombra y colcha, libros, cremas y cajas de galletas, el decorado de una cooperante solterona y un poco adolescente. Cual odalisca turca se echó sobre unos almohadones, «quiero que sepas una cosa, yo amo a este pueblo por encima de todas las cosas y siempre lo defenderé. Por aquí vas a oír todo tipo de historias, pero no olvides quién te las cuenta y por qué», aquélla era su declaración de intenciones, todo por la causa. «Hasta el 91, cuando llega el alto el fuego, aquí existieron dos mundos. El de las mujeres, que cuidaban y educaban a los niños en los campos, y estaban a cargo de la sanidad y de la distribución de alimentos. Y el mundo de los hombres, el de la guerra contra el ejército marroquí. Todos eran iguales, un solo pueblo». Hacía más de quince años que venía a los campamentos. «Con la promesa del referéndum, los hombres regresaron, dejaron la armas y se dedicaron a beber té y a contemplar las estrellas. Los más listos empezaron a viajar, a hacer negocios, a comprar camellos». No soltaba la botella, no podía. «Cuando después del 2000, Marruecos dijo que no iba a cumplir su promesa de referéndum, estalló el sálvese quien pueda. El sentimiento de pueblo se deshizo, desapareció la solidaridad. Todos volvieron a acordarse de qué tribu eran. Y esto es lo que hay ahora, están perdidos, sin rumbo. Y te digo esto con mucha pena». Se estaba emocionando, sus ojos se humedecieron. «Yo tenía que recuperar la esperanza, esto no podía acabarse así. Cogí un avión y me planté en El Aaiún. La intifada ya había estallado». Al final las lágrimas cayeron por sus redondas mejillas de niña grande. «El viaje fue tan revelador. Los que antes eran aquí considerados traidores y colaboracionistas de Marruecos son ahora la esperanza del pueblo

saharaui. Lo más increíble es que para ellos los miembros del Polisario son héroes. El futuro de este pueblo está al otro lado del muro». La cabeza de la enfermera mallorquina asomó por la puerta, la necesitaban. Se apiadó de mi soledad, «llevas todo el día aquí metido. Afuera hay dos amigos míos de confianza. Vete con ellos a dar una vuelta».

De Mª Jesús, sus amigos «de confianza» se despidieron con sendos abrazos de máximo contacto, casi indecentes por aquellas latitudes, pero ellos de alguna forma tampoco eran de allí, eran también saharauis pasados por Cuba. Montamos en un todoterreno y nos alejamos sin rumbo, sólo por el placer de huir. El sol se estaba poniendo, llegaba la hora mágica. Los pedregales y baldíos circundantes se teñían de una luz de intimidad proyectada por un sol ya en retirada. Saqué mi cabeza por la ventanilla, el aire alivió mis penas. Mis acompañantes apenas me hacían caso, hablaban de sus cosas. No me importaba, el desierto a aquella hora me mostraba su cara más amable. A pesar de mi abandono, el viaje merecía la pena.

Hassem, más conocido como *Pepsi,* trabajaba de enfermero en el hospital. Sus gafas de espejo dividían la nada en dos cielos en creciente oscuridad. Nuestro paseo acabó arribando a su pequeño mundo, una habitación en la residencia del personal sanitario, «hay dos, 'la huevera' y 'la lechera'. A cual peor». Su hogar en otra parte. Cerró la puerta y enseguida puso Silvio Rodríguez, el espacio se llenó de melancolía, y sacó sus fotos, el tesoro de todo refugiado. «Son de fin de año. Estuvimos bailando hasta el amanecer», eran chicos y chicas saharauis celebrando un nuevo año alrededor de unas botellas de alcohol, «sí, todos estuvimos estudiando en Cuba. Nos entró la nostalgia y cogimos el coche para irnos fuera a pasar la noche». Se rio con cierta tristeza, «aquí nos ponen mala cara por todo. Quieren que nos casemos, la tribu se encarga de todo. Que nos olvidemos de todo lo de allí». Allí significaba toda esa libertad de la que habían disfrutado en la isla, no la política claro, hacer con su vida lo que les daba la gana. Abrió su cartera, llevaba preservativos, «pero aquí las chicas han cambiado. Quiero protegerme y protegerlas. Espero que con mis hermanas hagan lo mismo». De detrás de la cama sacó una botella de ron, «si quieres una chica dímelo. Parecen tímidas pero debajo de la melfa no lo son». La

«melfa» es la vestimenta tradicional de las mujeres saharauis, un largo velo de colores que envuelve su cuerpo y cubre su cabeza. Tenía que hacer un esfuerzo para recordar que estábamos en un país musulmán. «Tomemos un trago», el chupito fue directo a mi recalentado cerebro, «todos los jueves, los médicos cubanos del hospital organizan una fiesta. Hay que pagar diez euros y tienes derecho a comida y a alcohol. Yo te aviso». Al salir de «la huevera», del sol sólo quedaba un recuerdo púrpura sobre el horizonte. Pepsi me acompañó hasta el cercano Protocolo. Sentí bajo mis pies la exquisita arena del Sáhara conviviendo una vez más con restos de basura, la modernidad como un cáncer desatado. Ya en mi cuarto, para agradecerle el paseo, le di unas chocolatinas que él se guardó encantado.

Mi maestra de saharauismo me esperaba, aún no había acabado. Me volvió a encerrar en sus dependencias, le quedaba el capítulo más sabroso de sus lecciones, los detalles de su viaje al otro lado. A falta de Coca-Cola, se encendió un cigarro. «Como me encargo de la evacuación a España de los enfermos más graves, aquí hay gente que me debe muchos favores», otra vez, su vanidad, ella era muy importante en aquel lugar del mundo. «Así que alguien me prometió que su hermano traidor, que vivía en El Aaiún, se haría cargo de nosotras», Mª Jesús había conseguido convencer a otra loca como ella. «En el avión en el que salimos de Canarias, sólo éramos tres españoles. Un empresario y nosotras. Nada más bajar por la escalerilla, la policía marroquí nos paró los pies y nos metió en un cuartito a interrogarnos durante horas hasta que el famoso hermano traidor llegó a buscarnos. Le habían dado vacaciones en el trabajo para que no se separase ni un segundo de nosotras». Imaginé su inmensidad corporal escoltada por aquel desgraciado. «Para saber cuáles eran nuestras verdaderas intenciones, la policía nos mandaba a marroquíes como si fueran víctimas saharauis de la represión a ver cómo respondíamos. Nosotras no queríamos comprometer a nuestro anfitrión, pero sí traíamos unas cámaras de vídeo para entregar a los líderes de la intifada y, en el único momento que conseguimos librarnos de él, intentamos contactar con ellos, pero nos equivocamos de sitio». Se perdieron en el Zoco, seguro. «Era muy difícil comunicarnos, tenían los móviles pinchados y se ponían histéricos cuando les llamábamos. Además la policía tiene filtros

que rastrean en las conversaciones palabras como campamentos, jaima, Argelia», una película de intriga interpretada por dos enfermeras talluditas metidas a conspiradoras. «Fueron unos días muy tristes. Hay controles de policía por todos sitios. Yo lloraba al llegar al hotel por las tardes. Unos pocos saharauis traidores son los dueños de todos los grandes negocios. Uno de ellos nos invitó a visitar su fábrica de conservas. Todos los obreros eran colonos marroquíes. La mayoría de los saharauis no trabajan, viven de los subsidios del Estado marroquí y de sus parientes ricos. Allí la tribu sigue siendo el eje de toda la estructura social, sin ella, no pueden sobrevivir». Habían podido hacer fotos, pero sólo de lugares no sensibles, la playa, el paisaje..., oficialmente habían sido dos turistas en aquella tragedia. «El último día no podía más y me enfrenté al traidor. Lo único que pudo decirme fue que todos tenían familia en los campamentos y que querían que regresasen a vivir con ellos. Lo otro era un imposible. El rey era bueno y les iba a dar la autonomía para que los saharauis decidiesen por sí mismos. El muy cabrón».

«TODO ES PROVISIONAL»

Durante la cena los cooperantes sólo hablaban de una cosa, del plantón de Leire, la secretaria de Estado. «Seguro que le han dicho que no se le ocurra poner un pie por aquí o le llenan las playas de pateras», la médica valenciana preocupada por la polio no se cortaba un pelo. Un navarro de Estella rebañaba su plato de restos de puré, «otra bajada de pantalones de ZP. Mohammed debe estar muy nervioso con las celebraciones del treinta aniversario». Se les notaba decepcionados, habían soñado con ese momento, el pueblo soberano, por fin, presentando directamente sus quejas. De alguna forma ellos también eran otros refugiados. Las únicas que parecían ausentes eran dos chicas italianas, llevaban un proyecto de educación para mujeres. Con la torpeza del primerizo intenté tirarles de la lengua, «hablo con la gente y no para de quejarse, que el Polisario es un desastre, que la gente se quiere escapar de aquí, ¿vosotras pensáis lo mismo?». Y obtuve la respuesta que me merecía, «aquí hay gente que viene por unos días y ya cree saberlo todo». Mi ego de espía aficionado cayó por los suelos. Pero fueron generosas «cuando uno viene a los campamentos debe entender que todo es provisional, que todos ellos, aunque lleven así treinta años, piensan que al día siguiente el Polisario les dirá que cojan sus cosas,

que regresan a casa. Por eso sus casas son de barro». Me miraron con cierta compasión, «hoy vimos que las paredes de un ministerio las estaban reparando con cemento. Unos niños se pararon a verlo y nos comentaron, eso significa que no regresamos».

Fuera se oyó maullar un gato. Aquellas chicas no parecían sentimentaloides ni militantes, eran simplemente honestas, una vocación por ayudar a quien lo necesitase. Me armé de valor, no era una pregunta capciosa, era una pregunta imprescindible, ¿era cierto que el Polisario se quedaba con parte de la ayuda humanitaria y luego la revendía? No se molestaron en absoluto, quizá la esperaban, «esa ayuda que reciben el mundo se la debe. Es el mundo el que no quiere resolver esta situación de una forma justa. Si luego quieren vender la ayuda y comer menos están en su derecho». Y fueron más allá, «en la vida no todo es comer, está la dignidad humana. Ellos deben luchar muy duro en el exterior para que nadie se olvide de lo que está pasando aquí. Para ello tienen que viajar, abrir oficinas, darse a conocer. En los campamentos no hay impuestos ni aduanas, viven de prestado en Argelia, la organización no tiene otra forma de conseguir dinero para defender su causa. Negárselo sería inmoral». Miré por el ventanuco. La luz de miles de estrellas ahogaba lo negro de la noche.

La ceremonia del té

Al día siguiente el viento volvió con más fuerza. «No te preocupes. Toma, tengo otro», Julio era el encargado de administrar el gallinero experimental del Polisario. Sobre la mesa del desayuno me tendió un largo pedazo de tela negra, el turbante saharaui. La solución era evidente, ser uno más, él ya lo era. Toda la cabeza quedaba envuelta por capas superpuestas, unas encima de otras, y protegida de todo agente exterior. Sólo se salvaban los ojos, para seguir el camino y reconocer al enemigo. El gracioso director se acercó a darme la enhorabuena por lo bien que me quedaba, «como ayer desapareciste no pude decírtelo. Gali pasó a darte un recado, se extrañó mucho de que no estuvieras. Esta tarde te esperan en la Presidencia». Parecía que lo hacía a posta.

Maggie y Tina eran lo mejor del Protocolo, dos inglesitas cachondas e idealistas. Su proyecto, impartir un taller de fotografía para jóvenes. Los mejores trabajos serían expuestos en Londres, imágenes de la injusticia, qué mejor propaganda para la causa. En

unas horas vendrían a recogerlas para llevárselas a uno de los grandes campamentos. Como despedida y para celebrar mi primera entrevista con la dirigencia polisaria, Julio y yo nos las llevamos de paseo. Nuestra escapada no podía ir muy lejos, sólo un poco de turismo, contemplar las almenas del multicolor castillo de contenedores en los confines de Rabuni. Un viejo guerrero polisario, que hacía las veces de cancerbero, nos invitó a su oficina contenedor. «Soy de Smara, la ciudad santa. Espero volver a verla antes de morir, si Alá así lo quiere». Las inglesas se despatarraron por el suelo, él se reía, estaba encantado de nuestra visita. «Mi familia sigue allí. Están bien todos», fumaba cerrando los ojos, evadiéndose, como queriendo acordarse de alguien. Su boca apretaba una boquilla larga de metal, que él mismo cargaba con tabaco de liar. «Voy a mostrar a estas chicas tan simpáticas la ceremonia del té en el desierto». Ellas no hablaban palabra de español, todo les parecía bien. El viejo hirvió agua en un infiernillo bastante cutre. Después la vertió en una tetera. Le añadió té y azúcar, y revolvió el contenido de la tetera con una cuchara, lo puso en unos vasos, pasó el contenido de uno a otro varias veces, lo probó y volvió a echarlo todo en la tetera, ya tenía el gusto apropiado. «El primer té es amargo como la vida», ése era el té que nos debía recordar la huida de sus casas ante el avance del invasor, el té de la guerra sin cuartel, de los mártires y de las viudas, el té del sufrimiento. Lo sirvió en los vasos y bebimos. «El segundo té es dulce como el amor», ése era el té del alto el fuego de la ONU, el té de la ayuda internacional y de la promesa del referéndum, el té de la esperanza. Repitió la operación anterior, de añadir, mezclar, remezclar y volver a servir. Bebimos. «El tercer té es suave como la muerte». Aquellas palabras me estremecieron, aquél era el té del fin de las promesas, del abandono y del olvido, el té de la desaparición. Yo apenas mojé los labios, ninguno de los cuatro lo terminamos. Era tarde, debíamos regresar.

VIII

Los dinosaurios hablan

Plantado en medio del erial de Rabuni el edificio de la Presidencia tenía aires de cortijo. Un cortijo cuyos propietarios parecían estar lejos de allí, en alguna capital europea, dejando a cargo de las fincas a unos administradores ya mayores y un tanto negligentes. El guardia de la puerta me dejó pasar sin molestarse en identificarme, mi condición de extranjero, a pesar del turbante, era suficiente garantía de mi solidaridad con la causa. Dentro todo era silencio, sombra, pasillo. Podía ser yo un terrorista, un espía o un ladrón, no importaba, yo avanzaba, curioseaba, me perdía sin remedio en aquel laberinto administrativo, desierto. «¿Buscas a alguien?». Me volví. Por fin alguien.

La independencia virtual

«Carecíamos de toda conciencia política, sólo queríamos ser libres, pero no teníamos líderes y los jefes de tribu eran muy manipulables si había dinero de por medio. Y eso era lo que pretendía hacer Mohammed V, el padre de Hassan, en 1957, pagar nuestra guerra para luego quedarse con todo el territorio». El historiador oficial del Polisario era la imagen viva de un viejo patriarca bíblico, barba blanca, ojos vivos, manos nudosas. De vez en cuando para verificar algún dato hacía uso de unas gafas redondas de montura transparente, con las que luego jugaba de forma compulsiva. «Como sabes, perdimos la guerra, España recuperó su poder colonial sobre nuestro territorio. Pero el gran triunfador fue Marruecos; Franco, para saciar sus ambiciones, le regaló la parte norte del territorio saharaui. Allí, en Tantán, se habían refugiado los guerrilleros saharauis. El rey de Marruecos mandó entonces a su hijo Hassan para convencernos de que el futuro del pueblo saharaui estaba en Marruecos, pero no lo consiguió. Aunque algunos, para sobrevivir, aceptaron integrarse en el ejército marroquí, la mayoría se dio cuenta de la jugada y se rebelaron asaltando la armería. Hubo una gran represión. La mayoría tuvo que huir, muchos regresaron al Sáhara español y aceptaron colaborar con la administración colonial. Otros se fueron a Tinduf y Mauritania. Así comienza el

drama de nuestro pueblo». Su familia fue de las que se quedaron en Tarfaya. Como Bassiri y El Uali, con una beca del rey, pudo estudiar, ir a la universidad. En definitiva conocer el mundo más allá del desierto, ser consciente de su destino. «Luego yo también regresé al Sáhara. Comencé de maestro, pero enseguida me llamaron para trabajar en la radio. Carrero Blanco, por diferentes motivos, por supuesto, también quería que los saharauis fueran conscientes de su destino, y el programa que yo hacía buscaba eso, crear una conciencia nacional saharaui, aunque, claro, a largo plazo». Fueron buenos tiempos aquellos, ganaba un sueldo, tenía televisión, un coche. Era un español más de los sesenta. «Bassiri quiso ir más deprisa, pedía la autonomía. Había que romper con el poder de los jefes de tribu que decían sí a todo lo que España quería. Sacó el pueblo a la calle. Yo estaba allí, escondido en mi turbante, no quería que la policía me reconociese y perder mi trabajo en la radio». El resto de la historia ya la conocía, los niños que lanzan piedras, el gobernador que se asusta, los jefes de tribu que también se asustan y dan su permiso, la legión que al final reprime. «A mí me reconocieron por una foto. Estuve detenido doce días y perdí mi trabajo». Desde ese momento su vida quedó unida a los grandes acontecimientos de la tragedia saharaui, hasta la llegada del ejército marroquí con el consentimiento español.

«Cuando El Uali supo que faltaban pocos días para que se fuese el último soldado español, se dio cuenta de que se creaba un vacío jurídico que había que llenar y decidió proclamar la independencia. En la actualidad más de sesenta países han reconocido a la RASD, la mayoría en África y en América Latina», proclamó orgulloso. Sí, independencia, pero independencia virtual, aquel despacho en esa supuesta «Presidencia», no pasaba de ser una dependencia más de un campo de refugiados. «Kissinger creó en el exterior esa imagen nuestra de comunistas, pero nunca lo fuimos, nunca recibimos una bala de la Unión Soviética. Para colmo la izquierda española, a su manera, también contribuyó a promover esa idea del Polisario como si fuéramos un movimiento marxista revolucionario. Pero todo eso nos perjudicó y sigue haciéndolo. Nuestra única ideología es la autodeterminación, la independencia, el retorno a casa. Nosotros tendremos amistad con todo aquel que apoye nuestra causa. Es increíble que en España los socialistas se sorprendan de nuestros

contactos con el PP». Él era, no podía ser de otra forma, un hombre de la organización, del aparato, un funcionario del independentismo, que había tenido su momento de gloria siendo ministro de Educación años atrás. «Los norteamericanos empiezan ahora a conocernos. Pero es difícil. Sin dinero, no podemos influir en los congresistas, no podemos tener un *lobby* que nos respalde. Sólo tenemos un representante, en una pequeña oficina, que hace lo que puede». Su voz fue haciéndose más débil, sólo quería añadir algo más: «De Marruecos, a España siempre le han venido problemas. Y ahora el terrorismo ¿cuándo lo entenderán? ¿Es que no saben nada de Historia?».

Si la guerra hubiera durado seis meses más

A veces el uniforme es la persona misma, sin ningún espacio libre para la individualidad. «Antes de nada le quiero decir que España está en deuda con el pueblo saharaui. Su gobierno ya nos vendió una vez y ahora lo quiere hacer de nuevo. Sus intelectuales son unos cobardes, callan ante nuestra desgracia. El pueblo, ya sabemos que está de nuestra parte. Sin embargo los necesitamos a todos, gobierno, intelectuales y pueblo». Era el estratega militar del Polisario, no hablaba español ni francés, teníamos que hacer uso de un intérprete. No había vivido en Marruecos, ni había viajado más allá del desierto, él era uno de los duros, de los de siempre. «Empezamos a luchar en mayo de 1973, con cinco fusiles y dos camellos. Nuestra estrategia era la del zorro solitario, robar armas, hacer algún secuestro, sobrevivir». Su rostro estaba modelado por la misma afilada arena que levantaba el viento para cincelar el paisaje, surcos y aspereza. «La invasión marroquí y mauritana lo cambió todo, teníamos que salvar a nuestro pueblo. Nuestra capacidad de movimiento era nuestra mejor arma. Hasta que llegaron los aviones y comenzaron a bombardear a los niños y las mujeres. No tuvimos más remedio que traerlos aquí, a Tinduf, bajo la protección de Argelia. Muchos se quedaron en el camino». Ahí se inicia el sacrificio, las primeras víctimas de la causa, las primeras imágenes de la tragedia que dieron la vuelta al mundo. «Fue en ese primer momento, en pleno desastre, cuando Felipe González vino a visitarnos aquí, en Tinduf, y proclamó que el gobierno español era el responsable de toda esa desgracia». No quería ahorrarme nada, yo también tenía que sentirme responsable.

«Todos los hombres al frente. Montados en Land Rover, moviéndose a gran velocidad y con gran capacidad de fuego, fuimos recuperando territorio. Ellos resistían en las ciudades con armas y aviones franceses». Aquella táctica dio enseguida sus frutos, la derrota de Mauritania y la llegada de la guerra a Tarfaya y Tantán, en el sur de Marruecos. «Francia y Estados Unidos, con tecnología israelí, ayudaron a Marruecos a construir los muros hasta que todas sus unidades quedaron cubiertas. Son minas, trincheras, murallas de arena, radares, alambradas electrificadas. Sabían que cualquier combate frontal con nuestras fuerzas sería una derrota». Poner barreras al desierto, aquélla fue la faraónica obra de Hassan II que salvó su imperio sahariano, a costa, naturalmente, de muchas vidas. Las vidas que no pudieron salvarse por no haber invertido todo ese dinero y esfuerzo en dar unas mejores condiciones de vida al pueblo marroquí. «Pero poco a poco aprendimos a cruzar los muros, atacando diferentes puntos al mismo tiempo, concentrando las fuerzas, siendo todavía más rápidos. Al cabo de un par de años Hassan se dio cuenta de que su estrategia había fracasado. Un último muro que fuese paralelo a la frontera era imposible, demasiado lejos de sus bases. Al mismo tiempo nuestros ataques le obligaban a mantener un despliegue enorme a lo largo de todo el muro. La única solución era un alto el fuego, indefinido, por supuesto. Y nosotros caímos en la trampa. Si la guerra hubiera durado seis meses más, la monarquía marroquí habría caído». La intervención de la ONU había salvado a Marruecos. El Polisario nunca había sido derrotado militarmente, había entrado en la senda de la negociación y del desgaste moral con ingenuidad.

«Las fiestas por el treinta aniversario de la RASD las vamos a celebrar en territorio liberado, a pesar de las quejas de Marruecos. Es nuestro país. Allí está nuestro ejército, siempre preparado para lo que pueda ocurrir». Ese territorio de miles de kilómetros cuadrados, entre los muros de los marroquíes y las fronteras internacionales del Sáhara occidental, debía de ser otro planeta. «Hay pastores de camellos que nunca salieron del Sáhara, pudieron vivir allí todos estos años. Nosotros promovemos que la gente vuelva, lo único que lo impide es la falta de agua. Por el momento no hay pozos suficientes». Me emocioné. En unos pocos días yo también conocería la tierra prometida. «La opción militar no está cerrada.

Por el momento creemos en la negociación. A menos que Mohammed haga alguna locura, como provocar una matanza de nuestro pueblo al otro lado del muro». Era un discurso triunfalista, del que tiene la sartén por el mango, incluso, jactancioso, ¿absurdo? Sus palabras contrastaban con la realidad de la que, hasta el momento, yo había sido testigo, esos campamentos de refugiados, ahora derrumbados por las lluvias, esos intentos de actividad estatal en ese arrabal del desierto que era Rabuni. La opción militar de la que me hablaba me parecía un cuento, un cuento triste, eso sí. «El problema es que no somos nadie. Los americanos prefieren que todo siga así, tal y como está, un alto el fuego indefinido y Marruecos estable, para que ellos puedan dedicar todos sus esfuerzos, militares y políticos, a Oriente Medio y Afganistán». Sí, los saharauis no eran nadie, y cada vez lo eran más, incluso para los españoles. Como nosotros, en otra época, esperaban un míster Marshall que les solucionase la vida. Me vino a la cabeza una idea terrible, la única baza que les quedaba era el terrorismo. Que aquellos campamentos de seres desmoralizados y pacíficos se transformasen, de la noche a la mañana, en campos exportadores de suicidas por una causa imposible. Un sueño sanguinario.

'SOUVERNIRS'

La tienda de *souvenirs* tenía su gracia. Banderas, turbantes, chilabas, pulseras, ceniceros, todo un repertorio de cachivaches, casi siempre adornados con la bandera saharaui, especialmente fabricados para encandilar al peregrino fervoroso de la causa. A su frente, cargo de gran importancia para las cuentas del Protocolo, un economista titulado, aunque claro experto en teoría marxista y laureado por la Universidad de La Habana. Pero aquello sólo era una ambigua carta de presentación, pues por su carisma personal era el hombre adecuado para la crucial misión de sacarnos los cuartos solidariamente. Nada más había que ver cómo negociaba precios con los ingenieros vascos de los iglús del desierto. Yo, algo aturdido después de las entrevistas, también curioseaba para oxigenar mi cabeza con algo de consumismo. «Esas pulseras antes eran de hueso. Ahora las hacen de PVC. Ya sabe, los nuevos tiempos», a mi lado se había posicionado un cubano auténtico con ganas de charla. «Pues ya no me interesan. Es una pena», comenté aliviado, tenía ya un argumento para no comprarlas. El cubano me habló, «trabajo en el

hospital. Cuento los días para volver a casa. Tanto ascetismo sexual me está corrompiendo», si cumplía su contrato de dos años con el gobierno cubano ganaría cuatro mil quinientos dólares, una pequeña fortuna que cambiaría su vida. «Sí, dicen que la saharaui es la sociedad más abierta del mundo árabe, pero todavía son muy tradicionales. Hay mucho matrimonio arreglado por las familias, muchos abortos clandestinos, muy pocos usan preservativo. Y los niños son lo último, tienen que alimentarse de lo que dejan los mayores. Hasta hace poco las mujeres no dejaban que un médico las viese desnudas o las tocase. Aunque eso sí, te lo dan todo, lo que tienen y lo que no tienen. Se ayudan mucho entre sí, a menudo uno solo mantiene a toda una familia de padres, hermanos, sobrinos, primos». Él también venía a oxigenarse, a charlar un poco con su compadre saharaui. Cuando, finalmente, los ingenieros, ya ataviados con turbantes negros y túnicas azules, y cargados de bolsas, pagaron y se fueron, el hábil tendero nos invitó a la trastienda, su peculiar jaima. Té y Nescafé, cigarros, nos echamos sobre las alfombras a ver la televisión.

«Empieza la programación de la televisión saharaui», proclamó orgulloso. Inmediatamente sobre la pantalla, aparecieron borrosas imágenes tomadas con un móvil, manifestaciones de jóvenes al otro lado del muro, la intifada en el Sáhara ocupado. Eran las noticias del día, una llamada a la esperanza, lo único que podía animar a continuar la lucha. Luego imágenes de la tierra prometida, verdes y bucólicas, el paraíso. De fondo las voces del coro de la escuela de mujeres del campamento *27 de febrero*. Y en la misma línea de «ni un paso atrás», un documental grabado por la televisión argelina hacía ya muchos años, de cuando la moral se alimentaba de las noticias que llegaban del frente, la crónica de una gran victoria sobre el ejército marroquí a principios de la década de 1980. Soldados y oficiales capturados, tanques destruidos, un avión abatido. El héroe polisario que había comandado el ataque me resultaba conocido. «Sí, es Brahim Gali, el delegado en España».

Se había corrido la noticia, mi objetivo de recabar información para un libro me había convertido en un ser peligroso entre los cooperantes. Ya no hablaban tan abiertamente delante de mí durante las comidas, tenía que buscarlos y acorralarlos para que me contaran algo. Después de la cena dando vueltas por la

habitaciones, di con Sebastián, gestionaba un proyecto para mejorar la vida de madres y embarazadas. Preparaba su cena, pasta, «hoy no me apetece el rancho de aquí. Al final harta. Aunque para este lugar es un lujo. Los refugiados no comen lo mismo». Su habitación tenía pósteres, estanterías con libros, un infiernillo de gas, calor humano. «La dieta que llevan casi no aporta proteínas ni vitaminas. La carne de camello la toman en ocasiones especiales y, encima cocida. La anemia está muy extendida, es una vergüenza». Pero cuando iba a preguntarle por la política natalista del Polisario, que orientaba a la mujer a parir cuantos más hijos mejor para la causa, se abrió la puerta. Otros entraron y me miraron de arriba abajo, Sebastián estaba rompiendo la consigna de no hablar conmigo. Para evitarle problemas lo mejor era largarme y perderme un posible plato de su pasta, un manjar en el desierto. Cerré los ojos al sentir el frío forro de mi saco de dormir sobre la cara. Soñé que dormía en uno de los famosos iglús que la secretaria Leire pensaba regalar a sus queridos saharauis. Afuera era todo nieve, el desierto era blanco. Unos niños se lanzaban bolas unos a otros. Hacía mucho frío.

El censo de votantes, un callejón sin salida

Frío, hacía frío al día siguiente. El siroco soplaba muy fuerte y mi turbante negro ya era mi primera piel y la perspectiva desde la que observar aquel mundo. Gali, el viejo guerrero, ahora burócrata diplomático, me tenía preparado un nuevo regalo, otro dirigente del Polisario. Como los anteriores, era un pez gordo de la vieja guardia, otro dinosaurio, su currículo saltaba de gobernador a consejero, de consejero a ministro, hasta llegar a su responsabilidad actual, representante ante la ONU. «No tenemos ningún estatuto formal, no somos un Estado miembro. La ONU sólo nos reconoce, desde 1975, como un movimiento que representa al pueblo saharaui. Únicamente participamos en las reuniones donde se discute sobre el Sáhara occidental». De luchar contra el misterioso lenguaje de doble filo de los funcionarios internacionales, se había ido empapando de sus pomposas palabras y retorcidos giros semánticos. «Francia es la que maneja a su antojo la misión de la ONU para el Sáhara occidental. Los observadores militares franceses están a cargo del sector norte, el más importante. Españoles, no hay ninguno, ni civiles ni militares. Están vetados por Marruecos, lo mismo que los nórdicos, por ser prosaharauis». El amable director del Protocolo

nos había dejado su despacho para el encuentro, la jerarquía era muy estricta en la organización. «Con el alto el fuego de 1991 Hassan aceptó la celebración del referéndum. A partir de ese momento la clave del conflicto pasó a ser el censo de votantes, todas las personas que tienen derecho a decidir el futuro del Sáhara occidental. El único documento que se tenía era el censo español de 1974. Se trataba de actualizarlo y de agregar a todos aquellos que no fueron incluidos entonces, junto con sus descendientes».

El famoso censo que hizo el ejército español. Decenas de patrullas recorrieron el desierto para registrar a los nómadas. El propio coronel Cuevas, su responsable, declararía después que aquel documento fue interpretado de forma errónea por la ONU, pues tomó la parte por el todo. Se reconoció el derecho a participar de varias tribus tekna, normalmente asentadas en el actual territorio marroquí, por contar con alguna presencia testimonial en el Sáhara español. «El objetivo de Marruecos era ampliar lo máximo posible el concepto de saharaui para incorporar al censo el mayor número de marroquíes. Hassan II, ya con el territorio pacificado por la ONU, comenzó a traer colonos para repoblarlo y variar las condiciones demográficas. Las acciones de los secretarios generales de la ONU, Pérez de Cuéllar, Butros-Ghali y Kofi Annan, favorecieron este fraude intentando introducir nuevos criterios para incluir nuevos votantes en el registro». Cuando dejaron su cargo, sorprendentemente, Pérez de Cuéllar pasó a trabajar en los negocios de la familia real marroquí y Butros-Ghali a dirigir la Organización de la Francofonía. «Nosotros nos negamos y el proceso se estancó, hasta que llegó Baker, el antiguo secretario de Estado norteamericano. En principio otro promarroquí, que consiguió, sin embargo, que en 1997 se llegase a un acuerdo definitivo sobre el censo, el retorno de los refugiados y el desarme. Ésos fueron los acuerdos de Houston.

»Registrar a todos aquellos que todavía poseían algún documento que demostraba su conexión con el territorio del Sáhara occidental era fácil. El problema surgía cuando la persona en cuestión no tenía documentos. Esto era posible porque antes muchos saharauis eran todavía nómadas y apenas tenían contacto con la administración colonial. Para estos casos se crearon unos comités consultivos formados por jefes de tribu que interrogaban al

solicitante sobre su lengua materna, sus conocimientos de la geografía, fauna, flora y costumbres del Sáhara. Aunque su dictamen no era definitivo, sus conclusiones evitaron que Marruecos colase en el censo a miles de colonos como saharauis». Se presentaron 194.000 solicitantes, pero sólo 86.000 fueron aceptados por la ONU para participar en el referéndum, los rechazados casi todos eran originarios de la zona de Tarfaya y Tantán. «Esa lista provisional fue publicada en 2000. Justo después de la muerte de Hassan II. Al fracasar la maniobra marroquí, los franceses comenzaron a hacer presión ante los otros países para buscar una tercera vía, de lo contrario la estabilidad de Mohammed VI, el nuevo rey, estaba en peligro». La tercera vía era una especie de autonomía, sin alterar, por supuesto, la soberanía marroquí sobre el territorio. En otras palabras, la derrota del sueño de El Uali. «Sin embargo entregarlo de esa forma era romper la legalidad internacional. Había que llegar a un término medio. Baker presenta un nuevo plan en 2003, apoyado por Estados Unidos y por el gobierno de Aznar. Primero habría un periodo de cinco años de autonomía, y al final, se celebraría el referéndum de autodeterminación en el que podrían votar no sólo los saharauis registrados en el censo, sino también todos los residentes en el territorio, es decir, todos los colonos marroquíes». La cifra que se manejaba sobre el número de colonos marroquíes en el Sáhara ocupado ascendía a 256.000. «Era ofrecer el Sáhara a Marruecos en bandeja de plata, era seguro que de esa forma ganaría el referéndum. Aunque para sorpresa de todos, el Polisario aceptó el plan y Marruecos lo rechazó».

Aquella decisión de los dirigentes polisarios había sido criticada con mucha dureza en los campamentos de Tinduf, era una renuncia total a sus planteamientos, negaba el principio de que el pueblo saharaui es el único que puede decidir su destino. «La explicación es evidente. La monarquía marroquí ya no confía ni en sus propios súbditos, tenían miedo de que prefiriesen vivir bajo el Polisario a seguir unidos a Marruecos. Eso es lo que pasa con todas las dictaduras, que tienen miedo de sus pueblos. Y con razón, nosotros sabíamos que votarían por nosotros. Están hartos de tanta corrupción y represión». Aquella afirmación era de una lógica aplastante, pero el Polisario quizá se había marcado un órdago muy

peligroso con aquella apuesta, si su gobierno, durante el periodo de autonomía, hubiese sido un desastre, dudo mucho que esos colonos, por muy hartos de su rey que estuviesen, les hubiesen votado a ellos, unos extranjeros. En cualquier caso la jugada les salió bien de cara a la galería, quedaron una vez más como gente de paz, aunque ingenua, muy ingenua, porque ese gesto nada cambió, ningún país quiso imponer esa solución a Marruecos, Mohammed VI había ganado, todo el proceso de paz no valía para nada. «En mayo de 2004, justo después de haber ganado las elecciones, Zapatero, en su primera visita a Francia, anunció que podía solucionar el conflicto en seis meses. Misteriosamente al mes siguiente Baker dimitió, había comenzado la operación "autonomía". Sin embargo a los pocos meses, estalló la intifada en el Sáhara ocupado. Ni los colonos ni el tiempo nos habían borrado. Ahora eran los saharauis del otro lado los que decían basta. Toda esa estrategia de olvido ha fracasado. Y la intifada va más allá del Sáhara occidental, alcanza también a todos los territorios saharauis del sur de Marruecos, de Tarfaya a Gulimin». Quería sonar optimista, el futuro era suyo, y en el fondo de mi ser yo también quise serlo, quise creerlo.

RETRATO FRÍO DE LA REALIDAD

El diplomático «guay» del primer día estaba a punto de echar el vuelo de regreso a Argel. Mª Jesús me había pasado la información para que me lanzase a su cuello ahora que todavía había tiempo. Él, y los esbirros de la secretaria de Estado Leire, tenían su guarida en el campamento del ACNUR, al otro lado de la colina del depósito de agua, un recinto fuertemente custodiado para impedir que ningún refugiado entrometido pudiese molestarles. Bajo el siroco caminé por el calamitoso erial de Rabuni, la basura ahora volaba a mi alrededor mezclada con ráfagas de arena. Estaba de suerte, todavía seguía allí, en una de las tiendas. El resto estaban vacías, los sensibles funcionarios del ACNUR y de las otras agencias de la ONU trabajan para los refugiados a distancia, en cómodas oficinas con aire acondicionado en la ciudad de Tinduf. «Pocas veces vienen por aquí, a menos que tengan una cita. El trabajo lo hacen los locales», me aclaró el guarda. La «comisaria» andaluza de la Agencia española de cooperación no puso buena cara al verme, yo también era otro entrometido. Pero él no podía echarme, su talante no se lo permitía. «Sí, pasa, ¿cómo no? Tengo un momento antes de irnos a

comer». Ella no se movió, quería escucharlo todo.

«Qué ¿ya has visto cómo está esto?, un desastre. Y los del otro lado del muro, para colmo, que viven de las ayudas de Marruecos, tampoco están contentos y se rebelan. A España esto no llega, claro. No te olvides de la famosa frase, tenemos libertad de prensa pero no una prensa independiente». Su cinismo no hería, era un retrato frío de la realidad. «El embajador del Polisario en Argel encabeza la tendencia más dura de la organización. Nunca aceptaron la claudicación que supuso haber aceptado el plan Baker. Y sus seguidores crecen. Están esperando cualquier provocación para volver a la guerra. No sé si te has dado cuenta, casi el 70 por ciento de los refugiados varones son jóvenes que apenas tienen nada que hacer en todo el día. Y que nos acusan a nosotros, los occidentales, de lo que está pasando». ¿Y las armas?, ¿cómo las conseguían?, «fácil. Entre el sur de Argelia, Mauritania, Mali y los territorios del Sáhara occidental que quedan fuera del muro no hay fronteras. Es un desierto abierto a todos los tráficos que te puedas imaginar». Con tantas guerras en África, conocidas u olvidadas, mercado había siempre. Luego le lancé una pregunta que me rondaba desde que había llegado, ¿por qué España no tenía un programa de becas para que los estudiantes saharauis no tuvieran que marcharse a Cuba o Libia para poder tener una carrera profesional? Pero aquello era asunto de Leire y su comisaria no podía consentirlo, me cortó en seco, «perdona, tenemos prisa. Luego tenemos una reunión. En otro momento yo te puedo contestar a todo eso». No había más que hablar. Y por supuesto yo no estaba invitado a comer.

David contra Goliat. Caos humanitario

El comedor del Protocolo volvía a ser una jaula de grillos. Los destrozos causados por las inundaciones se añadían a la falta de alimentos básicos que los refugiados padecían desde hacía tiempo. Todo ello bien agitado durante las próximas semanas, era la receta para el caos humanitario. El pueblo soberano de las ONG, harto de esperar, había decidido redactar una carta de quejas contra el ACNUR. La carta, enviada a toda la prensa internacional, sacaría a la luz su intención de reducir casi a la mitad la ayuda. Mis compañeros comensales compartían en esos momentos la pequeña gloria de David cuando hacía girar su honda ante la presencia de Goliat, sabían que podían hacerle mucho daño. El ACNUR, la

agencia de la ONU dedicada a la protección de los refugiados en el mundo, vive de la credibilidad de sus buenas acciones. Llenos de esa arriesgada euforia, se fueron levantando en grupos a dar un paseo por el patio, el siroco había amainado. Aproveché entonces para comentar a Mª Jesús y a Julio, el del gallinero, mi conversación con nuestro hombre en Argel. Como esperaba ella no pudo callarse, «la opción militar no se la cree nadie. Algunos dirigentes del Polisario no quieren que cambie la situación actual, viven muy cómodos. El pueblo se está cansando, ellos no tienen nada y ven sus coches, sus viajes, cómo viven. Ellos controlan todo el tema de pasaportes, sin ellos nadie puede ir a ninguna parte, y todas las familias quieren mandar a un hijo fuera, a España, a recoger naranjas, a lo que sea con tal de que les pueda mandar algo de dinero». Él fue más audaz, «lo que no controlan es la intifada. Se dice que a la organización le ha molestado, no estaba en sus planes y no la pueden dirigir desde aquí. Les obliga a mover ficha, a los que antes llamaban traidores son los que están poniendo la cara. Con las visitas organizadas entre las dos partes y los teléfonos móviles, todo ha cambiado». Y añadió, «además han descubierto petróleo en la zona liberada, ¿otra vez guerra?, de eso nada. A explotarlo y a vivir». Me quedé alucinado con la revelación, esto ya iba más allá de cualquier elucubración imaginable. La médica valenciana reapareció por la puerta y volvió el silencio.

En aquel lugar todas las conversaciones interesantes se interrumpían. Cambiamos de capítulo pero no de tema, el treinta aniversario de la República Saharaui coincidía con el cincuenta aniversario de la independencia de Marruecos. No me había dado cuenta. La enfermera combatiente proclamó: «La intifada ha prometido llenar El Aaiún con mil banderas del Polisario el día 27. A ver si lo consiguen». Cualquier información era motivo de intriga entre los psicóticos habitantes del Protocolo y mi amiga era la reina madre del asunto. Pero la médica no quiso entrar al trapo, ella estaba allí para ayudar y no para manejar conspiraciones. Se volvió hacia mí sonriendo, «ya queda muy poco, aquí no vamos a dar abasto. Me acaban de decir que se están suspendiendo vuelos. Qué pena, con las inundaciones no tienen forma de acoger a tantos visitantes».

TIFARITI, CAPITAL DE LOS TERRITORIOS LIBERADOS

Las gafas de Pepsi reflejaban el hervidero del patio. No es que el Protocolo fuera una cárcel, pero en cierta manera, lo era para mí. Aunque por supuesto no podía quejarme, para los saharauis los campamentos también lo eran. Sin pasaportes, sin vehículos, rodeados de la nada. La maravillosa libertad del horizonte era puro espejismo. Como dos fugitivos, buscamos una escapada, aunque sólo fuera momentánea. Pasamos por la brigada cubana del hospital. Un olor a frijoles con arroz nos abrió la puerta. Su ansiedad la mataban comiendo, aquel encierro por los cochinos dólares lo llevaban fatal. Los dos años entregados a la cooperación de Castro con el sufrido pueblo saharaui les iban transformando en terneros amargados, y su mala leche la descargaban con cualquiera. También huimos de allí.

«Acabamos de llegar de Tifariti. Ha sido como un sueño», volver a ver el rostro de Carol, mi ángel protector en el tenebroso aeropuerto de Argel, fue el pequeño milagro del día. «Dos días para llegar y dos días de vuelta, una paliza. Pero ha merecido la pena, aquello es un paraíso». Tifariti era la capital de los territorios liberados, un antiguo puesto militar español, destruido durante la guerra, que ahora el Polisario había reconstruido como base para mantener una presencia, no sólo militar, sino también administrativa y civil en su propio territorio. «No me puedo quedar a las celebraciones y quería verlo antes de marcharme». Carol estaba exultante, y no sólo por el viaje a la tierra prometida, su proyecto para abrir un centro de rehabilitación para discapacitados en el hospital estaba listo. Era una necesidad vital para todos esos niños de la poliomielitis. «Quedaos a cenar, y así os enseñamos las fotos», su sonrisa era la mejor de las escapadas. Ella y sus compañeras de equipo, todas mujeres, sacaron latas de sardinas, atún, lujosas viandas de latitudes imposibles. A su alrededor revoloteaban los saharauis que les habían acompañado en su travesía por el desierto. Todos hombres solteros, sólo por matrimonio uno abandonaba la casa/jaima paterna y tenía derecho a una propia. Pero eso costaba mucho dinero. Sobre la pantalla de un ordenador portátil iban pasando imágenes de llanuras cubiertas de hierba, manadas de camellos, montañas teñidas de atardecer, picnics y tés al abrigo de los coches, alegrías de aquellas mujeres tratadas como princesas por los misteriosos hombres del turbante

negro, un viaje inolvidable. «Todos somos soldados adscritos a una región militar. En cualquier momento nos pueden llamar para ir al frente», los territorios controlados por el Polisario estaban divididos en siete regiones que agrupaban sus fuerzas militares. Se ponían muy serios al decirlo, la posibilidad de que la guerra volviese a estallar, en aquella situación de vacío diplomático, se hacía más creíble. «Yo también pienso que hay muchos dirigentes que viven mejor así, sin futuro. Todos sabemos que hay mucho material médico que desaparece, incluso la ambulancia. El director del hospital debería dar una explicación de todo lo que está pasando. Pero aquí nadie habla, nadie protesta, la causa parece justificarlo todo y eso impide la autocrítica dentro del Polisario», era otra la que hablaba, aunque todos asentían.

«Sólo los jóvenes que hemos estudiado en Cuba hablamos de cambiar las cosas. Pero somos unos pocos, los demás tienen miedo. En la sociedad saharaui los mayores deciden sobre toda la familia, y nuestros dirigentes son los padres de nuestro pueblo, muchos piensan que sólo ellos saben lo que hay que hacer para acabar la ocupación marroquí». La frustración volvía a empapar el ambiente. «Las que peor lo llevan son las chicas. Cuando regresan de Cuba, todos piensan que han sido unas zorras, la familia no confía en ellas. Por eso muchos padres no quieren mandar a sus hijas». Uno de ellos habló entonces de su prima, licenciada en pedagogía, otra vez sometida a la tutela paterna y obligada a ayudar a su madre a hacer las tareas de la jaima, «lo está pasando muy mal, la llaman la rebelde». Como en el caso de los hombres, sólo el matrimonio permitía abandonar el hogar paterno para ir a construir uno nuevo, una nueva jaima. En hassania, «estar casada» se dice «tener una jaima». Observé las caras de Carol y de sus compañeras, les estaban entrando escalofríos sólo de imaginarse la situación. Como si ellas mismas, después de haber pasado su vida en un país liberado sexualmente y donde las mujeres deciden por sí mismas todo, como España, quedasen de repente atrapadas en una imaginaria caravana del desierto. Si la sociedad saharaui era la más libre del mundo árabe, no quería ni pensar cómo debía ser que una chica que, después de haber vivido aquello, regresase a un pueblo de Marruecos o de Argelia. La velada, afortunadamente, terminó más positiva. Carol fue sacando de las hojas de un cuaderno ejemplares

de flores recogidas en su viaje. El paraíso estaba tan cerca.

LAS MUJERES SAHARAUIS, «SOMOS LO QUE VES»

Al día siguiente los anunciados turistas solidarios, mezclados con algunos periodistas, fueron llegando y tomando las dependencias del Protocolo. En la cantina y la tienda de *souvenirs* había que pedir la vez para que a uno le hiciesen caso. Grupos de tertulianos, ataviados con el correspondiente turbante, poblaban el patio hablando distintas lenguas peninsulares y europeas. Su estancia allí era un mero trámite, desde el Protocolo los enviaban a los campamentos donde eran acogidos en familias. La hospitalidad saharaui no tenía límites, refugiados en crisis humanitaria alojando a lustrosos occidentales. No sé si Gali poseía algún don para acceder a mi mente y mis inquietudes por la mujer saharaui. La cuestión es que esa mañana me había organizado una nueva entrevista. La primera secretaria del campamento de refugiados de Smara, es decir, la segunda de abordo, me esperaba. Cada uno de los cuatro grandes campamentos de refugiados representaba una «wilaya», una provincia de su tierra ocupada, El Aaiún, Dajla, Auserd. Smara era el nombre de la ciudad santa saharaui. A su vez cada campamento estaba dividido en seis «dairas», municipios, y éstos, en cuatro barrios. Según el lapidario informe encontrado en Internet, a quince kilómetros del campamento de Smara se hallaba la cárcel de Rachid, donde el Polisario encerraba a los disidentes.

«A esto le llaman la "Hamada", el jardín del demonio». Esto era el trozo de desierto del Sáhara argelino donde se encontraba Tinduf y que estábamos atravesando para ir desde Rabuni al campamento de Smara. No cabía ninguna descripción porque no era nada, una llanura dura, de color entre pardo y ceniciento, a merced del aire y del sol, la verdadera imagen de lo que debía de ser el infierno, tan sólo vacío, ni vegetación ni construcciones ni gente, el terrible calor o el terrible siroco como únicos acompañantes. Y más que nada, cielo, todo el cielo, azul, aplastándonos.

Después de casi una hora eterna rodando, aparecieron unas pequeñas lomas, y tras ellas, un milagro, una ciudad de varios miles de chabolas de barro salpicada por el color oscuro de las jaimas, el campamento de Smara. Su provisionalidad de treinta años se reflejaba en la ausencia de rasgos urbanos a pesar de sus vastas proporciones, no había calles ni aceras ni farolas ni semáforos. Y no

podía ser de otra manera, pues aquello seguía siendo un campamento de refugiados por mucho que el tiempo y el crecimiento de la población hubieran introducido decenas de antenas, placas solares, vehículos y pequeñas tiendas. Como a ellos les gustaba recalcar, su casa no estaba allí, sus hogares quedaron al otro lado del muro después de su huida por la supervivencia. Su único deseo era retornar, pero no de cualquier manera, sino en condiciones de plena dignidad, de libertad, para siempre.

La señora primera secretaria me recibió en su jaima. Su casa, provisional, yacía derrumbada a escasos metros. Quise imaginarle un marido, pero era difícil, la autoridad que emanaba de sus gestos y palabras, y sobre todo de sus negros ojos era absoluta. «Usted tenía que haber venido a vivir con una familia. Se habría dado cuenta de nuestras penurias pero también de nuestra hospitalidad, los saharauis no rechazamos a nadie. Lo que hay se reparte entre todos». Me había hecho sentar, entre almohadones, en el mejor sitio, al fondo, en el centro. Justo enfrente de la abertura que hacía de puerta. «Como ya le habrán contado, el ACNUR y la Comisión Europea han reducido a la mitad lo que nos daban. Ahora, por ejemplo, en el campamento no hay medicamentos», sacó el juego de té y se puso a calentar el agua en un infiernillo. «Aquí nadie cobra nada por trabajar. El Polisario no puede pagar a nadie. Todos los trabajos son voluntarios, el mío, el de los maestros, el de los médicos, el de los ministros». Por la abertura a la luz entraba gente, mayores, niños, que se sentaban, hablaban entre sí, se reían, salían. En el salón de la primera secretaria no sobraba nadie.

«Y usted se preguntará, como es lógico, por qué unos tienen más que otros, por qué una familia tiene antena, televisión y placa solar, y algunos, coche, mientras que otros, muchos, no tienen nada más que lo que repartimos igualmente para todos». Ella sabía que, para alguien a quien habían vendido en Europa la idea de La Arcadia polisaria creada por El Uali, observar sobre el terreno esa realidad, cuajada de disparidades, chocaba. «La razón es muy simple, todos queremos vivir mejor. Llevamos mucho tiempo en este abandono. Algunos consiguieron que el gobierno español les reconociese su derecho a una pensión como antiguos funcionarios de la colonia, muchos tienen familia en Mauritania o en España, otros crían camellos o abren una tienda. Todos intentamos conseguir dinero

como sea». Nadie se quedaba sin su vaso de té, ella misma los pasaba y después los recuperaba para volverlos a llenar. Irse antes del tercer té era una descortesía, pero quedarse después, era de gorrones, sólo los verdaderos amigos podían aspirar a un cuarto vaso. «Los niños son una gran fuente de ingresos. Cuando vuelven de sus vacaciones en España, las familias de acogida, que saben lo que es vivir en estas condiciones, les llenan de regalos, placas solares, televisiones, ropa. Lo aceptamos todo, ya me dirá usted, no tenemos nada». Un joven entró para informarle de algo que parecía importante, ella le dio un grito y él desapareció, la entrevista continuaba. «Pero aquí todo se comparte. Mis vecinos entran en mi casa, yo en la de ellos, tomamos té, comemos, hablamos. Como ve las jaimas son espacios abiertos, nadie puede esconder nada», sí, eso era evidente, vivían tan pegados, y ese ir y venir de gente en las casas o en las jaimas, se trataba de una sociedad forzosamente abierta.

«En los campamentos no hay asesinatos, no hay violaciones, pregúntele a cualquiera y le dirá lo mismo. Sí, ha habido algún suicidio, pero por problemas de familia o enfermedad, usted ya sabe, como en todos los sitios». Esa ausencia total de intimidad debía de ser asfixiante para algunos. Me acordé de la prima rebelde del amigo de Carol. «He sido elegida democráticamente, vivo entregada a mi pueblo. Pero hay imposibles. No se puede dar un trabajo a todo el mundo, la culpa la tiene el conflicto, no el Polisario. Los jóvenes están hartos y nos presionan, quieren volver a la guerra. Yo intento convencerles de que todavía hay una oportunidad para la paz pero, la verdad, es que nos sentimos engañados». Tenía, como todos, parte de su familia en los territorios ocupados, «me da mucha pena cuando hablo con ellos. Son ahora ellos los que están en guerra contra los marroquíes. A pesar de la represión han mantenido nuestra lengua, nuestra cultura, nuestras tradiciones. Cuando cuelgo el teléfono siempre lloro. Que Alá nos ayude». Me impresionó. Esa mezcla de autoridad y maternidad, envuelta en la elegancia de su melfa, era un símbolo del potencial de la mujer saharaui. Como ella misma repetía, somos lo que ves.

Los misioneros norteamericanos

Y en medio de aquella monotonía de serenas jaimas y casitas de barro, en pie o desfallecidas por las aguas, no lejos de unos huertos

esqueléticos obra de la incombustible Cooperación Española, un elemento extraño, un extraterrestre, una misión evangélica norteamericana. No me lo podía perder. El clásico hombre bueno de la civilización gringa me abrió las puertas de su casita blanca e impoluta. «¿Charlar un rato? ¿Cómo no?, sin ningún problema», no tenía nada que ocultar, no pertenecía a ninguna secta destructiva. «Llevamos años ayudándoles. Damos clases de inglés y cursos para capacitación de líderes». Aquello sonaba tan normal que podía ser cierto. Sin embargo mi imaginación le daba vueltas a otra cosa, aquel tipo trabajaba para la CIA. «Ellos nos dan lo que tienen y nosotros compartimos lo que tenemos, es un pueblo muy generoso. Conozco otros países árabes y los saharauis son distintos, no hay esclavos ni criados, no esconden a sus mujeres. Las tribus oficialmente no existen y nadie puede hablar de ellas. Nos gusta mucho estar aquí». Hablaba en plural y enseguida supe la razón, una deslumbrante belleza tejana de cabellos rubios, ojos azules y nariz respingona, vestida a la saharaui entró en la habitación y se sentó a su lado. «Nosotros creemos en su causa, nada les va a parar, es una cuestión de tiempo. Las nuevas formas de comunicación, además, han revolucionado todo. Los móviles, Internet; por mucho que Marruecos la intente parar, la comunicación fluye entre los dos lados». Parecían tan buenos que me estaban convenciendo. Ella, a su lado, como una gatita mimosa, le miraba con arrobo, él le acariciaba la mano. «En Washington no se dan cuenta de que es más fácil manejar a un país pequeño y con petróleo, que fuera como el Kuwait del Magreb, que a uno grande y a punto de explotar como Marruecos. Pero el *lobby* marroquí es muy fuerte, les ayudan los anticastristas de Miami, tienen mucho dinero para influir en los políticos y en la prensa. Quieren vender la imagen de que el Polisario es una organización radical islamista. Nosotros, cuando viajamos allí, intentamos dar otra visión, pero es muy difícil». Podía ser cierto, qué importaba. Lo que estaba claro es que si se apartasen un milímetro de ese guion, no durarían allí un segundo. «Nos interesa mucho la juventud. Intentamos que crean en los valores de la democracia y los derechos humanos. De religión no hablamos, ellos son muy musulmanes». Bueno, ya era suficiente, todo era demasiado perfecto. Desde luego los saharauis eran unos árabes de lo más tolerante.

Por la noche era la fiesta de inauguración del centro de rehabilitación física que Carol y sus compañeras habían creado en el hospital. Dulces, frutos secos, té, ellas y un montón de saharauis cubanos divirtiéndose, un mundo extraño. Me abrí paso entre todos ellos. Al fondo se había formado una tertulia al lado de las mesas de fisioterapia. Sorpresa, la voz cantante la llevaba otro viejo conocido del primer día, Manu, *el abuelo*. Al amparo de la nueva trova cubana pretendía convencernos de que la situación actual era el fracaso de la revolución. Como en los últimos años de la Unión Soviética, el sistema no podía sostenerse, se había agotado. «No, no te enteras de nada, compañero. El Polisario nunca ha sido un movimiento revolucionario, somos un movimiento de liberación nacional. No te inventes nuestra historia», le contestaba el farmacéutico del hospital. «Ay, cómo os olvidáis de lo que no os interesa. Yo sí que he leído a El Uali», ellos se reían, era una discusión que habían tenido otras veces, un juego dialéctico sin conclusiones. «Lo único que puede cambiar esto son dos bombas, una en París y otra en Londres, y, en menos de dos semanas, todos vosotros estáis de vuelta en casa». Yo, de vez en cuando, miraba a Carol, necesitaba su risa, sus comentarios ingenuos, su inocencia. Ella, ajena a todo, en su rincón, sólo tenía ojos para uno de aquellos seres torturados por la frustración. Cuando la fiesta terminó, la vi desaparecer con él en medio de la noche. Al día siguiente regresaba a España.

No me lo podía creer. Cerraba los ojos, sólo era una pesadilla, un mal despertar. Los animados miembros de una caravana humanitaria proveniente de Zaragoza se estaban preparando unas migas para desayunar sin renunciar a ninguno de sus ingredientes tradicionales, incluido el jamón serrano. En un extremo de la larga fila de mesas, no lejos de nuestros magros cafés aguados, leche en polvo y carcelario pan, uno de ellos zarandeaba con gracia una sartén de grandes proporciones sobre un infiernillo de gas, mientras otro, con aires de cirujano, cortaba lonchas de una pata de ibérico. No, ellos llevaban años peregrinando a los campamentos y haciéndose fotos entre las jaimas, pero no se habían enterado de que los saharauis eran musulmanes, buenos musulmanes en general, y la carne de cerdo estaba prohibida por el Corán. O sí, y les

importaba un bledo. Bastante hacían ellos trayendo toda esa ayuda por carretera desde tan lejos. Que les respetasen a ellos, no te jode. Sentí náuseas, a pesar del sabroso olor.

«Cuando llegamos aquí, yo tenía 6 o 7 años, veníamos huyendo de las bombas, habíamos pasado varias semanas escondidos en un pozo. Mi familia se instaló en el campamento de Dajla. A los pocos meses, mi padre se quedó ciego por una herida de guerra». Había conocido a Hamid la noche anterior, era otro de los saharauis cubanos que trabajaban en el hospital. «Como sacaba buenas notas me metieron en el internado 9 de julio. En el año 1989 todos los varones, unos doscientos, fuimos enviados a estudiar a Cuba. Mi familia lloró tanto, mi madre siempre me lo recuerda». Caída del muro de Berlín, desaparición del bloque soviético, fin de las ayudas a Castro, pero la revolución cubana no abandonaba a los oprimidos de la tierra. «Llegamos en el peor momento, cuando comenzaba el llamado periodo especial. Nos metieron a todos en la isla de la juventud. No sabes el hambre que pasamos, sobrevivíamos a base de arroz y unos pocos frijoles. El desayuno era agua con azúcar de caña. Cuando no estudiábamos nos llevaban a trabajar al campo, nosotros no nos quejábamos, por lo menos allí comíamos algo de fruta. La situación era cada vez peor, no había de nada». Ahora lo podía contar sonriendo, incluso con nostalgia, «la disciplina era durísima. Unos tutores saharauis nos vigilaban para que no olvidáramos quiénes éramos y qué hacíamos allí, teníamos que ser los mejores para poder entrar en la universidad». Él entró en medicina. «Como todos los cubanos, aprendimos el arte del trapicheo. Revendíamos lo poco que nos daban, un jabón, una camisa. En la calle nunca decíamos que éramos refugiados saharauis, sólo árabes. Ligábamos más, la gente pensaba que veníamos de turismo, pero en realidad, aún pasábamos más hambre que ellos». De los 11 a los 25 años, toda una vida, lejos de su mundo, «en quince años sólo recibí una carta de mi familia. Cuando en 2003 regresé, ni mi madre ni mis hermanos me reconocían, yo era saharaui pero en mi interior era cubano. Los primeros meses, los pasé muy mal, deprimido, esperando que el gobierno decidiese qué hacer conmigo. Yo no seguía mi religión, no sabía nada del desierto, echaba de menos mi isla. Muchos compañeros míos emigraron, otros siguen aquí pero sólo piensan en beber. Yo ya estoy mejor

pero me he dado cuenta de que mi familia son mis amigos, sólo entre ellos me siento bien». ¿Y la causa?, hasta qué punto ese desarraigo tenía sus consecuencias en su posicionamiento personal. «Claro que creemos en la lucha, somos muy conscientes de por qué estamos aquí y quién es el culpable, pero tenemos otra visión de las cosas y queremos que el gobierno la conozca y la discuta con nosotros», Hamid formaba parte de un grupo de jóvenes «airados» que buscaba un cambio y pedía transparencia por parte del Polisario, la rígida estructura del movimiento presentaba muchas grietas, muchos desagües, ellos, como nuevos El Uali, las señalaban con el dedo y las condenaban con la mirada, comenzaban a hablar sin turbante.

IX

Todos por la causa

La cantina volvía a estar hasta los topes de recién llegados para las celebraciones del treinta aniversario. Los cooperantes, después del episodio de la pata de jamón encima de la mesa del desayuno, andaban perdidos en sus proyectos y evitaban todo contacto con aquellas bestias. Yo, como estaba solo, y mi proyecto consistía precisamente en hablar con cualquiera, seguía al pie del cañón. «Qué bien, un español que habla la lengua de Shakespeare correctamente», su suave acento portugués y sus cambios al inglés le daban a su discurso prestancia y sofisticación. Su barbita de chivo sabio y su chaleco de luchador humanitario lleno de bolsillos inútiles ponían el resto. «Y también académico, como yo. Menudo mundo el universitario ¿eh?», Pedro era profesor en Holanda, otro Spinoza, un exiliado del espíritu. «Estuve muchos años luchando por la independencia de Timor Oriental y, como ya la conseguimos, ahora me dedico a la última colonia que queda en toda África, y lo vamos a lograr. El ofrecimiento de autonomía que ha hecho Marruecos es el principio del fin, su posición es cada día más débil. Con Timor ocurrió lo mismo». La colonia portuguesa de Timor Oriental fue invadida por su vecina Indonesia meses más tarde a la entrada de Marruecos y Mauritania en el Sáhara occidental. Pero a diferencia de nuestro caso, en el que el gobierno español llegó a un acuerdo de cesión, Portugal, más pequeño y más pobre, opuso resistencia y siempre defendió ante la ONU el derecho a la autodeterminación del pueblo timorense. «Indonesia, al igual que Marruecos, convirtió el territorio en provincia y lo llenó de colonos para cambiar la composición étnica de la población. Sin embargo en cuanto la dictadura de Suharto entró en crisis, la situación en Timor se volvió insostenible. Su plan de autonomía fracasó y finalmente tuvieron que celebrar el referéndum de autodeterminación. En Marruecos los islamistas echarán a Mohammed VI y abandonarán el Sáhara, creeme, es sólo una cuestión de tiempo». Aquella opinión, aunque esperanzadora para el Polisario, tenía su reverso. El ejército indonesio y sus simpatizantes, antes de abandonar el territorio, lo

cubrieron de sangre con matanzas indiscriminadas y, llenos de rabia, arrasaron hasta el último pueblo, ni un solo edificio público quedó en pie.

«Pero sin una campaña internacional, como en el caso de Timor, todo se vuelve más difícil. ¿Conoces a Felipe Briones?, es un fiscal español, dirige la asociación internacional de juristas por el Sáhara occidental, pero ni sabe inglés ni parece que le interese hacer nada y todo está parado. Luego en Bruselas hay un señor que se llama Pierre Galland, que lleva otra organización a nivel europeo para apoyar al pueblo saharaui, pero él sólo habla francés y tampoco hace nada. En fin, yo, modestamente, voy a intentar hacer algo en La Haya para dar a conocer el problema». No parecía un resentido, esa inoperancia política de las organizaciones de apoyo a las organizaciones saharauis también era evidente en España a pesar de su fuerza. Así pues, a nivel internacional existía también una ignorancia absoluta. «Tendría que venir un tsunami para sacar este tema en la prensa mundial, las inundaciones se han quedado cortas».

Bienvenido a la jaima

Al final la maquinaria del Polisario se aceleró con vistas a las celebraciones del 27 de febrero y, esta vez, el destino de mi persona estaba previsto en sus planes. Esa tarde volví a cruzar la hamada, aunque en dirección al campamento de El Aaiún donde tendrían lugar los primeros actos al día siguiente. Como había recomendado la primera secretaria, junto con otros invitados, pasaría, unos días, alojado con una familia saharaui. Mi experiencia sería entonces completa. El alcalde de una de las dairas, distritos del campamento, me esperaba en su chabola-oficina. Mi sorpresa fue descubrir que a pocos metros, como una nave espacial extraviada, yacía uno de los iglús de la Cooperación Española, su refulgente color blanco daba grima en medio del adobe. Por unos instantes lo observé con detenimiento, extremadamente pequeño, con una estructura de media esfera que parecía concentrar todo el calor del cielo en su interior, el armatoste hacía pensar en un despropósito decidido en latitudes muy lejanas. «Lo han dejado ahí ayer. Todavía no sabemos para qué sirve», comentó el alcalde mirándolo lleno de perplejidad. A pesar de sus años cincuenta y muchos, ágilmente montó mi mochila en su camioneta. «Vamos a estar todo el día así. No paran

de llegar aviones con delegaciones». Él era otro miembro de la vieja guardia, la nomenclatura del Polisario, dieciséis años llevaba engarzado en la estructura del poder. «Cuando los marroquíes entraron en El Aaiún, fueron casa por casa, buscando a los jóvenes. Querían controlarnos a todos para que no nos pasásemos al Polisario. Yo huí y nunca más he vuelto a ver a mi madre. Sé que está bien porque ahora puedo hablar por teléfono con ella, pero no es lo mismo. Está muy mayor».

Noara me recibió con alegría, como si fuera un regalo. Las vecinas también se acercaron, me daban la mano. Bienvenido al mundo de la mujer saharaui, el hombre vive en la luz y la mujer en la oscuridad de la jaima/casa. En otros tiempos, de todas maneras, tampoco hubieran podido ir muy lejos, tradicionalmente adornaban sus tobillos con brazaletes de plata, de hasta cinco kilos de peso. Mi nuevo hogar había resistido las inundaciones, lo formaban tres estancias que daban a un pequeño patio. La más grande hacía las veces de jaima. El concepto no cambiaba, alfombrada y llena de almohadones, era el centro de la vida familiar, allí se comía, se dormía, se charlaba y, en algún momento, todavía inimaginable para mí, se debía de hacer el amor. Ante esa evidente e inevitable falta de intimidad, la ropa se convertía en el único escudo frente a la mirada ajena, el último reducto de la libertad individual. La melfa, el velo saharaui, escondía el cuerpo de la mujer a todo el que no fuera su marido, salvo las manos, la planta de los pies, el pecho si daba de mamar a su hijo, y el rostro, a condición de que éste no mostrase ninguna emoción. Esta última restricción de los sentimientos también se aplicaba a los hombres jóvenes cuando estaban delante de sus mayores.

Ni rastro de televisión o de pantalla fotoeléctrica, se trataba de un hogar medio. Ella, enfermera en un dispensario y casada con un militar, no tenía reparos en mostrarme un pecho del que daba de mamar a un bebé, «está malito y no duerme nada». Luego lo mecía en sus brazos y le cantaba. Su madre, viuda de guerra, quemaba hierbas de olor sobre una bandeja de cobre para aliviarle, pero sólo conseguía llenarlo todo de un humo en verdad insano. De vez en cuando entraban visitas, venían a preguntar por el niño y de paso a verme a mí, el otro tesoro de la casa. Yo, por fin relajado de tanto barullo de los últimos días, cabeceaba en una esquina, ya era uno

más. La viuda de guerra me acercó una manta y, maternal, me arropó los pies. En la transgresora hospitalidad del desierto el invitado es libre de hacer lo que más le apetezca y el anfitrión debe colaborar en que así sea.

SAHARAUIS DE PIEL NEGRA

Gritos de niños. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? Mis ojos abiertos les animaron a tirar de mis brazos. Era su trofeo y querían mostrarme. Me dejé arrastrar. Hablaban un buen español pero con acentos diversos según su lugar de vacaciones en España, Galicia, Andalucía, Cataluña..., el campamento era un cúmulo de asentamientos sin orden aparente, no había habido nadie para alinear o cuadrar, su deseo de provisionalidad había llegado a ese extremo. Unos caminos anchos, que más parecían cañadas para el ganado, hacían de avenidas de conexión entre las barriadas. Por ellos se hacía llegar, en camión, el agua y los repartos de alimentos a cada hogar. De la mano de mis nuevos amigos desembocamos en una explanada. Niños y niñas, más mayores, desfilaban y cantaban, himnos en hassania y en español, eran los preparativos para las celebraciones del día siguiente. Unas chicas, ya adolescentes, pasaron a nuestro lado completamente tapadas, brazos, rostros, hasta las manos llevaban enguantadas. ¿Integristas?, no, estética, tener la piel blanca estaba muy valorado como signo de belleza. Por fortuna otros cánones de la cultura saharaui, como la gordura, habían desaparecido lustros atrás. En otra época a las jovencitas las cebaban a todas horas con grasienta leche de camella para que se pusieran orondas y presentables ante el goloso diente del varón del desierto.

Esa preocupación por el color de la piel de aquellas jóvenes presumidas me hizo darme cuenta de otra realidad igual de cercana, la de los saharauis de raza negra o, cuanto menos, mulata en grandes proporciones. Precisamente algunos de esos niños que tiraban de mí, vecinos de Noara, eran negros o mulatos. En esos viejos tiempos no tan lejanos los hijos de los esclavos tenían prohibido poner un pie en las alfombras ni entrar en la sombra de las jaimas. Como sus madres se pasaban el día trabajando, eran sus amas las que les enseñaban, desde que empezaban a andar, los hábitos del trabajo y la sumisión, hasta que eran capaces de realizar las labores de camellero. Como en el caso cubano, ellos, los

harretin, antiguos esclavos en la sociedad del desierto, habían sido los grandes beneficiados de la revolución de El Uali. Al acabar con el sistema tribal el Polisario había roto con esa maldición, ahora todos eran iguales, pueblo saharaui. Esta redención de los esclavos había permitido su acceso a la educación y a la sanidad, a la estructura del nuevo Estado, sin discriminaciones. Sin embargo a pesar de que, desde su llegada a aquel infierno, se hubiera prohibido mencionar el origen tribal y se castigase con severidad a los que lo hacían, en ciertos momentos, como bodas y otras celebraciones familiares, ese sentimiento de pertenencia a una tradición centenaria previa reaparecía y de esta forma el clasismo, como una enfermedad endémica, había sobrevivido a la revolución. Ahora además, en plena crisis, activar la vieja solidaridad tribal podía ser útil, actuando entre bambalinas, permitía percibir algún extra alimenticio de un pariente mejor posicionado o conseguir un puesto dentro de la organización. El mismo presidente de la República Saharaui, secretario general del Polisario, era un ergueibat, la tribu mayoritaria, y de este hecho surgían muchas críticas por posibles nombramientos interesados. Por todo ello con el reciente retorno de la tribu, los descendientes de los harretin corrían el peligro de desandar lo andado esos treinta últimos años, el nuevo capitalismo del sálvese quien pueda les podía devolver a la etapa feudal.

La puesta de sol nos sorprendió en la zona de los corrales. Niños y mujeres acudían a esa hora a alimentar sus pequeños rebaños de cabras y camellos. Chapas de hojalata, trozos de cuerda y alambre, basuras varias, todo valía para vallar un pequeño trozo de desierto. Los animales sacaban la cabeza por los agujeros implorando su ración. Eran restos de restos, más basura, aunque orgánica, comestible. Aun así era una ceremonia agradable, agradecida, llena de caricias y afectos. Los bramidos se mezclaban con las voces, el frescor del anochecer despertaba los sentidos. Desde una loma cercana con mis nuevos amigos contemplé la ciudad de barro y lona inundarse de sombras aliviada, un día más había sobrevivido al infierno.

APÁTRIDAS

Noara y su madre me dieron espaguetis de cena. Las raciones que repartía el ACNUR eran a base de harina, aceite, legumbres secas,

pasta, arroz, latas de sardinas, leche en polvo, un poco de azúcar y un poco de té. Nada de verduras frescas ni de carne, un menú de muchos hidratos de carbono y pocas vitaminas, una dieta para la supervivencia pero no para el desarrollo. El bebé dormía, por fin, plácidamente, agotado de tanto lloro, porque el trasiego de gente no cesaba, la vida social de los refugiados proseguía a buen ritmo. Una pareja de mediana edad se sentó a mi lado, precisamente venían a charlar conmigo, sus ojos nadaban en la ansiedad. El hombre sacó una carpeta con documentos ya amarillentos, «no queremos molestarle pero nos hemos enterado de que estaba usted aquí y queríamos preguntarle algo, ¿es cierto que si vamos a España con el libro de familia español nos dan la nacionalidad?». De inmediato me vino a la memoria la sentencia del Tribunal Supremo que recientemente había reconocido, por primera vez, la imposibilidad para los saharauis, a causa de la ocupación marroquí y de la guerra, de haber podido ejercer su derecho a optar por la nacionalidad española en los meses posteriores al abandono. Un decreto de 1976 les había desnacionalizado a todos, ipso facto, convirtiéndolos en apátridas a menos que declarasen, en el plazo oportuno, su deseo de seguir siendo españoles ante alguna autoridad de nuestro país. Evidentemente nadie pudo hacerlo en aquel momento y perdieron su oportunidad. Sin embargo esa sentencia abría la puerta a recuperarla para todos aquellos que hubiesen conservado algún documento de la época colonial que probase que habían sido españoles en el pasado. «En verano viajaremos a Bélgica con un grupo de niños y pensábamos ir unos días a España para presentar los papeles», ésa era la única forma de salir de allí, una invitación oficial. Desde luego si España reconociese como suyos a todos sus hijos pródigos del desierto, el problema humanitario se habría acabado, ya me lo habían comentado, total, tocaba a unos diez mil por comunidad autónoma, el chocolate del loro. Nada si lo comparábamos con la masa de inmigrantes, hijos pródigos de otras antiguas potencias coloniales europeas, que llegaban sin cesar a suelo español. Aquella alternativa era la peor pesadilla del Polisario, se quedarían sin pueblo, pues se trataba de una oferta difícil de rechazar para todo aquel que desease lo mejor para sí y los suyos, aquella gente estaba en las últimas. Por suerte para la organización, cuando uno huye de forma precipitada se va con lo puesto y con

frecuencia se olvida de estas minucias, por lo que pocos conservaban algún documento de aquella lejana época. En cualquier caso no quise ser cómplice de esa eutanasia, la vida de aquel pueblo me interesaba mucho, no sería yo quien contribuyese a su muerte. Me hice el tonto y hablamos de otras cosas.

La noche fue toledana. De repente cuando dormíamos, bebé incluido, yo en una esquina, envueltos todos en la calidez de la alfombra, las mantas y los almohadones de la sala, el alcalde entró por la puerta siempre abierta. Ruidos, voces, eran otros invitados a las celebraciones recién llegados en vuelos nocturnos. Sin una sola queja Noara los acogió en nuestra familia. Ése era su deber como hospitalaria mujer del desierto y como obediente polisaria. Hablaban en francés y me sonó raro, indecente.

«Hacemos lo que podemos pero ellos son muy fuertes», Claudine era una de las solidarias francesas que trabajaba por la causa en Le Mans, el único municipio francés que enviaba ayuda humanitaria a los refugiados saharauis. «El verano pasado, en Burdeos, habíamos organizado un acto en el que participaban un grupo de niños que pasaban sus vacaciones con familias. El cónsul de Marruecos se enteró y lo reventaron. Convocados por él la sala se llenó de inmigrantes marroquíes que empezaron a gritar acusándonos de manipuladores. La policía tuvo que intervenir y desalojarnos a todos. Fue bochornoso». Compartíamos el desayuno, que era especial, había galletas María en un plato. La madre de Noara hacía las veces de anfitriona, ella no hablaba español, ni por supuesto francés, pero la generosidad no necesita de ninguna lengua, se trata de repartir lo que se tenga, nada más. Un misterioso periodista de Reuter acompañaba a la delegación francesa. Rehuía toda conversación, todo cruce de miradas, parecía encontrarse incómodo, como si, después haber ofendido a alguien, ahora estuviera de invitado en su casa.

Treinta aniversario de la RASD, los invitados

Las celebraciones comenzaban. Las delegaciones invitadas fuimos concentrándonos sobre una gran explanada sobre la que se habían erigido unas gradas. Las banderas polisarias ondeaban al viento. Los periodistas de radio, televisión, prensa, se agrupaban en corrillos a pie de pista cámara al hombro o micrófono en mano. ¿Estaría Al-Jazeera?, ¿y la televisión iraní? No, ni rastro, los jeques árabes

dueños de la cadena eran íntimos amigos de Mohammed VI. En cuanto a los ayatollahs, los fundamentalistas argelinos que acosaban al gobierno eran sus protegidos y, por tanto, los saharauis no les importaban un bledo. A un lado bajo el sol lucía la flamante camioneta de la televisión saharaui. Sobre sus puertas se indicaba que los equipos eran donación del gobierno andaluz, olé. Las primeras filas del graderío estaban copadas por un grupo de ancianos vestidos con las túnicas azules tradicionales. El resto rebosaba de delegaciones variopintas. Al poco rato el primer ministro de la República Saharaui dijo unas palabras de bienvenida. El público local, el pueblo, extendido a lo largo, frente a la tribuna, aplaudía y gritaba consignas. Los partidos políticos españoles no podían faltar a la cita con la imagen, pero habían enviado a dirigentes de segunda fila, intrascendentes, que se mezclaban con relajadas delegaciones de ayuntamientos y comunidades autónomas solidarias, éstas, por el contrario, no tenían que adoptar ninguna pose, ni emitir ninguna declaración, habían venido a pasárselo bien, eso era todo.

A continuación un trajeado ministro argelino soltó una soflama que imaginé cargada de aires fatídicos y tremendistas por sus gestos e imprecaciones. Luego el desfile de niños y mujeres se inició llenándolo todo de colores. Cantaban, vitoreaban, portaban banderolas, pancartas, retratos de sus mártires, Bassiri, El Uali. A pesar de su inherente dramatismo se trataba de un pequeño carnaval, alegre y desenfadado, por la causa. Yo, con mi cámara digital, deambulaba entre ellos emulando a los grandes reporteros, intentaba sacar la foto que lo explicase todo sin palabras, la sonrisa de una mujer, los ojos de un niño, la precariedad de todo ese paisaje humano.

Volvía a hacer calor, mucho calor. Tras aquel desfile del abandono, extranjeros y dirigentes polisarios, nos encaminamos juntos hacia un grupo de jaimas concebido como parque temático de la cultura saharaui. Dentro grupos de mujeres mostraban artesanía, costumbres y flora del desierto, juegos populares. Era una lucha a muerte por entrar y ver algo. La masa, sudando, se agolpaba, se empujaba, y no dejaba de hablar, de comentar. Muchos se conocían de otras veces, de otros viajes a la meca de la solidaridad, sus turbantes respiraban solera, cuando regresaban a

casa debían guardarlos en algún cajón especial. Sin embargo a pesar de lo reducido del espacio y del agobio, el color político iba clasificando al personal, pues aunque predominase la izquierda, en ella cabían muchos matices. Y luego estaba el rango, no era lo mismo ser diputado al Congreso que diputado autonómico o concejal. No era lo mismo ser un cargo electo por el pueblo soberano que un gris funcionario encargado de los asuntos de cooperación. En otro saco, más relajado, iban los sindicalistas, los representantes de las asociaciones de ayuda al pueblo saharaui, los periodistas, de grandes periódicos, cadenas o agencias, hasta llegar a los pequeños *free lances,* nerviosos por completar rápidamente sus crónicas y cubrir gastos. Y por último los curiosos, entre los que, por el momento, que supiera, sólo me encontraba yo.

Gali, en su preclara sabiduría, había decidido que me incorporase a la delegación de Madrid, así que no pude probar la comida que Noara y su madre nos habían preparado cuando regresamos a su casa. Recogí mis bártulos ante su mirada de tristeza y de disciplinada resignación. El dinámico alcalde me llevó entonces a otro hogar saharaui. Al verme entrar, mis queridos nuevos compañeros, para mi sorpresa, no se molestaron en levantarse para saludarme, andaban demasiado ocupados devorando el guiso que la familia anfitriona les había preparado por defensores de su causa. Cuando quise darme cuenta, ya apenas quedaba algo en las bandejas. Luego ya sí cuando ya estaban ahítos de patatas fritas y algún que otro trozo de carne de camello, un par de ellos se animaron a dirigirme la palabra más que nada para saber quién amenazaba sus futuras raciones. «Nosotros somos concejales del sur de Madrid», comentaron con desdén tirados sobre los almohadones. Impresentables, me entraron náuseas. Después una vez satisfecha su curiosidad, sin más preámbulos, se echaron a dormir la siesta. Hambriento e indignado, me levanté, entre aquella gentuza yo no me quedaba. Bajo el implacable sol salí en busca del alcalde. Como guía me acompañaba uno de los hijos de aquella pobre familia todavía alucinada por el espectáculo que acababa de presenciar. El chavalín trotaba a mi vera vestido con una enorme camiseta del Barcelona, su preferida para las grandes ocasiones. Entre aquella marea de hogares de resignados, me negaba a resignarme a mi destino.

«He venido a unirme a la lucha». Estaba de suerte, en mi nuevo hogar, además de concejales y sindicalistas, había otro curioso del problema o por lo menos, otro inclasificable. «Soy de Barcelona pero ahora vivo en Madrid. Tanto oír hablar de su lucha que me he venido para unirme a ellos. Estoy harto de todos estos políticos», sonaba convincente. Su nombre, Salvador, muy apropiado, un tipo fuerte, de mandíbula cuadrada y ancha espalda, un atleta. «Me hace mucha gracia ver cómo vienen a hacerse la foto y luego, cuando están de regreso en sus despachos, hablan de llegar a un acuerdo para venderlos». Parecía salido de alguna comuna ibicenca, con esas camisas indias y tantas pulseras. «Esta tarde es la conferencia. Allí los veremos a todos haciendo sus bonitos discursos a favor de la causa, puro teatro». Lo que no me cuadraba muy bien era lo de su deseo de unirse a la lucha. Quizá había leído algo sobre las brigadas internacionales durante la guerra civil y pensaba que encontraría aquí algo parecido. «No, yo me espero a mañana, cuando lleguemos a Tifariti. Allí ya contactaré con los mandos militares del Polisario». Parecía un idealista en estado puro, sin destrucción no hay revolución.

Discursos de España, una pura contradicción

Una vez más los privilegiados invitados extranjeros tuvimos acceso al interior de la sala, un gran salón lleno de sillas y con un estrado para los oradores. Para el pueblo llano y soberano quedaban las ventanas, cientos de rostros que hacían turnos para poder observar de cerca a los amigos de su causa. El primero en hablar era un activista ya bastante mayor, Pierre Gallard, un belga bonachón, enrollado en su correspondiente turbante solidario, que dirigía a nivel europeo las asociaciones de apoyo. Como no hablaba ni árabe ni español, los idiomas oficiales de la República Saharaui, utilizó el francés, la lengua del opresor marroquí. Aquello, en mis oídos, sonaba otra vez a sacrilegio. Pedro, el sabio portugués que había conocido en el Protocolo, ya me había hablado de él, a su juicio, no hacía nada, sólo figurar. Sus palabras no añadieron novedades, se limitó a glosar la historia reciente del conflicto. Después habló la otra bestia negra de Pedro, Felipe Briones, el fiscal español que dirigía el grupo de juristas. Sin embargo su discurso resultaba interesante, un relato de lo que estaba sucediendo al otro lado del muro, un grupo reducido de abogados canarios habían podido

asistir como observadores a los juicios contra los detenidos por la intifada. Los activistas saharauis entraban en los tribunales marroquíes portando banderas del Polisario y dando gritos por la independencia. Se negaban a reconocer la autoridad de los jueces, habían sido víctimas de registros ilegales, detenciones arbitrarias, palizas, torturas. Su único crimen era hablar y manifestarse por el fin de la ocupación. Cuando terminó el auditorio se había quedado mudo. Ante aquel retrato pormenorizado de la otra cara de la moneda saharaui, no cabían proclamas ni consignas. Como había dicho Mª Jesús, la vanguardia estaba ahora en el otro lado.

Comenzó el turno de los representantes de los partidos políticos, discursos todos parecidos, igualmente solidarios y entusiastas, pero inocuos, no aportaban nada. Eran los teloneros que precedían a la gran actuación. Así que el público, como en los conciertos, aprovechaba para seguir charlando. Otros salían a tomar el aire en un patio trasero donde también habían instalado unas jaimas. Sin embargo, en el ambiente se palpaba la tensión, todos esperábamos el plato fuerte, la intervención del representante del PSOE, la voz del gobierno español. Tan pronto como la diputada Torrado, una mujer menuda y a todas luces valiente por la desagradable misión encomendada, se levantó y se dirigió al estrado, volvió a hacerse el silencio. Los que estaban fuera apagaron sus cigarros y regresaron. Se ocuparon todas las sillas, todas las paredes. Hasta los refugiados de a pie, más allá de las ventanas, bajo el cielo azul, se callaron. La esperanza nunca se perdía. Quizá, el día anterior, en plena noche, Dios o Alá, o el espíritu de Pablo Iglesias, habían despertado al presidente del Gobierno en su dormitorio de la Moncloa y le habían hecho recapacitar sobre su política frente al conflicto del Sáhara occidental. ¿Por qué no? Pero la diputada Torrado, alicantina de pro y cofundadora de la asociación de ayuda al pueblo saharaui en su ciudad natal, no había recibido instrucciones de última hora. Después de glosar el increíble despliegue de ayuda aportado por la Cooperación Española, sabiamente dirigida por la solidaria secretaria Leire Pajín, repitió, con voz de jilguero, la contradictoria posición oficial elaborada por el ministro Moratinos, llegar a una solución mutuamente aceptada entre las partes de acuerdo con la legalidad internacional. Nada de referéndum ni del derecho a la autodeterminación de los pueblos coloniales, nada del fin de la

ocupación del territorio. A negociar, como si se tratase de una pelea entre viejos amantes en la que cada uno tiene mucho que reprochar al otro y debe ceder en algo para acabar con la pelea porque, en el fondo, se siguen queriendo. El mismo silencio que la recibió, la despidió cuando abandonó el estrado. Todo seguía igual.

El enviado del PP, un tal Mariscal, canario y diputado por accidente, ya que había llegado al Congreso por renuncia de otro, es decir, un don nadie, lo tenía fácil para quedar como el gran luchador por la causa. Ese viaje, que le había tocado porque alguien tenía que ir, era su gran oportunidad para demostrar su valía política. Elevando la voz defendió el referéndum y el plan Baker. Y como guinda volvió a anunciar el futuro viaje del denostado Aznar, la bestia negra de Mohammed VI, a los campos de Tinduf. Acto seguido, como en una réplica del Congreso de los diputados, intervino el representante de Izquierda Unida, que, gracias a no sé qué espíritu iluminador, centró su discurso sobre la realidad. Ahora había que ayudar a la intifada en los territorios ocupados y, para ello, la presencia internacional de observadores, ya fueran abogados o periodistas, era fundamental. El problema, claro, es que el Sáhara occidental era un territorio cerrado, allí no podía poner un pie nadie sin una autorización expresa del gobierno de Marruecos.

Después del plato fuerte se sucedieron, otra vez, más teloneros dando su testimonio de solidaridad imperecedera, tediosos dirigentes sindicales, luego el verbo poético pero empalagoso de los enviados de Castro y de Chaves, el nuevo tándem demoniaco de la buena sociedad internacional, también la ardiente soflama de otro ministro argelino, y, cómo no, los alegres representantes de los partidos nacionalistas y de casi todas las comunidades autónomas. Que viva el derecho de autodeterminación. Entre estos últimos destacó, por su estupidez, el ponente de Esquerra Republicana de Cataluña, que prefirió hacer uso del francés antes que expresarse en el colonialista castellano. Interesante, no obstante, fue una rubia nórdica, la presidenta del comité de parlamentarios del Parlamento Europeo de apoyo, que habló lacónicamente de la ignorancia sobre el problema. En Europa todo el mundo sabía quiénes eran los palestinos o por qué el Dalai Lama vivía exiliado fuera del Tibet, pero apenas nadie tenía idea de quiénes eran los saharauis ni de que llevaban treinta años viviendo en campos de refugiados en medio

del desierto argelino. A su juicio los culpables eran los grandes partidos españoles, tanto el PSOE como el PP, cuando el tema se lograba colar en el orden del día, por alguna extraña triquiñuela legal, ambos lograban que, al final, desapareciese.

Aquello se estaba haciendo bastante soporífero, me dormía. Salvador, el futuro brigadista internacional, por el contrario, cual *paparazzi* ávido de estrellas humanitarias, no paraba de fotografiar a cualquiera que se subiera a la tarima. Así que salí a las atiborradas jaimas del patio. Caras conocidas, el misterioso periodista de Reuter y, suerte, unas inglesas que me hacían señas. Como si se tratase de la mejor de las drogas, bebían té a grandes tragos sin parar de reírse, lo estaban pasando bomba. Unos periodistas argelinos las rodeaban expectantes. «La única solución es la guerra, si no, seguiremos viniendo aquí dentro de otros treinta años», la libertad de prensa en aquel país, al igual que en Marruecos, no existía. El miedo a los fundamentalistas lo viciaba todo. «Pero no te creas que al pueblo argelino le importan los saharauis. Estamos agotados de nuestra propia guerra, que ha durado más de diez años. Una guerra oculta, en la que han muerto miles de personas», se referían al conflicto interno argelino, la guerra salvaje entre los islamistas y el ejército. «Nadie apoyaría una guerra con Marruecos, sólo el gobierno». De repente una especie de patrulla paramilitar, uniformada de negro de arriba abajo, entró en nuestra jaima. Sus pesadas botas militares de media caña invadieron la alfombra, nos sobresaltamos. Pero enseguida nos tranquilizaron, ellos también necesitaban un poco de té del desierto en sus venas para soportar los discursos. «¡Salud!», gritaron al unísono con acento andaluz, eran brigadistas del PCE, una especie de reliquia de nuestra guerra civil. Uno, de barba guevarista, llevaba la voz cantante, «no te pierdas la foto que hay dentro del otro local. Una imagen vale más de mil palabras». En efecto en el interior de un edificio contiguo había una exposición donde se explicaban los treinta años de lucha del Polisario. Presidía una de las salas una foto histórica, la visita de Felipe González a los refugiados en 1976, «nunca os abandonaremos». En la penumbra de aquella hora final de la tarde la atractiva imagen, desmelenada e idealista, del entonces joven dirigente producía ahora, además de tristeza, cierta repulsión.

La alegre divorciada

La familia nuclear tradicional tampoco era una constante entre los refugiados. Mi nueva familia de acogida se componía de una alegre divorciada, muy maquillada en tonos pálidos y labios rojos, con dos niños pequeños y su sufrida madre. No tenía más de 25 años. Otra diferencia cultural dentro del mundo árabe, las mujeres saharauis eran libres de divorciarse y tenían derecho a quedarse con los hijos habidos en el matrimonio. En el resto, el divorcio cuando era pedido por la mujer suponía el humillante retorno al hogar paterno y, por supuesto, la pérdida de todo contacto entre madre e hijos. La poligamia, aunque admitida por el Corán, apenas existió en la sociedad saharaui por esta facilidad para divorciarse que tenía la mujer, ya que, de no mediar culpa, sólo exigía la devolución de la dote al marido. Por el contrario sí estuvo muy extendido entre los saharauis el concubinato de los cheijs con sus esclavas negras, sin embargo los hijos nacidos de esas relaciones ya no tenían la condición de esclavos, seguían la del padre. «¿Queréis que pongamos un poco de música?, podríamos bailar un poco», la alegre divorciada calzaba unos altos tacones de aguja bajo la melfa, ¿de dónde los habría sacado? «¿No habéis visto nunca a una mujer saharaui bailar?», Salvador y yo, echados sobre los almohadones, seguíamos bebiendo el té que la madre preparaba incansable. Ella también estaba a favor de la guerra, pero de una más placentera. Agarró a mi compañero de la manga y le sacó a bailar. Aquello era lo nunca imaginado, una fiesta espontánea en medio de un campo de refugiados. Al rato llegó otra amiga, tan liberada como nuestra anfitriona, que nos hacía fotos con su móvil. La temperatura subía, ellas aprovechaban las poses para dejarse abrazar y abrazarnos, sobre todo la alegre divorciada, que estaba cada vez más solidaria en sus restregones. Los cuatro estábamos ya en pleno baile de cadera y pelvis liberadas al ritmo de David Bisbal, cuando en el exterior se oyó un motor. Nos habíamos olvidado de que, aunque los concejales andaban desaparecidos, en nuestro hogar vivían otros invitados, unos sindicalistas, también de la delegación de Madrid. Dos de Comisiones Obreras, un hombre y una mujer, y un representante de la USO, un sindicato inclasificable, entraron por la puerta. Para variar venían discutiendo de política, el desparpajo de la diputada Torrado les tenía alucinados. Salvador y yo nos miramos con tristeza, nuestra fiesta había acabado. Afuera el negro

cielo se hallaba cubierto de una fina gasa blanquecina, las infinitas estrellas del firmamento que, como los infinitos ojos de un mismo dios, nos observase sin parpadear.

Nunca sabré si me perdí algo de aquella noche. La alegre divorciada y su madre tenían ya preparado el desayuno cuando, hecho un ovillo en un lateral de la habitación, conseguí despegar los ojos. Salvador y los sindicalistas ya estaban listos. En unos instantes un vehículo todoterreno pasaría a recogernos para iniciar la gran caravana hacia los territorios liberados. La amiga traviesa volvió a aparecer para la despedida. Hubo más fotos y más achuchones. Aquella mujer, libre y sola, nos hizo prometer que iríamos derechitos a su casa si regresábamos a Tinduf. Nosotros, en agradecimiento por su generosa hospitalidad, juntamos unos euros y se los dimos. Ella los cogió sin rechistar, el derecho de las esposas a recibir una pensión alimenticia no parecía estar bien regulado por las costumbres del desierto.

X

Vivir un espejismo

Nuestro coche daba violentas sacudidas al impactar sus ruedas con los baches y piedras que poblaban la autopista de mil carriles que era el desierto. Nuestro conductor estaba loco, y los de los otros coches, también. Por la ventanilla podía ver el magnífico *rally* que el Polisario había organizado, una demostración de su gran poder logístico sobre el terreno, más de cien vehículos a toda velocidad transportando a las delegaciones invitadas. A nuestro paso ninguna señalización visible, pero el rumbo no admitía dudas, todo al oeste. Pegada a mí Victoria, la sindicalista de Comisiones, intercambiaba con Salvador experiencias sentimentales. Ella era otra alegre divorciada, aunque con más medios y mucha más experiencia, «¿nunca os habéis parado a pensar la diferencia de sentido que hay cuando alguien te dice te quiero, a cuando te dicen te amo o cuando te dicen te quiero mucho?», su tono era tajante, de asamblea con voto a mano alzada. «La peor es la última, te quiero mucho. Te la suelen decir cuando te dejan», a Salvador casualmente le acababan de dejar, aunque tratase de envolverlo en que había sido una decisión mutuamente acordada como la que buscaba Moratinos para los saharauis. El otro de Comisiones era Chema, vasco, antiguo maestro en el colegio español de Tánger, viajaba encajado entre nuestros macutos en la parte de atrás. El de la USO, Antonio, el pobre, iba en el asiento de la muerte al lado del conductor. La arena entraba por cualquier resquicio que dejasen los cristales, el viaje se había convertido en una lucha entre el calor asfixiante, cuando teníamos todo cerrado, y el siroco cegador si bajábamos un poco las ventanillas. Poco a poco fuimos alejándonos de la mortal hamada y cruzamos la invisible frontera que separaba el lugar de refugio de los saharauis de su hogar, todo dentro de un mismo, pero complejísimo, desierto.

La tierra prometida

La tierra prometida poco a poco fue dando señales de vida. Tal y como me la habían mostrado las fotos de Carol, las recientes lluvias habían hecho crecer la hierba y el horizonte se hacía verde, había

flores de todos los colores, arbustos diversos, pequeños árboles. Incluso el cielo parecía ser otro, se veían grandes nubes blancas y algodonosas, como si la paz y la normalidad fueran eso, un paisaje de rasgos globalizados para todos reconocible. De tanto en tanto jaimas, manadas de camellos, cabras, adultos y niños, los habitantes del desierto.

Bir-Lehlu era la primera parada en el camino. Antiguo puesto militar español, ahora era un extraño poblado hecho a base de contenedores y camiones, con aires de refugio del fin del mundo. En los alrededores pequeñas colinas formadas por grandes rocas de granito, un lugar privilegiado para la acción guerrillera. Con otras delegaciones compartimos pan con sardinas de lata. Algunos negros subsaharianos se acercaron a saludarnos. Eran los supervivientes de aquellos otros que, acampados a la vera de las alambradas de Melilla, habían sido detenidos por la policía marroquí y enviados en autobuses hasta la frontera con Argelia para soltarlos en medio del desierto sin ningún tipo de alimento o agua. «¿Te has fijado?, son sólo hombres. A las mujeres se las quedaron, las retuvieron en las comisarías para violarlas. Ahora deben de estar muertas o embarazadas», quien me hablaba era un fotógrafo profesional, blandía su cámara con la destreza y elegancia de un esgrimista olímpico. «Yo también pasé por algo parecido. Soy un superviviente de la dictadura de Pinochet». Gracias al ACNUR había podido salvar el pellejo cuando huyó a Buenos Aires. En aquellos tiempos de la operación «Cóndor», los militares argentinos devolvían a Chile a todos los que conseguían detener. «Los saharauis, ellos mismos refugiados, son los únicos que no han negado su ayuda a estos desgraciados». Su objetivo fue captando esas miradas ávidas de consuelo, ellos sí que habían acabado en tierra de nadie.

Atardecía cuando avistamos Tifariti, capital de los llamados territorios liberados. El sol desaparecía entre un horizonte de montañas moradas y ocres, la tierra era oscura y daba sensación de cierta humedad y alivio. Aquél era otro planeta, aunque igualmente desértico, más humano. Como era previsible con aquel loco conductor, llegábamos de los primeros. Cruzamos un portalón de aire finquero, al fondo se levantaba, en la hondonada, un gran cuartel y, a sus costados, un hospital y algunas casas, una apuesta por el futuro. En el otro lado se veía un mar de jaimas preparadas

para recibir a todos los invitados. Como si se tratase de un premio a los vencedores del *rally*, nos dejaron ducharnos en las instalaciones de los soldados, milagro, había agua.

El Polisario había tirado la casa por la ventana, éramos cientos de invitados a mesa y mantel. Si durante el día el despliegue de coches había sido ya un exceso evidente, en Tifariti, todo superaba cualquier expectativa, las jaimas estaban todas acondicionadas con alfombras, mantas y almohadones, unas mujeres saharauis, asignadas a cada delegación, estaban a nuestra disposición para atiborrarnos de té a todas horas, arroparnos por la noche y prepararnos el desayuno por la mañana. En los amplios comedores del cuartel se celebró la cena de bienvenida, arroz, carne de camello, pan, manjares de ensueño para cualquier refugiado. Mis amigos del Protocolo también estaban allí, Mª Jesús y sus colegas enfermeras, Manu, *el abuelo,* del MPDL, Julio el de las gallinas, las italianas desdeñosas... en fin, todos los «onegeros» de Rabuni. Nadie podía faltar en aquella fiesta. Por unos segundos, maravillados, contemplamos el festín sin atrevernos a avanzar, las largas filas de mesas cubiertas con manteles y platos de papel, cubiertos y vasos de plástico, servilletas, los elementos básicos de todo cumpleaños, sólo faltaba la tarta.

¿Era aquello un escandaloso despilfarro para una organización que se quejaba de la poca ayuda humanitaria que recibía? Un tanto sibilinamente insinué la cuestión a un dirigente sindical polisario, con aires de galán latino, que de forma estratégica se había sentado al lado de Victoria, la sentimentaloide de Comisiones. «Me parece que tú no te has enterado de nada. Estamos celebrando que llevamos treinta años de libertad; sí, en el exilio, pero de libertad. Hemos sobrevivido a la traición y el abandono de España, a la persecución de los marroquíes y a la guerra, a los chantajes de la ONU y de las grandes potencias porque queremos seguir siendo libres y volver en libertad a nuestros hogares. Y todo esto, que no es poco, se lo debemos en gran parte a nuestros amigos, que nos siguen ayudando como pueden. Los saharauis somos así, somos capaces de comer menos para poder compartir con los otros, y eso es lo que estamos haciendo aquí», la verdad es que tenía razón, seguí royendo mi pedazo de tibia de camello. Ciertamente existían muchas razones para tirar la casa por la ventana, a pesar de todos

los obstáculos, seguían en pie y con la cabeza bien alta desafiando al mundo, a ese mundo, que no es el de la gente de la calle, sino el de los que deciden, en un buen restaurante, casi todo.

Salvador andaba a su aire. Pasaba de un grupo a otro, cual encantador de serpientes que necesitase la atención de cada uno de nosotros, o por lo menos, la aceptación. En la cena se había pegado al contingente solidario vasco, sin descuidar por ello otros de distinta procedencia. Su encanto daba para eso y para mucho más. Cuando el banquete acabó y la gente se disponía a regresar a las jaimas, reapareció fugazmente a nuestro lado, no debíamos esperarle, en ese preciso momento se iba a contactar con los militares saharauis. Observando, una vez más, cómo nos encandilaba a todos, se me ocurrió una idea descabellada, nuestro compañero de viaje, en principio, otro ser extraño como yo, lo era aún más. Salvador, en realidad, era un espía del CNI, el servicio de inteligencia del gobierno español. Reunía todas las condiciones. A modo de broma se lo comenté a Victoria. Ella se rio por un momento, pero luego le cambió la expresión del rostro, «podría ser, por qué no. Yo también le voy a echar un ojo».

Internet traspasa el muro

Para la noche nuestros anfitriones habían organizado una gala con actuaciones. Los focos de los todoterrenos trazaban haces blancos y amarillos en la sonora negritud que había invadido Tifariti. El lugar del evento, en el otro extremo del valle, atraía como un imán bajo la luz de los generadores. Pero nuestro conductor, agotado después de la carrera del desierto, no aparecía. Nos tocaba ir andando. Por suerte no éramos los únicos, otros ya habían decidido ir a pie aun a riesgo de partirse la crisma en alguna zanja. Como hormigas ciegas debíamos perseguir el zigzagueante rastro de los afortunados portadores de linternas. Yo fui detrás de Tania, concejal por Rivas, una de esas chicas atractivas y honestas que uno nunca se imaginaría metida en la arena política.

Media docena de matronas saharauis, enjoyadas y repintadas, ocupaba el escenario, cantaban y tocaban el tambor, odas a los guerreros que traen la victoria. Como el día anterior en Tinduf, dos ambientes, la nomenclatura polisaria y sus invitados sentados en el suelo frente al espectáculo, el pueblo llano, en el más allá. Los altavoces de varios pisos, sonando a todo volumen a pocos

kilómetros del infame muro que les separaba de sus hogares de origen, eran otro milagro. Tania y yo habíamos conseguido un hueco en la privilegiada área central, no lejos de mis compañeros sindicalistas. En un extremo en medio de un grupo de jóvenes de uniforme, vimos a Salvador, parecía haber encontrado lo que buscaba. Mi teoría de la conspiración se reforzaba.

Las voces de las mujeres del desierto se apagaron y un maestro de ceremonias, con los recursos expresivos de un ministro argelino, presentó a un poeta. La mayoría de los invitados, ajenos a la lengua del profeta, entramos entonces en un breve letargo, los poemas que recitaba aquel hombre de barba blanca y aspecto bondadoso sonaban tan ásperos como la arena del desierto. Al cabo de un buen rato era, por fin, retirado sin, presumiblemente, haber terminado toda la epopeya. Tras los merecidos aplausos, surgió en escena un grupo de teatro que representó, un tanto de forma maniquea, el drama del pueblo saharaui, el rey malo y sus fechorías. Luego volvieron las matronas y sus cánticos. Pero cuando ya estábamos pensando si era el mejor momento de irse a dormir, se apagaron todas las luces menos una. Por los altavoces se empezó a oír el rasposo sonido de una radio mal conectada. De repente unas voces agitadas y el grito de unas consignas. La gente comenzó a gritar, la conexión era con las ciudades de El Aaiún y de Smara, en el otro lado del muro. Los líderes de la intifada, gracias a Internet, se unían a la fiesta y manifestaban su compromiso con la causa. Unidos hasta la victoria final. Un estremecimiento de emoción nos recorrió a todos los invitados. De alguna forma sentíamos cierta vergüenza por frivolizar con nuestra presencia aquel acto de comunión tan íntimo de todo un pueblo. Tania se reclinó sobre mí, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Comprobar que el galán sindicalista amigo de Victoria había pasado la noche en nuestra jaima no fue una sorpresa. El final de la velada había dado lugar a confraternizaciones variadas, Tania también compartía nuestro desayuno. Salvador yacía en medio de todos, roncando a todo trapo, era evidente que no había pegado ojo, quizá entretenido con sus contactos militares. Hoy era el día del gran desfile militar, el acto cumbre de las celebraciones. Marruecos había protestado unos días atrás ante la ONU, lo que para el Polisario era tierra liberada, para ellos, era tierra de nadie, fuera de

su control no podía haber más que vacío. «Sólo nos detiene el acuerdo de alto el fuego firmado en la ONU, pero si ahora todos quieren acabar con el derecho internacional, iremos a la guerra. Ya lo veréis, el discurso del presidente Abdelaziz va a ser muy importante. Estamos preparados», sentenció nuestro nuevo compañero de jaima. «Eso no te lo crees ni tú. Os van a barrer», Salvador acababa de resucitar.

UNA ALIANZA QUE NUNCA MÁS DEBE TRAICIONARSE

El Polisario necesitaba mostrar su poder y, sobre todo, su determinación de volver a utilizarlo si la vía de la negociación seguía siendo una lenta agonía hasta su claudicación total. El cielo, gris a primeras horas del día, se abrió sobre la gran explanada. Sobre las gradas, a cubierto, autoridades e invitados, y a ras del suelo, bajo el sol, las masas saharauis. De fondo la voz de un animador dotado de un gran dramatismo revolucionario lanzaba consignas a favor de la lucha y la independencia que las masas repetían. Enfrente decenas de mástiles portando banderas polisarias marcaban los flancos del desfile. Tania me tenía abandonado por las brigadas negras del PCE, Salvador había vuelto a sus contactos y los sindicalistas directamente se apoltronaron en el graderío. Una vez más me tocaba saltar a la arena y unirme al pérfido enjambre de periodistas. La voz, entonces, calló y sonaron himnos, cientos de soldados, perfectamente pertrechados, marcharon ante nosotros girando la cabeza al pasar ante la tribuna, delante del presidente Abdelaziz, hoy vestido de blanco, símbolo de la paz. Luego mujeres soldado, muy salerosas, también pasaron, y después tropas montadas en camello, una bella estampa aunque inútil. Al final el silencio, el presidente tomaba la palabra. Su discurso, traducido al español y al inglés, se repartía al mismo tiempo entre los ávidos reporteros. A duras penas pude hacerme con uno. La palabra guerra no aparecía por ningún lado. El Polisario volvía a recordar su derecho a recurrir a la fuerza si la negociación fracasaba y, como novedad, advertía del cansancio de su pueblo. Pero eso era todo. Nada. Entre las autoridades alguien me hizo reparar en el rostro del embajador saharaui en Argel, tenso, con un amenazante fruncimiento de los párpados. Él no estaba contento. Me acordé del comentario escuchado en Rabuni, aquel hombre era el líder de los duros dentro de la organización, representaba a los jóvenes sin

futuro que, cada vez con más insistencia, pedían cambios, cambios ya.

El fiscal Briones era un tipo delgado, más bien bajito y poco comunicativo. Para mi sorpresa se sintió intimidado por mi deseo de conocer algo más sobre su experiencia al frente de la comisión internacional de juristas. «Jurídicamente está todo dicho, el derecho internacional es muy claro, que el pueblo saharaui decida por sí mismo su futuro. Otra cosa es la política. Funciona con otros mecanismos, los intereses», la gente nos empujaba intentando bajar de las gradas, el gran acto había concluido. «Si quieres saber más de todo esto, lo que tienes que hacer es poner las palabras Felipe González y *lobby* marroquí en el buscador del Google en Internet, o mirar quién ha pasado los últimos veinte años por la Dirección General para África del Ministerio de Asuntos Exteriores». Y sin darme tiempo a reaccionar se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Me quedé de piedra, no por el comentario en sí, porque ya lo había oído en muchas ocasiones, sino porque viniera de alguien como él. Victoria pasó a mi lado y me dio un codazo, «despabila o te quedas sin comer».

Tortillas de patatas, por decenas, moteaban de rico oro aceitoso el blanco de los manteles. Nuestros anfitriones nos miraban con curiosidad, querían ver cómo reaccionábamos, esas tortillas no sólo suponían un lujo digno de *Las mil y una noches* en tan remoto lugar, también querían ser un guiño a una alianza que nunca más debía traicionarse. Compartir aquel manjar en Tifariti, la capital provisional de la República saharaui en el exilio, antiguo puesto militar colonial español, significaba creer en la causa porque, en cierto modo, España misma era la causa, su causa. El vertiginoso proceso de concienciación de los nómadas del desierto sobre su identidad nacional y su deseo de emancipación no eran sino consecuencia de nuestra irrupción, quijotesca y desequilibrada, en su nítido horizonte de soledad y supervivencia. El pueblo saharaui era, como había comentado alguna vez el presidente Giscard d'Estaing, la mancha que absurdamente dificultaba la hermandad de marroquíes, argelinos y mauritanos bajo la tutela, poderosa y responsable, de Francia. Olvidarse de la receta de la tortilla, tan propia de cantina de cuartel legionario o de bar peninsular de carretera, a pesar del abandono, habría sido negarse a sí mismos. El

zarpazo del colonialismo, como en el resto de África, había sido brutal y definitivo.

«Uno se puede parar en el punto de la historia que le interese. Siempre es así, vayas donde vayas, el nacionalismo precisamente se basa en eso, en manipular la historia». Dimitris, avezado reportero de guerra, engullía trozos de tortilla sin parar de hablar en voz alta, sabía perfectamente que, como buenos españoles, nuestros vecinos de mesa no entendían una palabra de inglés. «En los Balcanes es igual. Y aquí a Marruecos le interesa poner el comienzo de la novela hace ochocientos años, cuando el imperio almorávide; y al Polisario, en los años setenta, cuando aparece toda esa generación de jóvenes revolucionarios liderados por El Uali que quieren acabar con el feudalismo de las tribus». Lucía una gran medalla en su haber, él y su equipo eran los únicos periodistas internacionales que, con consentimiento de las autoridades marroquíes, recientemente habían podido hacer un reportaje del Sáhara ocupado. Acababan de regresar de allí hacía unas semanas. «Primero fuimos a Rabat y entrevistamos a los líderes de los partidos políticos. Cuando les preguntamos por su posición sobre el Sáhara, al final, casi siempre terminaban hablando de Ceuta y Melilla. Si no dejáis de ayudar a los refugiados, vais a empezar a tener problemas». Después ya pudieron viajar a El Aaiún, un funcionario les esperaba en el aeropuerto con un programa preparado de visitas y entrevistas, «nos tenían vigilados todo el día para que no nos fuésemos por nuestra cuenta. Toda la gente que veíamos nos decía que estaba muy contenta con la situación. Pero la realidad es difícil de ocultar, la mayoría de la población está en el paro y vive de los subsidios del Estado. En los colegios las clases comienzan con una oración para que Alá bendiga al rey. Fue toda una comedia». Sin embargo el día antes de terminar su viaje, con ayuda de un camarero saharaui del hotel, habían podido entrevistar a un líder de la intifada, «cuando salimos de su casa, la policía estaba fuera esperándonos. Luego el mismo camarero nos contó que de inmediato los detuvieron a todos. Nos tenían pinchados los móviles». Las cintas con esa grabación fueron requisadas. Su historia corroboraba la de Mª Jesús, la zona ocupada era un misterio muy bien guardado.

«Te digo que esta gente tan amable y hospitalaria así no va a

ninguna parte. Lo que necesita es poner una bomba. Al día siguiente ya tendrías a los diplomáticos norteamericanos moviéndolo todo para resolverlo». Otra vez el maldito recurso a la violencia indiscriminada, al terrorismo, como única solución al drama de los desheredados de la tierra. Busqué en los ojos del griego algún brillo de cinismo pero no, allí no había más que reflejos de otros dramas que de igual forma habían pasado ante la objetiva retina de su cámara. Por mi mente pasó, en ese instante, una escena, una mujer elegantemente vestida con la melfa tradicional saharaui sentada en el banco de una parada de autobús o de una estación de tren. Su mirada, vuelta hacia dentro, transmitía una gran tensión interior. Sus labios, apretados, parecían repetir una letanía que le daba fuerzas para hacer algo que iba más allá de su propia vida. Sus manos se aferraban a un gran bolso. Otras personas, vestidas de forma occidental, también esperaban junto a ella indiferentes. Podía ser Nueva York o París. También Madrid.

PODERÍO MILITAR

Las pardas lomas orientadas hacia el sur daban paso a una gran meseta rojiza en ligera pendiente, como una gran terraza con vistas a otras formaciones rocosas de colores cenicientos, incluso metálicos. El despliegue de la fuerza no había terminado. Desde el punto más alto hacia abajo, alineados en formación, tanques y otros vehículos acorazados. Ante ese magnífico fondo la atractiva periodista de Televisión Española daba su crónica de lo ocurrido hasta el momento, «el Polisario sigue insistiendo en la vía pacífica para solucionar el conflicto, aunque hoy ha querido mostrar su poderío militar». Esperaba su turno para transmitir desde tan espectacular escenario, otra periodista, menos atractiva pero más lista, de la Televisión Portuguesa, «esos tanques son viejísimos, del año cincuenta y tantos. Son los mismos que salieron a la calle en Lisboa en abril de 1974, durante la revolución portuguesa». Me quedé alucinado, ¿nadie se había dado cuenta?, ¿aquello qué era?, ¿una farsa? «No, para nada, es simplemente un juego. No les interesa que se sepa su verdadero potencial militar, ni tampoco de dónde proviene». En esos instantes la masa invitada comenzó a congregarse sobre la otra vertiente. El Polisario iba a rematar los actos con un derroche aún mayor que el culinario, la destrucción de miles de minas antipersonales, esas que si las pisas como poco te

dejan cojo. Almacenadas en distintos depósitos a ras de tierra, explotarían ante nuestros ojos como si se tratasen de fuegos artificiales. Con aquel acto los saharauis buscaban mostrar al mundo su compromiso con el humanitarismo y el derecho internacional, y de paso poner en evidencia una vez más a Marruecos, los grandes muros que salvaguardaban su zona ocupada eran, en gran parte, extensiones kilométricas sembradas de minas, campos de muerte. «En el lado marroquí hay millones de minas, los saharauis son el grupo humano proporcionalmente más amenazado por minas del mundo», comentaron a nuestro lado. Bajo la tronada de las primeras explosiones Tania me confesó que ella también se había fijado en Salvador, pero su teoría era otra, «no, de espía nada. Yo creo que es esquizofrénico. Vive distintas personalidades, ayer comentó que también había sido bombero. ¿No te has fijado en su pelo?, tiene unas áreas más cubiertas que otras. Les pasa a todos, cuando tienen una crisis se tiran del pelo y se dejan calvas».

El presidente Abdelaziz

Mohammed Abdelaziz, presidente de la República Saharaui y secretario general del Polisario, treinta años al frente de la nave, rostro preocupado y algo nervioso, tenía todavía que someterse a la lupa inquisitiva de la prensa internacional. El lugar, una jaima roja levantada a la vera del cuartel. La puesta en escena, una mesa para el presidente y dos de sus consejeros. Sobre el suelo alfombrado, los periodistas, listos para tomar notas o para arrimar sus magnetófonos, o, si no, de pie tras las cámaras. Las balas caían desde todos los flancos. ¿Hay democracia en el Polisario? ¿No es un régimen de partido único? Previsible, la acusación de siempre, «el Polisario no es un partido político, sino un movimiento de liberación nacional y está abierto a todos los que crean en nuestra causa. No defendemos ninguna ideología política, nuestra única ideología es la lucha por la independencia. Habrá partidos y elecciones cuando nuestra lucha haya terminado. En estos momentos todos los esfuerzos del pueblo saharaui deben ir en una sola dirección». Sin embargo según había leído, ya había habido cambios importantes tendentes a la democratización de su estructura. La crisis interna de finales de los ochenta y el alto el fuego de la ONU habían dado paso a la aceptación progresiva de los derechos humanos dentro del ideario del Polisario. Por otra parte la

presencia constante de visitantes extranjeros en los campamentos impedía muchos abusos, la imagen exterior ahora era fundamental para que el flujo de ayuda no disminuyese. ¿Se han marcado algún plazo de tiempo concreto para ver si la vía diplomática todavía funciona?, Abdelaziz por unos segundos buscó la mirada de aprobación de sus consejeros, «no, no tenemos un plazo determinado, pero si la ONU fracasa el derecho internacional nos reconoce el derecho a usar las armas para ejercer nuestro derecho a la autodeterminación». Después se recostó hacia atrás más tranquilo. ¿Qué opina de la nueva posición del gobierno español? Se incorporó hacia delante y aumentó el tono de voz, «en la nueva posición del gobierno español no hay ninguna claridad, y España es responsable moral, legal y política de todo lo que está ocurriendo». ¿Y qué opina de la posición de la Unión Europea y de Estados Unidos?, ahí hizo una breve pausa para ordenar sus argumentos. «La Unión Europea, al incluir las aguas del Sáhara occidental en el acuerdo de pesca con Marruecos, está cometiendo un acto ilegal, se hace cómplice en el robo de nuestras riquezas naturales. España y Francia están detrás de esta decisión. Estados Unidos, al contrario, ha rechazado incluir los productos y las riquezas del Sáhara en su acuerdo de libre comercio con Marruecos», así de meridiana era la realidad, los europeos, que presumían de su defensa de los derechos humanos por todo el mundo, no habían tenido escrúpulos en infringir una de las normas internacionales básicas. Hasta los denostados norteamericanos, tan criticados por su soberbia y su inmoralidad, se habían negado a reconocer la ocupación marroquí como algo normal. ¿El señor presidente desea añadir algo más?, «sí, quiero decir algo más. Hace quince años se inició un proceso de paz para celebrar un referéndum y por las maniobras de Marruecos no se ha celebrado. Desde el pasado 21 de mayo de 2005, cuando comenzó la intifada, el pueblo saharaui que habita en la zona ocupada está pidiendo el fin de esta situación. Sus actos de protesta son pacíficos y continuarán, aunque la represión es insoportable. Hace tres días uno de los héroes de la intifada tuvo que ser enterrado en la oscuridad de la noche. Había muerto en el hospital de Tantán por las torturas sufridas durante su detención por la policía marroquí. Nosotros, desde este lado del muro, les apoyamos y estamos preparados por si nos vemos obligados a recurrir a la

opción militar». Echó hacia atrás la silla y se levantó. Sus consejeros hicieron lo mismo. El poder mediático tenía lo que quería, ahora tocaba transmitirlo. A paso ligero se encaminaron al interior del cuartel, a una de las salas en las que había ordenadores, faxes, teléfonos. El mundo exterior esperaba ansioso la noticia. O eso era, al menos, lo que los pobres saharauis pensaban, que todavía importaban.

La última cena en la tierra prometida

La diputada Torrado estaba indignada. Rodeada de otros gerifaltes socialistas del ámbito local, no daba crédito a la jugada que le acababa de hacer el pepero en sus narices, «ese impresentable se ha saltado el consenso. No sé dónde vamos a parar». Rápidamente necesitaban sacar un comunicado para contrarrestar el que acababa de entregar a los periodistas españoles el barbilampiño diputado del PP de Canarias. «De qué consenso habla. Ya no hay consenso en nada, que dé la cara», todo orgulloso comentaba él a la chica de la COPE. Su comunicado exigía al gobierno claridad en su postura sobre el Sáhara occidental, el derecho a la autodeterminación era irrenunciable. No podía haber consenso, la nueva política de Moratinos había supuesto un giro copernicano a la tradicional posición española, de la neutralidad hipócrita se había pasado a un maquiavélico activismo que buscaba compromisos, es decir, cesiones.

Era difícil saber si aquéllas eran las instrucciones que había recibido. La mujer, en cuanto nos veía atravesar el umbral de nuestra jaima, como activada por un resorte, se ponía a hacernos té. Salvador, con su melena y sus barbas, metido en su saco y visiblemente agotado, nos sonrió al entrar, «no he pegado ojo desde que llegué. No puedo más, paso de ir a la fiesta de esta noche, me quedo durmiendo». Aquel cristo yacente no era un El Uali reencarnado venido desde alguna ciudad periférica de Barcelona, para salvar a los saharauis. O espía o esquizofrénico, en cualquier caso, algo raro.

Y llegó nuestra última cena en Tifariti. Y tras el convite, la última fiesta. El valle de nuevo sólo eran luces, los faros de coche, los focos del escenario, las linternas de los invitados y un velo de estrellas cegando la noche. Todo bullía, voces, bocinas, la música que venía de los altavoces. Nosotros, tan atendidos y adorados

como estábamos, nos sentíamos importantes. Todo aquello, el valle encendido, la alegría y la libertad de sus gentes, ese momento, también eran logro nuestro. Y ellos, los refugiados saharauis, también. Por primera vez en treinta años podían recibir a sus amigos en su casa, en su tierra, compartiendo lo suyo, aunque, apenas a unos kilómetros de allí, desde sus baluartes, los otros, los intrusos, siguieran impidiendo que, además de desierto, pudiesen ver el mar, su mar. Tania y yo, ella desde su ayuntamiento y yo en mi laberinto universitario, éramos parte de aquel magma, vivo, en movimiento hacia alguna parte, incluso aunque fuera todavía difícil decir dónde. Y en esa última hora de la fiesta comprendíamos, sin necesidad de traductor, el canto desgarrado de las matronas enjoyadas, la terrible tragedia tan infantilmente representada por los torpes actores, el pesado verbo del poeta oficial. Una vez más la técnica trajo las voces de la intifada saludando al presidente Abdelaziz, el presidente de todos. Por una noche todos vivimos un espejismo en el desierto del Sáhara, el final del sufrimiento.

La mañana siguiente iniciamos el *rally* de regreso a la realidad, los campamentos de refugiados de Tinduf. La resaca en nuestros rostros no sólo era emotiva, sino también de la otra, de la del alcohol de contrabando, nada más había que ver a la luz del día las caras de las inglesitas cachondas o las de los miembros de las brigadas del PCE, pura decadencia. La noche había sido larga. Salvador, por el contrario, después de su letargo, estaba más fresco que una lechuga. Los sindicalistas no tanto pero sí con ganas de charla, y más que nada, de ese raro desahogo que se busca al hablar con los extraños. Pues eso en el fondo éramos todos extraños embarcados momentáneamente en un peligroso viaje por el desierto.

«Las balas de goma de los 'pikoletos' rebotaban en los balcones de mi casa. Y en la calle sólo había droga, heroína a punta pala. Ellos mismos traficaban con ella, ésa era su estrategia para acabar con la juventud vasca», Chema, sentado en el sillón de la muerte al lado del conductor loco, nos ilustraba sobre su particular teoría de la conspiración. De padres nacidos en Burgos, según él aquella había sido la cara oculta de la transición en Euskadi, «aunque nadie se haya atrevido a sacarla a la luz. Muchos amigos míos murieron de sobredosis». Por fortuna ninguno quiso entrar en faena, el ojo

humano siempre deforma la realidad. Lo que más me llamaba la atención de su relato, sin embargo, era esa transformación mental que representaba él mismo, la de alguien de origen foráneo que, al nacer en ese entorno de conflicto, se vuelve un radical defensor de los de dentro. Justo eso era lo que, según las informaciones, estaba ocurriendo en esos momentos en el Sáhara ocupado, los hijos de los colonos marroquíes también salían a la calle a gritar por la independencia. Antonio, el de USO, entonces se animó a hacer otra pequeña confesión, también él tenía un pasado radical en juventudes de extrema izquierda, «yo pasé incluso por la cárcel militar. Me negué a asistir a una misa por una víctima de ETA». Menuda medalla, qué época de confusión. «Luego fui evolucionando hasta entrar en USO. Aquí me encuentro a gusto, no tenemos ninguna ideología, en nuestro sindicato hay de todo, gente que vota al PSOE, al PP, a IU». O sea que USO debía de ser como el Polisario, otro movimiento para alcanzar una causa. En ambas organizaciones, además, existía un mismo origen, revolucionario, que, con el tiempo, se había ido adaptando a las circunstancias. Aunque si El Uali no hubiese muerto en el campo de batalla, yo lo imaginaba más como Castro, un irreductible. Victoria, la comisionera, quiso ponerlo en evidencia, «claro, la vida da muchas vueltas. Por cierto ¿por dónde vives en Madrid?». A Antonio no le importó relatar el último capítulo de su vida, vivía en Alcobendas, en una casa con jardín. Previsible, una generación perdida. Me volví hacia la ventanilla a contemplar el paisaje. De repente humo, coches parados, gente, un accidente. Nos entró el pánico a todos. A aquella velocidad, por aquel páramo, saltar por los aires al chocar contra una roca era muy probable. Pero nadie abrió la boca para intentar moderar al conductor.

El coche de cabeza de la delegación de Madrid paró junto a unas jaimas de pastores. Los polisarios nos sacaron latas de atún y pan, y unas naranjas, nuestro picnic. «Ha sido un coche de la delegación de Baleares, ya han llamado a los de la ONU para evacuar a los heridos». Bocata en mano observé la bucólica vida de un pastor saharaui. Un niño medio desnudo y sucio junto a una placa solar nos miraba con curiosidad. Su madre, con aire ausente, llenaba un cuenco con leche de camello para ofrecernos. La mujer tenía, como ya había visto en otras, los dientes negros. «Son los efectos de una

medicina que, en los ochenta, daban a las embarazadas», Victoria lo sabía todo. Por algo era una mandamás en el sindicato. El niño entró en la jaima y, al levantar la lona, descubrió a un hombre mayor postrado en el suelo, estaba mutilado. «Son los contrastes del subdesarrollo. Su orden de prioridades es otro». Ninguno probamos la leche, sólo el conductor, necesitaba combustible para llegar a nuestro destino.

Atrás dejábamos La Arcadia saharaui. Sus horizontes amarillos de flores, verdes de pasto, cubiertos de achaparradas acacias cuyas copas se abrían al cielo para poder atrapar el mayor número de gotas de lluvia que el buen dios enviase. Llegaban tierras más duras, más oscuras, habitadas de valerosos penachos de zarza que se aferraban con fuerza al suelo. Pasamos una vez más por Bir-Lehlu, el gran asentamiento de contenedores, que parecía más el equipo de rodaje de una película americana sobre el desierto en el que participasen extras traídos del corazón de África. Grandes rocas, colinas de piedra y, progresivamente, la tierra perdiendo su color, haciéndose más clara, más vacía. Entrábamos en el paisaje lunar de la hamada. Cuando de la nada surgió la silueta del depósito de agua de Rabuni, el sol rozaba ya el horizonte a nuestras espaldas. Aquél era el final de nuestro viaje. Ellos de vuelta a España en un avión nocturno, y yo, unos días más de refugio en el desierto.

«Con quinientos hombres, yo tomaba El Aaiún en cuatro horas. Se lo he dicho al ministro», el Protocolo no había cambiado, un personaje detrás de otro. El viejo coronel acompañaba a la directora general de cooperación de Aragón, una vieja arpía disfrazada con una melfa de mujer saharaui. «Mira, nos los han regalado», iba cubierta de collares y pulseras. «Nosotros damos una parte de la ayuda al Polisario, pero la otra la distribuimos nosotros personalmente», aclaró orgulloso el militar reciclado. «Te lo dan todo. Son increíbles». Qué bonito, hacer de reyes magos por unos días y saltarse la estructura de la organización que alimentaba a los refugiados todos los días. El director del Protocolo seguía en Tifariti y las habitaciones estaban todas ocupadas. Su mayordomo, ante mis lloros, tomó una decisión arriesgada tanto para él como para mí, me abrió la suite de Mª Jesús y me dejó dormir en la antesala. Manu, *el abuelo,* iba de un lado para el otro, agitado. La puerta de su cuarto estaba abierta, una bandera republicana adornaba la pared. Por el

suelo bolsones abiertos y cajas, «tengo que aprovechar. Antes de que se vayan quiero que todos me dejen lo que puedan. Necesitamos ropa, jabones, toallas..., aquí no hay de nada». Los invitados, que tan bien lo habíamos pasado, antes de partir, entregábamos nuestra última contribución a la causa. La noche fue un ir y venir de coches, voces y abrazos, la despedida.

XI

Con paciencia hasta la desesperación

Conectarme con mi mundo era abrir mi correo electrónico, leer los mensajes acumulados, preocuparme de mí mismo. Para ello me hacía falta una conexión de Internet. La mañana siguiente fue un deambular en su búsqueda. El Ministerio de Información tenía el portalón abierto. Zug, el chico de los móviles del primer día, me llevó a un cuartito en la parte de atrás. Bajo una fotografía de Al-Aqsa, la gran mezquita de Jerusalén, había un ordenador antidiluviano. «La conexión va y viene. No sé si te compensa, ¿tienes prisa?». Para un refugiado una hora sentado ante aquel viejo aparato era uno de los bienes más preciados de todo Rabuni, la posibilidad de salir de su vida y conocer otras, huir por un rato o, si conseguía un buen contacto internauta, una carta de invitación, los papeles, huir para siempre. Después de un buen rato contemplando la cúpula dorada de la mezquita, me levanté. No, a mí no me compensaba. «El único lugar donde puede haber es en la Presidencia».

El cielo gris amenazaba lluvia. La Presidencia del desierto estaba aún más desierta que la última vez. Ni un alma en los pasillos, la nomenclatura seguía todavía celebrándolo en territorio bajo control de la República. Como en mi anterior visita anduve a ciegas hasta que un celador somnoliento surgió de entre las sombras y, sin mucho preguntar, me introdujo en lo que parecía ser una sala de comunicaciones. Ya delante de la pantalla, escuche los truenos y la furiosa descarga de agua que se abatía sobre el endeble edificio. En cualquier momento la tromba podía hacer caer los muros, ¿habría pararrayos? La conexión era igualmente lenta, pero no me moví, tenía miedo de lo que me esperaba fuera.

VERGÜENZA, RABIA Y ASCO

La cena eran lentejas. Frente a mí un periodista palestino *free lance,* otra ave de paso. Su tema de interés, el petróleo, «sí, lo hay. Las exploraciones han dado resultados positivos y eso que, por el momento, sólo las han hecho en las costas del Sáhara. Pero ahí se queda todo, la ONU no permite la explotación, Corell, el consejero

jurídico, se lo dijo sin ambages en un informe al Consejo de Seguridad». Para mí todo aquello era una contradicción, si Marruecos ocupaba ilegalmente el territorio, ¿cómo era posible que la ONU le hubiera permitido siquiera hacer exploraciones sobre sus riquezas? ¿Cómo se compatibilizaba ese informe de la ONU con el reciente acuerdo pesquero de la Unión Europea con Marruecos que incluía la explotación pesquera de las aguas del Sáhara? Según ese informe, cualquier explotación era completamente ilegal, más aún, al suponer el robo de los recursos naturales de un territorio colonial pendiente de descolonización, aquello podía ser considerado un crimen internacional. «El petróleo va a resolver la situación. Si los precios siguen subiendo, el hambre de petróleo aumentará y los yacimientos del Sáhara serán cada vez más necesarios para el mercado internacional. Estados Unidos entonces no tendrá más remedio que intervenir y acabar con esta situación. Eso fue lo mismo que ocurrió en Irak».

Mª Jesús acababa de llegar. Se sentó en el otro extremo muy sonriente. Yo respiré tranquilo, no sabía si ya había descubierto mi mochila invadiendo su espacio vital. Al palestino le tomó el relevo un español de barba blanca y mirada reposada, era miembro de una asociación de Burgos. Los cooperantes japoneses que nos circundaban eran ajenos a todo, se limitaban a rebañar con meticulosidad sus platos con pan. «A mí me trae aquí todos los años la vergüenza. Yo fui de los que salí de El Aaiún días después de los Acuerdos de Madrid, el 14 de octubre de 1975. Nos tuvieron engañados hasta el último momento», cinco años dando clase en un instituto de la capital colonial. Entonces era cura, «el último año fue terrible. Nosotros, los civiles, y muchos militares apoyábamos al Polisario. Y de repente comenzaron a poner bombas en la ciudad. Eran los marroquíes en algunos casos, en otros, los servicios secretos franquistas, para meternos miedo a todos». En ese momento tan emocionante del relato, la enfermera de la asociación navarra entró escandalizada en el comedor, «los cerdos de la ONU evacuaron a los heridos españoles y a los saharauis los dejaron allí. Es increíble». Me di cuenta entonces de que ambos, ex cura y enfermera, experimentaban un mismo sentimiento constante en el tiempo, una mezcla de vergüenza, rabia y asco.

POLISARIO, SIN DEBATE INTERNO

La oronda enfermera roncaba. Y lo peor no había sido eso, sino los prolegómenos a sus ronquidos, sus ligues saharauis entrando y saliendo, la tertulia hasta las tantas. Al llegar al desayuno las espadas estaban en alto, una de las cooperantes italianas ya no soportaba ni a los maños ni a sus migas, «no sé cómo os atrevéis a comer cerdo delante de ellos. Sois repugnantes». A ellos les dio igual, «pues vete, nosotros comemos lo que nos da la gana. Y ellos nos respetan a nosotros, no como tú». Yo me arrimé a una suiza pacífica que fingía no enterarse de nada, «buenos días, ya me han hablado de usted y de ese libro que está escribiendo». Las noticias volaban, cuidado con él, peligroso. Pero a ella no le importaba, preparaba un proyecto para niños con problemas de adaptación, «algo más moderno. Ahora lo que hacen es mandarlos a un correccional militar que tienen en Tifariti, y así no se resuelven los problemas de los adolescentes». Sus ojos azules, fríos y racionales, tenían todavía que adaptarse a la luz del desierto. No había tiempo para más, lo siento, me esperaba una entrevista en el hospital.

La piel del farmacéutico del hospital era negra, pero esto no le hacía ser negro. En la sociedad saharaui tradicional, con tener un antepasado blanco uno se convertía en blanco. Y no sólo eso, era hijo de un cheij, jefe de una fracción de la tribu ergueibat. «Nací en una jaima. Mi padre tenía su caravana abrevando en un pozo cerca de Umdraiga. A la ciudad sólo nos acercábamos a vender las pieles muy de vez en cuando para poder comprar trigo, té, dátiles y azúcar. Junto con la carne y la leche de camella, ésa era nuestra dieta». Si Smara era la ciudad santa, Umdraiga era la ciudad mártir, la Guernica del drama saharaui. Una mañana a comienzos de la ocupación, los aviones marroquíes oscurecieron el cielo. A los pocos segundos bombas de napalm provocaban una gran matanza. Él y su familia pudieron ponerse a salvo en unas cuevas y llegar como refugiados a Tinduf. «Como era cheij de tribu, venía mucha gente a pedirle que impartiera justicia. Con el Corán en la mano, resolvía sus problemas», la administración colonial reconocía la autoridad de los cheijs para hacer justicia, asuntos de pastos, propiedades y conyugales. «Era un sistema racista. La tribu lo era todo, sin la tribu no eras nadie, sólo ellos estaban obligados a ayudarte. Cuando mi padre llegó aquí, su mundo se acabó. No tenía nada y ya no era nadie. El Polisario había hecho del tribalismo un crimen nacional».

Mezclaba sus palabras con chasquidos de lengua dirigidos a una ventana abierta al patio. En la lengua del desierto significaban sí o no, así respondía a las peticiones de medicamentos. «Yo me eduqué en esa idea. Hasta años más tarde, cuando estudiaba en Argel, no supe de dónde venía, a nadie le importaba, estábamos en guerra».

«A finales de los ochenta, el Polisario entró en crisis, se produjeron muchas luchas internas entre los dirigentes, algunos huyeron, y el pueblo comenzó a darse cuenta de que algunos persiguen sus intereses personales por encima de la causa», en los estantes de la botica había poca cosa, aunque dependía de los días. Si no los refugiados debían acercarse, con las recetas escritas en español por los cubanos, hasta las farmacias argelinas en la ciudad de Tinduf y pagar los medicamentos con su propio dinero. «Ahora aunque llevamos muchos años sin guerra, sigue sin haber debate interno, no se discuten programas, alternativas. El problema es que el pueblo sigue siendo muy inculto, les da miedo denunciar los abusos, hablar abiertamente de lo que pasa». Él, aunque licenciado en Rusia y no en Cuba, también era de esos jóvenes airados que pedían cambios sin renunciar a la causa, pues de alguna forma, se trataba de volver a la pureza de los primeros días de la lucha. «Pero las cosas tendrán que cambiar. Rabuni es el Estado saharaui y ya lo ves, es muy pequeño, cualquiera puede hablar con un ministro, y al final todos, hasta el último, nos enteramos de todo». El sistema a la postre era transparente. En el desierto ocultarse resulta casi imposible.

Ellos también comían lentejas. El boticario recibió su ración en una pequeña cacerola, «ven, comeremos con mis compañeros». Salimos del edificio principal y nos metimos en un pabellón aparte. La hospitalidad nunca desaparecía, como los demás, recibí un plato. Para celebrar mi presencia, sacaron un fiambre color rosa fucsia, ¿cerdo? Se rieron, «nadie sabe lo que es, pero seguro que cerdo, no; es algo especial para musulmanes». En una estantería, encuadernado en verde, el libro sagrado. «En Cuba, algunos mantuvimos nuestras creencias y otros se pervirtieron», Mahmud, encargado del laboratorio, rezaba tres veces al día, ésa era la costumbre entre los saharauis y, a falta de agua para las abluciones, siempre existía la inmaculada arena cercana a sus jaimas. «Y otros nos corrompimos. Cuando ellos rezan yo leo», Alamin era licenciado

en Derecho y archivero del hospital, a su lado había dejado una novela de Isabel Allende, *El plan infinito,* «a mí no me importa nada lo que puedan decir de mí, no soy ningún hipócrita». Y todos eran amigos, náufragos de la misma balsa en aquel océano de abandono internacional. En sus caras no había rastros de amargura, de frustración. La paciencia «infinita» era algo que, cuando uno ha sido refugiado desde pequeño, aprende de por vida. Con sus brillantes carreras universitarias conquistadas a costa de grandes esfuerzos en otros continentes, su única recompensa eran aquellas lentejas y algún que otro privilegio en especie. El dinero allí sólo podía llegar a sus manos por parientes en el extranjero, negocios por el ancho desierto o corrupción. Sin embargo mis compañeros de almuerzo, por lo que veía, subsistían con las raciones humanitarias. ¿Pensarían ellos, como tantos otros, en la guerra como única salida? Al plantearles la cuestión, percibí cierto miedo, «no sé si estamos preparados. Haría falta, otra vez, una unión muy fuerte entre los dirigentes y el pueblo». El ambiente se llenó de un silencio tenso, sus mentes recordaron los relatos del conflicto, las muertes, los heridos, los mutilados. «Bueno, en cualquier caso, nunca va a depender de nosotros. Sin el apoyo de Argelia nunca habrá guerra, y no parece estar en sus planes», comentó uno de ellos y volvieron a disfrutar del mejor momento del día.

«NO NECESITAMOS PASAR ARMAS SINO CÁMARAS»

Ministerio de Educación, Ministerio de Justicia. Aunque abriéndose en miradas opuestas frente al desierto, dentro de un mismo conglomerado administrativo de chabolas adosadas, igualmente se mostraban abatidos. Aquello parecía Beirut después de un bombardeo. Muros caídos, puertas tumbadas, basura, papeles, silencio. La arena se acumulaba en los costados. Por fin un hilo de vida, el sonido de la televisión. En un cuartucho, dos supuestos funcionarios tirados sobre un sofá fumando, «no, no hay nadie. Todos siguen en Tifariti». La verdad es que yo tampoco habría querido regresar.

Volví a refugiarme en el Ministerio de Información en busca de un poco de esperanza. En una de las habitaciones que daban al patio, el director de la televisión saharaui, montaba los actos del treinta aniversario. En un monitor, los desfiles; en otro, el presidente Abdelaziz dando su discurso todo vestido de blanco. «La

historia de nuestro tiempo se cuenta en imágenes», aquellos pocos equipos que le rodeaban eran contribuciones de las televisiones de Andalucía, País Vasco y Cataluña. De unos cajones me sacó unas películas de vídeo para ilustrarme. «Éste lo hemos conseguido hace poco», era un documental del NO-DO, la propaganda del régimen de Franco mostrando los fabulosos efectos del desarrollismo entre los saharauis, felices nativos trabajando en obras públicas, aseados niños atendiendo a un profesor peninsular, las limpias calles de El Aaiún, perspectivas sobre sus tejados en forma de medio huevo, los rostros satisfechos y adormecidos de los cheijs.

«Luego vino la ocupación y así llegamos aquí», era un reportaje de la televisión argelina realizado cuando la llegada de los primeros refugiados saharauis a Tinduf. Los colores eran muy tétricos, casi blanco y negro. Bajo el siroco mujeres envueltas en telas oscuras con la mirada perdida arrastrando bultos, niños desnudos de ojos atemorizados marchando a su lado. Extendidos en el suelo los heridos, los quemados, los mutilados. En una cueva protegidos de los ataques, un maestro del Polisario daba clase a sus alumnos, no había pizarra, ellos repetían mecánicamente las enseñanzas. Aquella tragedia colectiva fue el catalizador definitivo que había unido al pueblo saharaui con la revolución de El Uali. «Te gustó Tifariti ¿verdad? Pues mira cómo nos lo dejaron unos días antes del alto el fuego de 1991», este otro era un reportaje de Televisión Española. Sobre un fondo de ruinas, en el maravilloso entorno natural de las celebraciones del treinta aniversario, la aguerrida periodista explicaba la absurda acción militar marroquí. Su único fin había sido sostener la idea de su superioridad militar, el acuerdo de paz no era sino una generosa concesión del rey. Los marroquíes habían dinamitado todos los edificios, minado los campos circundantes y, lo que es más criminal para los hombres del desierto, habían envenenado los pozos.

«El discurso del presidente me gustó. Hay que agotar las negociaciones en la ONU antes de pensar en otra cosa. Y debemos tener cuidado, Marruecos quiere mostrarnos como un grupo de radicales terroristas», guardó las cintas de su historia y se sentó a mi lado a preparar té. «Nuestro desafío ahora es enseñar al mundo lo que está pasando en la zona ocupada. Para ello no necesitamos pasar armas, sino cámaras, y llenar todas las agencias

internacionales de noticias con las imágenes de la represión». Su hermana había muerto en Smara hacía poco, después de haber pasado varias semanas encarcelada por el gobernador. «Él es del grupo de los traidores, su padre murió aquí, en uno de los campamentos. Eso es lo más terrible de nuestra historia, la separación y los vendidos». En la pantalla de uno de los monitores apareció entonces el rostro golpeado e hinchado de una mujer, «ésa nos la acaban de mandar por Internet». Se quedó mirándola en silencio, pensaba en su hermana muerta.

Después de cenar me senté en el patio todavía bajo los efectos de las imágenes que había visto por la tarde. Tenía razón, la solución del conflicto no era ni militar ni política, era mediática, de movilización de conciencias. Y la cuestión no era la dieta alimentaria de los refugiados, sino cómo conseguir esas cámaras. Ése era el verdadero proyecto para solucionar el conflicto, imágenes y testimonios, la verdad en directo, ante nuestros ojos. Mis meditaciones de salvador de la causa se vieron bruscamente interrumpidas por unos bocinazos. El espléndido todoterreno de Inma, la jefa de la Cooperación Española, aparcó afuera, venía a recoger a otros cooperantes para ir a Tinduf a una fiesta en el ACNUR. A la andaluza no la había visto en las celebraciones de Tifariti y no creo que por falta de ganas, debía de haber recibido instrucciones precisas de sus jefes de Madrid, el problema es humanitario, no pintas nada allí.

Un vínculo de amistad

Alamin, el archivero ateo del hospital, sí creía que había encontrado un salvador en mí. Al día siguiente su objetivo fue crear entre nosotros un vínculo de amistad lo bastante fuerte para que yo le ayudase a escapar de allí. El problema era que a mí me quedaban pocas horas de estancia en Tinduf. Pero él, en su desesperación, quería intentarlo. Con su amigo el creyente, consiguieron un coche del Ministerio de Sanidad y vinieron a buscarme, me llevaban de picnic al desierto. Habían conseguido un pollo asado, unos refrescos, unas mantas viejas. Y nos alejamos de Rabuni hacia la nada, no había ningún horizonte a la vista. Al cabo de una hora de ventanillas abiertas y aire liberador rozándonos las mejillas, llegamos al lugar de acampada, unas cuantas sabinas que proyectaban la deseada sombra. «Aquí vinimos a celebrar el año

nuevo», ellos también habían estado en la famosa fiesta bajo las estrellas, «lo pasamos muy bien. Era casi como en Cuba, música, mujeres y alcohol, el paraíso perdido», y se reían sin amargura, aunque no se olvidasen de sus últimas novias caribeñas. Con los cheques que recibían periódicamente del ACNUR por su condición de refugiados, fueron unos privilegiados en sus últimos años en la isla; tenían un apartamento, salían a los bares. Alamin, en ese momento, me miró fijamente a los ojos, «pero yo no soy un monje, como éste. Yo no puedo vivir aquí. Si tú quisieras, podrías ayudarme. Sólo necesito una carta de invitación. En España tengo amigos que me ayudarían, trabajaría de lo que fuera, de albañil, de basurero..., no me importa. Mi carrera de abogado no vale para nada». Su padre vivía al otro lado del muro, en la ciudad santa de Smara. No le iban mal las cosas, era propietario de rebaños de camellos. «Dice que no quiere saber nada de política pero yo sé que está harto de la ocupación», tenía ya otra familia, otros hijos, pero Alamin era el mayor y eso, en la tradición saharaui, es muy importante. «Me llama mucho, le gustaría que me reuniese con él y trabajase en su negocio. Pero ésa no es la solución, tampoco serviría. Yo no pertenezco a ninguno de los dos lados». Se levantó y anduvo meditabundo entre los árboles. Yo continué hablando con el creyente de otras cosas, pero el picnic había concluido.

Era la hora de la telenovela. Apiñados en el cubículo de Alamin, el personal sanitario del hospital de Rabuni se evadía de su monotonía sumergiéndose en un meloso cuento de hadas lleno de bellezas caribeñas, mansiones con enormes piscinas, destinos desgraciados que, de la noche a la mañana, se trastocaban en fortunas. Sus ojos brillaban de emoción. Esas otras vidas, tan lejanas a ellos en todos los aspectos, también, por unos minutos, eran las suyas, formaban parte de su cotidianidad. De alguna forma, les salvaban la vida.

Mi último paseo por el campamento *27 de febrero*. El creyente y el ateo discutían entre sí, en su lengua, el itinerario. A mí me daba igual. Ante mis ojos los efectos de las inundaciones seguían su curso, el paisaje era la misma desolación de mi primera visita. Aunque sí se veían levantadas las nuevas jaimas, verde oliva, donadas por la media luna argelina. De los iglús de la secretaria Leire, ni rastro. En el Polisario aún debían de estar pensando qué

hacer con ellos, para qué servían. A Alamin la riada le había destruido sus certificados de estudios, sus diplomas; su madre los guardaba en casa para enseñárselos a las visitas, «qué más da. El marxismo dice que el derecho es el instrumento de la opresión burguesa, ¿no es una broma que yo me licenciase en derecho en Cuba, la vanguardia de la revolución comunista? ¿Qué habré aprendido yo en aquel lugar? Y llego aquí y tampoco me vale, aquí la palabra de Dios es la ley, la sharia es lo que aplican todos los jueces». Se encontraba otra vez en baja forma y su sarcasmo me hacía sentir culpable como ciudadano del país que estaba en el origen de sus males. Nada más llegar a Madrid le buscaría como loco una beca en la universidad para que Alamin pudiese estudiar derecho internacional en la patria de fray Bartolomé de las Casas, el santo patrón de los pueblos oprimidos. No le daría un pez sino la caña de pescar, el aprendizaje de cómo utilizar el único instrumento que sostenía la causa de su pueblo.

A la vuelta, para subirles el ánimo les invité a tomar algo en la cantina del Protocolo. El local estaba lleno. «Hola, ¿sigues aquí?», era la avispada periodista de la Televisión Portuguesa, la de los tanques de la revolución de los claveles. Ella y sus compañeros tomaban la última copa vestidos de saharauis, «queríamos hacer una entrevista más en profundidad al presidente Abdelaziz». Al fondo, también disfrazados, el equipo de reporteros griegos bebía y charlaba alegremente. Otro reencuentro, el último, todos viajábamos esa noche. «Nada especial, el mismo discurso de querer agotar la vía de la paz. A mí me cayó bien, parece honesto, aunque no es ninguna genialidad. Abdelaziz más bien es una figura de compromiso entre los distintos grupos que forman la organización. En la última elección fue reelegido por el 97 por ciento de los delegados al Congreso del Polisario». La oposición de los jóvenes airados universitarios no tenía muchos cauces formales para la crítica constructiva, pero al menos podían hablar aunque fuera en *petit* comité. Antes, hasta el alto el fuego de 1991, el estado de guerra impuesto en los campamentos no había admitido tibiezas, los nombres de los infractores de la rígida disciplina polisaria se hacían públicos como en la Rusia estalinista. Regresé con mis amigos, el ateo y el creyente. Se iban ya. Nos dimos un fuerte abrazo. El vínculo se había creado.

«El libro de referencia sobre la antropología de los saharauis es el de Caro Baroja. En los cincuenta Carrero Blanco le mandó a cargo de la primera misión de investigación para estudiar la vida de los nómadas del desierto», Marcos llevaba cuatro semanas conviviendo con una familia para preparar su tesis doctoral sobre la vida de los refugiados saharauis. En tan poco tiempo lo había vivido todo, el choque inicial con la cultura local, las inundaciones, el rescate, las celebraciones y la vuelta a la rutina. «Estuvieron en lugares donde ningún europeo había estado antes. Su estrategia fue perseguir a las caravanas, acompañarlas por el desierto. Caro Baroja tomaba apuntes de todo y además dibujaba, dibujaba muy bien, mejor que si hubiera llevado una cámara. Él fue el maestro de todos nosotros». Su macuto iba vacío de comida y de ropa pero regresaba cargado de experiencia, «los refugiados saharauis son una raza aparte en el mundo de los refugiados. Lo normal es que los refugiados estén controlados por las autoridades del Estado que les acoge y por el ACNUR. Aquí no, ellos tienen su propio Estado, con su gobierno y sus ministerios, incluso su propia luna roja para distribuir la ayuda que reciben. Eso les convierte, aunque sea extraño decirlo, en dueños de su propio destino a pequeña escala, ellos mismos, a través del Polisario, deciden cómo repartir la ayuda que reciben y qué proyectos necesitan». La experiencia del refugio había transformado muchas de sus costumbres, «los campamentos de refugiados son ciudades, la mayoría se han vuelto sedentarios, por mucho que pasen temporadas nomadeando por los territorios liberados. La televisión, los móviles, Internet les hace muy similares a nosotros en sus deseos de tener una vida mejor, pero la gran diferencia es que no son autónomos, no pueden sobrevivir por sí mismos, viven de lo que les damos los demás. Y esto les afecta, no sólo sociológicamente, también psicológicamente, sobre todo a los hombres, que no hacen nada. Con las mujeres es distinto, se pasan el día trabajando, y eso libera las mentes».

En su despedida le acompañaba un saharaui de aspecto misterioso, que se mantenía un tanto alejado, «lo he conocido aquí. Llegó a los campamentos hace unos meses, viene del otro lado del muro. Él me ha contado cómo vive la gente de allí. El tribalismo continúa promovido por Marruecos, aunque la mayoría también

viva ahora en las ciudades». Instintivamente busqué en aquel hombre alguna marca que delatase su oscuro origen, pero era absurdo, él era como los otros, un saharaui. «Llegó aquí a través de Mauritania. Pero hay otros que pasan por el muro, hay túneles que lo atraviesan. Y luego está la corrupción de los militares marroquíes y de la ONU. El muro, en algunos puntos, dicen que es como un queso de gruyère».

Mª Jesús, mi gallina preferida, se quedaba. En realidad desde hacía ya muchos años, ella era también otra refugiada saharaui, aunque pasase, por motivos laborales y económicos, la mayor parte del año trabajando en Valencia. Porque su mundo eran ellos y su causa. Allí se sentía bien, querida, respetada. El Polisario, según ella, le confiaba misiones especiales, la tenía en cuenta. Al ver que hacía mi equipaje, dejó su círculo de hombres saharauis y se acercó a mí. «No te olvides de llamarme si quieres viajar al otro lado. Ya sabes que no me importaría acompañarte». No sabía por qué, pero también confiaba en mí, me sentía próximo a ellos, a los suyos, y por tanto también a ella. Me abrazó con fuerza, como forzándome a que me conmoviera, a que dijera algo trascendental, un compromiso eterno, a que derramase unas lágrimas. Yo no podía, no era capaz de expresar nada. El mayordomo del Protocolo llegó corriendo, los coches estaban afuera esperándonos. Éramos unos cuantos.

Nos pusimos en marcha. A mi lado una de esas pegajosas parejas que parecen siameses, él llevaba la voz cantante, «han sido tres semanas, queríamos vivir esta experiencia y ha merecido la pena en todos los sentidos. Hemos aprendido a vivir, ¿verdad, cariño?». Cariño, sin embargo, no se mostraba tan satisfecha. «Sí, ha estado muy bien, pero sinceramente, estoy deseando estar ya en casa. Sólo hemos podido ducharnos tres veces. Todo el día tirados por el suelo, hay días que sólo soñaba con sentarme en una silla». Yo no les prestaba mucha atención, estaba experimentando mi propio proceso de conmoción interna. Él no se dejaba amilanar, «te lo dan todo y lo reparten todo entre ellos, nadie pasa hambre». Ella se estaba envalentonando, «ya, pero comen lo que sea. De lo que no pasan es de la tele. Son capaces de renunciar a todo por tener una. Y luego la falta de intimidad, no nos dejaban ni un minuto solos». El chico la abrazó, entre otras cosas para acallar sus quejas de una puñetera

vez. «Sí, pero a veces hacían excepciones. Estuvo bien decir que estábamos casados». La chica cerró los ojos y enmudeció, eso era lo que necesitaba y había echado de menos durante todos aquellos días, afecto e intimidad. Él prosiguió, ya con la situación dominada, «lo que más nos ha impresionado son los colegios. Son de adobe y muchos se han derrumbado por la lluvia. Nos ha dado mucha vergüenza ver que los niños estudian español en fotocopias, no tienen libros. ¿Cómo es posible que la Cooperación Española no mande libros de texto al único pueblo árabe que sigue hablando nuestra lengua?». A mi mente regresó la imagen nítida y brillante, bajo el sol de mediodía, de un iglú de plástico. Eso es lo que era nuestra cooperación en los campamentos de refugiados de Tinduf, un iglú en medio del desierto.

INVENCIBLES

La luna creciente casi rozaba el horizonte. A nuestros costados, como fantasmas, lucían ya las farolas de la ciudad prohibida de Tinduf. Mi conmoción entraba ya en erupción. Me sentía culpable. Y no por mi comportamiento, sino por mi aprensión. Alamin, el chico lector de Isabel Allende y García Márquez, el abogado ateo y charlatán, condenado a archivar los tristes expedientes de los refugiados enfermos, no había sido únicamente amable y generoso conmigo para que yo le comprase un billete a la libertad. No podía llevarme esa sensación porque hubiera sido falsa e injusta. Él, como todos los saharauis que había conocido en aquellos días, había querido compartir lo que tenía conmigo. Y compartir también era abrir sus sentimientos, sus preocupaciones. Explicarme lo que yo podía hacer por él, si quería. Pero sin súplicas, sin exigencias. Como parte de esa amistad que, sin duda, ya existía entre nosotros. Y esa amistad yo la sentía ya hacia todos ellos, hacia su causa. Me sentía responsable.

A pesar de la hora el aeropuerto estaba despierto. Como a la llegada, había cierta confusión, varios coches con pasajeros llegaban desde los distintos campamentos. Yo volvía a estar solo, un extraño viajero que por unos días había observado una tragedia humana, algo morboso para muchos, pero a mi modo de ver necesario para poder entenderla en todas sus dimensiones. Los militares argelinos registraban nuestros equipajes ajenos a esa escena íntima, familiar, los refugiados saharauis despidiéndose de sus amigos y

benefactores. Por sus miradas veía que nuestros amigos necesitaban retener en la memoria esa última sonrisa, ese último abrazo. A mi mente regresó una imagen grabada en Tifariti, pero no asimilada. En medio de la multitud que se agolpaba bajo las banderas, mientras los soldados desfilaban girando sus cabezas al pasar frente a la tribuna, una mujer de avanzada edad, arropada majestuosamente por su melfa de color púrpura, se lanzó a gritar y a proferir proclamas, a maldecir invocando a todos los males del mundo. O eso imaginé, pues era evidente que no entendía nada. Pero me había quedado mirándola. Esa mujer era toda energía, fuerza. Y ahora cuando ya me iba lo entendía todo, la humillación y el abandono o te destruyen o te hacen invencible. Ellos eran invencibles, sí, con toda su miseria y con todas sus debilidades humanas. Eran invencibles porque tenían una causa justa.

TERCERA PARTE
VIAJE AL PARAÍSO PERDIDO.
SÁHARA OCUPADO POR MARRUECOS
Las «provincias del sur» de Marruecos

XII

Al otro lado

Madrid me recibió lluvioso, ausente, el treinta aniversario de la República Saharaui en el exilio no le interesaba a nadie, España entera tenía otras preocupaciones. Yo me sentía satisfecho aunque mi búsqueda no hubiese terminado. Invitado por el Polisario, había viajado, como tantos otros, en peregrinación a los campamentos de refugiados en Tinduf. Había podido escuchar a sus dirigentes, conocer su estrategia, tantear sus posibles salidas. Y sobre todo había visto las condiciones de vida del pueblo refugiado, sus carencias, su moral. En cierta forma regresaba como un creyente más de aquella Meca. Sin embargo ahora me faltaba, más que nunca, conocer a los otros, los del otro lado. Aquellos que, ante el abandono español y la ocupación marroquí, habían decidido quedarse, ya fuera por defender sus propiedades o por confiar en la generosidad del rey Hassan II, ya fuera por oponerse a la revolución del visionario El Uali y al liderazgo del Polisario, en aquellos primeros difíciles momentos, o en los años posteriores.

MOHAMMED VI Y SU PROPUESTA DE AUTONOMÍA

Las semanas siguientes sucedieron dos acontecimientos importantes. La primera fue la visita de Mohammed VI a «sus provincias del sur» tras las celebraciones del treinta aniversario de la República Saharaui. Los marroquíes necesitaban con urgencia mostrar al mundo que todas esas informaciones sobre la existencia de una intifada contra su presencia eran falsas, el pueblo saharaui amaba a su rey y aceptaba su soberanía sobre el territorio. Todo lo demás era producto de la intoxicación mediática del Polisario a través de la manipulación de ciertos actos irrelevantes, obra de individuos aislados dirigidos desde los campamentos de Tinduf. En su discurso el rey comendador de los creyentes, en una gran plaza de la ciudad de El Aaiún cuajada de banderas marroquíes, proclamaba que la situación había emprendido un giro decididamente favorable a la marroquinidad del Sáhara, «querido pueblo, nuestra primera causa está experimentando, en el ámbito internacional, progresos y novedades, desde que las Naciones Unidas se aseguraron de la

imposibilidad de aplicación del plan de arreglo de la ONU. En su lugar ha aparecido la necesidad de una solución política negociada y aceptada por todas las partes...».

Para atender esta nueva dinámica, la famosa alternativa de una autonomía para el territorio, ya propuesta por su sibilino padre en otra época, volvía sobre el tapete. Marruecos se comprometía a presentar al Consejo de Seguridad de la ONU un plan detallado en los próximos meses. A tal efecto, el CORCAS, consejo consultivo real para los asuntos del Sáhara, formado por «personalidades saharauis representativas de la población», es decir, nombradas directamente por palacio, estaba trabajando en su redacción. Dentro de esta ofensiva diplomática, algunos miembros del CORCAS viajarían a España, Francia y Estados Unidos para explicarlo y recabar apoyos internacionales. Una vez enterrada la opción del referéndum, por el fracaso de la ONU en establecer un censo de población aceptable, ésta era la única solución en la que cabía llegar a un compromiso. En esta iniciativa lo novedoso ahora era que Marruecos no sólo se encontraba apoyado por su fiel protectora Francia, sino que el gobierno español de Zapatero la había aceptado como una opción sobre la que las partes podían llegar a un entendimiento. La coletilla sobre el sometimiento al derecho internacional se mantenía, no era un problema de momento, los leguleyos ya se encargarían después de encontrar una fórmula para hacer el paquete completo y cumplir con la dichosa exigencia del derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui.

HISTORIA DE UN CONVERSO

El segundo acontecimiento, aunque de mucha menor trascendencia para el conflicto y su desarrollo, sí tenía cierto impacto para mi investigación. El famoso profesor de Murcia, Alejandro García, autor del revelador libro *Historias del Sáhara. El mejor y el peor de los mundos,* recomendado por mi amiga María, acababa de publicar en *Le monde diplomatique* un sorprendente artículo. El hasta entonces defensor de la causa del Polisario, repentinamente, se pasaba al otro bando, ahora era un «converso». Negaba las señas de identidad del pueblo saharaui y proponía que los refugiados de Tinduf abandonasen las tesis, reduccionistas y fracasadas, del Polisario, cruzasen el muro y regresasen a sus casas, como si nada hubiera pasado en aquellos treinta años. Según él, al otro lado, les

esperaban con los brazos abiertos. El rey siempre había sido generoso con sus hijos pródigos.

Me quedé estupefacto, el gran glosador de la lucha del pueblo saharaui parecía cambiar de bando. Llamé de inmediato a Gali, mi anfitrión en Tinduf, que me recibió en su oficina de Lavapiés. «Es un traidor, no nos ha extrañado nada. Su libro también está lleno de mentiras», se le notaba preocupado, él también compartía la idea de que la guerra ahora se libraba en los medios de comunicación, aquello podía ser peor que un bombardeo. «¿A que no sabías que Ignacio Ramonet, el director de *Le monde diplomatique,* fue profesor de Mohammed VI en Rabat? Ellos cada vez son más». Alejandro, el escritor ahora maldito, había sido un gran amigo del Polisario, las fuentes de su libro eran los testimonios orales recogidos por él mismo entre los refugiados de los campamentos. El problema surgió cuando comenzó a entrevistarse con los disidentes de la organización que habían huido a postrarse ante los pies del rey para besarle la mano. Su relato de lo ocurrido entre 1988 y 1991, cuando se produce la gran crisis interna, se fundamentaba precisamente en los testimonios que había escuchado en Rabat y en otras ciudades de Marruecos donde estas personas vivían en la actualidad. Entre ellas el del más odiado de todos los traidores, Omar Hadrami, antiguo director de la Seguridad Militar, famoso en Tinduf por haber reprimido, torturado y matado, cualquier disidencia dentro del Polisario. El oscuro Hadrami ahora era gobernador de la provincia marroquí de Setat y, por méritos propios, consejero para asuntos del Sáhara del Ministerio del Interior del rey. «Además la primera parte de su libro no la escribió él, ya que lo único que hizo fue transcribirla y darle forma. Su autor es un saharaui que ahora vive en Bilbao». Aquel hombre, para los polisarios, era una bestia negra. Sin embargo yo no era un militante de ninguna organización, mi búsqueda de la verdad debía estar exenta de prejuicios que viciasen mi interpretación. En aquel momento tomé una importante decisión, debía apartarme, tomar distancia del Polisario, no convertirme en su activista por mucho que defendiese su causa. De lo contrario perdería toda credibilidad.

No fue difícil dar con él, la página web de su universidad informaba convenientemente de cómo contactarlo, era profesor de Historia de América. «¿Alejandro? Hola, ¿qué tal está? Mire, estoy

haciendo una investigación sobre los saharauis y he leído su libro. La verdad es que me ha gustado mucho, me ha aclarado muchas cosas. Lo que no entiendo es su reciente artículo sobre el tema, ¿no se contradicen?». Al otro lado del teléfono se oyó un suspiro. Una voz suave y monótona comenzó a desgranar su versión de los hechos, sus viajes a los campamentos, sus amigos polisarios, su antigua devoción por la causa. «Les sentó muy mal mi libro porque dije la verdad. A finales de los ochenta hubo una gran represión, muchas detenciones. Había una camarilla que manejaba todo, que disfrutaba de todos los privilegios, mientras el pueblo seguía en la miseria. Tuve que ir a Marruecos a conocer a los que se habían escapado porque, si no, nunca me habría enterado. Existe un código de silencio muy estricto dentro del Polisario». La historia del anticolonialismo estaba llena de ejemplos análogos, la situación de guerra permanente les obligaba a exigir a los suyos una disciplina férrea y a imponer castigos ejemplares para mantenerla. En esas circunstancias, el miedo a la traición generalmente provocaba abusos, el Polisario no había sido una excepción. Lo que me interesaba era esa nueva visión sobre el conflicto, ese súbito alineamiento con las tesis marroquíes. «Todo cambió cuando tuve la oportunidad de viajar al Sáhara occidental y al sur de Marruecos. Mi visión antes era parcial, reducida. Ahora es más realista, por eso escribí ese artículo, porque sigo siendo amigo del pueblo saharaui y quiero que su drama termine cuanto antes», hablaba como si hubiera recibido una especie de revelación divina en ese viaje al otro lado. Él era la llave que me abriría la puerta, no podía dejarlo escapar. «Alejandro, a mí también me gustaría viajar y conocer todo aquello para poder formar mi opinión, ¿usted podría echarme una mano? La verdad es que yo no conozco allí a nadie». Se hizo un silencio, acababa de lanzar mi anzuelo. «Bueno, no me importaría acompañarte. De todas maneras, yo tengo mis contactos, ¿cuándo querrías viajar?». Buena señal, se estaba involucrando, «pues en cuanto sea posible». Oí moverse unos papeles, «estos meses estoy muy liado. Luego será verano, imposible ir, demasiado calor. Llámame para después». El nuevo converso se despidió muy amablemente.

Por consejo de Gali, y en previsión de mi viaje a la zona ocupada, para ir a Tinduf había utilizado un pasaporte viejo, y me

había hecho uno nuevo para la siguiente fase. «Si la policía marroquí ve en tu pasaporte un visado de entrada en Argelia, no te dejará entrar. Eres español y sabrá que has visitado los campamentos». Por la prensa sabía de los intentos frustrados de visita realizados por distintas comisiones parlamentarias y por reporteros y periodistas. El control era muy estricto. «Por carretera, hay dos opciones. Bien desde Mauritania o viajando desde Agadir hacia el sur. Podrías coger un autobús público para camuflarte un poco o alquilar un coche y hacerte pasar por turista. Pero siempre irías con una marca en la frente, ser español, por tanto, sospechoso número uno. Deberías hacerte con todo tipo de documentos que puedan probar por anticipado tu inocencia, e incluso así siempre correrás el riesgo de que te detengan de forma preventiva en cualquier control de carretera». La cosa estaba muy complicada, aunque fuera con una simple mochila, sin cámara, sin un mísero cuaderno de notas, mi presencia estaría constantemente amenazada. «La opción del avión también existe. A El Aaiún hay vuelos regulares desde Casablanca en Air Maroc, pero también, desde Canarias, los hay en compañías privadas españolas». El vuelo desde Canarias era el que había utilizado Mª Jesús, la enfermera activista y en el aeropuerto la habían retenido hasta que su contacto vino a sacarla de allí. Yo, por el momento, no contaba con nadie, y pedirle a Gali un contacto en la zona ocupada no me daría ninguna seguridad, al contrario, sería mi seguridad la que estaría en peligro constante. La opción de los conversos era la única que me garantizaba entrar sin problemas en el territorio y viajar con seguridad. El riesgo era otro, claro, una posible manipulación de mi presencia por parte de los marroquíes con fines propagandísticos. «El muy idiota de Alejandro salió incluso en la televisión marroquí haciendo declaraciones a favor de ellos», eso lo tenía que evitar a toda costa. No podía quedar marcado.

Durante el final de la primavera y los meses de julio y agosto, seguí manteniendo abierta mi comunicación con el nuevo converso vía correo electrónico. Parecía un hombre afable, entregado a su familia, quizá amante de la soledad y del silencio, para nada el perfil de un resentido que, de la noche a la mañana, se travestía en traidor. Sin embargo la naturaleza humana resulta siempre imprevisible, los mecanismos de acción y reacción suelen escaparse

a los rígidos parámetros de la ciencia y el componente de irracionalidad se convierte, entonces en protagonista de nuestras acciones, aunque luego, a posteriori, sea la ciencia la única que nos permita encontrar una explicación de lo ocurrido, las causas últimas. Su brusco y radical cambio de posicionamiento en relación con el conflicto del Sáhara occidental podía ser sí, la venganza de un resentido, la contraprestación a un pago, o, por qué no, la revelación acaecida como consecuencia de un viaje al lugar donde decían que se había cometido un crimen.

En el aeropuerto de Casablanca

Antes de mis vacaciones recibí una llamada de Pedro, el profesor portugués del Instituto de La Haya que había conocido en los campamentos. «Eduardo, estamos organizando, para principios de diciembre, una conferencia internacional de expertos para analizar el problema del Sáhara occidental desde el punto de vista del derecho internacional actual», era buena idea, aunque después de tanto tiempo, ¿no estaba todo claro? «Como ya te dije, no conozco ningún profesor español de derecho internacional que hable bien inglés como para dar una conferencia, ¿puedo contar contigo?». Por unos segundos me sentí tentado de colgarle, no contaba conmigo por mis hazañas académicas sino por mis conocimientos de la lengua del imperio. «No sé, déjame mirar la agenda, ¿de qué queréis que hable?», necesitaba ganar tiempo antes de decidirme. «El tema creo que te va a gustar, queremos que hables de las responsabilidades legales actuales de España en relación con el Sáhara occidental». Ése era mi tema, no había duda, y era una oportunidad para desentrañar uno de los secretos mejor guardados por el Ministerio de Asuntos Exteriores español, desde la muerte de Franco hasta nuestros días. «Sí, Pedro. ¿Cómo no?, cuenta conmigo, iré encantado». Diciembre, además, era un mes importante para el conflicto. Marruecos presentaría al Consejo de Seguridad de la ONU su plan de autonomía para el territorio para que fuera aprobado y acabar, de forma definitiva, con toda posibilidad de referéndum. Los detalles de dicho plan, por el momento, eran un misterio.

No podía retrasarlo más, mi viaje al otro lado tenía que ser ya, en septiembre. Y no me quedaba otra que poner a prueba el sistema. Me presenté en las oficinas de Air Maroc, y ante la mirada ausente del rey Juan Carlos y el gesto un tanto prepotente de

Mohammed VI desde sus retratos, reservé un billete de ida y vuelta a El Aaiún, haciendo cambio de avión en Casablanca. Después le llamé al móvil. «¿Que ya tienes los billetes?, es un poco precipitado. No, no te digo que vayas a tener problemas. Yo ahora no puedo acompañarte, ya me gustaría. Déjame que haga unas llamadas y ahora te vuelvo a hablar». Colgué y, por el tono apresurado de la voz de Alejandro, supe, con toda certeza, que él pondría en marcha el sistema. Al cabo de una hora ya me estaba llamando, «ha sido difícil pero creo que lo he conseguido. He hablado con mi amigo Merebbi y a él no le importa acompañarte en tu viaje. Es un saharaui muy importante, bisnieto del emir Malainin. Trabaja en Rabat como consejero del ministro de Información». Ya estaba hecho, lo había conseguido. «Él me ha preguntado que quién eras tú. La verdad es que no te conozco, sólo le he dicho que eres un profesor español», era cierto, nunca nos habíamos visto y, sin embargo, qué raro, confiaba en mí. «Bueno, soy una buena persona, eso también se lo puedes decir», acerté a añadir un poco nervioso. Pero, nada, no me pidió más referencias o compromisos. Realmente debían de estar muy necesitados de adeptos para la causa del Sáhara marroquí, yo podía serles útil.

Nunca antes había estado en Marruecos. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos, otro mundo. El aeropuerto de Casablanca, puerta al exterior del reino, no era tan caótico como hubiera imaginado. Por los grandes ventanales, vistas a una obra faraónica financiada por la Comisión Europea, la cucharada de azúcar para que el gigante siga durmiendo. Los guardias, no sin cierta sorpresa al ver que mi viaje continuaba a Laayoune, nombre marroquinizado de El Aaiún, me indicaron la sala de espera de los vuelos regionales. Allí me reuniría con Merebbi Malainin. Juntos tomaríamos el vuelo hacia la capital del Sáhara occidental. «Llevaré un libro en la mano para que me reconozcas», le había explicado, «es tu regalo». Él se había reído, «soy el típico saharaui, me reconocerás tú antes».

El lugar era de mucho tránsito, turistas hacia las playas del sur en Agadir, turistas hacia el desierto a los pies de la cordillera del Atlas. Turistas, ésa era la principal fuente de ingresos del país. El libro que llevaba para Merebbi no lo había comprado al azar, se trataba de las recientemente publicadas memorias de Ignacio Cembrero como corresponsal en Marruecos del diario *El País*. En la

portada la bandera española ondeando en el islote de Perejil después de su recuperación por la marina española. A propósito había buscado algo especial, algo que nos interesase a los dos y diese pie a la confianza y el diálogo, pero había sido también una apuesta arriesgada, podía tener el efecto contrario. Sentado con el libro en mi regazo, a modo de reclamo, veía pasar las horas y los anuncios de los vuelos. Merebbi no daba señales de vida o no me reconocía. Empezaba a intranquilizarme. Pregunté por el vuelo a El Aaiún, pero nadie sabía con exactitud cuál era su horario, la hora que ponía en el billete era estimativa.

Apoyada en el suelo había una mochila con el símbolo del ACNUR. A su lado, de espaldas, una chica de melena rizada. Me acerqué, llevaba gafas, su cara me resultó inmediatamente conocida. No podía creerlo, estaba de suerte, «¡Nicoletta! eres tú ¿no?». Sonrió, efectivamente era ella. «¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?», se levantó. Nos habíamos conocido en Kosovo, en otra aventura. Nos abrazamos. «Me han encargado del programa de visitas entre el Sáhara y los campamentos de refugiados. No sé si sabrás pero los vuelos llevan meses suspendidos. Estoy intentando que se reanuden, es una negociación sin fin», con ella allí me sentía más seguro, si algo me pasaba podía contar con su ayuda. «La ONU las llama medidas de confianza, ya ves. Como si las dos partes estuvieran enfrentadas. Vaya estupidez, estamos hablando de padres, de hermanos, de hijos, separados durante treinta años contra su voluntad. Ellos, entre sí, no tienen ningún conflicto». Le conté que también esperaba el vuelo a El Aaiún, quería conocer el otro lado. Tras los cristales de sus gafas los ojos casi se le salieron de las órbitas, su voz bajó hasta convertirse en un susurro, «ten muchísimo cuidado, te van a tener vigilado las veinticuatro horas del día, como a todos. Hay censura sobre los libros y los documentos que quieras introducir. Si llevas alguno que se refiera al conflicto, es mejor que lo regales o lo tires a la papelera para no tener problemas en la aduana». La realidad superaba lo que me habían contado en Tinduf o lo leído en la prensa. Un vacío extraño me llenaba el estómago. De repente entró en la sala un saharaui. Alto, fuerte, de tez muy morena, rasgos duros, mirada cristalina pero penetrante. Era inconfundible entre la media marroquí, sin duda, ellos eran otro pueblo. Me acerqué, «hola, soy yo, te estaba

esperando». Le entregué el libro. A su lado venía otro hombre. También alto pero de piel clara, una nariz prominente, gafas oscuras y bigote. Aquel tipo era del servicio secreto marroquí, tampoco cabía duda. Tras ellos pude ver el rostro horrorizado de Nicoletta despidiéndose.

«OCCIDENTE SÓLO AMA A LOS TIRANOS»

Él no sabía quién era yo y yo no sabía quién era él. Milagrosamente gracias a la sabia previsión de las autoridades marroquíes, íbamos sentados el uno al lado del otro; el espía, dos filas más atrás. Una vez en el aire había llegado el momento de hacerle una pequeña confesión, «no sé si te lo dije por teléfono, pero es importante que lo sepas. Hace unos meses estuve visitando los campamentos de Tinduf invitado por el Polisario, me dieron su versión. Ahora quiero conocer la otra, la vuestra, para poder entender la situación». Él pareció no inmutarse, quizá incluso lo diese por hecho, como si se tratase de una evolución lógica, como la del profesor de Murcia, se empezaba en Tinduf y se terminaba en El Aaiún. «El viaje de Alejandro fue muy interesante. Como tuvimos más tiempo en prepararlo, pudimos organizarlo mejor. Tú es que tenías mucha prisa, ¿no?». Sí, había tenido mucha prisa porque ésa era la única ventaja con la que había podido contar, con la imprevisión de la otra parte, con el factor sorpresa. «Luego él volvió con Ángela Hernández, ¿conoces su libro? Ella es una experta en el archivo de Viguri. Hace unos meses en Mauritania hubo una conferencia de académicos para tratar el asunto del Sáhara y nos volvimos a reunir todos, somos grandes amigos». Se refería al archivo del coronel Rodríguez de Viguri, el militar a cargo de la administración civil del Sáhara durante los últimos años de la presencia española, había muerto hacía poco, pidió que sus cenizas fueran esparcidas en el desierto. «Lo que quise mostrarle a Alejandro es que, desde el Draa hasta el río Senegal, saharauis somos todos. Podemos ser marroquíes o mauritanos, pero nunca argelinos, aunque Tinduf haya sido por tradición tierra de la tribu ergueibat. Las caravanas se desplazaban de norte a sur, pero nunca hacia el este», comenzaba así su discurso, y de eso se trataba el viaje, de convencerme.

«Claro que hay controles para entrar en el Sáhara, lógico, Argelia intenta por todos los medios meter dinero para sostener la intifada y no podemos consentirlo», Merebbi se mostraba abierto,

hablador, él era todo un comunicador, aunque con un toque de desconfianza hacia cualquier interlocutor que intentase contradecirle y que se adivinaba en su mirar oblicuo mientras escuchaba. «Yo a ellos los conozco a todos muy bien, a mí no me engañan. Hasta 1989 fui director de la oficina de información del Polisario en Argel. Cuando hubo las purgas me escapé, no aguantaba más. Mi mujer quedó atrás pero luego pudo salir por Mauritania. En los campamentos siguen mi hija y su marido, mis suegros y mi madre. El rey me acogió sin problemas. Ahora, como ya te contaría Alejandro, soy consejero del ministro de Información para asuntos del Sáhara». Como Omar Hadrami, el antiguo director de Seguridad Militar del Polisario, él también había conseguido una posición importante en la administración real. Pero algún precio tenía que pagarse, todo ello debía de dejar en su interior una gran amargura, escepticismo, y puede que una frialdad absoluta en el momento de tomar una decisión grave. «El CORCAS no es una institución nueva. Hassan II lo creó en 1991; por decreto real, yo fui uno de sus miembros. El de ahora lo forman otros». Se calló un momento y luego continuó pero con un tono más bajo, «Mohammed VI tiene muy buenas intenciones pero está mal aconsejado, son gente joven como él, no saben nada. Es increíble que haya podido nombrar a Jalihenna Uld Rachid para presidirlo, me da vergüenza. Pero a pesar de todo vamos por la buena dirección».

Jalihenna, el peón de Arias Navarro que había huido a Marruecos, meses antes del abandono, con los fondos del PUNS, el famoso partido títere franquista. Después de la primera traición las siguientes apenas cuestan nada. Nominalmente alcalde de El Aaiún, ahora su amo le había encargado dirigir la tercera vía, convencer a todos de las bondades de la autonomía. Por la ventanilla cruzaban las montañas rojas de la cordillera del Atlas en su descenso hacia el sur, la región más pobre de Marruecos y, sin embargo, el motor del país, su mano de obra. «Hassan II era un rey muy inteligente, aunque perverso, capaz de una gran maldad. En su presencia siempre te sentías humillado». Merebbi entornó los ojos quizá recordando el momento, tras su huida, en que había tenido por primera vez que arrodillarse públicamente ante él y besarle la mano. «Occidente sólo ama a los tiranos. Si no, mira a Hamas en Palestina, ganan las primeras elecciones verdaderamente libres en

un país árabe y les declaran una guerra».

Sobrevolamos Agadir, la ciudad que marcaba los confines del antiguo imperio del sultán, huertas, invernaderos de plástico y más allá las playas, los turistas. Estábamos muy cerca de las Canarias, «no, todos los productos que se consumen en el Sáhara son marroquíes, pero la vida es más barata que en el resto de Marruecos. Los productos de primera necesidad están subvencionados y las empresas no pagan impuestos». Sí, ésa era la famosa política de neocolonización marroquí del Sáhara, hacer del territorio la tierra del porvenir para todos los marroquíes que quisieran instalarse. Me fijé en el resto de los pasajeros del avión, rostros redondos, de color claro, algunos, trajeados, otros, pulcramente vestidos. Funcionarios, comerciantes, todos marroquíes en el sentido más estricto del término, ninguno compartía los rasgos duros ni la tez sombría de mi acompañante. «Oye, creo que eres el único saharaui que viene en el avión». Él se dio la vuelta y luego se quedó en silencio. Así era. Cambió de tema, «mira, eso es Sidi-Ifni». Mil metros más abajo observé un villorrio blanco, con su puerto, rodeado de montañas bajas, el Atlas se había agotado. La antiguamente llamada Santa Cruz de Mar Pequeña, posesión de los Reyes Católicos, importante enclave para el comercio de esclavos, luego perdida, olvidada, hasta la guerra de 1860. El levantamiento de 1957 la había hecho tristemente famosa en España. Ahora otra vez volvía a ser nada. Seguíamos la línea de la costa, extrañas desembocaduras de ríos secos, como enormes serpientes fosilizadas, y la tierra amarilla, sedienta. A nuestro lado aparecieron nubes.

Invitado oficial

Y después de la dura llanura, un destello azul, un embalse y junto a él la ciudad, El Aaiún, color rosa pálido, las dunas cercándola al sur y al oeste. Aterrizamos. Banderas rojas, con la estrella verde en el centro. Habíamos llegado al Sáhara occidental, antigua colonia española, ahora ocupada por Marruecos y todavía pendiente de descolonización. «Eso es lo que dejaron los españoles, esos barracones», y me señaló unas ajadas construcciones de hormigón barato. Ése era el comienzo del viaje, una pequeña venganza, mostrarme lo poco que había hecho España por los saharauis y lo mucho que estaba haciendo Marruecos. A pesar de esa apreciación sus comentarios los hacía con igual desapego a ambos países, él era

saharaui. Como era de prever nos esperaba una pequeña comitiva de bienvenida que, rápidamente y sin pasar controles de pasaporte ni hacer colas, nos metió a los tres, a Merebbi, al espía y a mí, en un coche. Yo era un invitado oficial.

Nuestro hotel estaba en las afueras de la ciudad, pegado a una gasolinera con restaurante, en la salida de la carretera que conducía hacia el sur. Me pareció extraño, ¿querían alejar mi mirada de lo que sucedía en sus calles? Dejamos las maletas y nos sentamos en la terraza, sobre una parrilla asaban carne de cabrito. Merebbi ya había hojeado algunos capítulos del libro de Cembrero, «lo de Perejil fue una estupidez, quería hacerle un regalo a su prometida en el día de su boda. Lo que te decía, un imberbe, está muy mal aconsejado». El libro no le parecía bueno, según él, no probaba nada de lo que afirmaba, «él tenía problemas con nosotros porque se inventaba muchas cosas. Esa última entrevista que pudo hacer al rey antes de irse para siempre no se la merecía. Aunque fue toda por escrito, claro, no pudieron verse en persona, Mohammed VI no es tan hábil como su padre para sortear en directo las preguntas capciosas. Hubiera sido un peligro». En el restaurante había bastante movimiento, era un lugar de paso popular. «Mañana por la mañana saldremos hacia Dajla, así tendremos tiempo de ir al desierto antes del domingo, que es cuando empieza el ramadán», y se me quedó mirando fijamente a los ojos. Ramadán, no comer en todo el día, hasta la noche. ¿Y beber?, beber tampoco. No dije nada. El aroma del cabrito asado me penetró hasta el fondo del alma. «Que sepas que aquí eres invitado del ministro, no tienes que pagar nada. Lo mejor hubiera sido que te hubieras podido quedar unos días en Rabat antes de venir aquí, así hubieras podido conocerlo a él personalmente». Yo puse cara de circunstancias, pero por dentro estaba contento, mi objetivo era conocer a los saharauis de este lado únicamente.

Atardecía. En un todoterreno nuevo, puesto a nuestra disposición por las autoridades, recorrimos la ciudad. Todas sus casas y edificios eran del mismo color rosado, «por decreto real es así, desde Marrakech hasta aquí. En el norte de Marruecos las ciudades son blancas», cruzamos bajo un arco del triunfo a la mayor gloria de Hassan II y entramos en una ciudad grande y moderna, de amplias avenidas, con un parque para actos públicos y

concentraciones, un palacio de congresos, palmeras, farolas. Todo estaba limpio, cuidado. «Ése es el hotel Al Massira, Marcha Verde, la sede de la misión de paz de la ONU», un bello edificio moderno también cubierto de banderas marroquíes. Sin embargo, por el nombre, no parecía el lugar más adecuado para tal misión. La hilera de coches blancos con el anagrama ONU aparcados a la puerta tenía algo de provocador.

Las aceras estaban muy animadas, el frescor del ambiente invitaba a pasear. Mientras entre los hombres dominaban las ropas europeas, camisa y pantalón —aunque algunos viejos saharauis llevasen con dignidad la «derraa», una túnica blanca o azul con pequeños bordados dorados—, era entre las mujeres donde la vestimenta marcaba más radicalmente el origen, las llegadas del norte, llevaban un pañuelo atado a la cabeza a modo de velo. Las mujeres saharauis se vestían con la túnica de una sola pieza, la melfa, como sus paisanas de los campamentos de Tinduf. Algunos de los nuevos edificios se veían vacíos, sin vida. El espía me pilló observándolos, «están listos para acoger a los que viven en los campamentos. Les estamos esperando». Hice como que no le había oído, esa explicación me pareció completamente absurda. La avenida terminaba en la carretera hacia Smara, la ciudad santa. Dimos la vuelta y, al cabo de un rato, giramos a la derecha. «Éste es el barrio de Matala, se llama así por el nombre del constructor». Aquél era el barrio donde habían comenzado los disturbios independentistas. Todas las casas eran similares, con picos de piedra rematando las azoteas, calles intrincadas, como de pueblo andaluz. «Esto es para que veas que la intifada está muerta. Podemos parar donde tú quieras y te haces unas fotos». Sí, había tranquilidad, casi no se veía un alma. A la salida del barrio, sin embargo, casi nos dimos de bruces con una camioneta de la policía. No dijeron nada.

«Después de las nueve, sólo puedes ver este ajetreo en el norte de Marruecos y aquí. Eso es herencia de España», el espía quería ganarse mi confianza, me contó que su familia era de Fez, en el Ministerio de Información se dedicaba a asuntos meramente administrativos, «cuando Merebbi me invitó a acompañarle, no lo dude, ¿quién rechazaría un paseo por el desierto?». Todo era muy normal. Caminábamos entre tenderetes por una calle peatonal que bullía de gente. Yo, de vez en cuando, hablaba en alto en español

intentando probar la reacción de la gente, pero nadie se volvía. «El último día te llevaremos a la televisión para que te hagan una entrevista», Merebbi lo había soltado sin querer darle demasiada importancia, pero la tenía, y mucha, el precio de mi viaje era sacarme por la tele alabando lo bien que estaba todo con los marroquíes. Por ahí no podía pasar. Había que parar aquello lo antes posible, «lo siento, Merebbi, pero eso no lo voy a hacer, no puedo hacerlo. Si salgo por la tele haciendo declaraciones cuando vuelva a España todos van a decir que me habéis comprado y que soy promarroquí. Eso es lo que le ha pasado a Alejandro y no quiero arriesgarme». Se hizo el silencio. Regresamos al coche.

El barrio colonial quedaba en la hondonada que descendía al cauce del río fosilizado. Casas bajas, pequeñas, con el clásico techo de medio huevo, desarregladas, despintadas, hundiéndose. El esplendor de los nuevos barrios aquí no existía, nada se había invertido en aquella zona desde que la bandera española fuera arriada. Allí era donde vivían los pobres. «Ése es el parador», un edificio de una planta que descendía, hacia atrás, en patios y terrazas ajardinadas, en estilo babilónico. Inaugurado por Fraga en 1968, se había presentado como uno más de los logros del desarrollismo que alcanzaba a todos. «Ése es el colegio La paz, el colegio español. Sólo quedan tres profesores españoles trabajando en él, lo tienen abandonado, es una vergüenza. Y no por culpa del gobierno marroquí, es el español el que no quiere hacer nada, con la cantidad de gente que quiere aprender el español», pasamos delante de unos muros, más allá no había más que sombras. Luego en un recodo, dos torres de aire medieval, el palacio de los gobernadores españoles y hoy del gobernador marroquí. Después continuamos hasta una plaza arbolada, «ésta es la antigua plaza de España. Como ves, sigue igual». Todo se veía desangelado, abandonado. En un lado recortada por la luz de una farola, la fachada de la iglesia. «Hay todavía un cura. Dicen que está loco», veía los ojos de Merebbi a través del espejo retrovisor, estaba intentando asimilar mi negativa a entrar en el juego. Para quitar un poco de tensión, busqué un tema de conversación, «en Mauritania, dicen, que la esclavitud continúa a pesar de la prohibición oficial, ¿aquí también existe ese problema?». No había sido una buena idea, su expresión se contrajo, «no. No preguntes tonterías».

«AQUÍ LA DEMOCRACIA ES IMPOSIBLE»

Una vez terminado el recorrido turístico, nos adentramos en una zona residencial, chalés de estilo marbellí, una vegetación lujuriosa desbordando sus tapias. Nos paramos ante una de ellas, un criado negro nos abrió el portalón de madera. En el interior, más criados negros, un patio con arcadas. Un hombre ya mayor, en derraa blanca, salió a saludarnos, «te presento a mi tío y cheij de nuestra familia. Fue "caíd", ahora está retirado y cuida de las tumbas de nuestros antepasados». El sujeto en cuestión no me hizo mucho caso, no tenía ningún interés en charlar conmigo. Nos acomodamos en un gran salón, un sofá corrido bordeaba la estancia, almohadones, alfombras; salvando las obvias diferencias en calidad y diseño, el mismo estilo de vida que en Tinduf, añorando la jaima, el desierto. Otro criado negro entró con un aguamanil para que nos aseáramos. Parecía como si el mero hecho de haber mencionado la esclavitud hubiera despertado su espíritu, sólo veía esclavos por todas partes. Merebbi observó mi cara de perplejidad, «es un primo lejano de mi tío, ha venido de Mali y él le está echando una mano». No quise contradecirle, pero en la calle, no había visto a nadie de piel negra, debían de estar todos como éste, trabajando de criados en las casas. Una realidad muy diferente a la de los campamentos de refugiados.

Al espía tampoco le hacían caso. Para entretenernos, como a los niños, nos pusieron la tele mientras ellos se dedicaban a hablar de sus cosas. En la cadena local ponían un documental que relataba la vida de un prisionero marroquí del Polisario, un capitán médico; hablaban su mujer, otro médico... El espía y yo nos aburríamos. No me quedaba más remedio que hablar con él. «No, yo tampoco les entiendo, no hablo el hassania», eso le ponía en mi terreno, los dos éramos extranjeros en el Sáhara. «Hassan II decía que Marruecos era como un puzle y que no le podía faltar ninguna pieza», él también quería adoctrinarme. «No te creas nada de esa propaganda del Polisario. Éste es un país organizado, no puede haber desaparecidos. Aquí todo queda registrado. Ellos, en Argelia, sí que tienen muchos desaparecidos». Por el rabillo del ojo Merebbi no se perdía nada de nuestra conversación, tenía que intervenir, «yo conocí a ese capitán. Estuvo prisionero veintitrés años». Yo me atreví a replicarle, «sí, pero volvió vivo». Los informes de Amnistía Internacional daban

cuenta de los cientos de saharauis que fueron «desaparecidos» en 1975, con la ocupación. A muchos de ellos los liberaron en 1991 sin compensación alguna, pero otros nunca volvieron. Cuando dejamos la zona residencial era ya muy tarde. Sin embargo la ciudad seguía viva, vibrante. Sí, debía de ser la herencia española, agotar la vida hasta lo último. Me sentía bien, relajado. Toda la tensión del día había desaparecido.

Desperté acalorado. Al salir de mi cuarto, una mujer negra, de rodillas, fregaba el suelo. Merebbi me esperaba en el restaurante de la gasolinera. No había dormido bien, se le veía contrariado. Yo, en cambio, me sentía lleno de energía y fui al grano, quería saber su opinión sobre la oferta marroquí de autonomía para el Sáhara. «Pues me parece buena. En España funciona. Yo estuve en Valencia para que me explicasen cómo funcionaba». Me trajeron el desayuno y comencé mi lucha por defenderlo, las moscas eran las dueñas del lugar. «Pero aquí la democracia es imposible, todo el mundo es analfabeto, eso es para occidente. Aquí lo que funciona es la tribu y el dinero, cada voto vale unos miles de dirhams, se compran. La autonomía del Sáhara tiene que basarse en que los tres poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, sean llevados por gente de aquí, y nada más», le encantaba escucharse. Pero ese rechazo a la democracia escondía otro más flagrante, por nada del mundo aceptaría un referéndum en el que los saharauis votasen libremente sobre su futuro. «He seguido leyendo el libro de Cembrero. Él tampoco lo niega. España nos mandó su flota para demostrarnos que no somos nada, tercer mundo». Me preparé para la andanada, iba a descargar todo su mal despertar sobre mí, «vosotros, los europeos, venís a África a robar. Y tú también eres responsable, porque mantienes tu gobierno con tus impuestos». Me quería dejar sin argumentos, que me callase para siempre. Yo tenía que decir algo, lo que fuera, «con ese victimismo, no vais a ninguna parte». Por suerte apareció el espía y las aguas se calmaron.

«Toda esta riqueza la ha traído Marruecos»

Subimos la suntuosa escalera invadida por la penumbra. La sala estaba decorada con grandes retratos de las visitas reales a El Aaiún. Un primo de Merebbi, director de la agencia para la promoción de las inversiones en el Sáhara, nos recibió todo sonrisas. Era un hombre de calva reluciente y aspecto elegante, con

un bigotito bien recortado y anillos de oro en varios dedos. Sentados alrededor de una enorme mesa de conferencias, inició el discurso que tenía preparado, una visión general de la situación actual en las llamadas «provincias del sur». Sobre una pantalla bajada del techo pasaban mapas, gráficos e imágenes. «El futuro de la economía del Sáhara es Canarias, ésa es nuestra verdadera frontera, y allí lo entienden perfectamente, tenemos un acuerdo con las cámaras de comercio de las islas para promover proyectos. Vamos a crear dos zonas francas para atraer sus inversiones. En estas semanas se va a abrir una línea de tráfico marítimo entre las islas y nosotros. Queremos ser su territorio de expansión y buscamos atraer también a muchos de esos trece millones de turistas que visitan Canarias». Sus ojos desprendían destellos, y observando el mapa, sus propuestas eran totalmente razonables. Desde luego del subdesarrollado Marruecos no podían esperar nada, y el primer mundo se encontraba a unas pocas leguas de mar. «Los recursos pesqueros que poseemos son muy importantes, se han creado seis villas pesqueras para aprovecharlos. El problema es que a los saharauis no nos gusta pescar. En nuestra cultura se considera una actividad degradante, somos un pueblo de guerreros. Como usted sabe, estamos organizados en tribus y cada una está dedicada a realizar unos oficios muy determinados», sus palabras querían mostrar neutralidad, pero podían ser interpretadas como una justificación de la colonización marroquí del territorio saharaui con poblaciones del norte, más aptas para el trabajo. Y eso eran precisamente esas «villas pesqueras», asentamientos de colonos, como en Palestina. En cualquier caso esa visión hidalga de la sociedad saharaui había sido el enemigo a abatir para la revolución que había propugnado El Uali, no sólo era contraria a la idea de pueblo y de independencia, también era contraria al progreso y el desarrollo. «Los fosfatos no pueden ser nuestra única fuente de riqueza, cada vez hay menos producción y exigen mucha inversión, España que tiene todavía el 30 por ciento no ha dado nada desde que se marchó». Esa información, sin embargo, no correspondía con la que yo poseía, según la prensa, el Estado español había vendido en 2002 la vergonzosa participación recibida por los miserables Acuerdos de Madrid de 1975. Muy sutilmente Aznar había hecho desaparecer así una de las huellas del crimen.

«Yo estudié fuera y no regresé hasta 1982, cuando no había nada, ni carreteras ni aeropuerto, nada. Todo lo que usted ve, toda esta riqueza la ha traído Marruecos. Tanto dicen que se queda con nuestros recursos, eso es mentira. Lo que la Unión Europea le va a dar por nuestra pesca, Marruecos nos lo da ya multiplicado. Aunque, claro, todavía queda mucho por hacer en materia de infraestructuras». Había acabado, y siguieron unos segundos de silencio. Miré un momento a Merebbi buscando su permiso, «muchas gracias, he aprendido mucho con su presentación. Sólo tendría una pregunta que hacerle, ¿qué opina usted de la propuesta real de autonomía?». El primo listo de Merebbi también en este confuso asunto podía dar argumentos razonables, «mire, el rey Hassan II ya lo dijo hace tiempo, la bandera y el sello me bastan, que no haya ni vencedores ni vencidos. Yo fui miembro del comité de registro para el censo de la ONU y viajé a Tinduf para participar en las verificaciones, pude ver aquel desastre. En el avión de vuelta, lloraba. Son nuestras mujeres, nuestras familias. No podemos consentir que siga así y el Polisario tiene que comprender que Marruecos nunca va a aceptar tener su frontera a tan sólo cuarenta kilómetros de aquí. Deben ser realistas, el pasado nunca vuelve. Es la autonomía o nada». Era la aceptación, clara y descarnada, de las circunstancias, no la defensa de ningún principio ni derecho histórico, la autonomía era la única oportunidad que tenían los saharauis de mejorarlas. Él lo había comprendido desde el principio, por eso había conseguido llegar a donde estaba. Se levantó, «nos veremos en ramadán. Seguiremos charlando antes de que se vaya». Él era un claro exponente de la elite saharaui que Hassan II había promovido como una de las claves para controlar el territorio y que, por otra parte, no era más que un reflejo de lo que ocurría en todo Marruecos. La oligarquía local, unida al trono por medio de prebendas, mantenía la soberanía en cada rincón del reino. Merebbi volvía a sonreír, estaba muy satisfecho del resultado de ese encuentro con su exitoso primo. Al bajar las escaleras saludó brevemente a un anciano. «Es el tío de Aminetu, también es un caíd jubilado», Aminetu era Aminetu Haidar, la heroína de la intifada. Torturada y encarcelada durante años, su testimonio había aparecido en muchos medios internacionales. Con ese comentario quería demostrarme que aquella brava mujer no era otra cosa que

una oveja descarriada.

«NO TE FÍES DE NADIE»

Dunas y dunas, y de repente, ingenuas casitas de veraneo, un camping vacío, un mastodóntico hotel del «club mediterranée», inhóspito y desolado, con una gran piscina olímpica, de aguas azules e igualmente solitarias. Se había levantado el siroco, el mar batía la gran playa de dorada arena granulada. No había un alma, el largo paseo marítimo, con sus correspondientes bancos y farolas, sólo invitaba a la melancolía. En el extremo sur, el puerto, con un muelle comercial y pesquero, de reciente construcción, y, pegado a él, un muelle ya antiguo, para cargar el fosfato, obra de la otrora administración colonial española con tecnología alemana. Penetramos en el barrio portuario cruzando un control de policía. Del rosado de la ciudad pasábamos al blanco atlántico de sus edificios, pero como siempre banderas rojas aquí y allá. Frente a la dársena, el hotel Josefina, especialidad en mariscos y pescados. De su dueña ni rastro. En el comedor, presidiendo, un retrato de Hassan II sentado en un trono hecho a la medida de un gigante, grotesco.

«No me lo puedo creer, ¿qué haces tú por aquí», el interceptado, derraa blanca y gafas oscuras, se quedó de piedra. «Te presento a un polisario. Cuando trabajaba en la radio, él venía a tocar con su guitarra a nuestro programa. Le grabamos un par de discos», el incauto no podía escapar, demasiado peligroso, y se sentó a comer con nosotros. Hacía años que ya no vivía en los campamentos, ahora se dedicaba a los negocios, era eso lo que le había traído allí desde Mauritania. Por supuesto utilizaba documentación de aquel país, así podía viajar sin problemas. A diferencia de Merebbi él nunca había renunciado a la causa, seguía en contacto con la organización, simplemente ahora se estaba procurando una vida mejor. Su ex compañero enseguida le acaparó para preguntarle por los del otro lado, al espía y a mí una vez más nos ignoró. Me daba igual porque mientras disfrutaba de aquellos manjares de las aguas saharauis preparados a la española me dediqué a contemplar el mar. En la despedida el polisario mercantilizado me abrazó con afecto para susurrarme una advertencia, «ten mucho cuidado. No te fíes de nadie».

XIII

Río de Oro

Carretera hacia el sur, dirección Dajla, la antigua Villa Cisneros, capital de la región de Río de Oro. A nuestra derecha acantilados cayendo abruptamente sobre una playa infinita. Como si el desierto, plano, duro y tenso, hubiese sido quebrado por un poderoso rayo cósmico haciendo desaparecer su otra mitad ahora invadida por el oscuro océano. Y sobre el asfalto controles de policía, cada dos por tres. La ceremonia siempre era la misma, el guardia nos daba el alto, nos pedía la documentación y me enfilaba con la mirada, yo era el problema. Pasaporte español, mucho cuidado, máxima alerta. Entonces el espía salía del coche y se iba con el guardia a la caseta. Allí se identificaba él mismo y aclaraba que todo estaba bajo control, que revisase los faxes recibidos la última semana, debían tener ya mis datos, un español viajaba en visita oficial, déjenlo pasar. Merebbi, en cambio, se quedaba sentado, en silencio, él estaba por encima del bien y del mal, sólo era cuestión de tiempo. Pero cuando veía que habían parado otros coches y la policía podía hacer alguna detención o haber algún incidente contrario al código de conducta occidental, enseguida iniciaba algún monólogo para atraer mi atención. Entonces me hablaba de su admiración por El Uali, según él, un visionario, pero también un iluso. Luego se ponía a echar pestes de Abdelaziz, el presidente polisario, un inútil, un bobo y sanguinario ergueibat que sólo buscaba mantener el dominio de los suyos sobre las otras tribus. También le encantaba hablar de la época de la colonia, «había segregación, como en la antigua Sudáfrica. Los saharauis teníamos vedado el acceso a sus clubes, a sus barrios». Aunque notaba que de lo que verdaderamente le encantaba hablar era de su familia, los Malainin, y de sus lazos ancestrales con Marruecos, «cuando se creó el protectorado del sur, en la zona de Tarfaya, mi tío fue nombrado representante del sultán. Cuando viajemos al norte te llevaré a ver su casa en Tiznit, al sur de Agadir». Yo le escuchaba, ése era el precio de mi viaje oficial. Pero al mismo tiempo observaba la dura realidad circundante, un territorio literalmente ocupado por una fuerza

extranjera. El espía, al final, siempre regresaba del puesto de policía con una sonrisa de oreja a oreja, como si viniera de recoger unos folletos turísticos.

Los colonos

Bojador. Un gran faro escrutando el horizonte emergía de una aparente ciudad pequeña, de perfil provinciano, esta vez, de color ocre claro. «Hasta 1975 esto sólo era ese faro, el cuartel de la legión, y algunas cuantas casas y barracones. Lo que ves se ha hecho todo después». El ejército marroquí ocupaba, naturalmente, el antiguo cuartel de la legión, con sus correspondientes torres estilo medieval, así que tan mal no debía estar. Los otros edificios eran nuevos, de dos o tres plantas, y junto a ellos aparecían grupos de chabolas, ¿quiénes eran? ¿Por qué tenían que vivir en esas condiciones? «Son gente de Tantán, están esperando que les den una casa». Y otra vez, como en El Aaiún, edificios vacíos, ¿por qué no se los daban a ellos?, «no, ésos son para la gente que está en los campamentos de Tinduf, para que cuando regresen tengan una casa». La misma historia, y yo tenía que tragármela. Bajamos a la playa, una pista de rocas que se metía en el mar. Niños por todos lados jugando, en su mundo. Más allá el famoso puerto, una ensenada natural única en cientos de kilómetros de abrupta costa.

Bajo el sol decenas de barcos de pesca, pateras según las circunstancias y una multitud de hombres arrimando el hombro, redes, cajones, cestas de brillante pescado fresco. «Toda esta gente viene de Sus». Bueno, por fin reconocía algo, todos aquellos desgraciados eran colonos, bereberes hambrientos habitantes del sur de Marruecos, atraídos a las orillas del desierto del Sáhara con la esperanza de sobrevivir. Los saharauis no pescaban. Antes de los pobres de Sus habían sido los canarios los dueños de la pesca de aquellas aguas. Descansamos en la terraza de un café de la avenida principal. Alrededor de nosotros sólo gente del norte, ni una sola derraa, ninguna melfa. «¿En los campamentos de Tinduf podías moverte con tanta libertad como aquí? Imagino que no, ellos no quieren que se vea cómo tienen a toda su gente secuestrada», el espía daba un paso más en su labor proselitista pero era torpe, muy torpe.

De descendiente de los sultanes azules a disidente

Nuestro viaje a Dajla continuaba, el paisaje era el mismo, los

controles, más o menos iguales cada treinta kilómetros. Me fijé entonces en algo que antes me había pasado inadvertido, cada cierto tiempo, veíamos grandes estructuras metálicas con antenas erigidas frente al mar tras unas alambradas de protección. «Son para controlar que nadie salga y se vaya a Canarias. Os hacemos el trabajo sucio a cambio de nada», es decir, que si llegaban pateras desde el Sáhara era obviamente con el consentimiento de las autoridades marroquíes porque éstas poseían un control total también sobre la zona marítima. Nadie podía moverse sin que ellos lo supieran. «Pero nuestra gente no es la que se va, los saharauis no emigramos. Son los de Sus los que quieren marcharse y es de la zona de Tarfaya de donde salen a veces pateras», aquello significaba que los radares cubrían sólo la costa del Sáhara occidental. Miré por la ventanilla, el sol iba descendiendo en el ocaso, el azul del cielo se apagaba, el océano iba perdiendo luz. Pensé en el asunto de las banderas. Hassan II había dicho, con la bandera y el sello nos basta. Pero no era tan fácil, las banderas rojas de Marruecos lo cubrían todo y se habían vuelto odiosas para los que rechazaban la ocupación. La bandera era más que un mero símbolo de un Estado, allí significaba una presencia ominosa, una opresión psicológica constante, un gran hermano que saltaría si se hablaba demasiado alto. La bandera era, después de treinta años, algo trascendental. Ése era el drama.

La verdad es que la genealogía de Merebbi no me quedaba muy clara, pero sólo había que tirarle un poco de la lengua para que él lo soltase todo. A las personas con tendencias megalómanas se les va siempre la fuerza por la boca. «El Cheij Malainin, el fundador de la ciudad santa de Smara, era mi bisabuelo. Ya te hablaré de él cuando estemos allí dentro de unos días». Se le llenaba la boca contando todo aquello, «murió después de la destrucción de Smara pero sus hijos siguieron su lucha contra el imperialismo. Primero su hijo Ahmed El Heiba, elegido por las tribus del Sáhara para sucederle, que consiguió dominar todo el sur de Marruecos, conquistó Marrakech y se proclamó a sí mismo sultán. Él fue el primer sultán azul. Murió asesinado. A su muerte fue proclamado sultán su hermano, que era mi abuelo. Él fue el segundo sultán azul, yo me llamo igual que él, Merebbi Rebbu. También continuó la lucha pero, al final, cuando los franceses estaban a punto de

atraparlo, prefirió entregarse a los españoles. En 1942 estuvo en Salamanca, visitando a Franco, que conocía mucho a mi familia. Por eso cuando Franco visitó El Aaiún en 1950, su hijo mayor, que era mi padre, fue el encargado de recibirlo en nombre de los cheijs de todas las tribus». Él pertenecía, podríamos decirlo así, a la aristocracia saharaui, con sus buenas maneras, sus privilegios, sus contactos al más alto nivel. «Pero mi padre fue uno de los que encabezó el levantamiento de 1957, y cuando acabó la guerra prefirió quedarse en Marruecos bajo la protección de Hassan II. Como era hombre de leyes, le nombró juez. Yo soy hijo de su primera mujer. Después se separó de mi madre y tuvo varias más. Como decía él, uno va teniendo mujeres hasta que encuentra la verdadera, las anteriores son todas falsas». Así que como Carlos IV cuando se entregó en los brazos de Napoleón, los descendientes del gran Cheij Malainin que, en otro tiempo, quisieron arrebatar el sultanato a la familia alauita terminaron besándole la mano.

«Yo no regresé al Sáhara hasta 1966. Iba y venía desde Rabat, que era donde estudiaba. En 1970 ya me instalé definitivamente en Dajla y abrí un colegio de estudios islámicos. Cuando en octubre de 1975 estalló la guerra, el Polisario me raptó, según ellos, yo era el hijo de un traidor. A mí, en esa época, no me interesaba la política y nunca me había mezclado con ellos». Ahora le tocaba justificar su propia traición, «al final me uní a ellos, mi madre y mi hermana habían huido a los campamentos de refugiados. Me convertí en un experto en armas e instructor militar. Pero yo era un universitario, alguien preparado, con el tiempo, prefirieron que trabajase mejor en la radio. Al cabo de unos años vivía en Argel y era el director de información del Polisario. Toda la información pasaba por mis manos y yo era el encargado de transmitirla al exterior». Alrededor del coche aparecieron extrañas brumas, nubes bajas, que no se atrevían a ir más allá de la línea de la playa. Había habido una época, en la que los polisarios se paseaban libremente por aquellas costas, llegando a apresar incluso pesqueros canarios, «en 1989 diez altos dirigentes del buró político, hartos del amiguismo y de la corrupción, levantaron la voz y exigieron cambios en la organización. Los detuvieron enseguida, pero entonces, todos los directores nos declaramos en huelga y no tuvieron más remedio que reunirnos en Tinduf y prometer cambios, soltaron a los detenidos.

Sin embargo a los pocos días, de regreso ya en Argel, me enteré de que estaban otra vez deteniendo gente y organizando reuniones públicas para que los detenidos confesasen ante los demás. Yo llamé a mi padre y huí a Marruecos. Meses más tarde otros se vinieron detrás de mí, tampoco aguantaban más». No debió de ser una decisión fácil. Por su testimonio su huida no era consecuencia de un cambio de principios, no se había despertado un día pensando que el Sáhara era marroquí, sino de un problema interno del Polisario, él sólo era un disidente.

«Estuve casi un año esperando a que Hassan II me recibiese. Después me nombró miembro del CORCAS como representante de los campamentos de Tinduf. Con ese aval, meses más tarde, Driss Basri, ministro del Interior, me hizo su jefe de gabinete». Eso sí que no me lo esperaba, de disidente y traidor a la causa había pasado a convertirse, junto a su compañero polisario Omar Hadrami, en íntimo colaborador del sanguinario Driss Basri, mano derecha del rey Hassan II, para reprimir y en su caso eliminar cualquier desafío a su dictadura. Un escalofrío me recorrió la espalda, ¿en manos de quién estaba? Los controles de policía seguían jalonando el camino a Dajla.

«El plan Baker era una trampa porque la democracia aquí, como te dije, es una farsa. Da igual quien vote, los saharauis o los del norte. Al final sería una cuestión de dinero, y Argelia tiene mucho, antes del referéndum, durante la campaña, comprarían a todo el mundo», aquellas palabras, viniendo de un ex jefe de propaganda del Polisario, mezclaban autocomplacencia y cinismo a partes iguales. «¿Y el censo de la ONU? Una mentira. Tamek, el líder de la intifada del que todo el mundo habla, es de Assa, en el sur de Marruecos, y pertenece a una tribu tekna. Pues fue rechazado en el censo por el representante del Polisario, mientras su hermano, sí que está incluido, ¿por qué?», se rio, «mañana conocerás al primo de Tamek, es el gobernador de Dajla». Tamek, el otro héroe de la intifada junto a Aminetu Haidar, también una tekna. Algunos comentaban que Hassan II, en su afán por atraerse a los líderes polisarios, mayoritariamente ergueibat, había descuidado mucho a las otras tribus, en especial, a los tekna, que tantos servicios le habían prestado en el pasado. A principios de 1999 cuando comenzaron los primeros disturbios, los polisarios habían

desconfiado de Tamek, precisamente por ese apoyo de muchos tekna a la ocupación marroquí. Sin embargo ahora él era su mejor adalid, había proclamado su lealtad al presidente Abdelaziz en todos los juicios por alta traición a los que había sido sometido.

Le miré por el retrovisor buscando en sus ojos un atisbo de lógica que explicase semejantes giros en su vida, sobre todo el último. Driss Basri, el sucesor de otros esbirros del poder real como Ufkir y Dlimi, estos últimos muertos en extrañas circunstancias, posiblemente hechos desaparecer por el propio rey. Pero aunque ya estuviera lejos del poder, él seguía vivo, residía en París. Su caída en desgracia, justo el fatídico año de 1999 cuando Hassan II murió de cáncer y los saharauis de la zona ocupada perdieron el miedo a la ocupación marroquí, había sido el signo de que el nuevo monarca, Mohammed VI —eso sí con formas más presentables—, continuaría ejerciendo el poder absoluto de su padre.

Dajla, borrar la memoria

Abrí la ventanilla para sentir la humedad de la noche, nos acercábamos a Dajla, la antigua Villa Cisneros, primer asentamiento colonial español en el Sáhara occidental. Como Bojador, también era un puerto natural que interrumpía el corte abrupto y lineal de la costa pero con unas dimensiones mucho más espectaculares. Dajla era un brazo de tierra que abandonaba la costa y se internaba en el océano formando un istmo. Pasamos el último control y enfilamos una gran avenida alumbrada. En las aceras, mucha vida, como en El Aaiún. Era la hora del frescor, de pasear, de mirarse, de charlar. Los del norte convivían con los saharauis, pero no se mezclaban, simplemente compartían su espacio. Nuestro hotel no estaba mal, sin pretensiones. Al lado del consabido retrato real, un cartel, en español, rezaba, «la foca monje es de todos, no la mates».

Borrar la historia, ése había sido su objetivo. El anterior gobernador había querido ser más papista que el papa, más monárquico que el rey, «un hijo de puta, eso es lo que era. Se cargó de un plumazo toda nuestra memoria. Hizo demoler el fuerte levantado por Bonelli cuando los españoles se instalaron aquí por primera vez en 1885». En su lugar la nada, una gran plaza flanqueada de nuevos edificios. Aquel lamento de Merebbi me desconcertaba, esa muestra de sensibilidad hacia la herencia española era una prueba más de sus profundas contradicciones.

Para mostrarme que, a pesar de todo, la herencia española pervivía, cenamos tortilla de patata en el restaurante Luis. Como en la agencia de viajes de Madrid, los retratos de don Juan Carlos y doña Sofía gravitaban sobre la sala del comedor. «Aquello fue un asunto de reyes, no te engañes. Cada uno sacó lo que quería, Juan Carlos, el trono, y Hassan, el Sáhara. Una compra-venta». Por supuesto el famoso Luis ya no vivía allí. «Tienes que entender una cosa, los saharauis necesitamos al rey. Estamos divididos en tribus y tiene que haber alguien por encima que evite que no nos matemos entre nosotros. Así fue nuestra historia hasta que llegaron los españoles, una lucha continua. La independencia sería un desastre, otra vez, la guerra», naturalmente para él ya existía paz, la paz marroquí, y había que mantenerla. Los cheijs debían prestar su lealtad al rey, como antes a Franco, recibir sus prebendas y dejarle hacer.

Su mirada se había posado en otra mesa. Reloj de oro en la muñeca, un par de lujosos teléfonos móviles sobre el mantel. Lo conocía y se levantó a saludarlo. «Éste fue alumno mío en mi escuela. Luego también pasó por el Polisario, les dejó y ahora míralo, millonario. Se dedica a los camellos, tiene varios rebaños. Del camello se aprovecha todo y no cuesta nada mantenerlo. Ahora se pasa la vida en Canarias, como muchos otros, se ha sacado el carné de identidad y tiene allí a la familia». Así descrito aquel hombre tenía lo mejor de los dos mundos, era un beduino adaptado a la nueva realidad saharaui. Merebbi, en su foro interno, le envidiaba. Sin embargo él no podía llevar aquella vida convencional. Por su turbulenta naturaleza e historia familiar estaba condenado al mundo de la intriga política. No podría pasar mucho tiempo contemplando un paisaje, tenía que adentrarse en él. El de Dajla desde luego era muy agradable. Dormí muy bien.

Comprábamos viandas en la tienda de uno de Sus para nuestro periplo por el desierto. La borla de la capucha de su chilaba bailaba de contenta mientras iba metiéndolo todo en bolsas. Del fondo colgaba la imagen del magnánimo rey que se lo había dado todo. Merebbi había seguido leyendo el libro de Cembrero, «no dice más que tonterías, ¿como que el ministro de Asuntos Exteriores de un Estado soberano como Marruecos habló con Ana de Palacio desde la embajada americana? Eso no se lo cree nadie. Él aquí se dedicaba a hacer cosas raras, a transmitir cotilleos como si fueran noticias. Y

luego estaban sus contactos con el servicio de inteligencia español». A mí el tema ya me aburría. Aparte de la diferencia de vestimenta y de costumbres entre los colonos marroquíes y los saharauis estaba el tema de la lengua. Los primeros hablaban el árabe en la versión dariya o el bereber, y los aborígenes, el árabe en la versión hassania, como en Mauritania. «Ellos hablan lo que tú quieras. ¿Los andaluces no acaban hablando catalán cuando viven en Barcelona? Pues lo mismo». Tenía respuesta para todo.

XIV

El paraíso perdido

Nuestro objetivo era Auserd, corazón mítico de la identidad saharaui, lugar de leyendas, de grandes batallas. «Tengo muy buenos recuerdos de cuando vivía aquí. Ésta es la tierra de la tribu de mi madre, yo mismo nací cerca de Dajla, pero ni ella sabe el día exacto. En aquellos tiempos en el desierto, no había calendarios ni relojes, sólo importaban nuestros rebaños de camellos, si tenían qué comer, si había agua». Recorrimos el istmo en sentido contrario al día anterior. A la izquierda de la avenida estaba el aeropuerto, tras unas alambradas. A la derecha los cuarteles, las clásicas torres medievales del antiguo emplazamiento de la legión, como en Bojador. Y enseguida, a la vista, la gran ría entre nosotros y el continente lanzando reflejos incandescentes. «Cuando regresé y monté la escuela, las cosas me iban muy bien. Tenía mi seiscientos, como cualquier españolito, e íbamos de un lado para el otro. Había, entonces, una gran solidaridad entre nosotros, no como ahora que va cada uno a lo suyo», Merebbi también había sido parte de esa clase media franquista sólo interesada por mejorar sus condiciones de vida, tener un coche, una tele, una casa digna, disfrutar de las vacaciones, totalmente ajenos a las tensiones que una minoría comprometida planteaba al régimen. Si en la Península los contestatarios habían sido los sectores universitarios de izquierda y los sindicalistas, en el Sáhara habían sido los jóvenes nacionalistas educados en Marruecos entre los que surgiría el movimiento polisario.

TRIBUS SAHARAUIS

El azul se mezclaba en capas con el oro de la arena en el fondo de la ría, garzas blancas pescaban con sus largos picos en los charcos dejados por la marea. Después franqueamos una gran muralla de piedra y grava grisácea que separaba el desierto del océano. Y poco a poco fuimos avanzando en la serenidad de una planicie imponente, moteada de dolientes acacias y sombreada de verde pasto por efecto de las recientes lluvias. Por la carretera camiones con ganados varios, corderos, cabras y camellos, la búsqueda del

alimento se hacía ahora sobre ruedas. Dispersas entre los árboles, algunas jaimas, con sus correspondientes vehículos todoterreno a sus costados, el nuevo paisaje del desierto.

Bajo una acacia improvisamos un picnic mientras esperábamos a nuestro guía, el caíd de Auserd. Merebbi hizo un pequeño fuego para preparar té, el único acto gastronómico que socialmente se podía permitir un saharaui de su posición. El espía, entonces, abrió unas tarteras llenas de deliciosos pastelillos marroquíes, «los ha hecho mi madre. Pruébalos». Sabían a gloria, alabé su sofisticación y exótico sabor a las mil y una noches. «Cuesta mucho hacerlos, pero en casa de mi padre trabaja mucha gente», quería que supiera que él no era ningún don nadie, también él venía de una familia importante, su padre era general, una persona cercana al trono. Pero mi anfitrión no podía consentir que el centro de la conversación fuera ese individuo al que, sin duda en su interior, detestaba y había incorporado al viaje para cubrirse las espaldas. Una vez más cambió el tema. «Nadie puede entendernos si no tiene en cuenta que el pueblo saharaui son tribus, cada una de ellas con sus tradiciones, incluso con una manera particular de entender la religión, las hay más liberales y las hay más tradicionales. La tribu de mi familia, por ejemplo, somos gente de letras y leyes, hemos sido jueces y poetas», puso la tetera en el fuego, añadió el té y, de una bolsa, sacó un par de conos de azúcar pura. De esa forma la vendían en los mercados, luego había que romperlos y desmenuzarlos. «Son cinco las tribus más importantes, los ergueibat, los Uld Delim, los Uld Tridarin, los larosi y los tekna, que se dividen en fracciones y, las más grandes, a su vez, en subfracciones, como un árbol frondoso. Luego hay otras siete más pequeñas. Cada una tradicionalmente dedicada a un oficio. Los ergueibat son la tribu más numerosa, por eso quieren dominar a las demás», el ceremonial seguía los mismos pasos que al otro lado del muro. Sobre una bandeja dibujada en la arena, llenaba un vaso, lo probaba, lo vaciaba en la tetera, después ya servía todos los vasos; el primer trago, amargo como la vida. Se oyó el sonido de un coche, «ése debe de ser él, ya verás, conoce el desierto como la palma de su mano. Que sepas que fue uno de los fundadores del Polisario». El caíd descendió del vehículo recogiéndose los extremos de su espectacular derraa azul cobalto, de sus labios pendía una

humeante boquilla de beduino. Sus ojos parecían no existir, unas gafas de sol de denso cristal negro los escondían. Sonreía, él era el señor de aquel pedazo del desierto. Montamos en nuestro coche y le seguimos.

El marabú

Unos chicos, previsiblemente criados, asaban carne de camello sobre unas brasas. Sus previsibles señores, de distintas edades, y todos vestidos de forma tradicional, incluido el turbante, esperaban bajo las acacias para comer. Uno de ellos era el centro de atención, un poco gordo, de grandes ojos redondos, profusa barba negra y aspecto muy serio miraba sin mirar a ninguna parte, parecía un poco ido. A unos metros, sola, una mujer ya mayor, no paraba de hablar sin que nadie le hiciese caso. Yo no entendía nada pero Merebbi ya se había olvidado de mí y saludaba a todos muy afectuosamente. El grupo observó al espía con desconfianza, él era otro extraterrestre, mi presencia no les importaba tanto. Todos ellos llevaban barba como dice el Corán, aquello parecía una secta. Por suerte uno de los jóvenes barbudos se tomó la molestia de aclararme la situación, «él es un marabú, un hombre de religión, y no puede tener contacto con mujeres, por eso, ella no puede sentarse ahora con nosotros. Es un hombre muy bueno, en Dajla ha fundado una sociedad cultural. Todos nosotros acudimos a ella para recibir sus enseñanzas». Estaba de suerte, tenía ante mis ojos, uno de aquellos marabús, intermediarios privilegiados entre Dios y los hombres. Antiguamente vivían de su palabra y de hacer amuletos escribiendo trozos del Corán que los beduinos ataban a su ropa. Sin embargo aquel marabú del siglo xxi era mucho más que eso, no se movía entre caravanas, creía en la acción colectiva y en el poder de la caridad bien dirigida. El mundo árabe estaba lleno de esos hombres buenos que, con el tiempo, acababan haciendo revoluciones y dirigiendo revueltas. Trajeron unas fuentes repletas de pedazos de camello asado. Los criados circularon con una jofaina para que nos lavásemos las manos. Acto seguido aquellas manos se lanzaron sin remilgos sobre la carne recién braseada.

Uno iba comiendo desde el borde de la bandeja en amplitud proporcional al número de comensales que se apiñasen a su alrededor hasta el centro, donde convergíamos todos. Por unos minutos nadie habló, sólo masticábamos. Así era la estricta etiqueta

del desierto, cuando se come no se habla, es el momento del té cuando se debe hablar. Para mí era la primera vez que comía en grupo de aquella forma y la posibilidad de que mis dedos se encontrasen con los de otro al tirar de un trozo de carne me daba cierto miedo. Pero no dejaba de ser un prejuicio occidental, todos respetaban su campo de acción de forma escrupulosa, plenamente conscientes de los invisibles límites de mi porción. Una vez concluida la comida, el marabú y la mayoría de sus discípulos se alejaron. Entonces el joven que me había hablado me tomó del brazo para que también les acompañase. «Mi padre fue profesor en el instituto de Dajla hasta que los españoles se fueron», me senté entre ellos, querían saber cosas de España, él traducía. Mi huida duró poco tiempo. De repente el espía apareció y se acomodó a mi lado. La ronda de preguntas se interrumpió súbitamente, su curiosidad se había evaporado, ya no había nada de qué hablar en su presencia. Merebbi nos hizo señas, debíamos continuar el viaje. Al despedirme de mi nuevo amigo barbudo, me susurró al oído, «no dejes de venir a visitarnos cuando regreséis a Dajla». El marabú seguía ajeno a todo, meditando sobre los males del mundo.

«DIOS, PATRIA, REY»

El caíd tomó entre sus manos el volante de nuestro coche todoterreno, arrancó y fuimos devorando a toda velocidad kilómetros y kilómetros de paisaje. La planicie se fue poblando de gigantes, grandes moles pétreas, montañas de mediana estatura de colores variados, violeta, pardo, magenta, ellas eran las habitantes de aquel espacio. En lengua hassania, la palabra montaña es la misma que para nombrar el corazón, madre tierra de palpitaciones infinitas. Pero además cada montaña tenía su nombre propio, y así las llamaban los beduinos para reconocerlas. Al cabo de unas horas surgió Auserd, también un macizo rocoso, aunque de mayores proporciones que el resto, y de color óxido oscuro. Tatuadas en blanco sobre una de sus laderas, unas inscripciones descomunales en árabe, «Dios, patria, rey», la divisa de la fuerza ocupante. Me pareció un sacrilegio, una forma obscena de marcar un territorio que pertenecía al imaginario más íntimo de los saharauis. A los pies de la montaña en el valle, una columna de piedra de origen desconocido, «tiene miles de años. ¿Ves que está rota?, lo hicieron los españoles al llevársela a Dajla, ahora está otra vez donde

siempre estuvo», y, no lejos de allí, un mausoleo amurallado, «lo construyó el antiguo representante del Polisario en Canarias y ahora funcionario del rey, es un lugar de retiro y oración». Para expiar sus pecados, pensé para mis adentros, debía de tener mucho miedo a la justicia de Dios. Más allá se levantaba el destacamento militar marroquí, un puesto de observación de la ONU y un pueblo. Como en las otras poblaciones del Sáhara, se volvía a repetir la misma historia, hileras de casas adosadas vacías esperando. Paramos en la oficina del caíd para descansar. El espía y el criado del caíd, por supuesto, de raza negra, fueron a la tienda a por más agua y comida. Nosotros nos echamos a dormitar sobre las alfombras, mientras el secretario del caíd hacía té. «El muro está sólo a cuarenta kilómetros de aquí. Frente a estas montañas se libraron las batallas más importantes de nuestra historia, en 1925, en 1957, y más tarde la última gran batalla entre Marruecos y el Polisario en 1989», explicó el caíd. En esa última batalla una columna blindada polisaria consiguió franquear el muro y avanzar hacia al oeste, rompiendo así el mito de su invulnerabilidad, aunque tuviera que retirarse al poco tiempo por la falta de apoyo logístico. Un gato entró por la puerta y se estiró a nuestro lado. De todo aquello parecían haber pasado siglos.

Dos marroquíes de paisano irrumpieron en la estancia. Eran policías, sin mirarme en ningún momento, pidieron a Merebbi mi documentación. Yo no entendía una palabra, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que todas las preguntas que le hacían se referían a mí. Un español, allí, un peligro para la seguridad nacional, y para colmo, nuestro espía particular no estaba con nosotros. Al cabo de un rato, y de dos vasos de té, se largaron. Merebbi siguió con su teatro, «están preocupados de que vayamos a pasar cerca de una zona de minas. Han venido para advertirnos de que fuéramos con cuidado». Noté que el caíd se sentía avergonzado, su escaso poder real había quedado puesto en evidencia delante de un invitado. Había que quitarle importancia, «imagino que éste debe de ser el peor destino del mundo para un policía, no hay mucho que hacer». El caíd me miró con frialdad, «todo lo contrario. Se matan por venir aquí destinados. Reciben paga doble».

Memoria saqueada

Desde Auserd evitando el cercano muro de la vergüenza, pusimos

rumbo hacia el sur, hacia Tichla, ya en el Tiris, el desierto de los desiertos. No había ya ni pista ni carretera, pero no importaba, nuestro guía tenía grabado el mapa del desierto en la cabeza. Dando tumbos, a toda máquina, nos internó en una zona de dunas y páramos secos, pétreos. El sol descendía rápidamente, llegaba el atardecer. En una hondonada, al lado de un pequeño promontorio, nos detuvimos. Sobresaliendo de la arena una hilera de estelas de piedra, como señalando un antiguo enterramiento o lugar de culto. «Aquí, había inscripciones y dibujos de jirafas y elefantes, pero ahora no queda ninguno», Merebbi fue revisando piedra por piedra, pero las superficies de las estelas aparecían horadadas, alguien con un cuchillo, hábilmente, había levantado la primera lasca en la que estaban las figuras. «Han sido los cabrones de los soldados, es increíble. Para venderlas». Nos quedamos callados, el espía no sabía dónde meterse. Aquél era un acto de expolio brutal, monumentos milenarios, de culturas desaparecidas, de cuando no había desierto sino una gran jungla habitada por animales y seres humanos. En vano el caíd nos llevó a ver otros de aquellos promontorios, todos aparecían salvajemente saqueados, no quedaba nada. El anochecer nos fue envolviendo. Yo me sentía triste, los escrúpulos debían de ser un estadio más del progreso humano.

La manada nos envolvía casi por completo, una masa inquieta de la que, de tanto en tanto, se escuchaban bramidos, las llamadas de una madre a su pequeño extraviado, las llamadas de un macho para atraer a la hembra. El pastor había encendido el fuego, extendido las alfombras y ahora preparaba el té. Todo listo para nuestro disfrute bajo el espectacular manto de estrellas del desierto sahariano. Merebbi y el caíd hablaban de sus asuntos, largos monólogos apenas interrumpidos por los chasquidos de lengua de asentimiento del uno al otro. El espía, una vez más, se convertía en mi único interlocutor. «Caíd es un cargo administrativo que equivale a jefe de distrito. Es la persona encargada de llevar un control de los residentes y de resolver sus asuntos con la administración a un primer nivel», él también se estaba relajando, su rol de escucha decaía para convertirse en informador, la función de caíd era, por tanto, un engranaje esencial para un control efectivo de toda la población. «Toda la administración local está aquí en manos de saharauis, y aplican sus propias costumbres. Es un

poco primitiva y tradicional, nada que ver con la de Marruecos». Por tanto, Marruecos conservaba el control de la policía, la presencia del ejército y el poder sobre los recursos naturales. El resto no le interesaba ni le convenía. De alguna forma la autonomía ya existía en el Sáhara, de los problemas del día a día, tribales o personales, se encargaba la población autóctona, eso sí, a través de una casta leal al rey.

El propietario de la manada hizo aparición subido en su todoterreno, venía a hacer las veces de anfitrión de la velada. El pastor y el criado del caíd posaron la gran bandeja de carne de camello sobre la alfombra y todos, menos ellos dos, nos congregamos en torno a ella. Comimos respetando la rigurosa etiqueta de las porciones proporcionales. De postre leche de camella recién ordeñada, dulce y tibia como la infancia. Ésa era la dieta del beduino, completa y equilibrada. Alguien encendió un transistor de bolsillo, radio Rabat rompió la atmósfera anunciando que el ramadán comenzaba el día siguiente. El locutor explicó por enésima vez que enfermos, niños y viejos estaban excluidos, y advirtió contra los excesos en la noche, «hay gente que incluso engorda», aclaró Merebbi. A mí me entró un escalofrío, todavía no tenía claro cómo ese precepto coránico me afectaría. Reemprendimos la marcha, el caíd temerario era ahora un murciélago motorizado. Yo, a su lado, en el asiento de la muerte, cabeceaba entre sobresaltos, imposible dormir con los frenazos, los giros, las dudas. Buceábamos ciegos en la inmensidad de la noche. Al final y para regocijo de todos nosotros, el caíd renunció a confiar sólo en su fino instinto beduino, conectó el GPS y llegamos a nuestro destino, un santuario, la tumba de Mohammed El Mammy, el legendario escritor de *Kitab al-badia,* el libro del nomadeo, un relato místico del siglo XVIII sobre los paisajes y costumbres del desierto, que en su época, ya había propuesto una unión permanente de todas las tribus para evitar la amenaza exterior. Apenas me enteré de nada más, fue echarme sobre unas mantas, en una de las salas, y desaparecer.

El caíd de Auserd, el idealista frustrado

La voz serena y misteriosa del caíd de Auserd me despertó. Hacía frío. Amanecía. Por oriente el rosa invadía ya el violeta del final de la noche. «Ven a desayunar. Tú y yo sí que podemos», el ramadán había comenzado. Él, por viejo, y yo, por impío, sin cargos de

conciencia, tomamos tranquilamente té y leche de camella. Como si hubiera esperado hasta ese momento de intimidad para hacerme su pequeña confesión, sin que yo le preguntase nada, me habló de su propia historia. «El Uali era una serpiente, una serpiente que nos hipnotizó a todos. Yo estuve con él desde el principio, en Tantán. Cuando hablaba se hacía el silencio y todos bebíamos de sus palabras. Destruir para construir, acabar con la tradición para crear un solo pueblo. Ninguno teníamos dudas, éramos jóvenes, el imposible no existía», sus ojos, por fin a mi alcance, eran muy pequeños, como si se hubiesen encogido por el paso del tiempo. «Yo era su secretario personal. Juntos fundamos el Polisario en mayo de 1972. Pero después empezamos a distanciarnos, un grupo de seres ambiciosos y corruptos le fueron rodeando. Aduladores que fingían seguir sus órdenes y luego maltrataban a los que estaban debajo. Cuando la guerra estalló, yo me negué a luchar contra Mauritania, que eran nuestros hermanos. Todo aquello me pareció una locura, y me detuvieron. Estuve encerrado mucho tiempo en Amgala, en una cueva. Hasta que el ejército marroquí me liberó. Entonces decidí aceptar la tutela del rey de Marruecos». El esquema se repetía, otro idealista que, frustrado por las luchas intestinas de la organización, finalmente optaba por la tranquilidad de la tiranía de los otros. La sonrisa ovejuna del espía nos interrumpió. Me quedé con las ganas de saber más, pero el momento había pasado, y le odié, ya era consciente de que delante suyo ningún saharaui me hablaría. Merebbi se levantó con el rostro descompuesto, se había despertado a las cuatro y media, justo antes del alba, para comer y beber. Estaba, otra vez, malhumorado, como si todas esas prescripciones religiosas fueran imposiciones que él mismo se infligía para intentar dar un sentido a su vida, pero todo era en vano, pues él era, por destino y vocación, un incrédulo.

Última oportunidad. Ni vencedores ni vencidos

La tumba del santo marabú quedaba sobre la loma de la montaña. Abajo inundándose de sol naciente, podíamos ver la casa refugio para peregrinos y pastores en la que habíamos dormido. Continuamos nuestro viaje, en la inmensidad del desierto seguían surgiendo gigantes de piedra, unos de tintes oscuros, casi negros, otros, veteados de rojo sanguina. Nos detuvimos en un valle cubierto de acacias. Sobre un pedregal una roca señalaba la tumba

del poeta y gramático Mohammed Uld Tolba, uno de los eruditos del Tiris, padre de la literatura saharaui. Envueltos en un silencio reverencial, el caíd y Merebbi se arrodillaron y rezaron. El lugar transmitía soledad, melancolía, una sensación de paraíso perdido, su dura belleza poseía algo de trágico. Ese silencio nos acompañó el resto del viaje hasta que llegamos a una gran meseta pedregosa. El caíd no se equivocaba, tras una loma, una gran manada de camellos junto a un pozo. «Son del propietario del hotel de Dajla donde os hospedáis. Un hombre muy rico, también es parlamentario», como siempre, una cosa venía con la otra, riqueza y poder.

Aunque la proporción entre machos y hembras era equilibrada, sólo uno de ellos conservaba los genitales, los demás estaban castrados. Pero aquello no impedía que sintiesen una necesidad instintiva, y por tanto psicológica, de aparearse. Entre grandes bramidos, se abalanzaban sobre las hembras buscando conmoverlas, sin embargo, el resultado era nulo, ellas no querían perder el tiempo. La visión del espectáculo era angustiosa. El parlamentario casualmente se encontraba también allí visitando su manada y vino a saludarme de inmediato. Esta vez tenía suerte, el espía, un poco mareado, se guarecía del sol tumbado en la sombra del vehículo. «Los camellos son las criaturas más completas que hay sobre la tierra. No necesitan veterinario, ellos mismos comen lo que les hace falta según lo que crece en cada época del año. Si no hay agua, lamen el rocío de la mañana que queda sobre las plantas y las rocas. Resisten días sin alimento, lo aguantan todo. Hasta que un día, sin que nadie sepa por qué, se derrumban, se han muerto. Sus esqueletos blancos los verás por todo el desierto», de sus numerosas riquezas él como buen beduino sólo sentía adoración por aquellos animales.

«Te lo voy a decir con claridad, no entiendo la razón por la que España no invierte aquí, en el Sáhara. Necesitamos carreteras, empresas, colegios, la lengua española se está perdiendo, ¿por qué?, aunque Marruecos se fuera, todo eso permanecería, y siempre sería para beneficio de todos los saharauis». Había nacido en Mauritania, pero de una tribu saharaui durante su nomadeo en busca de pastos. Su mujer sí era nacida en el Sáhara, figuraba en el censo de la ONU, vivía con sus hijos en Canarias. «Viajo mucho a Madrid y tengo posibilidad de hablar con los políticos españoles, les explico que ése

es el futuro y ellos me cuentan que tienen miedo de las asociaciones de ayuda al Polisario, que no pueden hacer nada».

Un criado nos acercó un camello recién nacido, de color blanco, para que yo pudiera acariciarlo. «Muchos han criticado que el rey nombrase a Jalihenna como presidente del CORCAS, yo, no, ¿quién mejor que él? Ha nacido aquí y conoce muy bien a los españoles». Su piel era suave como el terciopelo, sus desmesurados ojos, de color azul claro. «Todos queremos la autonomía que ofrece el rey. Pero le rodean muchas mafias que intentan influir, sobre todo los militares, que son los que realmente tienen el poder en el Sáhara. Si el Polisario acepta, llegaríamos a lo que Hassan II prometió hace tiempo, sólo el sello y la bandera. Nosotros seríamos los dueños de nuestras riquezas, que es lo que todos queremos, y no habría ni vencedores ni vencidos. Es la última oportunidad». De dónde surgiría esa necesidad que tenían todos ellos de darme explicaciones, ¿quizá de mi condición de español? ¿Como si, ante mí, se sintieran en confianza y, a la vez, obligados a rendir cuentas?, porque ninguno se atenía a la doctrina oficial, «el referéndum, es cierto, lo ganaría el Polisario, aunque por un porcentaje ajustado, poco más del 50 por ciento. El resto no lo aceptaría y se uniría a Marruecos. Sería, otra vez, la guerra». Los camellos lucían en su costado una marca de hierro, la de su dueño, como los toros de lidia. «Hay que traer la paz, tirar los muros, que mis camellos se muevan libres por el desierto. El problema es Argelia. Marruecos ha cambiado; Mauritania, también. Ellos, no, son los mismos que participaron en la independencia contra los franceses y en la guerra de 1963». Otra vez salía el tema, la llamada guerra de las arenas, Marruecos no reconocía las fronteras coloniales, tras la independencia argelina su ejército avanzó hacia Tinduf. Al final Hassan II desistió y se retiraron. «Aquella guerra produjo un problema de honor que pervive hasta hoy. Hubo muchos cautivos y los militares marroquíes los humillaron. Violaban a los oficiales delante de sus soldados como si fuesen mujeres. Eso es muy difícil de olvidar, las heridas del cuerpo con el tiempo se curan, pero las del alma permanecen».

SÓLO EL SELLO Y LA BANDERA

Pedregales y dunas, y, a tramos, arbustos, pasto, acacias. Una extraña peregrinación la nuestra. El caíd sentía tanto amor por su

tierra que no le importaba compartirlo con otros, al contrario, lo necesitaba, quería que nuestros ojos se impregnasen de su dura belleza recorriendo todos sus contornos. Las nubes descargaban de forma caprichosa, me explicaba, «llevamos tres años de buenas lluvias, pero lo normal es tener uno bueno de cada tres». Y de repente un nuevo cambio de paisaje, un horizonte plano, ya sin fisuras, nos rodeaba. El lugar ideal para perderse y morir. La idea de la autonomía seguía rondando mi cabeza, ¿treinta años luchando para terminar besándole la mano al rey?, porque eso, en definitiva, era lo que significaba la fórmula «sólo el sello y la bandera», la claudicación. Volver a la era tribal, al reparto de influencias, pero ¿no era eso lo que parecía también estar ocurriendo en los últimos años en el seno del Polisario, a juicio de algunos? Miré un momento hacia el caíd, al igual que sus paisanos, vivía el momento, como un poseso, seguía tragando millas, un beduino de los nuevos tiempos, con su todoterreno y su GPS, pero sintiendo la misma libertad, la misma soledad. En una parada me mostró orgulloso huellas de una gacela, «la guerra y los campos de minas acabaron con la fauna del Sáhara, pero mira, algunas sobrevivieron».

El terreno comenzó a quebrarse en hondonadas, Merebbi, meditabundo, despertó de su letargo, «en algún lugar de por aquí nací yo. Es una zona de pozos». Se notaba que tenía un profundo respeto y cariño por nuestro guía, el caíd era su vínculo con la tierra de su infancia, con aquella madre ahora abandonada en los campamentos de Tinduf, puede que también, un poco, con su yo más íntimo, más auténtico, o con lo que él hubiera querido verdaderamente ser, un beduino. Más tarde volvimos a parar, para rezar, al lado de unos extraños charcos. La tierra se endurecía y perdía color, parecía convertirse en sal. A lo lejos divisamos la gran barrera de cerros grisáceos que marcaba la proximidad del océano. Luego dimos con una carretera, la que descendía a la Güera, la frontera con Mauritania y la tomamos en sentido contrario. En paralelo la pista de la época colonial y, por el lado izquierdo, esta vez, la costa. Cual aves rapaces al acecho en el horizonte los controles de policía rompían de nuevo la monotonía de nuestro viaje. El caíd entonces disminuía la velocidad al mínimo, sin detenerse. Los guardias le reconocían de inmediato, él los saludaba con la mano y proseguíamos.

XV

Ramadán en familia

Llegamos a Dajla. Observé sin reparos los barrios de chabolas cerca del aeropuerto donde malvivían las denostadas familias de Tantán y Tarfaya. Esta vez Merebbi se mostró más comunicativo, «vinieron para inscribirse en el censo de la ONU, y como aquí reciben subsidios y ayudas, y la vida es más barata, no regresaron, quieren seguir aquí, chupando». Aproveché el momento de distensión para picarle un poco. «Bueno, pero son también saharauis, ¿o no?». Él no se inmutó, «sí, son saharauis, y también, hijos de puta». Quedaban unos minutos para que llegase la hora de romper el ramadán, se notaban los nervios, la ansiedad. Según la tradición, en aquel momento uno se encontraba sin la protección de las fuerzas del día ni de las de la noche, no se podía diferenciar un hilo blanco de uno negro, ésa era la señal para poder romperlo. Encontramos un bar abierto. Rápidamente trajeron sopa, la famosa «harira», a base de tomate, legumbres y carne. Y aparte huevos duros, dátiles y pestiños. Nos lanzamos a comer. Obviamente aquéllas eran costumbres culinarias importadas de Marruecos. En el desierto, por lo que había podido comprobar, sólo había camellos y poco más.

El espía y la lógica marroquí

La comida continuó en casa del caíd. Ahí, sí, carne de camello a la brasa, a la saharaui. Con el postre, ya relajados, el componente local me aleccionaba sobre dos lugares clave para comprender el conflicto saharaui y que visitaríamos en los próximos días, Smara, la ciudad santa olvidada en el tiempo, a donde había llegado el primer mártir, Bassiri, a predicar el resurgimiento, y Tantán, más allá de la frontera colonial, la cuna política tanto de Bassiri como de su sucesor el profeta El Uali. Recostado sobre unos almohadones el espía hablaba por su móvil en francés, asuntos de familia. Me sorprendió, la lengua de sus sentimientos no era el árabe, ya fuera en su versión clásica o en dialecto marroquí, sino el idioma del colonizador. En ningún lugar de África ocurría lo mismo. Merebbi le miraba con cierto desprecio, él hablaba francés, inglés y español perfectamente, pero su lengua era el árabe, versión hassania, y sólo

renunciaba a ella por motivos de trabajo, como pasearme a mí por su tierra. «Antes tenía, incluso, más importancia, el francés era, prácticamente, la lengua oficial. Todo cambió a finales de los ochenta, Hassan II se dio cuenta de que si no hacía algo, el fundamentalismo que amenazaba Argelia se contagiaría, el idioma era una baza. Cambió el sistema de enseñanza público, antes bilingüe, para que sólo fuera monolingüe en árabe. Sin embargo provocó, al mismo tiempo, una ruptura en el sistema social. A través de la enseñanza privada, las clases altas continuaron siendo francófonas, mientras que las clases populares reforzaron su árabe».

El espía finalmente colgó. Por primera vez me fijé en él con detenimiento. Su tez clara, sus finos modales, su suavidad al hablar, nuestro vigilante particular era, como él mismo nos había hecho ver en varias ocasiones, un retoño de buena cuna. «Mi apellido Cheriff significa que provengo de una familia chorfa, es decir, descendiente del Profeta, como la familia real, los alauitas», como todo noble venido a menos que no asumía los nuevos tiempos, le encantaba hablar de sus orígenes, de sus ideas, tenía una necesidad constante e imperiosa de sentirse importante. «Los alauitas son originarios del este del Atlas, del desierto. Por eso Hassan II era tan arrogante y cabezota como los saharauis e incapaz de comprender el alma de los beduinos, que son por naturaleza hombres libres». Encontrar un oyente tan atento como yo era para él un placer máximo. «Como un pequeño Napoleón, para superar el tradicional caos del sultanato, siempre vulnerable a intrigas y conspiraciones, centralizó el poder y extendió su autoridad a cada rincón de Marruecos. Pero eso aquí no funciona, ellos tienen otra mentalidad». Sus opiniones no estaban exentas de cierta lógica, la lógica marroquí, claro, «habrá autonomía por la presión internacional, pero bajo la vigilancia del ejército. El único obstáculo es Argelia, que lo envenena todo con su dinero. Y las asociaciones de ayuda al Polisario, ¿por qué no visitan ellos este lado, como tú?, comprobarían que la gente vive feliz y libre. Esos controles de carretera son para que nadie venga a perturbarlos». Aparte de espía, también se había arrogado la función de tutor, «no tiene por qué haber una humillación pública, simplemente, deben reconocer la soberanía de Marruecos y regresar a sus casas, les estamos esperando. Un nuevo Estado en el Magreb no tiene sentido. Debemos mirar al futuro, que es la integración,

como Europa». Hablaba como un ministro, aquel hombre era un espía muy ilustrado, un agente especial para visitantes con ínfulas intelectuales como mi humilde persona.

Era más de medianoche. Paseamos. La tensión del ramadán impedía a los habitantes de la ciudad regresar a sus hogares para descansar. Deambulaban con frenesí, o se sentaban expectantes en las terrazas de los cafés y de los restaurantes. La mirada ávida, inquietos, sin dejar de mirarse unos a otros, con esa alegría nerviosa del que presiente cercano algo que esperaba hacía mucho tiempo, aunque no supiera muy bien el qué.

Su excelencia el gobernador

A la mañana siguiente Dajla amaneció dorada y vacía. Todos dormían soñando con la noche. Nosotros, cita con su excelencia el gobernador, el primo del insurrecto Tamek. Su palacio, de reciente factura, daba a la plaza devastada por su antecesor. Dos edificios coloniales habían conseguido sobrevivir, la llamada «casa de Salazar», en honor del último gobernador español, el general Gómez de Salazar, y la iglesia. Ambos cerrados a cal y canto, quizá también esperando la piqueta. Entramos, una escalera versallesca se elevaba alrededor de un patio cubierto. Militares y funcionarios, todos con aire de lacayos, entraban y salían de las estancias. El hombre más importante del sur del Sáhara nos recibió en su despacho, una sala profusamente decorada con fotos de visitas reales. «Merebbi ya me ha puesto en antecedentes sobre usted, así que voy a ir al grano, sin rodeos». Ojos de zorro, cabellos plateados, complexión atlética, dentadura perfecta, ligeramente bronceado. «Yo también fui como ellos, un iluso. Creía en la revolución marxista, en la autodeterminación, pasé muchos años en la cárcel por ello», quién lo hubiera dicho, ahora parecía una estrella de Hollywood. También alguien me había contado algo de su historia, nacido cerca de Gulimin, en los límites del Sáhara histórico, el gobernador había sido de esos jóvenes discípulos de Abraham Serfaty, el único político marroquí que había osado levantar la voz a Hassan II durante los años de plomo para negarle sus pretendidos derechos sobre el Sáhara. Todos ellos fueron juzgados y condenados por alta traición, problema resuelto. En aquellos años de cárcel el entonces joven idealista tuvo sin duda mucho tiempo para reflexionar.

«La idea del referéndum es una mascarada. Mi padre y mis

hermanos no figuran en el censo, yo, en cambio, sí. ¿Usted lo entiende? Yo, tampoco». Merebbi, lo miraba sabedor de su gran poder, era el as de su baraja de personajes. «Como cheij formé parte de los tribunales de identificación junto al Polisario. Todo era un absurdo, mi abuelo había nacido aquí, pero a los demás los rechazaban porque mi padre, después de la guerra de 1957, como tantos otros, se había hecho oficial del ejército marroquí». Al igual que Blair o Clinton, otros magos de la interpretación, miraba intensamente, la misma seducción que la de la serpiente antes de lanzarse sobre su presa. «Antes no creía en la autonomía, no estamos preparados, aquí no hay personas capacitadas. Hoy, por la paz, la apoyo. Pero necesitaríamos que todos esos profesionales que ahora malgastan su vida en los campamentos de Tinduf renunciasen a sus locuras y viniesen a trabajar con nosotros. Hay mucho que hacer». El juego de la aparente complicidad, de la aparente honestidad, «el rey debe moderar y equilibrar el poder de las tribus. La tribu de Uld Delim, por ejemplo, nunca aceptaría que los ergueibat mandasen sobre ellos, aunque sean más del 60 por ciento de la población». De haber nacido en Estados Unidos ya estaría en la carrera presidencial. «Yo mismo me paso el tiempo trabajando por ese equilibrio, dando a unos y a otros. Todos vienen a pedir, es el precio de su lealtad. Las tribus saharauis somos así y nosotros no queremos que haya más guerra», plural mayestático, constaté. Ésa era la política marroquí, comprar a todos, desde los más altos, con sus concesiones comerciales y sus empresas, a los más bajos, con sus subvenciones y salarios sociales. Y siempre, manteniendo la jerarquía tribal, el feudalismo que aseguraba la disciplina interna. De lo contrario el grifo se cerraba. Otros, sin embargo, habrían dicho que el gobernador era, sencillamente, un magnánimo redistribuidor de la renta nacional. Para culminar su atractivo discurso, nos mostró una prueba tangible de lo absurdo que era todo el conflicto, un saco de ayuda internacional para los refugiados de Tinduf, «se pueden comprar en el mercado de Dajla. La corrupción de mis hermanos del Polisario es total, el mundo está loco al ayudarles».

COSTA DE PIRATAS

La gran inversión marroquí era el puerto pesquero. Una pasarela hendía la ría para conectarlo con la ciudad. Amarrados, buques de

pesca artesanal abanderados en Marruecos y matriculados en Casablanca, como no podía ser de otro modo, la farsa tenía sus límites, ni Dajla ni Bojador ni El Aaiún legalmente podían tener flota pesquera. Bajo el sol los infinitos azules del agua reverberaban incandescentes. Me alejé despacio, solo, hasta el espigón, mis anfitriones se habían despistado. La suerte me acompañaba, acababa de localizar dos presas, dos europeos también paseando, seguro que trabajadores del sector. Jugué, una vez más, al ingenuo impertinente.

«¿La foca monje? Hace tiempo que no se ve ninguna. Aunque no me extraña; esto, más bien, es una costa de piratas. Están acabando con todo. Esta ría, impresionante ¿verdad? Antes estaba llena de pulpo, ahora, apenas hay nada. Olvídate de vedas. Aquí si pagas, la ley no existe», eran dos lobos de mar, uno, canario, el otro, gallego, ambos un poco de vuelta de todo, con ganas de hablar, muchos años trasegando por aquellos lares. Sendos cigarrillos eternos pendían de sus labios, como perros al calor de sus amos. «Lo único que hace falta es un socio local para que figure en los papeles, el resto lo pones tú, el barco y la pasta. Pero hay que tener mucho cuidado, los saharauis son peores que los marroquíes, una casta de camelleros sin palabra, intentan sacarte hasta las pestañas». Se referían, naturalmente, a la casta leal al trono que copaba los altos cargos de la administración local, como el parlamentario camellero que había conocido el día anterior. Al fondo Merebbi y el espía se habían parado y nos miraban con desconfianza. «En estas aguas, desde 1990, también estuvieron pescando los rusos, que acabaron con casi todo. Los españoles tuvimos que irnos en 2001, y aunque dentro de unos meses comenzará el nuevo acuerdo con la Unión Europea, más de la mitad de los barcos que venían por aquí ya están desguazados». Mis protectores comenzaron a andar hacia nosotros, la burbuja en la que pensaban haberme metido podía romperse en cualquier momento. «En Agadir y en Tarfaya hay 350 barcos pelágicos, que son los que se aprovechan del banco sahariano. Pero la mitad están parados, no sacan lo suficiente. La gallina de los huevos de oro la están matando». Merebbi llegó por detrás de ellos e interrumpió la conversación, «aquí sólo pescan barcos marroquíes. Miente quien diga lo contrario». A estos dos no les intimidaba ya nadie, «sí, la bandera es marroquí pero el capital

francés, y los beneficios también». Evidentemente ellos no sabían que se encontraban ante el consejero ministerial para asuntos del Sáhara. Se cruzaron miradas desafiantes, pero mi anfitrión optó por la retirada, el tema de la pesca no lo controlaba lo suficiente. El ramadán bajaba la tensión y los humos hasta el anochecer.

«QUIERO LA INTEGRACIÓN TOTAL, SOMOS MARROQUÍES»

Restos del naufragio sabiamente reconvertidos. Una antigua casa de oficiales de la época colonial albergaba ahora el hogar de un matrimonio singular dentro de la oligarquía local. Él era el jefe de la tribu Uld Delim, ella hasta hace unos días miembro de la segunda cámara del parlamento marroquí, pues acababa de perder las recientes elecciones. En el salón dos fotografías, convenientemente ampliadas y lujosamente enmarcadas, no dejaban dudas sobre la vida pública de cada uno de ellos. En una la ex parlamentaria, envuelta en una elegante melfa en tonos malva, toda sonrisas, acompañaba a la princesa Laila, la primogénita de Hassan II, durante una visita a las provincias del sur. En la otra el jefe saharaui, descendiente de una estirpe de indomables hombres libres, vestido con el uniforme de funcionario marroquí, se inclinaba a besar la mano de Mohammed VI. Una imagen humillante para cualquier polisario, todo un símbolo del feudalismo marroquí, de su anacronismo y de su prepotencia. Eso era lo que buscaban los ocupantes, que los del otro lado se inclinasen también, que le besasen la mano, que se humillasen. Eso era todo. Me pusieron a comer con el niño de la casa, grasientas hamburguesas de carne de cordero. Yo me sentía mal, para los musulmanes, el resto del mundo debíamos ser como niños, seres sin conciencia, irresponsables, caprichosos. Mientras comía, la mujer me explicaba las famosas particularidades de la mujer saharaui dentro del mundo árabe, su libertad para divorciarse, para hablar con los hombres. De vez en cuando entraba algún criado a preguntarle algo sobre los preparativos para la noche.

Y llegó el gran cheij de los Uld Delim, señores ancestrales del sur del Sáhara, tradicionalmente enfrentados a los dominantes ergueibat. Recordé que la madre de Merebbi era también una Uld Delim. El prohombre se sentó a mi lado. Me di cuenta de que entendía bien el español pero se negaba a hablarlo. Su rostro estaba tenso, mi mera presencia cuestionaba toda su vida pública, debía

dejarme fuera de combate lo antes posible. Empezó preguntándome mi opinión por lo que había visto hasta el momento, también, por lo que sucedía en los campamentos de Tinduf, necesitaba rápidamente argumentos para descalificarme como otro español propolisario. «No me preguntes qué opino del proyecto de autonomía porque no me interesa. Estoy en contra, yo quiero la integración total, somos marroquíes». Su odio a los mayoritarios ergueibat le había llevado a preferir el yugo de los extraños al de sus hermanos. No importaba, volví al papel de turista extraviado, se lo puse fácil, la herencia española en Dajla, la antigua Villa Cisneros. Él entró a saco, «los españoles no dejasteis nada más que problemas. Todo lo que has visto lo ha hecho Marruecos. Ojalá hubieran estado aquí los franceses en lugar de vosotros, ahora estaríamos más desarrollados y no tendríamos que soportar esta estúpida situación». No quise replicarle en aquella casa de construcción colonial, de la que él se había apoderado, seguramente, en los meses siguientes a la llegada del ejército marroquí. Sin embargo si algo me había quedado claro hasta entonces era que nosotros, malos colonizadores o no, les habíamos hecho importantes, necesarios, para el rey de Marruecos, para la estabilidad regional, para el mundo. Si no hubiera sido por nosotros, ellos ya no existirían. Sólo intenté darle un pequeño pinchazo en su enorme globo del bienestar marroquí, un asunto menor, la destrucción del castillo de Bonelli. «Aquel edificio representaba la vergüenza. Bonelli obligó por la fuerza a la tribu Uld Delim a construirlo», y se quedó tan pancho. Merebbi, el gran sabio en materia de historia, afortunadamente intervino ante aquella falacia. «En eso te equivocas. Bonelli no estaba en condiciones de imponer nada, los Uld Delim llegaron a un acuerdo. Además el castillo lo construyeron sus esclavos, no ellos». El cheij era un terco, no quería dar su brazo a torcer. Se pusieron a discutir en hassania y se olvidaron de mí. Yo incliné la cabeza hacia atrás y me quedé dormido. El espía, un poco más allá, ya estaba roque.

Seguía profundamente dormido y Merebbi, por primera vez, decidió también escapar, harto de aquella presencia constante. La ciudad revivía lentamente. Había que airearse antes del crepúsculo, romperíamos el ramadán en la residencia del gobernador, después viaje de vuelta a El Aaiún. Parecía contento, el reencuentro con los

suyos siempre le animaba. Imaginé su vida en Rabat como una huida constante de sus obligaciones laborales, políticas y familiares para poder tomarse un té con otro saharaui y ser, otra vez, él mismo. Como favor especial le pedí visitar la asociación cultural cuyos miembros habíamos conocido en nuestro viaje a Auserd. El local no estaba lejos de la zona comercial, un edificio de tres plantas, moteado de manchas de humedad, sin ningún signo exterior que lo identificase. Nos abrieron y nos invitaron a entrar, pero el marabú había salido. Los discípulos más aventajados vivían allí, el resto acudía a diario. La ola islamista llegaba también al Sáhara tras haber penetrado en Marruecos. De haber elecciones libres, ganarían limpiamente, como en Palestina, protegidos por el secreto de la cabina de voto. El proceso siempre era el mismo, una asociación para jóvenes. Su fin aparente, ayudarles a mejorar sus vidas apartándoles de los vicios, otro mundo era posible, la solución estaba en las sabias enseñanzas del Corán, fuente de paz interior y felicidad. Merebbi y el cheij hicieron como que no veían nada raro, pero en Dajla, el germen del futuro sin duda era aquella asociación de jóvenes beatos. De mi amigo del desierto, el del padre profesor durante la colonia, tampoco había rastro. Para conjurar esas premoniciones, nos acercamos a una cala cercana a la ciudad. La arena era blanca, no había nadie. Me bañé en el mar. Ellos, arriba, sobre abrupto escalón de roca, continuaron discutiendo sobre historias familiares, el cheij con la ofuscación del resentido, Merebbi con la ironía del soberbio.

MAHMUD Y LA MUERTE

La residencia privada del gobernador ostentaba el mayor lujo de aquellas latitudes, una pradera de césped. Los criados, todos pobres marroquíes de la región de Sus, nos fueron abriendo salones hasta llegar al principal, una réplica de los interiores de la Alhambra, oro y blanco, artesonados en los techos, columnas y, para variar, retratos de nuestro anfitrión junto a su gran benefactor, Mohammed VI. Los otros invitados, altos funcionarios subalternos, ya habían llegado. Uno de ellos de inquisitivos ojos color avellana, el secretario, marroquí. Él apareció enseguida. Embadurnado en aceites y perfumes, el pelo todavía húmedo, vistiendo de sport a la saharaui, una túnica blanca sobre una camisa inmaculada, y entre los dedos, un rosario musulmán. Una imagen perfectamente

estudiada, previsible, elegante pero informal, lo propio de un líder de nuestro tiempo. «He tenido un día muy duro. Reuniones y reuniones, todos pidiendo dinero, regalos. Pero al final siempre encuentro tiempo para hacer deporte y relajarme. Ahora sólo corro, pero hace años fui campeón de karate». En él ya no me sorprendía nada, seguro que en algún rincón de su pequeña Alhambra había instalado un balneario, un hammam con los últimos adelantos. Nos sentamos alrededor de una gran mesa preparada con cristalería, porcelanas y cubiertos de plata. Un criado enano llegó con una espectacular jofaina para que nos lavásemos las manos. Aquélla era su corte, no faltaba ni siquiera ese pobre monstruo de aire velazqueño, allí él ejercía de reyezuelo. Con un gesto me indicó que me pusiese a su lado, sus enseñanzas debían continuar.

«La palabra es un gran arma en el mundo árabe. Todos nuestros grandes líderes, desde Gadafi hasta los actuales dirigentes de Hizbula y Hamas, son magníficos oradores. Y es un arte que dominan muy pocos. Precisamente mi tesis doctoral la hice sobre el análisis de los grandes discursos políticos de nuestro tiempo, Kennedy, De Gaulle, Churchill...», y él sin duda confiaba en poseer también ese don. «Mis años de prisión fueron muy productivos. Me di cuenta, como ya te conté, de que los saharauis necesitamos un Estado fuerte que nos proteja y que evite la guerra entre las tribus», y prosiguió con su conocido discurso a favor de la autonomía y en contra de Argelia, el verdadero obstáculo para la paz. Me lo sabía ya de memoria. Mi interés en esos momentos era más que nada gastronómico. Los criados trajeron el festín de ramadán en bandejas de plata. Ofrecían dos tipos de sopa, la marroquí, oscura y densa, y la saharaui, blanca, hecha a base de leche y cereales. El orondo comensal de mi derecha quiso meter baza, «en nuestro proyecto de autonomía también incluimos a los residentes procedentes del norte. Ya van por la segunda generación, hablan hassania, la apoyarán incluso más que nosotros los saharauis para no sentirse excluidos», acababa de llegar de un viaje de promoción del Sáhara marroquí en Estados Unidos. Los residentes del norte eran todos los colonos que había visto por doquier, cohabitaban con los saharauis pero la integración era nula, cada uno a lo suyo. Sin embargo su posible voto en el referéndum, al final aceptado por el Polisario en el último plan Baker, había sido rechazado por Mohammed VI,

temeroso de que ni sus propios súbditos quisieran vivir bajo la soberanía marroquí. La autonomía, por supuesto, era otra cosa, algo perfectamente manejable y bajo control.

De repente una cucaracha cruzó de un lado a otro de la mesa por entre las copas, pero nadie se sintió intimidado, por aquellos rincones del mundo, el lujo también era eso, esas contradicciones. ¿Sabría el gobernador algo de la asociación cultural islamista instalada en el centro de la ciudad? «Sí, los conozco. Hace poco me entrevisté con el marabú, quería saber qué estaban haciendo. Pero él me pareció un hombre bueno, están haciendo una labor muy valiosa con muchos jóvenes alcohólicos y drogadictos. No hay nada que temer». Me extrañó su tranquilidad. Reparé, otra vez, en ese rosario siempre enrollado entre sus dedos. También podía ser que el mismo gobernador fuera un adepto, un adepto infiltrado en las entrañas del poder. Aunque, naturalmente, sería un adepto muy sui géneris, su hedonismo parecía inquebrantable.

Como atracción especial de la cena el gobernador había invitado a alguien muy singular, era la traca final que, junto con el famoso saco de ayuda humanitaria, debía apartarme definitivamente de la influencia polisaria. Mahmud era su nombre, sus gafitas y su aire intelectual despistaban. También él era de los huidos de Tinduf, donde había alcanzado una alta graduación militar. «Durante la guerra fui ojeador. Conozco a la perfección cada rincón de nuestra tierra. Yo me internaba tras sus líneas, completamente solo, para observar los movimientos de las tropas marroquíes y preparar los ataques». Todos se habían quedado en silencio para escuchar su testimonio. «Todo cambió cuando construyeron los muros. Entonces el Polisario me encargó de las minas que los rodeaban. Por la noche mis hombres y yo, todos muy jóvenes, nos arrastrábamos por el suelo hasta llegar a los campos minados. Debíamos palpar con nuestros dedos, suavemente, cada palmo del terreno para identificarlas y desactivarlas». Los ojos de Mahmud se habían humedecido al relatar esos hechos, sin duda, auténticos. Recordar es volver a vivir, él sentía otra vez la presencia de la muerte en la yema de sus dedos. «Éramos como kamikazes. Ninguno de nosotros podía echarse para atrás o mostrar miedo. Eso significaba ser un cobarde y por tanto un traidor a la causa. El deshonor caería sobre nosotros y nuestras familias si no cumplíamos con nuestro deber.

Muchos compañeros míos saltaron por los aires sin ni siquiera gritar, tal era la presión que sentíamos sobre nosotros». Los horrores de la guerra, la voluntad de luchar hasta las últimas consecuencias, la disciplina férrea como única arma contra la desmoralización y el miedo. «Huí porque no podía soportarlo más, había perdido todo sentido de la realidad, vivía obsesionado con la posibilidad de ser el próximo en morir. Además me di cuenta de que no podía jugarme la vida todos los días si no confiaba en mis superiores y yo había perdido la fe en la causa por su corrupción y sus injusticias». Una vez más ninguno confesaba haberse convertido a la idea de la marroquinidad del Sáhara, lo que les había empujado a huir era su rechazo a los dirigentes del Polisario. «Ahora me dedico al ecologismo. En colaboración con el Ministerio español de Medio Ambiente, llevo un proyecto para la protección de las focas monje y para reintroducir las gacelas en el desierto». Al parecer en una finca de Almería se había podido criar una manada de gacelas saharauis traída por el ejército español en los últimos años de la colonia, bajo la supervisión del conocido José Antonio Valverde, el creador del Parque Nacional de Doñana. Ahora los descendientes de aquellos supervivientes podían regresar. El relato de Mahmud me conmovió, aunque no para odiar a los que le habían empujado a esa actividad suicida, pues después de todo, las minas las habían puesto los marroquíes. La vida de aquel hombre mostraba la evolución lógica de una persona cuya vida había estado, durante mucho tiempo, pendiente de un hilo y sometido al dictado de los otros. Una vez que todo había pasado, de lo único que tenía ganas era de alejarse de la raza humana y volver a la naturaleza.

«Vuelva cuando quiera, le esperamos»

El gobernador de Dajla, la antigua Villa Cisneros, seguido de su corte, nos despidió sobre la verde hierba de su jardín. «Vuelva cuando quiera, le esperamos». El cielo estrellado y el frescor del aire del océano animaban al viaje. Retomamos la carretera hacia el norte, nos quedaban muchos kilómetros por delante hasta llegar a El Aaiún. A nuestro lado pasaban camiones en sentido contrario, rumbo a Mauritania. Los acantilados estaban allí, a pocos pasos, pero la oscuridad los hacía invisibles. Las únicas luces fijas que jalonaban el camino eran las de los continuos controles de policía. Se volvía a repetir la ceremonia, el espía aclarando mi presencia,

Merebbi, sentado al volante, harto de tanta historia, fumando sin parar y con la mirada perdida. «Eduardo, ya ves, cuando uno viene sin arrogancias y abierto a escuchar, le abrimos nuestra casa. Pero cuando se viene a crear problemas y a restregarnos sus valores occidentales, como todas esas delegaciones de parlamentarios españoles que pretendían venir a pasearse, les mandamos a tomar por culo, ¡fuera!». En otra de aquellas paradas técnicas me confesó una de las peores experiencias de su vida. Había acudido, dentro de una delegación oficial marroquí, al Fórum de Barcelona para promover el Sáhara. La asociación de ayuda al pueblo saharaui de Cataluña, propolisario, se enteró de su presencia y quiso ponerles en evidencia. Fueron abucheados e insultados en pleno auditorio por gran parte del público. «España es una mierda». Cuando por fin llegamos a la capital del Sáhara, eran las tres de la mañana. El restaurante de nuestro hotel lucía engalanado de farolillos rojos y verdes, también colgaban numerosos retratos reales. Una cantante bereber gorda cantaba su última canción. El ramadán es una fiesta. Ellos dos devoraron una gran fuente de carne de cabrito antes de acostarse.

XVI

La escurridiza historia

Merebbi seguía sin dormir bien. Algo circunstancial o permanente, ¿quizá el peso de su conciencia despertaba abruptamente al irse a acostar y le impedía conciliar el sueño? Por las mañanas su rostro macilento amanecía rígido, abotagado, como un balón de cuero muy golpeado que, hinchado en exceso, estuviese a punto de estallar por sus costuras. La avenida de Smara, la arteria principal de El Aaiún, no era más que el tramo urbano de la propia carretera hacia la ciudad santa del Sáhara. Ya fuera de la ciudad, a su lado, corría paralela la española, la colonial, más estrecha, mordisqueada por el desierto y a punto de confundirse con él.

«Mi bisabuelo, el Cheij Malainin, el fundador de la ciudad, también era el depositario de los decretos del sultán que otorgaban poderes de caíd a los jefes de las otras tribus», su voluntad de adoctrinamiento no encontraba descanso, ahora entraba a saco en la tesis oficial marroquí, los cheijs saharauis actuaban por mandato del sultán al aplicar la ley islámica. Pero yo tampoco había dormido bien, «Merebbi, si esos decretos fueran tan claros, Marruecos habría ganado en La Haya, y no fue así, tú lo sabes». Él se revolvió en su asiento, «España destruyó esos documentos, estaban en sus archivos». El Tribunal Internacional de La Haya, en su dictamen, había proclamado el derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui porque los vínculos de soberanía con el sultán sólo habían podido probarse con algunas tribus del norte del Sáhara, en concreto, con los tekna, la tribu del gobernador de Dajla y de su primo el rebelde Tamek, líder de la intifada. No era momento apropiado para darle una charla sobre el concepto de soberanía como poder ilimitado y más específicamente como capacidad para poder limitar la libertad de los demás. Las condiciones de vida en el desierto, el espíritu indómito de sus habitantes, el conflicto permanente entre las tribus por la difícil supervivencia, todo ello había sido incompatible con la existencia de una autoridad superior que no fuera el propio Alá, directamente. Además la respuesta de Merebbi habría sido la misma que dio Hassan II al conocer el

dictamen, ese concepto de soberanía era occidental y no se les podía aplicar. Nos detuvimos al lado de un monumento a los caídos en la guerra de 1957. Más allá en el valle un lujurioso oasis-restaurante con vistas al espejismo azul de las aguas de un pantano, «lo llevan unos noruegos», aclaró. En lo alto las ruinas de un cuartel español; sus desmochadas torres medievales pretendían conmemorar otra reconquista.

SMARA, LA SIEMPRE SOÑADA

Después todo atisbo de color que no fuera el del propio cielo desapareció. La llanura reseca que recorríamos era de tierra blanquecina. A nuestra derecha, rasgando el horizonte, se dibujaba la silueta lineal de la famosa cinta de Fos Bucraa. Levantada en la época colonial, transportaba el mineral de fosfato de los yacimientos al puerto de El Aaiún, más de cien kilómetros. Fosfatos con una riqueza del 68 por ciento a cielo abierto, otro oro del desierto. «En mayo cuando vine con Alejandro, esto estaba todo verde. Las manadas de camellos pastaban todas por aquí». El espía dormitaba, él sí que no tenía problemas de sueño. Era el momento de comentar su teoría, la arrogancia y la prepotencia de Hassan II, el pequeño Napoleón, como responsables del deseo de libertad de las tribus saharauis. «Es que él no es mejor que nosotros, él aquí no es nadie porque, en el desierto, no hay nadie superior, somos todos iguales». Sí, confirmaba la teoría, nadie quedaba a salvo, arrogantes y prepotentes, él era un buen ejemplo. «Pero qué inteligente. Sabía que la única forma de dominarnos era diluyéndonos. Por eso trajo a todos esos desgraciados del norte a vivir con nosotros».

La carretera retornó a la línea del valle. Las acacias indicaban la presencia de agua, pero subterránea, el río había pasado a la otra vida. Una señal indicaba la cercana tumba de Sid Ahmed Ben Musa, fundador de otra importante tribu saharaui del mismo nombre. Aunque las tribus trashumaban por todo el bidan, algunos territorios, generalmente por la existencia de un pozo, se consideraban de pleno dominio de una sola tribu, su espacio de soberanía, lo mismo que los Uld Delim en Dajla. La diferencia la habían marcado los temidos ergueibat, en los decenios previos a la llegada de los europeos, habían aspirado al dominio total del espacio.

El extraño cielo del Sáhara se había revuelto, blancos y grises

luchando por imponerse, aunque, eso ya lo sabía yo, no significase nada, tan sólo, menos calor. Smara, la siempre soñada, surgió lentamente tras unos páramos. Mientras revisaban nuestros documentos en el control de policía, contemplé la ciudad, antes santa y ahora militar, también a menos de treinta kilómetros de los muros de defensa. Los antiguos cuarteles de la legión habían sido rehabilitados y multiplicados, ahogando su alma, que eran la kahsba y la mezquita levantadas por el legendario Cheij Malainin, un saharaui de origen misterioso llegado del sur, que había logrado imponer su prestigio personal a las grandes tribus de la zona, los ergueibat y los tekna. A sus costados el componente civil, casas y edificios de dos plantas, se esparcían perezosamente por las colinas circundantes. Los retratos de Mohammed VI lo vigilaban todo, desconfiados. La cuna del nacionalismo y la religiosidad saharauis mostraba a esa hora un aire tierno y provinciano. Sin embargo aquél era un lugar mágico, especialmente escogido por Malainin para levantar la primera ciudad en el desierto desde el siglo III.

CHEIJ MALAININ, CONTRA EL COLONIALISMO

La kashba era un fortín-escuela construido en piedra negra, sólido y misterioso. A la puerta nos esperaba un tío de Merebbi, a cargo del lugar, y otro primo suyo, fiscal de la ciudad. El tío, un anciano vestido con una derraa blanca, nos condujo por un laberinto de patios y pequeñas salas hasta la principal, abovedada con arcos de herradura. El suelo se hallaba cubierto de alfombras y almohadones. Sobre ellos el viejo había desplegado libros y revistas en diversas lenguas, que glosaban la figura y sabiduría del fundador. En aquel lugar el gran marabú enseñaba a sus discípulos y recibía a los visitantes, todos deseosos de conseguir, a cambio de generosas donaciones su «baraka», la gracia divina de que era depositario. Según el aventurero Camille Douls, que lo visitó en aquella época, Malainin parecía un buda sentado del desierto, cubierto de la cabeza a los pies en su turbante, capa y derraa; los beduinos se inclinaban ante él a besarle la mano; él, entonces, tomaba un puñado de arena a la que insuflaba su respiración sagrada y se lo entregaba como reliquia. Aquellos muros habían albergado su biblioteca de más de cinco mil libros, incluyendo manuscritos de todos los grandes autores del desierto, y sus propias obras, más de una centena, antes de que el coronel francés Mouret

prendiera fuego a todo en 1913. Prevenido por Merebbi el guardián de los santos lugares comenzó su discurso, «Cheij Malainin es conocido en todo el mundo árabe por haberse levantado contra el colonialismo cuando nadie se atrevía. Era un hombre extremadamente religioso y sabio, sus enseñanzas atrajeron hasta aquí a gentes de todos los lugares». Su sobrino se había sentado frente a él y le miraba con atención, como si no se fiase de lo que pudiera decir el anciano. «Este edificio y la mezquita fueron levantados con el permiso del sultán, que fue el que le regaló los materiales para construirlos», otra vez la versión oficial, había que justificar, como fuese, ese vínculo entre Marruecos y las tribus saharauis. Sin embargo en aquella cuestión era poco creíble, el mismo Alejandro, el profesor de Murcia, en su famoso libro, explicaba las grandes riquezas del Cheij Mulainin, gran comerciante, el hombre más rico de su tiempo, sus caravanas recorrían el desierto de punta a punta, siempre respetadas por el resto de las tribus. Muy celoso de su libertad como buen saharaui, nunca besó la mano del sultán como acto de sumisión a su poder soberano. Por otra parte, en aquella época, el sultán apenas podía contar con la fidelidad y pleno dominio de la región central de Marruecos, el resto era un caos de reyezuelos comarcales y tribus rebeldes. De ahí su debilidad frente al imperialismo colonial europeo. Lo más lógico y probable es que el sultán hubiera exigido, a cambio de aquellos valiosos materiales de construcción, una cantidad considerable de dinero, pues lo necesitaba para sobrevivir.

Una vetusta revista ilustrada francesa del año 1931, abierta a mi lado, informaba, junto a la quema de iglesias y conventos en España, de la publicación de un libro legendario, *Ver Smara y morir*. El escritor, Michel Vieuchange, un periodista francés, había conseguido visitar la ciudad santa al travestirse de mujer y viajar en una caravana en medio de aquella época de todavía luchas coloniales. Bajo la mirada de Merebbi y del espía, el tío proseguía su letanía, «la lealtad de nuestra familia al rey es inquebrantable desde entonces. No depende ya de nuestra voluntad, es Dios quien la ha sellado». Para ponerle a prueba le pregunté por el sultán azul, los hijos del Cheij Malainin que habían querido derribar a la familia alauita y unir a todos los pueblos del Magreb contra los invasores europeos. El viejo dudó unos segundos, abrió mucho los ojos y

respondió nervioso, casi temblando, «no sé de qué me habla, ninguno de nosotros ha querido ser sultán, ni he oído hablar nunca de un llamado sultán azul». Merebbi se dio cuenta inmediatamente de que aquel hombre se estaba poniendo en evidencia. Se levantó y dio la charla por concluida.

Visitamos el resto de las estancias, el serrallo donde vivían sus mujeres y las concubinas, los almacenes para guardar las mercancías que transportaban sus caravanas. Había habido una restauración reciente del conjunto, con un dinero regalado personalmente por Mohammed VI, pero a Merebbi no le gustaba cómo estaba quedando, con yeso tapaban la piedra negra y falseaban el diseño original. El viejo llevaba una carpeta de la que sacaba documentos para mostrarle el estado de las cuentas. El que más enseñaba era uno firmado por Jalihenna, el tenebroso presidente del CORCAS. Quería que su sobrino le ayudase en un problema burocrático de vital importancia para él. Veterano de la guerra de 1957, profesor del Corán, había aceptado volver al Sáhara en los noventa para hacerse cargo de la kashba, sin embargo, el tema de su pensión seguía sin resolverse en Rabat. Nuestro tour terminó en la mezquita o, más bien, lo que quedaba de ella, tres hileras de arcos, también de piedra negra, a punto de derrumbarse. El siroco y las lluvias iban deshaciendo lo poco que quedaba de aquel, en otro tiempo, grandioso edificio. Aunque lo más terrible no era eso, a pocos metros, habían plantado una gigantesca antena militar. Varias chabolas construidas como vivienda de los militares marroquíes rapiñaban el espacio restante. La visión de todo aquello era bochornosa. Merebbi se paseaba de un lado a otro a punto de estallar de furia. El guardián de los santos lugares sollozaba de impotencia. Era la decadencia total.

Una solución posible, diálogo entre los saharauis de ambos lados

Descansamos en la casa del fiscal. Estaba situada en el barrio administrativo, no lejos del palacio del gobernador y de la alcaldía, esta última construida en piedra negra imitando la kashba. Yo me sentía ligero, había conseguido convencer a Merebbi de que quería hacer el ayuno de ramadán a la española, es decir, durante el día tomaría sólo líquidos hasta que llegase el atardecer. Todos dormían, empezando por el espía. Tanta calma me aburría y salí al jardín, un pequeño patio con arbustos y algunas flores. El señor de la casa

regaba con una manguera, «ven, te voy a enseñar mi despacho. Allí podemos hablar». Lo seguí dócilmente, él era el hombre mandado por el rey para perseguir y procesar a todos aquellos que se atreviesen a cuestionar la marroquinidad del Sáhara. El edificio de la fiscalía estaba pegado a la casa.

Una vez más como si necesitara descargar su conciencia, sin que mediara ninguna pregunta por mi parte, en cuanto nos sentamos en su despacho, comenzó a hablar, «nuestra familia, los Malainin, hemos sido siempre muy respetados y hemos estado en relación con los sultanes de Marruecos. Cheij Malainin conoció a cinco sultanes a lo largo de su vida, todos débiles y corruptos. En las cartas que le enviaban se dirigían a mi bisabuelo como hijo, hermano, padre. Pero ahora, todo ha cambiado, las otras tribus nos ven como unos traidores». No se oía nada en el exterior, estábamos solos en el edificio, el sol descendía su tramo final antes de ocultarse. «Toda esta tranquilidad de la que disfrutamos no es real, ése es el problema. Más allá de los muros están los campamentos, llenos de nuestros hermanos. Hasta que no regresen, no habrá tranquilidad para nadie. Y es un problema que debemos resolver entre nosotros, los saharauis, sin la intervención de Marruecos ni de Argelia, que nos manipulan. Personalmente pienso que la opción marroquí es mejor para nosotros, pero aquí hay muchas personas que piensan lo contrario. Más o menos la mitad está a favor y la otra mitad, en contra. Los que salen a la calle con las banderas del Polisario son unos cuantos jóvenes que se pasan el día conectados a Internet. Y esto ocurre porque Marruecos sólo se ha preocupado de los mayores pero no de los jóvenes, los nacidos después de 1975 no se sienten marroquíes y es muy difícil convencerlos de que lo mejor para los saharauis es seguir con Marruecos». Era la segunda vez que escuchaba de los labios de un miembro de la oligarquía saharaui promarroquí datos verosímiles sobre el apoyo a la independencia en el Sáhara ocupado. «La autonomía es una apuesta arriesgada y no sé si va a funcionar. No hay personas preparadas, la lucha entre las tribus por acaparar el poder puede reaparecer. Pero repito, el problema no se resolverá hasta que nos dejen a nosotros, los saharauis de ambos lados, sentarnos a hablar y lleguemos a un acuerdo para convivir». La voz del almuecín rompió el momento, rompía el ramadán. El sol había desaparecido. Ahora la obsesión

era comer, comer hasta hartarse.

MÁS LECCIONES DE AUTONOMÍA

La cena resultó excelente, mi espera había merecido la pena, el sabor de la sopa y los dulces, de la carne de camello, eran totalmente diferentes, más sabrosos, la palabra «manjar» adquiría todo su significado. Con el té del postre reapareció el viejo tío, otra vez con más papeles. Sin perder el contacto visual con el espía un solo instante, después de insistir sobre el tema de su pensión, pidió a Merebbi que hablase con el ministro de Cultura, la rehabilitación de la kashba era un desastre, lo poco que quedaba de la antigua mezquita estaba a punto de desaparecer, además, el expolio de piedras era constante. Él contesto que así lo haría, no quería más lloros ni más cuentos. El pobre anciano se tranquilizó. Para la noche el fiscal nos había preparado algo especial, un picnic en el desierto. Montamos todos en varios todoterrenos, incluido su hijo pequeño, y tomamos la vieja carretera colonial a Haussa para internarnos en la oscuridad. Las luces de los cuarteles y del aeropuerto militar pasaban a nuestro lado como extrañas luciérnagas gigantes. Luego la abandonamos y nos enfrentamos al puro desierto armados tan sólo con los faros de los coches. No lejos de allí había pasado el *rally* París-Dakar de 2004, las amenazas del Polisario por pasar por territorio ocupado, empujaron a los organizadores a pedirles permiso expreso para los vehículos. Al conocerse este hecho Marruecos estuvo a punto de suspenderlo todo, nadie podía cuestionar su integridad territorial.

Merebbi sacaba su lado más tierno, le contaba cuentos al niño. El espía, divertido, contemplaba la escena relajado. El cuenco con leche de camella recién ordeñada pasaba de mano en mano haciendo rondas. Estratégicamente yo me había situado en la otra esquina de la jaima, cabeza con cabeza con un hermano del fiscal. Susurrando en mi oído para que sus palabras no llegasen hasta los otros, me hablaba de su vida. Era oculista, el único de Smara, tenía mucho trabajo, la luz del desierto quemaba los ojos, el siroco consumía las retinas, pero la gente era pobre, no tenía dinero para grandes remedios. «Algunas familias, con suerte, reciben ciento cincuenta euros al mes de ayuda del Estado. No hay trabajo para nadie y menos para los jóvenes, la mitad sueña con irse a España». Él vivía con su hermano, los padres en El Aaiún, la vida familiar era

muy importante en Smara, una ciudad muy tradicional, «no como El Aaiún. Allí la mayoría son marroquíes y rezan muy poco». Ése era el tema que me interesaba, le pregunté, también entre dientes, por la propuesta de autonomía, «no sé qué significa, nadie lo sabe. Nosotros aceptamos la situación pero no soportamos a los marroquíes, somos muy diferentes, chocamos. Cualquier saharaui piensa igual, aunque no te lo diga». De repente dejó de hablar, los de la otra esquina nos miraban, nuestro diálogo había acabado.

El saharaui domesticado

De regreso a Smara el espía se sentó en el coche a mi lado, «estoy muy contento de haber venido. Yo también necesitaba verlo con mis propios ojos». Al cabo de un rato como si hubiera pasado todo ese tiempo meditando lo que me iba a decir, soltó, «en octubre se celebra una conferencia en La Haya sobre el Sáhara, ¿lo sabías?». Me quedé blanco. No podía negarlo, ellos ya debían de saberlo todo sobre mí, el espía me estaba poniendo a prueba. «Sí, me han invitado. Tengo que hablar sobre el colonialismo español», acerté a contestar, ese aspecto era el menos controvertido. Pero me entraron escalofríos. Cualquier movimiento en falso podía suponer mi expulsión, con o sin paliza incluida, o, en el peor de los casos, mi desaparición. Sería tan fácil borrar mis huellas en el Sáhara.

Merebbi no quería irse a la cama, aún había organizado una última visita de adoctrinamiento, un ergueibat domesticado. Vivía en un edificio de la calle comercial. Al entrar me di cuenta de que todo era forzado, aquel hombre no tenía ningún interés en hablar conmigo. Nos pusieron delante unas bandejas enormes con arroz y carne de cabrito. Yo ya no podía más con la comida, sólo quería relajarme y dormir, la conversación con el espía me había puesto muy tenso. Pero Merebbi insistía, «venga, venga pregúntale todo lo que quieras». El ergueibat era alcalde de un pueblo cercano y se ganaba la vida como comerciante. Por preguntar algo se me ocurrió plantearle la tan mencionada cuestión tribal, el anatema de El Uali. «Si no fuera por el rey de Marruecos, nos mataríamos entre todos», él se iba por la tangente, ni siquiera me miraba a los ojos, se sentía incómodo. Cualquier cosa que dijese podía ser utilizada en su contra. Merebbi tuvo que responder, «la tribu es la base de nuestra sociedad. Si tenemos un problema, acudimos al jefe de tribu para que nos ayude. Él avisa a los demás miembros y les da instrucciones

para que también lo hagan. Si el problema es con alguien de otra tribu, él se encarga de negociarlo y encontrar una solución. Si hace falta dinero, se pone entre todos. A los jueces sólo se va cuando el problema es muy grave y no se puede resolver dentro de la tribu». Ese elogio de la tribu era sincero. Desde luego a él le iba muy bien. Sus parientes ocupaban los mejores puestos de la administración local. «Sin la tribu, no somos nadie. Pero debemos obedecer a lo que nos digan, y sobre todo respetar a los cheijs y a los mayores. Si les fallamos, nos quedamos solos». El espía también comenzó a parpadear, estaba muerto. Merebbi se dio por vencido, no podíamos más. El ergueibat sonrió tranquilo, él ya había cumplido. Afuera la noche no había terminado, las calles bullían. El ramadán era también eso, otra vida a la luz de la luna, sin límites.

Smara, aquella mañana de ramadán, era una ciudad sometida, sólo soldados por la calle. Merebbi pasó por nuestro hotel a buscarnos a mí y al espía. Traía un regalo para el infiel, una botella de Coca-Cola rellena de leche de camella casi helada. Con cierta aprensión tuve que darle varios tragos en su presencia. Al principio me había costado mucho sufrimiento probarla, ahora así, muy fría, pasaba mejor. Nuestra nueva meta era Tantán, ya en territorio marroquí, pero también parte del Sáhara histórico y del antiguo protectorado español. Tras la guerra de 1957 aquella ciudad había sido testigo del nacimiento del nacionalismo saharaui. De allí habían salido sus mayores mártires, Bassiri y El Uali, hijos de refugiados. Rápidamente dejamos atrás la ciudad santa, dormida todavía, con sus piedras negras deshaciéndose en el tiempo.

XVII

El norte también existe

La carretera rumbo al norte nos devolvió al cauce del río sumergido en el desierto, el Saquia El Hamra, la acequia roja. Era un paisaje amable de acacias y monte bajo. A lo lejos descubríamos jaimas, pequeñas manadas de camellos, una población dispersa, escasa y pobre. Hicimos una breve parada en la tumba de Sid Ahmed Larusi, fundador de la tribu de los Larusi, cuya zona de dominio había sido el área de Bojador. El monumento estaba rodeado de casas y un depósito de agua. El ergueibat domesticado de la noche anterior era precisamente alcalde de aquel lugar. Toda esa región que se extendía al norte de Smara, a juicio de los expertos, no sólo escondía una gran reserva de agua, sino posiblemente también petróleo. «Merebbi, ¿por qué cuando cenamos nunca nos acompañan las mujeres?», ¿las escondían como en Marruecos y Argelia?, aquello me parecía contrario a las tradiciones beduinas, en la jaima no cabía hacer separaciones de ningún tipo. «Ellas están mejor con las amigas», él tenía respuesta para todo. Unos mojones, casi imperceptibles, señalaban los límites internacionales entre el Sáhara occidental y Marruecos. Ellos, como era de esperar, hicieron como que no los veían.

Entramos en una gran meseta pedregosa, reseca, de horizonte infinito. «Mi hijo es un vago. No sé da cuenta de que no somos comerciantes, los Malainin somos intelectuales, personas de carrera. Le tuve que echar de casa. Ahora parece que ha entrado en razón». Cruzamos otro cauce seco, había huellas de una reciente riada. Resurgió la vegetación, «ésos son árboles de aceite», sus ramas eran más densas; su tronco, más grueso. Una extraña sensación de tranquilidad me invadió por completo. Sólo cuando estábamos llegando a Tantán pude darme cuenta de por qué. Desde el límite internacional no habíamos visto ni un solo control de policía.

El honor de Merebbi

Tantán, como el resto de las ciudades saharauis, tenía su origen en el emplazamiento de un destacamento militar español. El antiguo cuartel de la legión, ahora kashba del ejército real, se elevaba sobre

la población encajonada en el cauce de otro río seco. En la loma opuesta el antiguo asentamiento español. La en otros tiempos plaza de España seguía en pie pero moribunda, las clásicas torres coloniales tenían grietas, el jardincillo, descuidado, desierto, muriéndose. El color rosa oficial de las edificaciones le daba al conjunto un aire irreal, como de cuento maquinado por nuestra imaginación. Sin embargo el aire corría, a veinte kilómetros estaba el océano y sus famosos bancos de sardinas.

El delegado de cultura local, naturalmente otro exitoso miembro de la familia de Merebbi, nos acogió en su casa. Y la paz del viaje se resquebrajó de la manera más tonta, por mi ramadán a la española. Al llegar vi que Merebbi hablaba con la mujer de su primo en la cocina. Al poco rato me estaban poniendo ya la mesa. Yo no quería comer nada, no quería romper mi propio ayuno. Al no ingerir alimentos durante el día, la temperatura de mi cuerpo bajaba y me sentía más ligero, sin calor. La experiencia me estaba encantando. Sin embargo, que le contradijese delante de sus parientes era el peor insulto que yo podía hacerle. Socavaba su autoridad, ese respeto que, según él, era la base de la familia y la sociedad tribal saharaui. Se puso hecho una furia, «sabes lo que te digo. Esta tarde te mando a Layounne. No te aguanto más». Me quedé lívido. Para calmarme me puse a ver la tele con el espía, que también se había quedado muy sorprendido de la reacción de Merebbi.

En el salón para que ningún visitante olvidase en casa de quién estaba, habían colocado dos fotografías, dos rostros duros y serenos, los sultanes azules, los hijos del Cheij Malainin, los audaces que habían puesto en jaque a la dinastía alauita y a sus protectores, los franceses. Las fotografías eran publicaciones oficiales españolas de los años cincuenta y contenían una glosa de sus figuras. La historia y sus contradicciones, como la naturaleza humana. La noticia de la muerte del gran Cheij Malainin llegó a las tribus del Sáhara, según dicen, en una noche de eclipse de luna, como una premonición de lo que todavía debía de acontecer a los suyos. En su soledad de Tiznit, en el sur de Marruecos, a los pies de la región de Sus, abandonado por todos tras las derrotas frente a los franceses, sin embargo, había nombrado heredero a su hijo Al-Hayba, el que mejor conocía las grietas del sultanato. En cuanto el elegido tuvo noticia de la claudicación del sultán alauita a la creación de un

protectorado europeo sobre sus territorios, se autoproclamó nuevo sultán, el primer sultán azul, por el color de su derraa saharaui, y una vez más marchó con un ejército de desarrapados saharauis y bereberes hacia Marrakech para sentarse en el trono, entrando así en la historia marroquí. Pero toda su voluntad y fe en la victoria nada pudieron contra la arrolladora superioridad militar francesa que lo derrotó, y finalmente asesinó, ayudada por oscuras manos, reponiendo a su aliado Muley Yusuf, abuelo de Hassan II, en el trono. A Al-Hayba le sucedería entonces, al frente de aquella menguante horda, Merebbi Rebbu, el segundo y último sultán azul, el abuelo de mi querido guía y ahora torturador psicológico.

TANTÁN, PASEO POR LA CIUDAD DE LOS MÁRTIRES

Merebbi había desaparecido de la casa, nadie sabía dónde había ido, así que el espía y yo nos fuimos a pasear por la ciudad. Niños y jóvenes por todas partes, mujeres vestidas con melfa, coches viejos, tiendas y puestos de productos básicos. Pobreza. Allí ya no había subsidios ni ayudas sociales, aunque la población fuera igualmente saharaui. La cesión de ese territorio, protectorado español del sur, al nuevo reino de Marruecos produjo entre esta gente en aquel momento, 1958, un fuerte sentimiento de traición contra España por haber dividido al mismo pueblo. Muchos, por venganza, se unirían al ejército marroquí sirviendo a Hassan II de pretexto para justificar sus ambiciones territoriales. Otros, por el contrario, siguieron fieles a su ideal de libertad como hombres del desierto, la lucha debía continuar, ya fuese contra el colonialismo español o contra el nuevo colonialismo de los vecinos del norte. Ese sentimiento de abandono, de frustración, había sido el germen del nacionalismo saharaui. Todos eran iguales, vivieran en un lado o en otro de la nueva frontera, un solo pueblo que tenía pleno derecho a decidir su futuro.

«Yo ya había estado por aquí antes. Mi padre fue comandante militar de esta región en los primeros años de la guerra, 1978, 1979, los más duros. Había ataques del Polisario continuamente. No te podías fiar de nadie, muchos jóvenes desaparecían y luego nos enterábamos de que ahora luchaban en el otro lado. Mi madre y yo vinimos pocas veces a visitarlo, teníamos que ir siempre rodeados de guardaespaldas». Las revelaciones del espía eran una caja de sorpresas. Conocía España bastante bien, según él, había estado

varias veces de vacaciones. Su último destino antes del actual en el Ministerio de Información había sido Bruselas, en la embajada, «consejero de organización», un puesto bastante raro. Nuestro paseo nos llevó hasta un gran monumento levantado en los límites de la ciudad a los mártires de la guerra de 1957, un obelisco en cuyo extremo lucía una corona real, de proporciones desmesuradas, forjada en hierro y adornada de luces. «Nosotros tenemos otras costumbres. No dormimos en cualquier parte ni aparecemos en la casa de un pariente sin avisar. Ellos no, pueden llegar a cualquier hora, las casas siempre están abiertas». Le pedí consejo para poder calmar a Merebbi, «no le des importancia, es buena persona. Pero no olvides que los saharauis son así, testarudos, cabezotas, siempre creen tener la razón y quieren imponerla a toda costa».

De regreso en la casa, Merebbi, con cara de niño enrabietado, no me hablaba. Su pariente, el consejero de cultura, avergonzado de la situación, se sentó conmigo bajo las fotografías. «Sí, yo soy nieto del primer sultán azul. Mi padre nació en Smara. Por participar en la guerra de 1957 no pudo regresar y a nosotros nos criaron aquí». Merebbi se echó a dormir sobre un sofá. «Vivimos muy bien aquí, podemos seguir así años y años. Los que pierden son ellos, viviendo, como viven, en esos campamentos. Aun así todavía hay gente aquí que les apoya, pero no son más del 20 por ciento», bueno, para ser territorio oficialmente marroquí desde 1958, que ese porcentaje de la población apoyase la independencia era más que notable. Incluso podría decirse que bastante preocupante para la unidad del reino de Marruecos. En ese momento se me ocurrió una idea, el año siguiente era el cincuenta aniversario de la guerra de 1957, es decir, de nuestra «guerra de Ifni» y de su «guerra de liberación», ¿por qué no celebrarlo? Se podía celebrar un gran acto de confraternización entre los antiguos combatientes, también una conferencia de expertos e historiadores sobre los detalles de aquel conflicto y su trascendencia. Las estrechas relaciones entre Zapatero y Mohammed VI eran muy propicias para un acto semejante. El consejero recibió mi propuesta muy interesado, «la transmitiré a mis superiores. Me parece muy positiva, hay mucho todavía de qué hablar sobre aquella guerra y sus consecuencias».

Cena con la oligarquía saharaui

Rompíamos el ramadán con el alcalde de Tantán, un tekna, la gran

tribu dominante al norte del gran valle de Saquia el Hamra. Hileras de grandes coches rodeaban la casa. Se celebraba una gran fiesta, su hermano había sido elegido miembro del parlamento. No me atreví a preguntar a Merebbi si le había ganado el escaño a la simpática señora que habíamos conocido en Dajla, la mujer del jefe de la tribu Uld Delim. Mis ironías con él habían terminado. Al acontecimiento acudía lo más granado de la oligarquía saharaui del norte del bidan, de Gulimin hasta El Aaiún. Llegaban engalanados con sus mejores derraas, blancas y azules, se saludaban ceremoniosamente a la manera tradicional y se iban sentando por grupos. En la otra ala del salón una veintena de mesas vestidas para el evento esperaban el momento. Merebbi se mezcló entre ellos y desapareció. Otra vez solos, él por su evidente aspecto de miembro del servicio de inteligencia marroquí, y yo por mi perturbadora españolidad. Ellos, al pasar a nuestro lado, sonreían, nos daban la mano y punto. Yo no me enteraba de nada, no sabía identificar siquiera quiénes eran nuestros anfitriones.

Por fin oímos la voz liberadora de los apetitos más primarios. Las mesas se fueron llenando pero nosotros no sabíamos dónde ponernos. Un hombre alto, con aire decidido, me hizo una seña, «vente para aquí, así hablamos un rato». El espía se vino detrás, como un perrito faldero. Mi nuevo amigo se llamaba Mustafá, vivía en El Aaiún, su tribu provenía de Sidi-Ifni, poseía una empresa de camiones, «la fundó un español, yo trabajaba con él de encargado. Un hombre magnífico, para mí como un padre. Cuando murió los hijos me la vendieron». La cena transcurría muy animada, el menú siempre era el mismo, las sopas, el huevo duro, la leche, los pasteles. «Los fosfatos son un gran negocio porque se encuentran a ras de tierra, apenas hay que excavar para sacarlos. El problema es el lavado del mineral, cada vez sale con menos pureza. Mucho va para Huelva, para la industria química», ésa era otra muestra más del profundo respeto que la economía española sentía por las riquezas naturales del pueblo saharaui, secretamente llegar a un acuerdo con los ocupantes marroquíes y aprovecharse de ellas, como con la pesca. Le comenté mi idea de conmemorar la guerra de 1957. Él se puso serio de inmediato, «olvídate de celebrar nada. No les interesa». Me volví a ver qué tal iba el espía. Me devolvió la sonrisa, también charlaba con sus vecinos pero sin perdernos de

vista. «La sociedad saharaui no es compleja, tenemos muy pocas reglas, es muy fácil de entender», añadió. Después nuestra conversación decayó, ninguno de los dos parecíamos tener claro qué decir. «Tengo ganas de fumar, ¿salimos fuera?», los invitados ya saciados se levantaban y cambiaban de grupo. Le seguí hasta el patio, al final íbamos a poder hablar tranquilamente. Nuestra escapada duró apenas unos segundos, el espía apareció y le pidió un cigarro. «¿Por qué no nos vamos a tomar un café aquí cerca?», nos montó en su flamante todoterreno negro último modelo y desaparecimos. El lugar era perfecto, una terraza sobre el cauce del río, a los pies de la kashba. Mustafá se esforzaba en agradar al espía, cualquier duda sobre su lealtad le podía costar muy caro. Cuando nos depositó de vuelta en la fiesta, Merebbi nos esperaba encorbatado. Sin apenas mirarnos con un gesto de mano propio de padre cabreado, nos hizo montar en nuestro coche, el gobernador de Tantán quería conocerme.

El gobernador de Tantán, el marroquí experto en asuntos saharauis

Si el de Dajla era la imagen viva de un príncipe pérfido y encantador, el gobernador de Tantán era la otra cara de la moneda, un ser visiblemente vil y desagradable. Su palacio, decorado de una forma grotesca y vulgar, con una enorme televisión a todo volumen dominando la estancia, parecía la casa de un clan siciliano. Él mismo iba vestido todo de negro, como un gerifalte fascista. Nada más verlo me di cuenta de que no era saharaui, sino un marroquí con más de siete años en el cargo, un experto en asuntos saharauis. Sin mucho preámbulo proclamó el discurso oficial, «esos pobres perdidos de la guerra fría, secuestrados por Argelia, me dan mucha lástima. Sus líderes nunca podrán volver con tantas muertes a sus espaldas, no le quepa duda que los correrían a pedradas si se atreviesen». Ni rastro del servicio, no nos iba a dar nada de cena, aquello tenía aires de encerrona. «Yo conozco muy bien cómo tratar a esta gente, son tribus que siempre han estado en guerra entre sí. Hay que estar muy atento para tenerlas contentas». Jactancioso, despreciativo, arrogante, el gobernador de Tantán era la imagen viva del colonizador de cualquier época. Merebbi y el espía le miraban con admiración, como embrujados por su verbo corrosivo, «nunca vamos a renunciar al Sáhara. El proyecto de autonomía todavía no está listo, nos están ayudando profesores europeos y

norteamericanos, algunos españoles». También porque, sin duda, a través de él, hablaban Mohammed VI y su entorno, ¿o era al revés?, «el rey y nosotros estaremos siempre detrás, porque esta gente nos necesita. El Polisario no debería perder esta oportunidad que le ofrecemos para negociar las condiciones».

Sus ojos, negros como su disfraz, clavaban en lugar de mirar. Era la persona más peligrosa que había conocido desde que pusiera un pie en el Sáhara ocupado. «España debe apoyarnos. De lo contrario no habrá inversiones españolas en nuestro territorio y la emigración ilegal será masiva, no haremos nada por detenerla», la amenaza, el discurso más eficaz del que carece de argumentos. «Marruecos siempre ha hecho una diplomacia de caballeros. No como ellos jugando con el corazón de la gente a través de todas esas asociaciones». Dio a un timbre y, por fin, entró un criado y algo de aire penetró en la estancia. Le dio una orden y salió. Por unos instantes el capo cambió del francés al árabe para hablar con Merebbi y el espía. Intuí que les preguntaba cuál era el programa para los pocos días que me quedaban. La palabra «televisión» fue mencionada. Le estaban contando mi negativa a salir por la televisión. Sentí escalofríos, ya me veía enviado a la sala de torturas del palacio. El criado regresó con un libro y una caja roja decorada con una estrella verde sobre la tapa, el símbolo de Marruecos. «Le invito a que venga al "moussem" de Tantán, la feria de las tribus saharauis, la celebramos todos los años por el mes de noviembre. Muchos españoles amigos de Marruecos vienen. El último año estuvo su ministra de Cultura, la señora Carmen Calvo, y el presidente de Canarias, Adán Martín, con una delegación de empresarios canarios. Conoce usted a Kitín Muñoz, ¿no?, él es nuestro mejor embajador». Como en una novela de suspense los personajes iban conectando a medida que avanzábamos en la trama. Kitín Muñoz, de profesión aventurero y nacido en Sidi-Ifni de padre militar, últimamente sólo aparecía en la prensa del corazón por haberse casado con Kalina, la hija de Simeón de Bulgaria, íntimo amigo y socio de Hassan II. Desde aquella boda su vida había dado un giro espectacular, nombrado cónsul honorario de Marruecos en España, a juicio de la prensa española, su nuevo trabajo era el de «conseguidor» para todas aquellas personas con gestiones pendientes ante la compleja administración marroquí. Lo único que

se le exigía a cambio de facilitar los trámites de sus «amigos» era, a su vez, «conseguir nuevos amigos de Marruecos». El otrora moussem de Tantán, tan importante para el mercadeo de las tribus saharauis, era ahora un espectáculo mediático destinado a mostrar al mundo su lealtad al rey y su compromiso con la integridad territorial de Marruecos.

Primero abrió la caja, contenía una maza labrada en plata. «Se utiliza en el desierto para partir en trozos los conos de azúcar y poder preparar el té», aclaró el ahora sumiso Merebbi. El libro se titulaba *Guerra de banderas en el Sáhara,* su autora era Ángela Hernández Moreno, curiosamente también era de Murcia, como Alejandro. La obra parecía publicada en español por una de esas editoriales de pago. Recordé que Mª Jesús, la enfermera militante de la causa, ya me había hablado de este libro, muy mal por cierto, según ella, la obra era el producto de un amor despechado. El prólogo era del profesor Bernabé López García, un catedrático español en los últimos tiempos había empezado a publicar artículos en apoyo de de la autonomía bajo soberanía marroquí. «La versión al árabe la he traducido yo. Hace unos meses lo presentó el ministro de Comunicación en Rabat», prosiguió Merebbi. Era increíble, estaba detrás de todo lo que se relacionase con el Sáhara. Aquellos dos objetos eran regalos, ¿serían la ofrenda que se me hacía para «conseguirme» a mí también como amigo de Marruecos? Por un instante dudé en aceptarlos, tanto me habían hablado de los regalos y las dádivas que tenían que dar para contentar a sus partidarios que, a lo mejor, yo también estaba en el lote. Pero acepté, mi objetivo era conocer, dejando a un lado los prejuicios. El gobernador sonrió y se levantó, la audiencia había concluido. Nos acompañó hasta la puerta, «recuerde esto, nunca renunciaremos a lo que es nuestro. Y utilizaremos todos los medios, absolutamente todos, para hacerlo».

¿QUIÉNES DEBERÍAN PARTICIPAR EN EL CENSO?

En su afán, una vez más, de alargar todo hasta el extremo, Merebbi nos llevó de nuevo a la fiesta del alcalde. Quedaban muy pocos invitados y pude diferenciar ahora con claridad a los dos hermanos organizadores del evento, el alcalde de Tantán, con barba y ojos de sátiro, y el nuevo parlamentario, un buda sentado eternamente feliz. Ambos igual de gordos. El alcalde parecía el más listo de los

dos peces gordos, «muchas gracias por haber aceptado nuestra hospitalidad. No se comprende por qué, si nuestros pueblos se entienden, los gobiernos son incapaces de llegar a un acuerdo. En nuestra fiesta estaba representado el 80 por ciento del pueblo saharaui. Lo que tienen que hacer es escucharles». La representatividad, para él, se fundamentaba en el sistema tribal tradicional, naturalmente nada de elecciones libres o referéndums. Su mismo hermano no había sido elegido de forma democrática por el pueblo, sino por grupos de intereses, como en las Cortes franquistas, así se elegía la segunda cámara del parlamento marroquí, lo que en España es el senado. Los criados trajeron más comida. Los saharauis se dedicaron a hablar de sus asuntos y el espía y yo nos encontramos una vez más solos. Él tenía una pregunta que hacerme, «como experto en derecho internacional, si la opción de la autonomía es la mejor para todos, ¿con una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas se acabaría el problema?». Sabía mucho este espía, demasiado, «no, no bastaría. Es necesario que haya un referéndum que lo apruebe. Sólo así podría ejercerse el derecho a la autodeterminación que ha reconocido la ONU a los saharauis», contesté. Y me hizo la pregunta del millón, «y a tu juicio ¿quiénes deberían participar en el censo?».

Era evidente que la respuesta tenía trampa. Jurídicamente hablando, sólo los saharauis del Sáhara occidental tenían reconocido su derecho a la autodeterminación. Pero ¿y qué pasaba con lo otros, con todos aquellos que, por azares de los intereses coloniales, vivían entre Gulimin y la frontera norte del Sáhara occidental?, históricamente, nunca había habido asentamientos permanentes, las tribus saharauis se habían movido libres por todo el bidan, eran el mismo pueblo. Las particiones y las divisiones, como la de 1912, que creó el protectorado francés y el español en el sur de Marruecos, y la de 1958, que entregó esa región al reino de Marruecos, estaban en la raíz del problema. También las artificiales fronteras del sur de Argelia. Todo ello había permitido a los Estados vecinos, como en este caso Marruecos, obtener derechos, reales o imaginados, sobre todo mediante la posesión de una parte. Por ello después de ese viaje y tras constatar su identidad diferenciada, aunque legalmente sólo los que hubiesen vivido bajo la administración española de la colonia del Sáhara occidental

tuvieran el derecho reconocido a decidir sobre su futuro, en justicia tal derecho históricamente les debía corresponder a todos los saharauis, de norte a sur, sobre toda la extensión de territorio de su secular nomadeo, es decir, todos los territorios saharauis incluido el sur de Marruecos.

FOTOS OFICIALES

A la mañana siguiente Merebbi seguía distante. Los ojos enrojecidos, las ojeras rebosantes. A saber dónde habría dormido si es que había llegado a pegar ojo. Sin capacidad de réplica nos anunció que no había tiempo para ir a Sidi-Ifni si queríamos llegar a dormir en El Aaiún. Montamos en el coche sin mediar palabra y nos dirigimos hacia el norte. Nos acercamos entonces hasta el «Uad Draa», la gran depresión creada por otro gran río fosilizado, en un tiempo ya lejano, frontera natural entre el protectorado español y el francés. Más allá todavía quedaban localidades de población saharaui como Gulimin y Assa, el lugar de nacimiento del insurrecto Tamek. En mis manos hojeaba el libro que me habían regalado la noche anterior. La sorprendente tesis de su autora era que el pueblo saharaui era una invención del colonialismo militar español, es decir, de Carrero Blanco, la identidad cultural y territorial de las tribus saharauis nunca había existido y esta criatura artificial, según ella, había sido aprovechada luego por el Polisario para justificar su discurso. Todo cuanto había visto o leído hasta el momento era contrario a esa idea, los saharauis como grupo social existían y se diferenciaban del resto desde su origen. Aquello era propaganda con tintes académicos, si todo hubiese sido una creación colonial, el problema hacía tiempo que habría desaparecido en las arenas del desierto. Pero era mejor no entrar a trapo en el asunto, después de todo, Merebbi era su traductor y «distribuidor», qué vergüenza para la memoria de su antepasado el gran Cheij Malainin. Sin embargo para romper el hielo y calmar la situación, quise comentarle algo puntual que me había llamado la atención, la autora había definido en sus páginas a la «marcha verde» como un moussem nacional, ¿es que el gobernador me había invitado, la noche anterior, a regresar para una especie de marcha patriótica? Merebbi estalló, no aguantaba más mis preguntas, «estoy harto de ti, que lo sepas. No dijiste la verdad sobre quién eras cuando llegaste, te pasas el día criticando todo lo que se te cuenta, no quieres ir a la televisión y,

encima, ayer me insultas delante de mi familia. No quiero saber nada más de ti». Inmediatamente me invadió de nuevo el pánico, mi estómago se encogió, tenía las horas contadas. En vano intenté disculparme. Yo nunca le había ocultado mi identidad, nunca me pidieron mi currículum. Si no había querido ir a la televisión era por una cuestión ética que, evidentemente, él no entendía, su última decisión ética había sido abandonar los campamentos de refugiados de Tinduf. Desde entonces la ética había desaparecido de su vida.

No sabía si las alucinaciones del ramadán creaban monstruos, pero yo tampoco quería seguir a su lado, no me sentía seguro. «Bueno, pues si ya estás harto de mí, déjame en la estación de autobuses de Tantán. Ya regresaré por mis medios a España», era lo único que podía decir para salvar mi dignidad. «De eso nada. Tú vuelves con nosotros a El Aaiún». En pleno estado de shock, regresamos a Tantán, el alcalde nos había invitado a que pasáramos por el ayuntamiento antes de irnos. No iría a la televisión, pero sí tendrían fotos oficiales de mi paso por aquel lugar. Previamente nos vistieron de beduinos saharauis. La mía era una derraa blanca; el turbante, azul oscuro. El gordo listo no paraba de reírse, «¿de verdad que no quieres tomar nada?, ¿qué pasa, que estás en huelga?». Se me habían quitado de repente las ganas de comer o beber, haría ramadán a la musulmana, para volverme yo también loco.

Tarfaya y la casa del mar

Pasamos delante del puerto sardinero de Tantán sin llegar a entrar. Cerca una gran playa, salvaje y abierta, lista para ser devorada por cualquier «club mediterranée». Hasta allí habían llevado a la delegación de empresarios canarios invitados con ocasión del moussem para mostrarles el regalo envenenado de poder ser los primeros en meter sus buldozers en aquel paraíso perdido. En aquel lugar tomamos la carretera de la costa que nos debía conducir primero a Tarfaya y luego directos a El Aaiún. Como en la región de Río de Oro, el desierto del Sáhara formaba también en aquel lugar un abrupto acantilado al enfrentarse con el océano. Sin embargo aquí los grandes lechos de ríos escondidos o fosilizados, al desembocar, rompían esta muralla creando estuarios y playas resguardadas de extraña belleza. Por supuesto que el turismo podía

ser una gran fuerza de desarrollo de la región, pero el precio a pagar quizá fuera excesivo con el tiempo. Quise detenerme a retratar el paisaje desde lo alto y descubrimos, a lo lejos, varados en la arena, los restos altivos de un naufragio, que daban al conjunto, bajo el fuerte viento, un toque de fatalidad. Al aproximarnos a Tarfaya, otra vez, un control de policía. El espía bajó, pero esta vez no se entendía muy bien con el agente de turno. Merebbi, entonces, bajó también y se puso a discutir con los dos. Yo no me enteraba de nada, pero cuando por fin regresaron al coche supe que tenía un aliado insospechado, el espía. Ya éramos dos frente a Merebbi.

Tarfaya, más conocida como Cabo Juby o Villa Bens durante la época colonial, era un puerto natural rodeado de grandes dunas. El ambiente en el coche era tétrico, sólo silencio. Merebbi nos dejó con un lugareño para que nos enseñase la ciudad y desapareció, presumiblemente a echarse la siesta en la casa de algún pariente lejano. El lugareño era un tipo simpático, trabajaba en un programa de desarrollo local financiado por la ONU. La sensación de pobreza y abandono eran tan dramáticos que me hicieron recordar los campamentos de Tinduf. También aquí como en Smara, soldados por todas partes, el viejo fuerte español resistía, aunque una parte hubiese sido demolida. La antigua iglesia, como los ríos del desierto, parecía fosilizada, a punto de derrumbarse. En cualquier momento podía ser víctima de la fiebre iconoclasta de algún gobernador ambicioso.

Al fondo de la ensenada, como una aparición milagrosa, contemplamos la famosa «casa del mar», un enorme caserón de piedra erigido a ras del agua. Mackenzie, un avezado comerciante escocés culpable de la afición local por el té verde, construyó el edificio en 1875 como factoría para sus intercambios con las tribus saharauis tras llegar a un acuerdo, para desgracia del codicioso sultán, con el temperamental Bayruk, señor de Gulimin y de la región de Sus, en el otro lado del Draa, y con los cheijs de la tribu tekna dominante en Tarfaya, los izarguien. Entre aquellos muros se produjo el primer contacto entre el mundo occidental y La Arcadia, salvaje y libre, de los beduinos del Sáhara occidental. El negocio fue fabuloso, llegando a despertar la codicia del sultán y del gran Cheij Malainin, que enviaron varias expediciones, cada uno por su lado, para intentar conquistarla. «El sultán luego se la compró al gobierno

británico cuando Mackenzie murió. Quiero decir indemnizó a los que la ocupaban, pues siempre había pertenecido al sultán», el temor a lo que el espía pudiera deducir de sus palabras le había hecho modificar de inmediato su afirmación. El lenguaje importa, a veces, más que la propia realidad. La referencia a esa compra de la «casa del mar» efectuada por el sultán a los británicos en 1895 era trascendental, fue uno de los documentos aportados por Marruecos ante el Tribunal Internacional de La Haya como título de reconocimiento internacional de su soberanía sobre el Sáhara. Pero la jugada les salió mal, el Tribunal consideró errónea dicha interpretación, los británicos nunca reconocieron la soberanía del sultán más allá del Draa.

Al otro lado del espigón, el muelle pesquero. «En la rampa de enfrente atracarán los ferrys de Fuerteventura», proclamó esperanzado. La conexión marítima de pasajeros y vehículos entre las Canarias y el Sáhara era la punta de lanza del futuro desembarco inversor de los isleños. Continuamos andando. En un descampado cerca de la orilla se levantaba otro edificio histórico, la llamada «casa de los cien». España había acogido allí al último sultán azul, el segundo hijo del Cheij Malainin, el abuelo de Merebbi. Cansado y deprimido tras sus infructuosas luchas contra el imperialismo francés, se entregó al gobierno de Lerroux. «Los españoles son los cristianos más honorables con los que he tratado», había dicho su padre. Ahora el edificio estaba en ruinas, sus gruesos muros de piedra parecían colgar del cielo, huérfanos, y era refugio de aves marinas y adolescentes solitarios.

Metí la cabeza por una ventana. Sobre la pared, desafiante, una bandera del Polisario esculpida en el yeso. Hasta allí llegaban sus proclamas. Por las calles al descubrirme, los niños se reían y hacían el signo de la victoria, ¿no era aquel también el signo de los independentistas? Nuestro guía nos llevó entonces a un lugar verdaderamente inimaginable en medio de aquel abandono, un museo, el museo de Saint-Exupéry, el autor de *El principito*. En su interior apenas había nada digno de conservarse salvo unos paneles que contaban la presencia del escritor en Cabo Juby a finales de los años veinte, como representante de la compañía aérea aeropostal que conectaba Europa con África occidental. En la práctica su tarea principal había sido negociar la liberación de pilotos extraviados

que terminaban siendo secuestrados por las tribus saharauis. Fruto de su soledad en el desierto del Sáhara había sido su primera novela, *Courrier sud*. En los papeles de la época aquel territorio, hasta el río Senegal, se denominaba Mauritania. El lenguaje importa.

De Tarfaya a El Aaiún los controles de policía se sucedían a la distancia reglamentaria de treinta kilómetros, e incluso menos. En uno de ellos se repitió la escena de los abusos, los empujones, a los detenidos los arrastraban hasta el puesto entre gritos y amenazas. Merebbi y el espía, nerviosos, querían que nos fuéramos lo antes posible, pero su propia incomunicación se lo impedía. «Son los excesos de velocidad. La gente va como loca». Por fin nos pusimos otra vez en marcha. Al poco rato, ya con el sol en los ojos, entramos en la capital del Sáhara occidental. La carretera ascendía un poco para luego descender al cauce sediento donde el gobernador Bens, allá por los años veinte, había mandado cavar un pozo, que, con el tiempo, se convertiría en el nuevo centro de colonización del territorio. La luz de la tarde hacía refulgir el asalmonado de sus casas. Regresábamos al punto de partida, era el final del viaje.

XVIII

Miradas y susurros

La circulación era intensa, mucha gente, muchas tiendas, mucha actividad, aquella ciudad vivía el esplendor de su desgracia. Merebbi condujo directamente el coche hasta la casa de su tío, el viejo caíd jubilado, en la zona residencial. Se bajó, y sin más, dijo «hasta mañana». El espía estalló, «estos saharauis son así, insoportables. Se creen el ombligo del mundo y lo peor es que todos nosotros hemos hecho que se lo crean». Aprovechando el momento, sugerí que cambiásemos de hotel por otro en el centro de la ciudad, «me han dicho que el Sáhara Line está muy bien. Podríamos probar». Ése era el hotel donde vivía Nicoletta, la representante del ACNUR, y la mayoría de los funcionarios de la ONU que trabajaban en la misión de paz. Tan ofuscado estaba el pobre por el comportamiento de Merebbi, que cayó en la trampa, nos alojamos donde yo quería.

EL CASO DE TIMOR ORIENTAL

Nada más dejar mi maleta en la habitación, bajé a la recepción y pregunté por mi amiga. Estaba en su cuarto. La cara que me abrió la puerta era la imagen viva del miedo real o de la paranoia más terribles. «Ahora imposible. Mejor hablamos mañana, tú y yo a solas. Eduardo, esto está lleno de policía secreta, ten mucho cuidado», susurró sin dejarme pasar. E instantáneamente, como la peor enfermedad contagiosa, también entré yo en su terror, cualquiera podía denunciarme si me atrevía a preguntar por lo que no debía interesarme.

Sobre la avenida de Smara se abría la terraza de la cafetería Arena, el lugar más chic de El Aaiún. En las calles ni un alma, como en España en Nochebuena. Nosotros, el espía y yo, como dos huérfanos junto a otros seres solitarios o en viaje de negocios rompimos el ramadán en silencio. No obstante nuestra mesita, a rebosar de platos, nos permitía una buena visión de la pantalla gigante de televisión. «Son unos aprovechados, sacan de todo: subvenciones, salarios sociales. Aquí nadie trabaja, sólo los de fuera», mi querido amigo volvía a la carga contra los saharauis,

«como hay que tenerlos siempre contentos para que no protesten. Pero ¿a que no sabes cuánto le cuesta a Marruecos todo esto?, pues un millón de euros al día. Y eso sin contar el gasto del ejército. Para que luego te miren por encima del hombro». Él, claro, tenía muy en cuenta quién era Merebbi, «un esbirro de Dris Basri, pero su momento ha pasado, hace tiempo que cayó en desgracia. Además yo soy un chorfa, descendiente de Hussein, hijo de Mahoma. En todo Marruecos sólo hay tres familias que puedan decir lo mismo», agraviado hasta las entrañas, de nuevo traía a cuento sus orígenes familiares. «Los Malainin dicen descender de otro hijo, Hassan. Pero, ay, amigo, cualquiera puede decir lo mismo. Es imposible demostrarlo». Poco a poco la animación retornaba, el aire de fiesta llenaba el ambiente, la terraza se iba llenando. «Son raros hasta para vender algo. Míralos, ni siquiera hacen el gesto de atenderte, de orgullosos que son».

Llamamos a Mustafá, el simpático empresario que habíamos conocido en la fiesta del alcalde de Tantán, él nos podría dar una vuelta. Automáticamente como buen beduino se puso a nuestra disposición, se acercaría al Arena a buscarnos. Para pasar la espera y como el espía estaba tan locuaz, quise meterle miedo y le hablé del caso de Timor oriental. El descubrimiento de petróleo en las aguas de la isla hizo que su destino basculase de forma radical. Estados Unidos y Australia no podían permitir que un Estado tan caótico e inestable como Indonesia controlase esas nuevas reservas. Lo más conveniente era apoyar a los independentistas, crear un micro Estado fácilmente manipulable y corrompible, como los Emiratos Árabes, y de esta forma el problema quedaría resuelto. Y así ocurrió, obligaron a Suharto a celebrar el referéndum que durante tanto tiempo habían rechazado y la población autóctona, como era previsible, votó por la independencia. Ahora Timor oriental, Estado independiente, vivía de las migajas que le pasaban las grandes compañías petrolíferas norteamericanas y australianas concesionarias de sus riquezas naturales. Sus ojos se abrieron como platos, «pobre Marruecos», se atrevió a decir. En esos instantes nuestro amigo apareció en su flamante coche.

Cenamos rico pescado de las reservas pesqueras del Sáhara. «Mañana os invito a que conozcáis mis camellos. Los tengo pastando al norte, no muy lejos», Mustafá, nuestro anfitrión había

venido acompañado por un asistente, un hombre pequeño, de mirada huidiza, miembro de la tribu ergueibat. Su madre y sus hermanos, residentes en los campamentos de Tinduf, también le habían visitado con el programa de vuelos de la ONU, «se fueron llorando. Vieron que aquí la vida es fácil, hay de todo. Allí no tienen nada, sólo hambre». Después el pequeño ergueibat dedicó toda su conversación al espía, una extraña solidaridad parecía existir entre ambos. Era también un espía, otro informador, Mustafá lo tenía con él para guardarse las espaldas. En cualquier caso a nuestro amigo no había manera de sacarle nada, como él mismo decía, «la política no me interesa, sólo los negocios». Le pregunté entonces por el sistema parlamentario marroquí, no lo entendía bien. «Hay dos cámaras. La primera se elige por sufragio universal, pero la segunda no, la eligen unos pocos. Los votos para ser elegido en la segunda cámara valen alrededor de ocho mil euros». Ya no me sorprendía nada, no quise indagar más, aún tenía grabado en mi mente el rostro aterrorizado de Nicoletta. Además el día siguiente era el último de mi viaje y quería darme una vuelta por la ciudad sin la tutela del espía, y debía pensar rápidamente cómo hacerlo. «Mañana, paella saharaui. No os olvidéis», dijo Mustafá al despedirnos. Ya en el ascensor del hotel bostecé de forma exagerada, «mañana nos vemos mejor a mediodía, para la excursión, estoy agotado de tanto coche y necesito dormir». No le dejé alternativa. Las puertas automáticas se cerraron sobre sus prominentes narices.

«NO HAY FUTURO PARA NADIE»

El Aaiún, las mañanas de ramadán, como las otras poblaciones que había visitado, era una ciudad cansada. Calor no hacía, la brisa del océano movía el aire. La imagen de una tierra abrasada por temperaturas humanamente insoportables era un tópico que sólo se hacía realidad en la terrible hamada donde malvivían los refugiados de Tinduf. Vagué por las calles. Tenía suerte, un locutorio de Internet abierto lleno de adolescentes enviándose mensajes unos a otros a la búsqueda de amistad, amor, sexo. La modernidad era imparable y ellos, factor volátil del conflicto, poseían sus propias formas de expresión. Salvo algunas chicas con velo, el resto se veía libre de prejuicios, abiertas al mundo. Me conecté a Internet y busqué la página web del Polisario, arso.org. Sin problemas

apareció informando de la huelga de hambre de los presos de conciencia saharauis por las terribles condiciones en las prisiones marroquíes. Había fotos, decenas de hombres hacinados unos contra otros, sin espacio siquiera para poner sus pertenencias personales que colgaban de las paredes. La más famosa de esas prisiones era la cárcel negra, a poca distancia de donde yo me encontraba, en la antigua zona colonial. Otra noticia, el wali, gobernador de El Aaiún acababa de ser nombrado director general de la Seguridad Nacional. El anterior había sido cesado por supuestas conexiones con el tráfico de drogas.

Crucé la avenida principal por delante del flamante hotel Moussen, Marcha Verde escoltado por su hilera de banderas rojas. Después fingiendo saber a dónde me dirigía, bajé una calle a la derecha, internándome en la parte antigua de la ciudad. Reconocí el Parador pero seguí andando, había policía en las esquinas. Llegué entonces a la antigua plaza de España, vacía y melancólica bajo los achaparrados árboles del parque. Y me dirigí, muy decidido, a llamar a la puerta de la residencia de la iglesia.

Me abrió un joven con la cabeza rapada, de aspecto español, «¿qué buscas?». Nos miramos mutuamente con desconfianza, calculando con cuidado si el otro era un espía. Por fortuna caí en gracia, no debían de recibir muchas visitas de españoles, y me dejó entrar. Se relajó y me sacó un refresco, trabajaba como voluntario para los dos curas que dirigían el lugar. «Los saharauis, todos, están hartos. Sólo la casta de los que trabajan para la administración marroquí está contenta. Incluso los de fuera no aguantan más. Desde hace un año, cuando comenzaron los disturbios en el barrio de Matala y en los institutos, todo ha cambiado. En cuanto empiece otra vez el curso, los disturbios volverán, Internet ha revolucionado todo esto». Yo estaba alucinado de que aquella isla de españolidad hubiese sobrevivido a los avatares de la historia. «No hay futuro para nadie, viven de los subsidios. Originarios del Sáhara español sólo queda en la ciudad un 20 por ciento. El resto son saharauis venidos de la zona marroquí, y marroquíes, bereberes de Sus, todos traídos para meterlos en el censo de la ONU y que pudiesen votar en el referéndum. Por eso hay tantos edificios de viviendas vacíos, para meter aún más gente de fuera, si es que alguna vez se celebra». Se levantó de la mesa y se fue hacia la ventana para comprobar que

nadie escuchaba, «ten mucho cuidado. Nos revisan hasta los libros que nos mandan desde España». Su labor allí, por supuesto, no era misionera, no pretendían convertir a nadie, «ayudamos a la gente en lo que podemos, todos los días viene alguno». En ese instante un hombre de pelo cano, bastante mayor, con camisa gris y pantalón negro, entró en la sala. No se sorprendió al verme. Era un sacerdote, llevaba en el Sáhara desde antes de 1975. «No queremos abandonar estos lugares, luego es imposible recuperarlos», me explicó que la iglesia de Sidi-Ifni había sido transformada en mezquita. «Qué suerte has tenido de ser un invitado oficial, has podido viajar al sur. Nosotros no podemos hacerlo, necesitamos un permiso especial para movernos a cualquier parte, apenas podemos ir a Dajla a ver cómo está la iglesia». No le importaba hablar de política, «antes de viajar a Estados Unidos a vender su plan de autonomía, Jalihenna estuvo por todo el Sáhara para explicar a todos los jefes de tribu que no iba a haber más referéndum, la única opción es la autonomía. Que la intifida debe acabar inmediatamente o, de lo contrario, las subvenciones, las ayudas y los regalos se suspenderán y habrá más represión». Jalihenna, el recién nombrado presidente del CORCAS, era alcalde nominal de El Aaiún, aunque desde hacía ya muchos años residiera en Rabat. El gobierno de la ciudad lo ejercía a través de su hermano Hamdi, «alcalde adjunto», también dedicado a la explotación de la fina arena del Sáhara para venderla en Canarias. Ante mi insistencia accedieron a hacerse unas fotos conmigo en la en otro tiempo plaza de España, «como tienes autorización oficial, tú sí puedes hacerlas; aprovecha». Ellos eran los últimos españoles del Sáhara, aquella prueba de su existencia era de gran importancia historiográfica.

Tenía que volver al hotel lo antes posible, la sombra del espía me perseguía. En el camino de vuelta no pude contener mi curiosidad y metí la cabeza en el Parador. Como si fuera cliente habitual, pasé de largo delante de la recepción. Estaba construido a base de patios de aire andalusí y jardines en terraza. Sobre las paredes de los pasillos, fotografías de la gran hazaña de Hassan II, la marcha verde. Campesinos marroquíes, harapientos, hambrientos, movilizados desde todos los confines del reino para culminar la unidad territorial. Sonreían, en sus manos agitaban el Corán. Había sido una gran fiesta, jaimas en el desierto, abundante

comida, una gran excursión que el rey generosamente les regalaba, un moussen por la patria. Reconfortado por la fresca penumbra del lugar conecté mi móvil e intenté llamar a Brahim Gali, el delegado del Polisario en España. No había conexión. Lo intenté varias veces. Era imposible, y sólo cabían dos posibilidades, o las comunicaciones telefónicas por móvil con España no eran posibles o mi teléfono estaba intervenido.

Calma aparente

En la cafetería del hotel me encontré a Nicoletta. «El del bigote me ha preguntado si sabía dónde estabas. Te está buscando». Tensión. No quise darle importancia, prefería que charlásemos un rato sobre su experiencia, quizá fuera el último. Se ajustó las gafas, «desde hace seis meses los marroquíes tienen todo parado, están jugando con la gente», se refería al programa de vuelos humanitarios entre la zona ocupada y Tinduf. Puso el móvil encima de la mesa, no paraba de mirarlo, vivía en un estado de ansiedad permanente. «Las familias llegan aquí para pasar cinco días con sus parientes de este lado. A partir de ese momento el servicio secreto vigila cada uno de sus movimientos. Como a mí que me tienen pinchado el teléfono, el e-mail. Estoy segura de que ya saben que tú ahora estás hablando conmigo». No quiso precisarme si era cierto que tenían comprados a los otros funcionarios internacionales que le habían precedido en el cargo, un iraquí y un libanés, «compran a todo el mundo para poder manipularlo, ésa es su política». Se había sentado estratégicamente mirando hacia la puerta, «menos la casta que les apoya, todos están en contra. Si el Polisario regresa algún día, ten por seguro que habrá una guerra civil o una carnicería contra todos esos que se han beneficiado con la ocupación».

De repente uno de los camareros que andaba por entre las mesas se acercó y se sentó con nosotros, «no te preocupes, es de confianza. Con él se puede hablar, pregúntale lo que quieras». Para que sus compañeros no sospechasen, hablaba sin dejar de sonreír, como si bromease ¿sería éste el mismo camarero que había ayudado a Mª Jesús en su viaje suicida? «Antes todos pensaban que la única forma de cambiar las cosas era yéndose, emigrando fuera de aquí. Ahora ya no es así, los jóvenes se preguntan el porqué de todo esto», el maldito espía debía de andar buscándome como un loco. «Esta calma es aparente, no significa nada. Tengo la impresión de que se

está preparando algo». Era difícil prestar atención a todo lo que decía, también yo había entrado en la dinámica paranoica de estar más pendiente de lo que sucedía a mi alrededor. «La lucha tribal es mentira, es un pretexto que ellos utilizan para justificar la situación. Los saharauis hemos vivido siglos llegando a acuerdos para resolver nuestros problemas. Si no, no hubiéramos podido sobrevivir en el desierto», abrió el cuello de su camisa y me mostró un círculo rodeado de otros más pequeños, «éste es nuestro símbolo, todos unidos por la misma causa».

Bajé a la recepción corriendo. No estaba allí. Me puse a esperarlo, yo también histérico. Al rato vi su cabeza a través de la cristalera. Me saludaba contento, yo respiré tranquilo, estaba salvado. Su colega ergueibat estaba fuera con un coche, nos llevaban a ver la manada de nuestro amigo Hussein. En el siglo XXI los saharauis eran como los toreros, cuando se enriquecían, su única obsesión era crear una ganadería, aunque en su caso de camellos. Ése era el signo exterior de su estatus, una emulación de los antiguos grandes cheijs. Retomamos la carretera del norte en sentido opuesto. El lugar de pasto no estaba lejos de las ruinas del antiguo puesto militar español fronterizo con Marruecos. El pastor a cargo era un saharaui de pura cepa, ex cabo de la guardia territorial indígena durante la colonia. Mientras los dos espías intercambiaban impresiones, él me explicaba los trucos de la cría del camello, «los machos llevan las patas atadas para que no se peleen entre sí. Las que valen son las hembras. A los machos los matamos al año de nacer cuando no los queremos como sementales». La dura ley de la supervivencia. «Son muy inteligentes, no comen cualquier cosa, prefieren esperar hasta encontrarla», del pardo oscuro al blanco había camellos de todos los colores. No tenían miedo de los hombres, se acercaban para que les acariciásemos. Una vez más contemplé la belleza que me rodeaba, esa nada lunar parcialmente moteada de arbustos abierta al horizonte, ese cielo inmenso que era la misma tierra.

BAIDA, «YO NO ME VOY A CALLAR»

Merebbi quería cuidar las apariencias hasta el final. Pasó a buscarnos para romper el ramadán en la casa de su primo, el director de inversiones que el primer día me había descubierto las enormes posibilidades que ofrecía el Sáhara. Pero seguía sin

hablarnos, con el ceño fruncido, niño testarudo que no quiere tomar la sopa. En la villa había otros invitados, pero nuestro anfitrión, en cuanto me vio entrar vino hacia mí para saber qué tal había ido nuestro viaje. «Ha sido maravilloso, el Sáhara es impresionante. Además creo que he conocido a casi todos los miembros de su familia», estaba siendo totalmente sincero, había conocido bastante bien a la legendaria familia Malainin. «Ahora que usted nos conoce, tiene que ayudarnos para acabar con todas esas asociaciones que nos difaman». Era mi última noche en el Sáhara y estaba harto, quería tener la noche tranquila, «lo único que puedo recomendarles es que abran el Sáhara a todos para que vengan y conozcan esta realidad», si estaban tan contentos con la situación actual, que acabasen de una vez con el bloqueo informativo, con los controles de policía, con los obstáculos a los observadores internacionales. Mi respuesta acalló sus demandas, me dejaron en paz.

Un nuevo invitado llegó, un directivo de Fos Bucraa, la mina de fosfatos. Al parecer, el director, como el alcalde virtual Jalihenna, también acumulaba cargos, aparte de director de inversiones, era el gerente de Fos Bucraa. Todos los demás se pusieron a discutir acaloradamente con él, que parecía traer las noticias más recientes. Al espía, como siempre, ya lo habían aislado, «¿de qué hablan? Parece ser importante». Él también estaba de vuelta de todo y, alienado, intentó traducir lo que pasaba, «los trabajadores de Fos Bucraa exigen ahora los mismos derechos que tenían en la época de los españoles. El gobierno ha aceptado darles un dinero para cerrar el conflicto y Jalihenna ya lo tiene. El problema ahora es que los representantes de los trabajadores no quieren que sea él quien lo reparta sino los propios trabajadores». Luego habló de las deudas que arrastraba la empresa por los diez años que estuvo parada a causa de la guerra, durante los cuales los trabajadores habían seguido percibiendo sus salarios mientras la maquinaria se deterioraba. «Comentan, además, que en quince años la mina dejará de ser productiva. Los costes suben y el mineral es cada vez más difícil de limpiar».

En medio de la comida entró un último invitado, de aspecto europeo, aunque saharaui. Su español era perfecto. Casualmente le hicieron un sitio a mi lado. Se presentó él mismo, «mi nombre es Baida, presido la asociación PASVERTI para defensa de los derechos

humanos de las personas prisioneras en Tinduf», ése era el plato fuerte que me habían preparado. Prisionero, él mismo, del Polisario, de 1979 a 1985, en la tristemente famosa cárcel de Rachid, a pocos kilómetros del campamento de Smara, en Tinduf. Tras su huida había vivido mucho tiempo en Canarias, donde seguía su familia. PASVERTI denunciaba la situación en los campamentos de refugiados, sin democracia, sin derechos individuales, sin libertad de expresión. La única sombra que empañaba su discurso era que su asociación estaba respaldada por Mohammed VI. «Soy miembro del CORCAS, me encargo de la comisión de derechos humanos», y encima participaba de la operación «autonomía». Cuando la comida terminó me propuso acompañarle a su casa, quería darme unos libros que recogían las denuncias individuales de las que hablaba. «Sí, claro, voy contigo». Para mi sorpresa ni Merebbi ni el espía hicieron ningún gesto por venir también con nosotros ¿el nudo se aflojaba o era una trampa?

«Yo respeto a Tamek. Le conozco bien, es un hombre íntegro», era la primera vez que un miembro de la casta leal a Marruecos me hablaba bien del cabecilla de la intifada. El lujoso coche rodaba lentamente por la gran avenida iluminada. Hombres y mujeres sentados en los cafés, paseando, viviendo la noche de fiesta. «Estoy en contra de las violaciones de derechos humanos aquí y allí. Yo he llegado a denunciar en la televisión el trato que están dando a los prisioneros en la cárcel negra». Le miré fijamente, ¿de verdad aquel hombre podía ser un auténtico defensor de los derechos humanos?, por aquellas palabras uno se convertía al instante en enemigo del sistema, pero ya no me fiaba de nadie. «Fui con Jalihenna a Madrid para presentar a los partidos políticos nuestro plan de autonomía. Fueron muy amables con nosotros pero, hicimos el ridículo, no podíamos hablar de algo que nadie conoce todavía. En el último viaje que organizaron a Nueva York yo me negué a ir». Los amables partidos políticos españoles, sentí vergüenza, ellos sabían más de autodeterminación que nadie. «Yo apoyo la autonomía, pero una autonomía real, que nos permita gestionar libremente nuestros recursos. Hasta ahora aquí sólo ha habido colonización forzada, los de aquí no llegamos al 40 por ciento, el resto, marroquíes. Mira las calles», las dos comunidades caminaban juntas pero perfectamente distinguibles, inmiscibles. «El gobierno se ha dado cuenta de que

con los juicios no va a ninguna parte, atraen la atención internacional. Han sido un fracaso. La nueva política es hacer desaparecer a los revoltosos, así se evitan los problemas», aquélla era una denuncia bien grave, ejecuciones extrajudiciales. «Yo no me voy a callar. El día que vengan a por mí me largaré a Canarias. Todos los míos están allí», ¿existiría una tercera vía en este problema?, Baida podía representar la verdadera oposición interna al Polisario, aquellos que rechazaban su predominio e intentaban buscar otras fórmulas sin por ello perder sus principios. Llevado por la confianza que me daba su extraña coherencia, le confesé que era consciente de que todo mi viaje había sido un montaje.

Baida no vivía en una villa como la casta dirigente, vivía en un palacio, como los grandes de la casta, como Jalihenna, el gran traidor, que también vivía en la misma zona. Altos muros, jardines frondosos e inquietantes, enorme portalón de hierro. Le esperé afuera con el chófer. Y sentí miedo, todo podía ser una trampa y yo había caído de lleno. Pregunté al chófer por su jefe, «es un hombre bueno y recto. Tiene una empresa constructora. Ahora trabajan en el muelle de Bojador». Regresó con los libros y reemprendimos el camino de vuelta. Le hablé de Nicoletta, de su trabajo. Él se mostró muy interesado en conocerla, ella debía conocer otra gente, más próxima. En un impulso le pedí su móvil y marqué el número de Nicoletta. Su angustiada voz surgió al otro lado, «¿estás bien? ¿Te ha pasado algo?». Yo le expliqué a quién acababa de conocer y mi sugerencia de que se pusieran en contacto. Ella me cortó en seco, «no puedo, no puedo», y cortó. Volví a sentir miedo. Al llegar a la villa del Malainin, Baida me paró un momento antes de entrar, «que sepas que la mitad de los que hay dentro trabajan para la policía».

ADIÓS A MEREBBI

La paella saharaui de nuestro amigo Mustafá, «a mí no me interesa la política. Yo sólo me dedico a los negocios», la había preparado su asistente, el ergueibat espía, en su propia casa. Arroz con carne de camello y pescados del banco sahariano, un manjar exquisito. Desde la cafetería Arena, a esa hora ya hasta la bandera, fuimos paseando. Con nosotros cuatro venía también otro individuo extraño, un ingeniero marroquí que trabajaba en Fos Bucraa. Quizá otro testigo de cargo, por lo que pudiera pasar. «No sé quién puede haber dicho que tenemos problemas en la mina. Eso es mentira», por dejación

del resto se había convertido en la voz cantante de la cena. «Tampoco pasa nada. Después de todo aquí hay petróleo», le pinché con mis últimas fuerzas. «¿Petróleo? ¿Dónde?, como dijo Hassan II, la mejor riqueza de un país son sus hombres. En Argelia tienen petróleo y qué, están menos desarrollados que en Marruecos. Gracias a Dios que Marruecos no tiene petróleo». Aquello era el colmo del cinismo, a éste le paraba yo los pies, había llegado al límite. «Mira, no digas tonterías. Todo el mundo sabe que en el Sáhara hay petróleo». Se hizo un silencio en la mesa, los otros me miraron con cara de súplica para que no siguiese por ese camino. Para suerte de todos incluida la mía, el ingeniero cambió de tercio como si nada hubiera pasado. Comenzó a describirme las excelencias de las grandes ciudades de Marruecos, Fez, Marrakech, Rabat..., yo comía y comía mientras me sumergía en el limbo del cansancio de tantos días de viaje, de tantas tensiones, de tanto desierto. No quería saber nada más de nada.

En el moderno aeropuerto de El Aaiún el espía me abrió paso en el control de policía. Merebbi, a nuestro lado, era una sombra arrogante y altiva a la que ya no prestábamos atención. Teníamos asientos reservados en clase business hasta Casablanca, el dulzor de la acogida duraría hasta que tomase mi vuelo a Madrid. En aquellos momentos mis sentimientos estaban encontrados. El espía, a su modo, había sido un buen compañero de viaje a pesar de su desagradable función. Y por supuesto estaba muy agradecido a Merebbi, el descendiente del gran Cheij Malainin, un intelectual descreído, un personaje shakespeariano, cruel y afectivo a la vez. Él y sus parientes habían sido mis pastores en aquel desierto tan codiciado. Su inteligencia y amor a su tierra eran incuestionables. Sin embargo, su absurda pretensión en defender una lealtad meramente interesada les hacía a él y a los suyos vulnerables y mezquinos, como los amantes despechados que con facilidad encuentran consuelo en otros brazos. En cualquier caso les sentía cercanos. Era muy difícil juzgarles cuando yo, por mi condición de español, era en gran parte responsable de su desgracia y de las terribles y dolorosas decisiones que todos ellos habían tenido que tomar a lo largo de su vida.

Al aterrizar en Casablanca quise darle un abrazo a Merebbi, lo necesitaba. Él se había dado cuenta muy pronto de que el juego

conmigo no funcionaba. Cuando ya no pudo más había estallado. Pero no importaba, yo quería expresarle, aunque fuera por unos segundos, mi agradecimiento por haberme soportado tanto tiempo. En el vestíbulo donde debíamos separarnos esperé en vano a que saliese. Pasaron quince minutos y nada. Habría salido por otro lado. Y me sentí fatal, el hijo que se da cuenta de que no puede dejar de querer a su padre aunque sea un ser lleno de defectos. Arrastré apesadumbrado mi maleta hasta la sala de conexiones internacionales. Me acordé de la maza rompe-azúcar que llevaba conmigo, del desierto y de su belleza.

CUARTA PARTE

REGRESO DESDE EL ABANDONO

Los años de inmovilismo. Desde 2006 hasta la actualidad. El fracaso de la negociación

XIX

Presunto culpable

LA CONFESIÓN DE MUSTAFÁ

Las semanas pasaron lentamente. Una mañana cenicienta. Afuera, en la calle, el viento hacía volar las últimas hojas de los tilos. Apoyado sobre la estrecha barra del chiringuito de Moncloa, el rostro de Mustafá era tal y como lo recordaba, los rasgos fuertes y elegantes de un hombre del desierto. Sin embargo lo encontré diferente, su sonrisa, franca y abierta, no enmascaraba ahora ningún riesgo. Yo sin más preámbulo me lancé a su yugular, necesitaba su verdad, «el espía me escribió hace poco, me preguntó si nosotros nos habíamos visto después del viaje o si habíamos hablado». Él venía preparado, «claro, yo no entraba dentro de sus planes. El azar me llevó a vuestra mesa en la fiesta de Tantán». Pedimos un café, «se puso muy nervioso cuando nos vio hablando en español. Enseguida me di cuenta de que me la estaba jugando, aquel tipo es muy peligroso. Por eso me fui fuera a fumar un cigarrillo». El humo del café con leche se mezclaba con el de su cigarrillo, «como ya te conté, soy empresario, sólo me dedico a mis negocios y nunca he aceptado ninguno de sus regalos, sé que luego tendría que devolverles el favor denunciando a los míos. Conmigo que no cuenten, yo todo lo pago con mi dinero». Instintivamente, aunque con cierto disimulo, miraba de manera sistemática hacia los lados pero nadie estaba pendiente de nosotros. Tenían prisa, tomaban su café casi hirviendo y regresaban al frío. «La tribu ya no significa nada, lo único que importa es el dinero y ellos lo saben. Los traidores lo tienen todo, los que se resisten no tienen nada». Mustafá pretendía ser ajeno a la política, él estaba sólo dedicado a los negocios como nunca se cansaba de repetir, sin embargo él era también uno de los privilegiados, también participaba del botín: «¿A que nadie te contó que Jalihenna, el más traidor de todos, era primo de El Uali, el fundador del Polisario? El líder del proyecto marroquí de autonomía, ¿te das cuenta? Cuando comenzó la ocupación también se quedó con dinero del Polisario. ¿Qué se puede esperar de un hombre que tiene a su familia viviendo de la

caridad para tenerlos amarrados?». Había quedado conmigo, de alguna manera, para confesarse. «Otros a los que la gente odia son los Malainin. Éstos tienen mucho poder porque casi todos tienen estudios, es gente preparada y al rey le interesan mucho para ponerlos en puestos claves. Pero ellos son engreídos, miran a los demás por encima del hombro, con Jalihenna y los ergueibat se llevan a matar, se odian». Pero para redimirse tenía que echar mucho barro a los demás, en especial a los que se llevaban la mejor parte, justificarse. Había dejado de mirarme aunque sus ojos siguiesen puestos en mí, «en tu viaje no pudiste darte cuenta pero la atmósfera es terrible. Miedo por todo, y todos vendiéndose para sobrevivir. Incluso tienen vigilado el edificio de la ONU, desde enfrente sacan fotos de todo el que entra. Pero en cuanto cerramos la puerta, todos los saharauis, hasta los Malainin y Jalihenna, pensamos igual, queremos vivir solos, sin rey ni marroquíes a nuestro alrededor». Sus ojos ardían. Era el fuego purificador.

Luego se relajó y me lanzó un poco de carnaza, el último suceso: cinco kilómetros de la cinta transportadora de fosfatos habían sido quemados. Los gendarmes habían responsabilizado a los poblados nómadas cercanos y habían detenido a muchos. «Con el tiempo la situación no mejorará, para nada, ya lo verás, todo saltará por los aires. Aunque para eso pueden quedar todavía muchos años. Y si algún día llega la independencia, nos pedirán cuentas a todos, a mí también, como en el juicio final. Habrá una guerra civil. Y España tendrá que intervenir, sois los únicos que podéis hacerlo. Después de todo sois también culpables». De repente la tensión volvió a su rostro, se le tensaron las mejillas, se le plegaron los párpados. Debía volver a su realidad a toda prisa. «Por favor, no intentes comunicarte conmigo, ya lo haré yo si vuelvo en otra ocasión. No me mandes correos ni cartas, nada. Sería mi perdición, estoy vigilado, por favor, compréndelo». Y así fue, desapareció en un taxi rumbo a una cita de negocios y nunca más supe de él.

PERFIDIA

Ya creía tener el cadáver diseccionado en su totalidad. Los hechos, además, habían ido encajando en una larga cadena. El criminal no andaba lejos y había llegado el momento de enfrentarme a una tarea complicada, y en aparencia secundaria, que sólo me correspondía a mí como jurista internacional: levantar un pliego

acusatorio perfectamente fundamentado que aclarase las actuales responsabilidades legales del presunto culpable principal: España. Para mi sorpresa la siempre egocéntrica doctrina española —mis maestros en este arte—, como si se tratase de un pleito que afectaba a una minúscula tribu de una isla perdida del Pacífico, había pasado por alto esta cuestión en todos estos años de abandono desde 1975 hasta la fecha. Ningún artículo, ningún comentario, ninguna referencia concreta, una pasividad muy sospechosa. Y la sorpresa era mayor cuando comprobaba que todos los documentos y libros sobre el asunto —la prueba documental del crimen, contrastados con las sencillas pero demoledoras normas que rigen el derecho internacional— conducían a una misma conclusión.

España responsable del Sáhara occidental

A pesar de las cortinas de humo con las que España intentaba mostrarse como un mediador neutral de todo aquel desastre, sigue siendo en la actualidad —bien entrado ya el siglo xxi— responsable legalmente del Sáhara occidental de acuerdo con el derecho internacional. De hecho nuestro amado y humanitario país aparecía incluido todos los años por la ONU en la lista de potencias administradoras de territorios aún por descolonizar que uno podía consultar con facilidad por Internet. El Sáhara occidental continuaba siendo legalmente un territorio de nuestra responsabilidad, y por tanto debíamos dar cuentas ante las Naciones Unidas de nuestras actividades en esa zona. Desde 1963, fecha en que entramos en esa lista por primera vez, nunca habíamos dejado de estar obligados a proteger a sus habitantes y sus riquezas naturales. Esta condición de potencia administradora no terminaría hasta el momento de la descolonización del territorio, nuestra obligación principal, un evento que, a pesar de los pesares, seguía pendiente. Y la descolonización, después del famoso dictamen del Tribunal Internacional de Justicia, sólo podía llegar por medio de un referéndum de autodeterminación en el que la población saharaui decidiese libremente su futuro.

La única forma en que España podía, desde el punto de vista del derecho internacional, haber dejado de ser responsable del Sáhara occidental era mediante la aprobación de dicha renuncia por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, foro en el que estaban representados todos los Estados del mundo y donde no

existía el derecho a veto de las grandes potencias. Sin embargo, como ya sabemos, aunque los acuerdos de Madrid de 1975 con Marruecos y Mauritania fueron autorizados por una ley aprobada por las Cortes franquistas horas antes de la muerte oficial del dictador, nunca recibieron el respaldo definitivo de una resolución de la ONU. Y esto explicaba que internacionalmente siguiéramos apareciendo en dicha lista, como una pista más de nuestra ignominiosa conducta, aunque por supuesto figurase en pie de página que España había declarado, en la famosa carta del gobierno español de 26 de febrero de 1976, que ya no estaba presente en el territorio y que se consideraba desligada de toda responsabilidad internacional relacionada con el mismo. Como el padre desnaturalizado que declara que ya no quiere hacerse cargo de su hijo menor de edad y lo abandona entregándolo a un vecino de perversas intenciones.

Pero, entonces, legalmente ¿en calidad de qué Marruecos controlaba el territorio desde hacía ya casi cuarenta años? La respuesta era bien triste, aquella ley franquista de un solo artículo, pues ni siquiera contenía las condiciones en que se traspasaba la administración del Sáhara occidental ni ninguna referencia al deber de cumplir con la autodeterminación de su población, seguía vigente y formaba parte del ordenamiento interno español, inaudito. Ningún gobierno de la democracia, Suárez, González, Aznar, Zapatero, se había atrevido a derogar o declarar nula aquella ley que, a todas luces, era contraria a la Carta de Naciones Unidas e infringía uno de los principios esenciales del derecho internacional como es el derecho a la autodeterminación de los pueblos colonizados. Para España, Marruecos era legalmente, por cesión nuestra, la potencia administradora del Sáhara occidental, aunque esta cesión careciera de efectos internacionales, un contrato privado que nunca se lleva al notario para hacerlo escritura pública porque sería rechazado por ser contrario a la ley al perjudicar a terceros. Y ¿por qué? ¿Por qué la España democrática, tan defensora siempre de todas las causas, mantenía esa vil norma digna de nuestra historia más negra? La respuesta nos llevaba a una posible zona oscura de intereses siniestros difícil de interpretar, lo que sí estaba claro es que tenía un único beneficiario principal, Marruecos, y otro secundario, Francia.

La cobertura exterior que continuaba dando España, pues es la que formalmente seguía siendo responsable ante la ONU, le servía a Marruecos para justificar su papel de administradora de hecho del territorio, al amparo de aquel fraudulento contrato de cesión, los acuerdos de 1975, que escondía la verdadera realidad, la ocupación ilegal del Sáhara occidental para integrarlo dentro de sus fronteras, engullirlo, sin estar obligada a dar cuentas a nadie porque no aparecía en ninguna lista oficial. Tranquilamente nuestros vecinos del sur, una vez instalados allí, y dispuestos a disfrutar sin límite de todos sus recursos, guardaron su copia de los acuerdos de entrega en la caja fuerte de algún palacio de Marrakech, y se olvidaron de los flecos legales internacionales. Ya tenían a sus amigos para resolverlos si surgía algún problema.

Este fraude había reportado a los españoles escasos beneficios, había permitido firmar, a precio de oro, acuerdos con Marruecos para que nuestros barcos pudieran seguir faenando en las aguas saharianas y continuar teniendo beneficios de los famosos fosfatos hasta hacía bien poco. Pero el fraude español había encontrado interesados seguidores en otros lares. Los acuerdos de pesca de la Unión Europea con Marruecos también incluían las aguas del Sáhara y aseguraban a Mohammed VI cientos de millones de euros sin justificar. Todo ello en contra del derecho internacional, como había aclarado en 2002, por medio de un informe al Consejo de Seguridad Hans Corell, subsecretario general para Asuntos Jurídicos, quien, al ser preguntado capciosamente por la posibilidad por parte de Marruecos de explotar el petróleo del Sáhara occidental, había aclarado que se debía respetar ante todo la soberanía de los pueblos pendientes de descolonizar sobre sus recursos naturales, y que Marruecos, como carecía de título jurídico para estar allí, sólo podría hacerlo si contaba con el respaldo de los propios saharauis. Incluso la ONU, tras una inteligente labor de minado progresivo de la diplomacia francesa a través de sus funcionarios destacados en Nueva York, había llegado a hablar, en informes de la Secretaría General de 2003, de Marruecos como la potencia «administrativa» del territorio, un término que no existe en derecho internacional. El crimen proseguía e iba incorporando nuevos cómplices, el fraude español hacía estragos, Marruecos se podía quedar con todo y sin necesidad de responder ante nadie, a

quién le importaba ahora que legalmente España siguiese siendo responsable si nadie se iba a atrever a decírselo a la cara. Hassan II, a diferencia de Franco, sí que había dejado todo atado y bien atado.

Si el Parlamento español, representante del pueblo español, en un acto de honestidad histórica y de reconocimiento del derecho internacional como establece nuestra Constitución, dejase sin efecto la infamante ley que autorizó los malditos acuerdos de 1975, o el gobierno, en un acto de auténtica audacia progresista, declarase públicamente que son nulos, nuestro país recuperaría de inmediato su capacidad de maniobra y podría exigir, como el enajenado que recupera de golpe la cordura y quiere poner orden en su vida, el restablecimiento de la legalidad internacional para garantizar por fin la autodeterminación del pueblo saharaui. Sería tan fácil, tan hermoso.

Para evitar malos entendidos, volví a buscar en el diccionario de la RAE el significado de la palabra. Sí, aquí estaba, «fraude», delito que comete el encargado de vigilar la ejecución de contratos públicos, o de algunos privados, confabulándose con la representación de los intereses opuestos. No, no me había equivocado. Una extraña sensación de acidez y malestar fue llenando mi estómago.

Conferencia en La Haya

Pedro, el profesor portugués, y su mujer, una holandesa entusiasta y maternal, nos fueron a recoger a todos los expertos personalmente al aeropuerto de Schiphol. Como si fuese el agraciado depositario de una revelación de los dioses hasta entonces secreta, apretaba en mi puño el USB en forma de llave que contenía el texto de mi ponencia. La ciudad de La Haya, pétrea, gris y distante, parecía una bibliotecaria quisquillosa que recelase de nuestra presencia y sobre todo del motivo de nuestro encuentro, analizar el conflicto del Sáhara occidental desde la perspectiva del derecho internacional actual. Nuestro destino, el Instituto de Estudios Sociales, no se encontraba lejos del vetusto edificio sede del Tribunal Internacional de Justicia tan lleno de fantasmas. Pedro nos advirtió que el embajador de Marruecos llevaba varios días intentando impedir la celebración del acto alegando motivos de seguridad pública ante las autoridades holandesas que, afortunadamente, habían resultado infructuosos. Como último recurso, el astuto diplomático había

atizado a las convenientemente controladas asociaciones de emigrantes marroquíes para que se manifestasen frente al edificio del Instituto en defensa de la integridad territorial del reino y reventasen la conferencia. Cuando bajamos del viejo coche familiar del valiente profesor, observamos que la policía prácticamente había tomado los aledaños. Las dudas me asaltaban, ¿estaba siendo desleal con mi propio país al sacar a la luz quirúrgica de los extranjeros, siempre tan rastreros con España, nuestros trapos sucios?

Confieso que mi voz tembló durante mi primer minuto de intervención, la saliva se me apelmazaba en la garganta, quería dar cierta entonación británica a mis palabras pero sólo me salía el tono duro y monocorde hispánico. Ya estaba hecho, bruscamente finalicé mi discurso creando un suspense involuntario. Levanté la vista de mis hojas y creí ver gestos de asentimiento y aplausos generalizados entre el atrevido público que asistía al acto. Respiré tranquilo, lleno de una inesperada paz. Los otros académicos internacionales habían centrado sus ponencias sobre aspectos más inmediatos del conflicto, el desarrollo de las negociaciones, las posibles salidas, la protección de los recursos. Yo, en cambio, había querido ir a la raíz, al primer acto a partir del cual todos los que habían seguido eran su terrible consecuencia. Los viejos pecados tienen largas sombras. En la audiencia había miembros y simpatizantes del Polisario refugiados en Holanda y también saharauis promarroquíes recién llegados desde El Aaiún. En el turno de preguntas y aclaraciones ninguno de ellos levantó su voz para contradecirme o rechazar mis argumentos, que España fuese todavía la potencia administradora del Sáhara, aunque no ejerciese de ello en nada, y hubiese cometido un fraude para enmascararlo, no modificaba sus respectivas posiciones de todo o nada. Sin embargo sentado allí entre las víctimas de nuestro crimen, había un joven, gordito, bien trajeado, con gafas, que parecía haberse colado en el acto para hacer tiempo. Él tampoco dijo nada, se quedó callado. No me sorprendió, era lo coherente desde el año 1975. Aquel elemento extraño en aquella sala era nada menos que el secretario de la Embajada de España en Holanda, enviado por su superior para ver, oír y callar. Vergonzoso.

En el cóctel de clausura, otra Malainin, prima de Merebbi, no cejaba en su empeño de acaparar mi atención hablándome de las

maldades del Polisario invitándome a visitarla en su villa de Rabat. En un descuido mientras contestaba una llamada en su móvil, huí a la barra para rellenar mi copa. Pedro me vio y me tomó del brazo, «quiero presentarte a alguien muy especial». Una mujer alta, delgada, de rasgos elegantes, envuelta en una melfa en tonos malva y únicamente protegida de la maldad humana por unas tenues gafas de montura de metal, «te presento a Aminetu Haidar». Aquélla era la famosa dama que traía en jaque a todo el aparato de propaganda marroquí. Estreché su frágil mano, intercambiamos una breves palabras en francés y desapareció entre la gente.

Después del 11-M, una propuesta de autonomía

De regreso a Madrid entré en un inesperado letargo. Ordené los apuntes de mis viajes y los guardé en un cajón de mi mesa a la espera de que sucediese algo, no sabía muy bien el qué, pero que me animara a continuar investigando. Sin embargo la trama parecía haber tomado una dinámica fatalista. De vez en cuando leía en los periódicos alguna noticia sobre el tema, por lo general proveniente del Sáhara ocupado, en la que se hablaba de detenciones, torturas o juicios a los que habían osado levantar la voz, sin que ello me empujase a ninguna acción concreta. Poco a poco fui viendo todo aquello como algo previsible y al mismo tiempo descorazonador y mi propia impotencia me hacía pasar la página, concentrarme en cualquier otro suceso también desgarrador. El mundo no tenía remedio, la maldad reinaba a sus anchas. Mis sensaciones eran análogas a las que podía sentir alguien cercano a una de esas bellas adolescentes que de forma misteriosa aparecía muerta casi invariablemente todos los años en alguna ciudad de provincias española. Al principio todos se indignaban y salían a la calle a manifestarse, incluso miraban con aire de sospecha a cualquier otro que pudiera tener alguna relación con la víctima. Al cabo del tiempo tras los primeros intentos fallidos de la policía por aclararlo, el expediente pasaba sin remedio a otro estante, a dormir, junto a tantos otros, hasta que una nueva pista permitiera solucionarlo. Darle vueltas a lo mismo era una pérdida de tiempo.

Con el 11-M el Polisario se había quedado sin su atípico valedor, José María Aznar, el único que había defendido el derecho a la autodeterminación del pueblo saharaui frente a su amigo Bush. Su cerrazón en tantos asuntos en este caso había tenido un efecto

positivo, el plan Baker aprobado por el Consejo de Seguridad en agosto de 2003 suponía una autonomía temporal con un referéndum final con todas las opciones abiertas, incluida la independencia. Todo eso también se lo llevaron aquellas bombas en los trenes colocadas por esos muchachos marroquíes residentes en Lavapiés. En abril de 2004 Mohammed VI, respaldado por el nuevo gobierno de Madrid, la no oposición de Bush y su fiel tutora Francia, había rechazado el plan aprobado, Marruecos nunca aceptaría semejante referéndum, únicamente, si acaso, uno sobre la autonomía, su soberanía sobre el territorio era incuestionable. Habían encontrado la piedra filosofal, el peligro fundamentalista, y una eventual pérdida del Sáhara para el rey significaría, según ellos, la desestabilización del país, quizá la llegada de los barbudos al poder. Para Bush era evidente y Francia, contenta, asentía con la cabeza como a los niños que descubren algo evidente por primera vez.

El derecho internacional, una vez más, mostraba su triste ineficacia. Baker dimitió de inmediato. El nuevo diplomático de la ONU encargado de las nuevas negociaciones, Van Walsum, tiene un nuevo cometido, que las partes lleguen a un acuerdo «realista», en otras palabras, la celebración del dichoso referéndum de independencia pasa a segundo plano. Toda la presión se concentra ahora sobre el Polisario, hacerles entender que es la única salida, de lo contrario, el tiempo los devorará. En Tinduf los dinosaurios se enfrentan a sus peores sueños, los más audaces vuelven a la polvorienta sala de estrategias. La guerra, siempre nos quedará la guerra. La corte de Rabat vive sus momentos más dulces.

¡Autonomía! ¿Alguien sabe acaso lo que es? Los cortesanos todavía luchan con algunos flecos jurídicos difíciles de resolver mientras los americanos llevan más de dos años esperando una propuesta concreta de los marroquíes que sirva de base a las negociaciones. La respuesta oficial siempre es la misma, el CORCAS, el real consejo consultivo para el Sáhara, está trabajando sobre la propuesta, no molestar. La realidad es otra, nadie sabe nada sobre el tema y lo que es peor, nadie quiere saber nada porque en una monarquía prácticamente absoluta y de origen divino como la de Marruecos nadie se imagina a otra persona, y menos a un grupo o un territorio, actuando autónomamente, por su cuenta, al margen

del rey y de los que lo sostienen. Ottaway y Riley, dos académicos anglosajones expertos en democracia y nada sospechosos sobre sus afinidades, en un estudio de 2006 comentan, «las reformas realizadas tanto por Hassan II como por Mohammed VI no son auténticas reformas políticas que hayan cambiado la distribución de poder y la naturaleza del sistema político. El poder continúa en manos de la monarquía, que no se encuentra limitada por ninguna disposición constitucional ni contrapeso institucional. El rey sigue siendo libre para tener en cuenta o no el resultado de las elecciones cuando forma un nuevo gobierno. Los consejeros reales todavía supervisan las actividades de los ministerios del gobierno. Después de casi veinte años de reformas, la democratización aún tiene que empezar en Marruecos». Por otra parte no se debe olvidar que cinco de los ministros del gabinete, los llamados «de soberanía», interior, exteriores, defensa, justicia, asuntos islámicos y la secretaria de gobierno, son de nombramiento real directo. Y más que todo eso, el príncipe de los creyentes rige, de hecho y de derecho, la vida de sus súbditos en lo divino y en lo humano, «un decreto del rey (dahir), dictado al amparo del artículo 19 de la Constitución es una fuente de Derecho que no puede ser revisada por ninguna otra instancia» judicial ni constitucional, como abunda Carlos Ruiz Miguel, catedrático de derecho constitucional en Santiago. ¿Qué puede ser la autonomía en este panorama?

Ahora bien, si este país se pasea por el mundo, y así es reconocido en América y Europa, como una democracia del mundo árabe donde se respetan los derechos individuales como si hubiésemos de aplicar otros baremos, ¿por qué no hablar de autonomía? Dicho y hecho, un grupo secreto de expertos internacionales se pone manos a la obra. A finales de 2006 Bush no aguanta más, quiere la propuesta ya. Finalmente el pacto de los montes se produce en una ceremonia palaciega, el CORCAS presenta en diciembre al monarca el mágico proyecto. Sus disposiciones están cuajadas de trampas dignas de un estudiante de primer año de Derecho. Partiendo de la sagrada soberanía marroquí sobre el Sáhara se establece aparentemente una estructura similar a la de las comunidades autónomas españolas, con un parlamento y un gobierno regionales, pero acto seguido se aclara que dicho parlamento debe garantizar la presencia en su seno de

representantes de todas las tribus saharauis, o sea que de elecciones libres y directas, nada, la tribu, la oligarquía de siempre. En cuanto a las competencias el gobierno de Marruecos, aparte de su derecho a desplegar su bandera y su ejército libremente, se queda con las competencias en recursos naturales (fosfatos, pesca, petróleo) y justicia, así como relaciones exteriores. Y como guinda, la gran guinda roja y brillante de la realidad marroquí, el rey conserva sus atribuciones religiosas y constitucionales, su poder absoluto de intervención en cualquier materia sin límite, el famoso artículo 19. Por supuesto habría referéndum pero sólo sobre este proyecto, junto con las enmiendas que surgieran de la negociación. Cuando este engendro llega a los países amigos de la resolución pacífica del conflicto, las reacciones son las previsibles. Francia lo estima «constructivo y serio», Estados Unidos lo encuentra «una solución realista y realizable», y España considera que «podría crear una dinámica de diálogo para superar el estancamiento actual y progresar sobre esta base para llegar a una solución». Ban Ki-Moon, el nuevo secretario general de la ONU, lo considera «flexible» y «un nuevo elemento para el arreglo de la cuestión del Sáhara a través del consenso». La resolución 1754 del Consejo de Seguridad toma inmediatamente nota de la propuesta de autonomía marroquí y califica los esfuerzos de Marruecos de «serios y creíbles». A partir de este momento es una cuestión de tiempo que el hábil Van Walsum lleve al Polisario contra las cuerdas y empiece a tragar. Después de todo se trata simplemente de una base para la negociación, comentan para quitarle hierro al asunto y más de treinta años de reivindicaciones fundamentadas en el derecho internacional.

UNA MONARQUÍA ABSOLUTA AL DESNUDO

El primer encuentro, con las nuevas premisas, se celebra en una mansión georgiana en Long Island, no lejos de Nueva York. Rodeados del esplendor en la hierba de los parques circundantes, el Polisario sigue tragando quina, al otro lado de la mesa, formando parte de la delegación marroquí, tiene que soportar la jeta de Jalihenna Uld Rachid, el presidente del CORCAS, el peor de todos los traidores. Los representantes de Mauritania y de Argelia asisten como convidados de piedra. A Bujari, el representante polisario, ante semejante encerrona en la que únicamente figura como documento de discusión el ingenioso proyecto de autonomía, sólo le

queda desviar la discusión hacia la continua represión que viven los defensores de derechos humanos saharauis en el territorio ocupado.

Durante todo el verano la televisión pública de Marruecos recuerda a los emigrantes marroquíes su deber de enviar dinero a sus familias, la mitad de la población tiene menos de treinta años y entre ellos la mayoría está en el paro y vive todavía con sus padres hasta casi los 40 años. Las elecciones parlamentarias del 7 de septiembre son un desastre para la pretendida democratización del país, la participación es la más baja de toda la historia, sólo han votado un 37 por ciento de los electores, de los cuales una quinta parte introdujo el voto en blanco, y esto teniendo en cuenta la extendida práctica de la compra del voto en las áreas urbanas y rurales más desfavorecidas. «Amplios sectores de la población han llegado a la conclusión de que el parlamento es una institución fallida que puede hacer muy poco para solucionar sus urgentes problemas económicos y sociales», señala un experto en la región del prestigioso Carnegie Endowment for International Peace, «el sistema electoral nacional, basado en la representación proporcional, siempre da lugar a un parlamento fragmentado que es fácilmente controlado por la monarquía. La concentración del poder ha reducido además al gobierno al papel de ejecutor de las políticas diseñadas por el rey». Y concluye, «en este contexto la apatía del votante se convierte en una forma de protesta para la mayoría de los ciudadanos marroquíes en contra de un proceso aparentemente plural». En este ambiente mayoritario de rechazo al sistema el partido que obtiene más representación es el nacionalista Istiqlal, que es interpretado por algunos intelectuales marroquíes con horror como una regresión a los tiempos de Hassan II. El único que puede estar contento de los resultados es, para gran consternación de los protectores internacionales de la monarquía, el fundamentalista Movimiento por la Justicia y la Caridad del cheij Yassin, un anciano viejo y visionario que promueve la abstención al rechazar un sistema que considera intrínsecamente corrupto, y por tanto irreformable. En las «provincias del sur», otro mundo, no ha habido tal abstencionismo para gloria del sistema, las elecciones son una fuente extra de dinero para la depauperada población y el engranaje tribal funciona de maravilla a la hora de asegurarse la participación de los saharauis.

El amigo francés, Sarkozy

Sarkozy visita Marruecos en medio de vítores. Mohammed VI echa el resto, son tres días de paseos en coche descubierto entre la multitud, cenas interminables llenas de lujo oriental, brindis donde se jura amor eterno, y además se hacen negocios, Francia es el primer socio comercial del reino. Las imágenes recuerdan aquellas de Eisenhower en su apoteósica visita a Franco en 1953, Sarkozy nos salvará. La única sombra, las cinco demandas internacionales de detención cursadas por un juez francés contra altos dignatarios de palacio por estar involucrados en la desaparición durante los años de plomo de Hassan II del disidente Ben Barka, el icono de la izquierda marroquí.

Al cabo de casi un año y tras otros tres encuentros similares Van Walsum, el instigador de la ONU y del nuevo plan Bush-Francia-Moratinos, empieza a darse cuenta de que los polisarios no van a ceder su derecho a la autodeterminación por sí mismos. Los enviados de Mohammed VI también se están poniendo nerviosos, no terminan de pasar página sobre la nueva situación y esta vez no está tan claro que el tiempo corra en su favor. La negociación se ha estancado y Van Walsum, en su desesperación, lleva el asunto hasta el límite. En abril de 2008, cuando se revisa el tema en el Consejo de Seguridad, el holandés pretende que se apruebe una declaración condenando al Polisario por aferrarse inútilmente a la opción de la independencia. Argelia, el hermano protector y creciente potencia regional por los elevados precios energéticos, llama a Ban Ki-Moon y le dice que por ahí no pasa, y el inexpresivo secretario general de la ONU tiene que dar marcha atrás, Bush ya está prácticamente haciendo las maletas en la Casa Blanca. El polisario Bujari se da cuenta de que debe aprovechar el momento, tienen que hacer saltar todo por los aires porque ese tren sólo tiene una dirección, acabar con su sueño. La única baza es romper el absurdo secreto de estas conversaciones bajo presión, abrir la caja de Pandora a la opinión pública, su último sostén. El presidente polisario Abdelaziz, desde su oficina chabola en los campamentos de refugiados, envía una carta pública a la ONU acusando al negociador Van Walsum de favorecer a Marruecos y pidiendo su cabeza. El holandés, con la amargura y la libertad del que tiene los días contados, declara: «El Polisario tiene la legalidad internacional de su lado; ahora bien, el

Consejo de Seguridad no está dispuesto a ejercer sus poderes y a imponerla. A aquellos españoles que se preocupan de corazón por el bienestar de los saharauis les aconsejo que se pregunten si actúan correctamente animando al Polisario a toda costa por la plena independencia». Sin embargo Sarkozy sigue moviendo piezas a favor de su amigo, un diplomático francés de la vieja escuela es elegido por Ban Ki-Moon como encargado de todas las operaciones de paz, incluida la del Sáhara occidental, bravo.

Mientras en ese tren en una sola dirección se suceden nuevas paradas llena de bandas de música, pompa y circunstancia. Los hábiles ingenieros franceses y españoles, tan fraternales, consiguen que la Unión Europea conceda al pacífico y siempre cooperativo reino de Marruecos el estatuto de país avanzado dentro del proceso de asociación con los países vecinos del norte de África. Una condecoración vacía, sin soporte legal ni prebendas especiales, algo de cara a la galería, como esos títulos nobiliarios con nombres de santos que el Vaticano vendía antes para complacer a los nuevos ricos. Pero cuánto le gusta al rey restregarle este honor a sus vecinos.

La era Obama

En noviembre Obama gana las elecciones presidenciales estadounidenses y un nuevo aire, fresco y renovador, parece recorrer el desierto. El nuevo negociador de la ONU propuesto por Ban Ki-Moon, Christopher Ross, es finalmente aceptado por Marruecos a principios de 2009 con el argumento de que, como antiguo embajador de Estados Unidos en Argelia, va a tener más capacidad para convencerla y conseguir que presione a los polisarios a ceder. Sin embargo este nuevo aire es real y a Mohammed VI le deja helado en cuanto abre un poco las ventanas. Aun así los millones de euros que gasta en propaganda y favores por los pasillos de Washington le siguen dando beneficios, más de doscientos miembros demócratas del Congreso firman una carta de apoyo al plan de autonomía. Sin embargo su instinto no se equivoca, en julio recibe una carta de Obama que aunque sigue refiriéndose a la necesidad de «una solución mutuamente aceptable» para el contencioso del Sáhara, omite toda alusión a su real proyecto de autonomía. Del carro marroquí ahora sólo tiran el toro Sarkozy y el buey Moratinos, y para colmo, en un informe

confidencial, los asesores jurídicos del Parlamento Europeo proclaman que el acuerdo de pesca con Marruecos, formulado de acuerdo con la falacia jurídica española para reconocer la administración marroquí del territorio, es contrario a la legalidad internacional siguiendo la doctrina establecida por el informe «Corell» de la ONU a menos que se demuestre que la población saharaui ha sido consultada y recibe los beneficios de la explotación de sus aguas. Los cimientos del palacio empiezan a temblar, el rey enrabietado se niega a recibir a Ross en las consultas previas a la nueva ronda de negociaciones.

A las pocas semanas el quinto encuentro entre las partes, esta vez en Austria, más aislados, y sin la presencia de Jalihenna en la delegación marroquí, en su lugar el secretario del CORCAS, uno de los Malainin, siempre más educados y presentables. No se sale del estancamiento, los polisarios se sienten más fuertes, el famoso plan Baker de 2003, autonomía temporal más referéndum de independencia, vuelve a aparecer en la mesa. En el Sáhara ocupado la policía marroquí prosigue su represión de los activistas independentistas mientras se quiere evitar a toda costa su difusión internacional, que no salga nadie. Tarea harto imposible en un nuevo mundo de redes sociales al alcance de todos, incluso de los oprimidos. Los malditos derechos humanos están poniendo en peligro la fachada internacional del reino, la democracia más avanzada del mundo árabe. Los últimos actos del gobierno ponen de manifiesto ya una nueva perspectiva para la solución del problema: varios periodistas marroquíes son condenados a penas de cárcel por cuestionar la salud del monarca, se cierra un periódico por caricaturizar al rey desnudo y rodeado de tentaciones materiales, se censura la entrada de los periódicos extranjeros *Le Monde* y *El País*. Una noticia agradable, Felipe González, antiguo presidente del gobierno español y actual presidente del comité de sabios de la Unión Europea, durante un debate público en Caixaforum, comenta que en el Sáhara occidental «no hay expoliación de recursos porque no hay ninguna actividad económica», y que el Sáhara occidental era parte de Marruecos, pues estaba ligado por «derechos especiales» con el sultanato.

Los consejeros del rey caldean el ambiente, su paciencia está rozando el límite, Aminetu Haidar, la famosa defensora de los

derechos humanos saharauis se encuentra de gira por Estados Unidos. En medio de aplausos encendidos recibe el premio «Coraje Civil 2009» de las manos de su fundador, «este premio es un reconocimiento a héroes como Aminetu Haidar, que a pesar de la intimidación, la tortura y la desaparición, ha dedicado su vida a la lucha legítima de su pueblo por la libertad y la igualdad, ella no es un soldado ni política, sino una persona normal que ha cosechado impresionantes éxitos». Días más tarde es recibida en la sede del Congreso de Estados Unidos en una ceremonia en su honor.

«O SE ES UN PATRIOTA O SE ES UN TRAIDOR»

Hay que cortar por lo sano cuanto antes. La fecha del 34 aniversario de la marcha verde, el 6 de noviembre, el discurso del rey marcará el giro de tuerca necesario. Por lo pronto siete activistas saharauis, entre ellos Tamek, el líder de la intifada, son detenidos en medio de un gran despliegue policial en el aeropuerto de Casablanca cuando regresaban de los campamentos de refugiados de Tinduf vía Argel. Inmediatamente son llevados ante un tribunal militar acusados de atentar contra la integridad territorial, si son declarados culpables, la pena es la muerte. En las vísperas un aliado inesperado, Hillary Clinton. Los sultanes de Marruecos, gracias a su generosidad, siempre han conseguido conservar a sus mejores amigos, y ella, para el resto del mundo, es una ferviente seguidora de las enseñanzas de Kissinger. Déjate de monsergas y mira siempre por lo que te conviene. Preguntada por la prensa oficial si la nueva política de Obama ha cambiado el anterior apoyo norteamericano al plan de autonomía del Sáhara, ella, imperturbable, responde que no, que sigue siendo la misma. Cubiertos los flancos, adelante.

Después del que conmemora su ascensión al trono, es el más importante de la vida política del reino, y como es sabido, sus palabras no son susceptibles de debate o discusión, en una palabra, son sagradas. Normalmente su hermano aparece a su lado, en un entorno de tapices repletos de arabescos y dorados. «Loor a Dios, la oración y el saludo sean sobre nuestro señor enviado de Dios, su familia y compañeros. Querido pueblo», comienza como siempre el príncipe de los creyentes, «hemos decidido imprimir una nueva dinámica al espíritu de la marcha verde», por desgracia, no ha salido a su padre, un auténtico mago de la comunicación oral, Mohammed VI, inseguro, casi nunca levanta nunca los ojos del

texto que le han preparado sus consejeros más allegados. Sin embargo esta vez en palacio nadie sabe quién le ha hecho el discurso, la expectación es enorme. «Ha llegado el momento de que todas las autoridades públicas redoblen su vigilancia y movilización», sus manos extendidas se apoyan con fuerza sobre la mesa, «nos afirmamos que ya no hay sitio para la ambigüedad o la duplicidad: o el ciudadano es marroquí o no lo es. Se ha acabado el tiempo del doble juego y del disimulo. Es la hora de la claridad y del deber asumido. O se es un patriota o se es un traidor». Una ola de miedo se extiende por la audiencia de todos los confines del reino, «¿existe algún país democrático que acepte que la democracia y los derechos del hombre sirvan de pretexto o de trampolín para que una banda de fueras de la ley se confabule, en colaboración con los enemigos, contra su unidad y sus intereses superiores?». Que Dios nos coja confesados, la cárcel negra de El Aaiún vuelve a animarse.

XX

«… Constatamos…»

Un plan secreto está en marcha, se comienzan a hacer distintas reservas en su nombre para diferentes vuelos desde El Aaiún con destino Canarias, no se sabe exactamente cuándo llega. El ministro Moratinos, el día antes, según él, recibe una llamada de su homólogo marroquí anunciándole la villanía. Es mediodía, la señora Haidar, de regreso de su fructífero periplo internacional por la causa, tiene un extraño presentimiento al descender por la escalerilla del avión. Cuando espera su turno provista de su pasaporte y su tarjeta de entrada es bruscamente apartada del resto por la policía y conducida a unas dependencias especiales donde es interrogada sin descanso hasta altas horas de la madrugada. A la mañana siguiente se reanuda el interrogatorio hasta las once menos cuarto, momento en que la policía marroquí le dice que se prepare para marcharse, y la conducen a bordo de un avión español situado en la pista. «¿Dónde vas a vivir más relajada y tranquila sino en España? Desde allí podrás defender sin problemas tus planteamientos separatistas», bromearía uno de los policías que le acompaña. Antes de subir por la escalerilla, en medio de empujones, Aminetu informa al comandante de la aeronave que no quiere de ninguna manera viajar a España y que, además, va sin ninguna documentación. El comandante realiza una llamada y confirma algo que sabe cualquier emigrante primerizo, no puede llevar a nadie sin pasaporte, la compañía aérea sería multada y después cargaría contra él. El comisario marroquí al mando de la operación se harta, «la tienes que llevar porque el Ministerio de Asuntos Exteriores español está informado y ha dado su conformidad». El comandante no quiere dar su brazo a torcer pero en ese instante recibe una llamada de teléfono, durante la cual confirma con la señora Haidar sus datos personales. El comandante sigue inamovible y los marroquíes están cada vez más nerviosos, Aminetu piensa en sus hijos, en su familia, todos la estaban esperando en la terminal. Al final el piloto español recibe una última llamada en la que le confirman que es un caso especial, una

excepción a la ley española de extranjería, que se la lleve.

La HUELGA DE HAMBRE DE AMINETU HAIDAR

El avión despega y aterriza en Lanzarote, ella se niega a abandonar su asiento. La guardia civil y la policía nacional aparecen, el inspector jefe le dice que tiene instrucciones de sus superiores para dejarla entrar en territorio español aunque carezca de documentación pues Haidar tiene permiso de residencia por motivos humanitarios desde hace tiempo. Aminetu estalla, ella no quiere estar allí, su vida y su familia están en el Sáhara, ese permiso de residencia, tramitado por las asociaciones de ayuda al pueblo saharaui, sólo lo utiliza para recibir tratamiento médico por las secuelas de las torturas sufridas durante sus años en prisión, ha sido expulsada de su tierra y secuestrada mediante un acuerdo entre Marruecos y España. Ante las presiones, accede a bajar del avión confiando en coger por la tarde el próximo que vuela a El Aaiún y en el que todavía hay plazas. Pero cuando se dispone a adquirir el pasaje de repente ya va completo. Más tarde el mismo inspector de policía español le comunica que tiene órdenes expresas de no dejarla abandonar el territorio español al carecer de pasaporte, una causa que el reglamento de extranjería no considera suficiente para impedir a un extranjero su salida de España. Aminetu entra en pánico, no puede aceptar el hecho consumado, una violación flagrante de sus derechos más fundamentales, la separación de los suyos, la expulsión de su tierra para que deje definitivamente de incordiar. En ese momento decide declararse en huelga de hambre hasta que acabe su secuestro por España. Desde Rabat se informa oficialmente que la señora Haidar había rellenado de forma inadecuada su formulario de entrada, declarándose ciudadana del Sáhara occidental y no de Marruecos, loor a Dios. Es el 15 de noviembre, el gran juego acaba de empezar, pero Moratinos ha calculado mal, los resucitados nunca mueren.

El gobierno español, en su magnanimidad, le ofrece todo lo que cualquier emigrante de medio pelo quisiera para sí, un piso, la maravillosa nacionalidad española. Un exilio dorado en el que ella perdería todo derecho de retorno a su patria. Sin embargo ella, cabezota, nada, erre que erre, a pesar de sus desmayos, no cede en su lucha, después de todo lleva ya tantos años muerta. Mientras tanto día a día de huelga de hambre, el asunto se les va de las

manos, una gran campaña internacional a nivel de la gente de la calle se va extendiendo por Europa y Estados Unidos exigiendo su retorno a casa sin condiciones. En España, el PP interpela sin piedad al gobierno, toda la oposición se lanza a degüello sobre los socialistas exigiendo que Moratinos resuelva el asunto cuanto antes. El líder de la republicana Izquierda Unida, Cayo Lara, en su desesperación, solicita al rey don Juan Carlos, el apagafuegos de la política exterior, su intervención inmediata. Sin embargo, como aclara Zarzuela, esto sólo es posible si Zapatero se lo pide expresamente. Pero aunque parezca extraño, esta vez, en ningún momento se considera necesario. Días más tarde para escarnio del partido gobernante y del principal partido de la oposición, la diputada Rosa Díez, única representante de su propio partido unipersonal, pero representando el sentir de la mayoría de los españoles, se presenta en El Aaiún, visita la casa de Aminetu y entrega a sus hijos una carta personal de la huelguista, «os quiero infinitamente». Cuando la audaz diputada visita a continuación a otra significada activista saharaui, la señora Ghalia, la policía marroquí entra en la casa y la obliga por la fuerza a salir por carecer de autorización.

«RABAT QUIERE MI MUERTE»

Aminetu empeora de forma acelerada, sus constantes vitales se hacen cada vez más débiles, «Rabat quiere mi muerte, eso es lo que quiere, ésa es su gloria». Cuando han pasado ya treinta días desde el comienzo de su huelga de hambre, a la clase política española, en especial el partido en el poder, le entran súbitamente las ganas de curarse de espanto ante el infausto desenlace y el Congreso español adopta una resolución, de la que sólo se abstiene el PP liderado por el diputado Aristegui. El texto insta al Gobierno a redoblar todas las gestiones que sean necesarias para el retorno de Aminetu, solicita la mediación de la ONU para que Marruecos cumpla sus obligaciones internacionales y la necesidad de que la misión de paz de la ONU en el Sáhara incluya la observación del respeto de los derechos humanos, algo inusitado y fundamental. Por si esto fuera poco también se pide que el estatuto definitivo del territorio respete la legalidad internacional y sea el resultado del libre ejercicio del derecho a la autodeterminación mediante un referéndum. Es la negación absoluta de toda la política de Zapatero con respecto al

Sáhara desde su llegada al poder en 2004. La diputada socialista Elena Valenciano, en pleno nerviosismo, tras criticar al Polisario por su silencio ante lo que ella denomina el suicidio de Aminetu, proclama: «Haidar debe seguir viva para que sea una de sus mejores embajadoras en el mundo». Lo que nadie se explica es por qué no la embarcan de vuelta al Sáhara en el primer avión y se acaba con este desagradable asunto.

Para Mohammed VI el remedio a sus problemas se ha convertido en peor que la enfermedad, no obstante, no da su brazo a torcer, sigue exigiendo a Haidar un reconocimiento público de su marroquinidad, que le bese la mano. Para Zapatero si Aminetu fallece, será su propia crucifixión, los moros una vez más determinan su agenda. En medio de la crisis, el secuestro de tres cooperantes españoles en la concurrida carretera que une Mauritania con Marruecos tras cruzar el Sáhara occidental. Una voz con acento del norte de Marruecos lo reivindica en nombre de una supuesta filial de Al Qaeda en el norte de África, como en el caso de la muerte de Carrero Blanco, sus verdaderos instigadores podrían sorprender.

La patata caliente llega a Washington, arde entre las manos de la delegación marroquí, que se reúne con su siempre amiga la señora Clinton. En el exterior militantes demócratas y republicanos se manifiestan a favor de Aminetu. Hillary, la traicionera secretaria de Estado de Obama, ya ha recibido días atrás a Moratinos, quien le imploraba su intervención, el niño que llorando a su madre le pide protección después de haber roto el cristal jugando con sus amiguitos. Mas la Clinton no está para tonterías tipo «la Haidar es una agente pagada por Argel», no, basta, por el bien de todos, que vuelva a casa. El embajador marroquí se echa a temblar, el rey va a hacer rodar cabezas. Ella no admite réplicas, si Marruecos no cede habrá un comunicado público de la Casa Blanca condenando lo ocurrido y eso sería el fin de toda su política de tantos años, ellos lo saben. Y añade sacando su peligrosa regla de madera para golpearles en la palma de la mano, «yo respetaba a Hassan II, Mohammed es un niño torpe y consentido, su inteligente padre nunca habría cometido este desaguisado». Cuando la delegación reencuentra el frío de la calle, sabe que Aminetu Haidar ha ganado la partida, ha vencido al príncipe de los creyentes. Nada volverá a

ser igual en el Sáhara, ni siquiera en Marruecos. El respeto de los derechos humanos es el punto débil de su estrategia porque es el talón de Aquiles de la propia monarquía, sus pies de barro.

A pesar de la humillación Mohammed VI sí que ha podido poner condiciones a los otros partícipes de la trama, Francia y España, quería concesiones. Los dos secuaces acuerdan algo que no es otra cosa que una consecuencia lógica del fraude español, reconocer que la ley marroquí es la que rige en el territorio, una afirmación contraria al derecho internacional. La cuestión no es baladí, la condición de administrador autorizado del territorio debe quedar meridianamente clara. Al amigo Sarkozy no le importa, es un descarado sin principios. En su declaración oficial, además, incluye una referencia a la ya denostada propuesta de autonomía y habla del Sáhara como «territorio del Reino». Moratinos, sin embargo, lo tiene más difícil, sobre todo después de la valiente resolución del Congreso español.

El comunicado de Exteriores, una joya de virtuosismo diplomático

Pero ¿a quién le importa lo aprobado por los representantes de nuestra soberanía popular? El comunicado de Exteriores, una joya de virtuosismo diplomático, directamente se carga cada párrafo de la histórica resolución del Congreso. Tras laudar el compromiso de Marruecos con la democracia y el Estado de Derecho, y su satisfacción con las políticas de modernización y reformas emprendidas, y haciendo alusión a su condición de país con estatuto avanzado en la Unión Europea, pero sin la menor referencia al derecho internacional que se está infringiendo, se proclama sin reparo que «España constata que la ley marroquí se aplica en el territorio del Sáhara occidental». Y por supuesto nada sobre lo deseable de una supervisión de la ONU para que la aplicación de dicha ley no vulnere los derechos humanos. Ningún gobierno español hasta ese momento se había atrevido a hacer público algo que, por otra parte, siempre había sido evidente y plenamente efectivo, la vigencia para nuestro ordenamiento de los infamantes acuerdos de Madrid de 1975, autorizados por la última ley del franquismo. La ley marroquí se aplica en el territorio en virtud de ese tratado, contrario al derecho internacional y a la Carta de Naciones Unidas, que cedía la administración de la colonia a Marruecos y a Mauritania. Como no podía ser de otra manera, en el

fondo y en la forma, nada ha cambiado. El único sapo que parece haberle colado a Mohammed VI el hábil asesor jurídico del ministro español son unas palabras de extrema importancia jurídica. El comunicado señala que ese «constatamos» es temporal, «mientras se resuelve el contencioso». Ese contrato de cesión de la administración no es permanente, nosotros, que somos legalmente la potencia administradora, lo sabemos y no podríamos oponernos, puede caducar en cuanto la ONU así lo decida. Aunque Marruecos nada debe temer, el gobierno español nunca solicitaría a la ONU una nueva resolución de la Asamblea General para cambiar la situación legal del territorio, lo que interesa, por el momento, es que todo siga igual.

PERIODO DE REFLEXIÓN

El comunicado público de Hillary Clinton no contiene ninguna concesión y sí más dignidad. Aunque agradece a Marruecos su gesto humanitario, habla de Aminetu como la ganadora del premio Robert F. Kennedy de Derechos Humanos, que ya es decir bastante, y sin mencionar cuál es la ley que rige en el Sáhara ni la existencia de un interesante proyecto de autonomía, subraya la urgencia de encontrar una solución permanente al conflicto. Y éste es el que vale para el Polisario, «después de tocar fondo, ahora sólo podemos crecer». El 17 de diciembre Aminetu termina su huelga de hambre y regresa a El Aaiún tal y como se fue, sin alegar ninguna otra nacionalidad que no sea la saharaui. Pero en cuanto cierra la puerta de su casa tras de sí todo vuelve a ser igual, hay policía vigilándola día y noche, se intimida a los periodistas y simpatizantes que intentan visitarla.

La sensación de desastre es total, los cortesanos prefieren esconderse a su paso, los salones se llenan de sombras. Sin embargo no hay marcha atrás, es preciso volver a los viejos métodos, más peligrosos pero más efectivos, morder, siempre morder. El mismo proyecto de autonomía se ha vuelto incluso peligroso para la pervivencia del sistema, el rey anuncia la apertura de un periodo de reflexión sobre la regionalización del país, y además, un espeluznante cambio ministerial. Su majestad nombra a su propio abogado, el letrado Naciri, ministro de Justicia, y al presidente del Tribunal Supremo de Justicia, ministro de Interior, total, todo sirve al mismo propósito. El 27 de enero *Le journal hebdomadaire,* el

periódico más independiente del reino —impreso en Francia por la cobardía de las imprentas locales—, tras un intenso acoso financiero y judicial, finalmente cae, desaparece, al ser incapaz de afrontar las múltiples multas judiciales. Desde la llegada al trono del sucesor de Hassan II y su pretendida «primavera marroquí» había sido el paladín de la libertad de prensa y en él publicó, entre otras perlas, por primera vez una entrevista a Abdelaziz, el líder del Polisario, y destapó la implicación del rey en un informe totalmente prefabricado desde una ONG fantasma belga para acusar al Polisario de connivencia con el terrorismo islámico. La última haber desentrañado la «estupidez monumental» del asunto Haidar.

Moratinos y Sarkozy cumplen con sus deberes

La sexta ronda de encuentros entre las partes, como era de prever, resulta un fracaso, sus posiciones no se mueven. La delegación marroquí, ahora completamente a la defensiva, sigue proclamando, impasible el ademán, las consignas del discurso de noviembre, «ningún país aceptaría que ciudadanos o no ciudadanos estén en contacto con el enemigo». Así sugiere a Christopher Ross, el facilitador de la ONU, por dónde debe atacar a los polisarios, «hay que sensibilizar a Argelia para que abandone su inmovilismo». En cualquier caso se ha roto para siempre un viejo tabú, empiezan a ser frecuentes los viajes de militantes saharauis de la zona ocupada hacia los campamentos de refugiados en Tinduf, para evitar que sucedan más detenciones en el regreso, voluntarios de ONG españolas hacen de acompañantes hasta su vuelta a El Aaiún.

Moratinos y Sarkozy saben que tienen que seguir cumpliendo sus deberes. Por su hábil intercesión, el dichoso informe jurídico del Parlamento Europeo solicitando aclarar los deseos e intereses de la población saharaui sobre la pesca en sus aguas es ninguneado por los funcionarios europeos. Y para escenificar que, a pesar de los pesares, vamos por buen camino, el gobierno español elige el marco de la Alhambra de Granada para un encuentro multitudinario entre europeos y marroquíes, sobre la mesa, más de quinientos millones de euros, que se añaden a los ciento veinte millones asegurados ya por el acuerdo pesquero, para los grandes proyectos del rey. Aunque éste, muy atareado en sus importantes aficiones personales, no se digna ni a aparecer. «Progresa adecuadamente» es la calificación que obtiene el régimen marroquí en todos los informes.

La calma regresa a palacio, incluso hay buenas noticias, cincuenta y cuatro senadores norteamericanos escriben a Hillary apoyando el proyecto de autonomía. Ahora se trata de evitar que lo ocurrido tenga mayores consecuencias, lo más importante es anular la campaña que el Polisario ha lanzado aprovechando el asunto Aminetu Haidar, exigiendo la presencia de observadores internacionales para la protección de los derechos humanos en el territorio y que apoya Amnistía Internacional.

«Nuestra paciencia está llegando al límite»

Y como todos los años, llega abril, el mes más cruel también para el conflicto. Un informe del facilitador, el señor Ross, donde analiza lo sucedido durante los últimos doce meses sirve de base para que el Consejo de Seguridad de la ONU decida la renovación de su misión de paz en el Sáhara. Esta vez sí hubo grandes agasajos y encuentro especial con Mohammed VI, toda la exquisitez de la que saben hacer gala en la corte de los sultanes en su visita previa a Rabat. Y consecuentemente su informe no hace ninguna recomendación para que la misión de la ONU en el Sáhara no tenga otra función que patrullar los muros del desierto. Al recibirlo Abdelaziz, el líder polisario, estalla. En carta a Ban Ki-Moon, el ya conspicuo secretario general, tacha el informe de parcial y desequilibrado, distorsiona la realidad favoreciendo a Marruecos, le parece «abominable y terrible su mera "preocupación" por la situación de los derechos humanos en el Sáhara occidental», y resalta que a pesar de los informes jurídicos sobre el tema «no hay ninguna referencia en todo el informe al expolio marroquí de los recursos naturales del Sáhara occidental».

El Consejo de Seguridad se reúne a puerta cerrada. Los cinco países vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que con su poder de veto se reparten el mundo, y los comparsas, otros diez países que varían por turnos. El borrador de resolución ya ha sido precocinado por Francia y España, con sugerencias de norteamericanos e ingleses, el grupo de los llamados países «amigos», y es el embajador francés el que tendrá que dar la cara por todos. Porque al final se trata de eso, de salvar la cara ante la opinión pública respectiva y eso es lo que intenta la vicepresidenta Fernández de la Vega ante la prensa destacada aun a riesgo de parecer idiota, o por lo menos indocumentada, «en estos momentos yo creo que los

derechos humanos forman parte de esa..., de esa..., de ese mandato y somos partidarios de que los derechos humanos formen parte de ese mandato, efectivamente», para luego pasar a desdecirse siempre balbuceando. Sólo México, Nigeria y Uganda luchan por la inclusión de una supervisión internacional en este tema y evidentemente son arrasados. La operación «autonomía» sigue su curso, señores, por favor, un poco de realismo. El polisario Abdelaziz, con la mirada cansada y el rostro desencajado, se queja, «nuestra paciencia está llegando al límite», ¿otra vez amenazas de volver a tomar las armas?, como al pastorcillo del cuento, de tanto hablar del lobo, ya nadie le cree.

INTERVENCIÓN DE ZARZUELA

Aunque oficialmente sin supervisión internacional Mohammed VI se siente observado, se necesita un poco de guante blanco para mejorar nuestra imagen. De los siete activistas saharauis encarcelados el pasado octubre tres de ellos son liberados, los menos peligrosos. Por descontado Tamek, el peor de todos, se queda dentro, para los restos. Y que sigan circulando por la red informes que vinculen al Polisario con el terrorismo islámico, que siempre da mucho juego a la imaginación de europeos y americanos. En junio rechaza una visita de parlamentarios europeos que querían ver sobre el terreno cómo Marruecos invierte los dineros de la pesca en las aguas del territorio a favor de la población saharaui. Y el embajador Ross sigue de nuestro lado, leed su carta de presentación para la nueva ronda de negociaciones, «hay que conseguir que las partes lleguen a compartir una visión común de la gobernación interna del Sáhara occidental, dejando fuera de la discusión la cuestión del estatuto final».

Moratinos piensa con cierta ansiedad en el cercano verano. Los seis meses de presidencia europea de España han resultado prácticamente un fracaso después de tanto esfuerzo invertido, sus brillantes iniciativas apenas han tenido eco entre sus colegas de los otros Estados miembros y la sombra de una posible intervención internacional en nuestra economía ha planeado a cada instante sobre su magna cabeza. Pero las desgracias nunca vienen solas, su torre de marfil otra vez se desmorona sin que ahora haya hecho él nada para provocarlo. El helicóptero superpuma que habitualmente aprovisiona la guarnición militar española en el peñón de

Alhucemas, verdadero buque fortaleza de roca y piedra varado a escasos dos kilómetros de la costa marroquí, al realizar su maniobra de aproximación, sobrevuela en dos ocasiones en una misma semana, un yate fondeado en la bahía que resulta ser el de Mohammed VI, casualmente de visita por aquellas latitudes. El rey vuelve a rugir, y es que son ya muchas cosas. Los caducos teléfonos de su despacho de Santa Cruz empiezan a tronar, saltan todas las alarmas, se teme un nuevo Perejil, una nueva marcha verde, nuevas oleadas de pateras.

La primera bomba no se hace esperar, el nuevo embajador designado para representar sus intereses ante el rey don Juan Carlos es uno de esos dinosaurios polisarios recientemente comprado por Rabat, una evidente desfachatez. La segunda, unas semanas más tarde, se fabrican unos supuestos malos tratos por parte de las mujeres policía españolas en la frontera de Melilla que desemboca en una campaña popular en las localidades vecinas, teledirigida desde Rabat, para reivindicar su marroquinidad y la de Ceuta.

Esta vez sí es la intervención de Zarzuela la que tiene que calmar las aguas del estrecho, el viejo amigo del padre, los dos monarcas hablan por teléfono el 11 de agosto. El calor de agosto parece ayudar en todo, el 22 son liberados los cooperantes catalanes. Al día siguiente Rubalcaba visita Rabat, él sí que sabe y no el pobre de Moratinos. Y, como broche, un mes más tarde, el encuentro cordial entre Mohammed VI y Zapatero en Nueva York, la crisis ha terminado. Es tanto lo que nos une, es tan poco lo que nos separa. Hay que pasar página. Ya verá, majestad, que con el tiempo todo se resolverá.

Mientras tanto el 28 de agosto, la gota, una masa de policías vestidos de paisano se abalanza sobre catorce activistas canarios propolisario que ingenuamente querían sacar banderas y proclamar consignas independentistas en pleno centro de El Aaiún y los patea a conciencia, varios acaban en el hospital. Al día siguiente son expulsados. Elena Valenciano, responsable internacional del PSOE, en su afán de cerrar la crisis como sea llega a decir, «hay que proteger los derechos fundamentales de los españoles, pero también tenemos que cumplir la ley cuando no estamos en nuestro país. Igual que los extranjeros cuando vienen a España». La diferencia es que el Sáhara occidental es un territorio colonial ilegalmente

ocupado por Marruecos.

No pasa nada, a finales de septiembre, tanto el PSOE como el PP echan abajo en el Congreso la iniciativa de la molesta diputada Rosa Díez para derogar la ley franquista de 1975 que autoriza los dichosos acuerdos de Madrid, su patente de corso en el territorio. La diputada socialista Aburto contesta indignada, «no es una película en la que se pueda dar a la moviola y volver atrás, porque sencillamente las circunstancias son diferentes. Si se derogara la ley, pasaríamos otra vez a ser potencia colonizadora, ¿se imagina la situación? Es pura ficción, pero en cualquier caso es inconcebible. Sería una provocación a un vecino». El diputado Xuclà, de Convergencia, señala con cierta sorna, «ésta es una ley que forma parte del baúl de los recuerdos, que quizá no esté derogada, pero que no está en el centro de la preocupación de la causa saharaui... reconociendo la originalidad fosilizada, aunque intelectualmente respetable». El diputado Aristegui, del PP, ni siquiera se digna a comentar la iniciativa, se va por las ramas, «que entre lo del uno y lo del otro se tiene que buscar un punto de encuentro entre los dos..., no podemos renunciar a llevarnos bien con todos». Sólo los representantes de PNV y Esquerra la apoyan, la iniciativa es rechazada.

XXI

Turistas en el miedo

La larga sombra del viejo crimen había reaparecido con toda su crudeza desde la expulsión de Aminetu Haidar, como no podía ser de otra forma, el cadáver seguía sobre la mesa y, de vez en cuando, goteaba sangre, sudor, toneladas de sufrimiento. Recuperé del cajón aquellos apuntes de viaje ya casi olvidados, ahora recobraban toda su fuerza. Los volví a ordenar, los pasé a limpio. Aunque la fotografía de entonces seguía siendo casi la misma, sin embargo, era consciente de que aún estaba incompleta. Le faltaba un trozo, una perspectiva que aparentemente había ido creciendo y que de ser cierta cambiaba por completo el conjunto del paisaje convirtiéndolo en algo posible, esperanzador. Que aquella mujer hubiese sobrevivido de forma victoriosa a aquella diabólica trama en la que el rey y sus amigos habían pretendido deshacerse de una testigo incómoda que hablaba demasiado podía significar que existía un factor con el que ellos no contaban y que día a día crecía, la resistencia interior de los saharauis sometidos a la férrea ocupación. Pero para dar fe de ello debía de comprobarlo con mis propios ojos y eso implicaba volver, regresar al Sáhara.

Un «salvoconducto» para volver

En una librería del centro busqué lo último publicado sobre el tema y ahí estaba otra vez él, Alejandro García, el hombre que había contado tanto para terminar también como los disidentes polisarios cruzando el desierto para sentarse a tomar el té con los marroquíes. Muy oportunamente acababa de sacar un nuevo libro. En él exponía su nueva tesis de justificar lazos históricos entre el sultán de Marruecos y las antiguas tribus saharauis. Lo sorprendente era que ahora afirmaba que en los campamentos de Tinduf se habían colado cientos de parientes tribales de Mauritania y Argelia que jamás habían visto el Sáhara occidental, que los guerrilleros polisarios más que tácticas de guerrilla habían practicado «un primario impulso homicida» y que El Uali buscaba más que la independencia la revolución. Aunque lo grave no era esto, al fin y al cabo ésas podían ser sus discutibles apreciaciones personales de la realidad, sino una

afirmación que no era verdad, que Marruecos había sido reconocida por la ONU como potencia administradora, una falsedad.

A la mañana siguiente me desperté con un nuevo titular sobre el conflicto, el popular actor Willy Toledo había sido apaleado en el aeropuerto de El Aaiún. Junto con otros observadores internacionales estaba acompañando a una delegación de activistas saharauis que regresaban de un congreso internacional celebrado en Argel en defensa de los derechos humanos del pueblo saharaui. Su crimen, tomar imágenes de los vejatorios interrogatorios a que estaban sometiendo a dos mujeres del grupo, «se me echaron cinco policías encima y me tiraron al suelo, dándome patadas y puñetazos». Mi idea de volver al Sáhara se complicaba, tenía miedo de lo que me pudiese ocurrir. Y había razones para pensar así, mi nombre se encontraba sin duda registrado en los archivos de la policía secreta marroquí no sólo porque años atrás había viajado por el territorio en compañía de Merebbi y del espía, sino porque mi intervención en aquella conferencia de expertos en La Haya había salido luego publicada en sendos libros en inglés y en francés, y también se podía leer en Internet. Ahora mi denuncia sobre la estratagema jurídica que seguía permitiendo a Mohammed VI hacer libre uso del territorio circulaba por el mundo.

Una vez más tenía que buscarme un «salvoconducto», alguien que les diese cierta confianza y me sirviese de cobertura para poder pasar ese maldito control de seguridad que protegía el Sáhara de periodistas y observadores. No tenía muchas opciones pero tenía que intentarlas todas. Primero quise llamar a Mustafá, era lo lógico, aunque sólo fuera por saber qué había sido de él y de sus negocios, pero misteriosamente sus números habían desaparecido de mi agenda, como si por su propia necesidad de protección, me los hubiese escrito con una tinta perecedera. Tenía que buscar a otra persona, sin embargo de mi anterior viaje quizá del único del que podía fiarme era Baida, aquel antiguo prisionero de los polisarios y luego encargado de la comisión de derechos humanos del CORCAS, lo recordaba honesto de aquella última noche en El Aaiún. Encontré su teléfono y lo llamé varias veces a distintas horas, pero siempre daba fuera de cobertura.

La vía en apariencia más fácil era ponerme en comunicación con la resistencia dentro del territorio, comenzando por Aminetu

Haidar, su representante más conocido internacionalmente. El otro que me sonaba era el combativo Tamek, más centrado en la acción directa contra el ocupante, pero junto a otros tres dirigentes saharauis, seguía encarcelado cerca de Rabat a la espera de juicio desde hacía casi un año, y por tanto quedaba descartado. Contacté con la asociación de ayuda al pueblo saharaui de Sevilla, «buenos días, estoy tratando de ponerme en contacto con Aminetu Haidar, ¿pueden ayudarme?». Y como era de prever, «¿y quién es usted? ¿Para qué quiere hablar con ella?». «Bueno, soy Eduardo, es que estoy escribiendo un libro y me gustaría contar con su testimonio...». Primero hubo un silencio y me sentí como si acabase de llamar a la Casa Blanca preguntando por Michelle Obama para charlar un rato sobre el panorama internacional. Por suerte no tuve que esperar mucho, Edi, una voz cálida, se puso al teléfono, «¿Eduardo? Mira, es que ella está ahora en Las Palmas de médicos. Como sabes ella siempre ha estado mal desde la época que estuvo presa, pero con la huelga de hambre todos sus problemas de salud se le multiplicaron. No sé todavía cuándo estará de regreso en El Aaiún».

Una tarde trasteando con el buscador Google encontré una posible solución. Para mi sorpresa existía una ONG operando en el Sáhara ocupado dedicada a actividades sanitarias destinadas a la población. Su página de Internet no era muy extensa, parecía más que nada una iniciativa familiar o de un número reducido de personas radicadas en Barcelona. Las fotos colgadas sobre sus actividades daban cierta confianza. El problema era otro, para poder operar allí debían contar con la confianza de las autoridades marroquíes y esto les hacía sospechosos de colaboracionismo, el peor de los pecados para el universo «onegero» volcado en los campamentos de refugiados de Tinduf. Les escribí contándoles que iba a pasar unos días en el Sáhara y que me gustaría conocer lo que estaban haciendo sobre el terreno. Gela, la directora, no tardó mucho en contestarme, «a mi marido le dan un premio en Madrid por una novela que ha escrito, y vamos el fin de semana. Pásate por el hotel y charlamos sin problema». Preferí no decirles que ya conocía el Sáhara. De alguna forma quería presentarme ante ellos como alguien sin ningún prejuicio ni idea previa para que pudieran mostrarse tal y cómo eran, fueran o no colaboracionistas de la

ocupación.

COMPROMISO Y NEUTRALIDAD

Hotel Rafael, inmediaciones de la estación de Atocha, media tarde. Un extraño grupo de mujeres rusas, muy emperifolladas, revolotean por el hall. «Viajamos allí por primera vez en 1999. Enseguida nos dimos cuenta de que había que hacer algo por la gente, tienen muchas necesidades, la mayoría de la población vive por debajo del límite de la pobreza. Además aunque Cataluña no había estado presente, España sí, y les había abandonado, sentimos una especie de compromiso moral». En ese momento reparé en que el marido de Gela, Eugenio, portaba en la solapa de la chaqueta la *senyera* estrellada, la bandera del independentismo catalán radical. «Hay mucha diabetes, obesidad, hipertensión. Comen fatal, toman mucha azúcar, las aguas son salobres. Y todavía siguen con la visión de que la gordura en la mujer es belleza». Gela, antropóloga, llevaba los asuntos sociales y las relaciones públicas, y Eugenio, cirujano, los asuntos médicos. Aunque se notaba que era ella la que llevaba el día a día del proyecto y la más conocida allí. «Tenemos dos contrapartes, una ONG local que trabaja con discapacitados, ADAP, y también la asociación de Hispanófonos del Sur, que son los que están intentando que no desaparezca el español del Sáhara». Retuve en mi memoria el nombre de la asociación, sonaba a algo totalmente surrealista. Ellos prosiguieron, como todo matrimonio bien avenido tomaban la palabra por turno sin interrumpirse, «a veces llevamos voluntarios desde España, pero tenemos que tener mucho cuidado para que no pongan en riesgo nuestro proyecto. Hace poco tuvimos que enviar a una de vuelta a casa por meterse en política. Así que cuando vamos con ellos tenemos que estar muy pendientes, parecemos una guardería. Allí estás observado las veinticuatro horas del día». Por fin había salido el tema, el único tema, «y nosotros somos apolíticos, laicos y estamos abiertos a toda la población. Tratamos tanto a los saharauis como a los marroquíes». Las dos comunidades que vivían ahora en el territorio, «cuando llegues verás a muchas mujeres vestidas con la melfa, pero no te engañes, no todas son saharauis. Es que es más barato vestirse así y la gente lo está pasando mal». Todo el dinero que Marruecos se gastaba en el Sáhara ¿dónde se quedaba? Ni a marroquíes ni a saharauis parecía llegarles. «Si vas al hospital, no hay nada, ni

medicinas ni comida ni sábanas. Todo eso lo tiene que poner el enfermo. Incluso para ser tratado mejor es normal dar dinero a los médicos. Muchos deciden no ir, no tienen medios». Eugenio para casos muy graves de niños había intentado llevárselos a España, «y entonces es cuando empiezan los problemas. El cónsul en Agadir no quiere dar el visado aunque le digas que el bebé se está muriendo. Una vez no podíamos esperar más y le amenacé con llamar a *La Vanguardia* y contarlo todo. No tardó ni un minuto en poner el sello en los papeles».

Era un proyecto pequeño pero bien organizado con fines muy básicos pero alcanzables. ¿Quién les financiaba? Era la pregunta del millón, la que explicaría muchas cosas. «No nos financia nadie, nosotros mismos. Ni la Agencia de Cooperación Española ni la catalana, nadie, nosotros solos. Muchos nos acusan de colaborar con Marruecos y eso es mentira, la ayuda humanitaria no se puede politizar», una gran verdad que permitía llegar con ayuda a los puntos más calientes del planeta pero que no se aplicaba al Sáhara occidental, un lugar convenientemente cerrado para todos. «En uno de los viajes que pasamos por Rabat nos acercamos a hablar con el embajador, un valenciano, a ver qué se podía hacer. Nos dijo que nada, que era zona caliente, que había mucho dinero pero ésa era la condición». Era encomiable y a la vez surrealista, aquel matrimonio de independentistas catalanes había asumido la ayuda al Sáhara como algo propio y lo pagaba de su bolsillo. Era maravilloso comprobar cómo los prejuicios y los estereotipos a menudo eran inservibles ante la realidad. «Al principio ocupamos temporalmente un local de las propiedades españolas pero Mariano nos echó de allí, pensaría que era peligroso para él», Mariano era el administrador de las propiedades del Estado español en el Sáhara, un hombre entre dos aguas, y también él, como todos, siempre observado, vigilado. «Si vas, ten mucho cuidado de con quién hablas, hablar de política es peligroso para ti y para las personas que se relacionen contigo, no lo olvides». Estaba seguro de que habían buscado en la red datos sobre mí, habrían encontrado mi artículo, poco más. Pero era suficiente para hacerles intuir que mi viaje podía poner en riesgo su proyecto. No podía exigirles más. «Eduardo, cuando sepas algo más de tu viaje nos escribes. A ver si podemos coincidir». Una distancia prudencial.

MONTSE, LA VOLUNTARIA

Me había quedado con ganas de mucho más, era información de primera mano, imprescindible para mi propósito. Esa noche la pasé brujuleando en foros de Internet, buscaba desesperadamente a alguno de esos voluntarios que habían llevado Gela y Eugenio al Sáhara. Cuando estaba a punto de tirar la toalla surgió un nombre, Montse, una estudiante de nutrición de la Universidad Ramón Llull de Barcelona, había pasado un mes con ellos. «La experiencia fue una pasada. Es imposible no ver lo que sucede a tu alrededor», la imaginé repantingada sobre un sofá, con un cigarro en la mano, en un piso de estudiantes de Gracia. «Las subvenciones del gobierno no llegan a los saharauis, sólo a algunos pocos que trabajan directamente para los marroquíes. Me dio la sensación de que hubiera una auténtica política de exterminio a largo plazo muy bien calculada. Las mujeres marroquíes suelen tener muchos hijos; ellos, en cambio, son pocos y tienen dos o tres hijos por familia», podía incluso sentir sus profundas caladas mientras hablaba. «Para la mujer son dos mundos muy distintos. Puedes notarlo incluso en su manera de andar solas o al lado de los hombres. Las saharauis son espontáneas, desenfadadas, juegan mucho con el velo. Las marroquíes parecen vivir en el miedo, suelen caminar detrás de los hombres. En la clínica vi muchas mujeres marroquíes con heridas y marcas de maltrato, se me ponían los pelos de punta». Sí, había leído mucho sobre el tema antes del viaje, no era una maleta que hubiera pasado allí una temporada. «Cuando no ven espías a su alrededor, se relajan y te hablan. La intifada empezó el 2005 pero luego bajó de ritmo, los marroquíes se relajaron, la prisión negra estaba prácticamente vacía. Todo cambió con la expulsión de Aminetu y su regreso, muchos han perdido el miedo, sobre todo los jóvenes. En la playa de El Aaiún los estudiantes de las universidades, cuando regresan en verano, organizan muchos actos. Fue una pena que no pudiera escaparme para ver alguno pero era muy peligroso, todo el día vigilados. Además la policía es brutal, me hablaron de una especie de bazoka que disparan dentro de las casas destrozándolo todo». De vuelta a Barcelona ahora colaboraba con una asociación de ayuda al pueblo saharaui, «no puedo evitarlo, es como una droga. Continuamente busco noticias, fotos, imágenes, no puedo ni quiero olvidarme de nada». Eso era lo que les había

pasado a Gela y a Eugenio, negarse al olvido afrontando el riesgo de optar por la vía más difícil, «ellos son geniales, la verdad es que no es fácil trabajar allí como si nada». Cuando le comenté que ya estaba buscando billete exclamó, «estás loco, aunque me das envidia. Si llegas a hablar con ellos, que seguro que lo conseguirás, ten en cuenta que las consecuencias peores son siempre para ellos. A ti, si sólo hablas en privado, como mucho te van a expulsar, igual que a la chica esa, Sara Domene, ellos son los que se llevan los palos después».

PAULA, COMPAÑERA DE VIAJE

Llamé de nuevo a Edi a ver si podía aclararme algo de Aminetu y así hacerme una idea de para cuándo organizaba mi viaje. «Me pillas haciendo la maleta. Nos vamos para los campamentos y estamos hasta arriba. Creo que lo mejor es que te pongas en contacto con Inés, la abogada de Aminetu, hablan con asiduidad y ella te podrá decir». Enseguida regresaron a mi mente aquellas imágenes años atrás en la asociación de Madrid, en la calle Pez, cajas por todos los sitios, bultos, caos. Un viaje a Tinduf implicaba mucho equipaje, llevarse de todo, para uno mismo y para ellos. Allí, en el infierno de la Hamada, no había nada, nada. Después de colgar llamé a Inés, su nombre me sonaba de aquellos días de espera terrible, había estado al lado de Aminetu en todo momento desde su llegada a Lanzarote, ella era la que firmaba como letrada la denuncia contra las autoridades españolas presentada en el juzgado por complicidad en su expulsión. Claro que Inés no era una onegera y cuando le conté mis intenciones se mostró algo distante, «déjame que hable con Aminetu y te cuento, pero ya te digo que ni ella misma lo sabe, todo depende de los médicos». Quedamos en llamarnos y colgué con cierta desazón, mi viaje continuaba en la más total incertidumbre.

También cabía la posibilidad de hacer un viaje con escalas, primero, Las Palmas, me encontraba con ella y después desde allí volaba directamente a El Aaiún. Sin embargo no me parecía la mejor opción a menos que no hubiera otra, no sólo era una cuestión de dinero, también de oportunidad política. Los escasos observadores que habían logrado colarse en el Sáhara preferían la ruta a través de Casablanca, ya fuera en avión directamente desde allí a El Aaiún o cogiendo un autobús que tardaba siete horas en

llegar. Yo mismo en mi anterior viaje había escogido esta ruta. En cualquier caso lo que parecía inexorable es que iba a hacer el viaje solo, lo cual me producía pánico. Tenía que hacer un esfuerzo de imaginación, necesitaba a toda costa entrar con alguien, el que fuera, para tener unas ciertas garantías de pasar por turista en aquel lugar, como Mª Jesús, la combativa enfermera de Tinduf, algo prácticamente imposible. Y no sólo eso, de pasar cualquier cosa, dos personas dejaban más rastro que una sola. La única persona que me vino a la mente fue Paula.

Paula era la clásica chica artista del barrio de Lavapiés. Por las mañanas trabajaba de funcionaria en una lóbrega oficina municipal del extrarradio para ganarse la vida. Por las tardes alternaba en actividades culturales de todo tipo y escribía poesía, acababa de publicar un libro de poemas sobre el desamor, el mal de nuestro siglo. Como la mayoría de los españoles del conflicto del Sáhara no sabía prácticamente nada, aunque pudiera sonar imposible y muy recriminable. Y es que a veces nos resistimos a admitir que pocos leen el periódico o ven el telediario con la mínima atención, y menos aún, por supuesto, todo aquello que tenga que ver con el lejano extranjero.

La conocía desde hacía años y me era de total confianza aunque nunca hubiéramos hecho grandes viajes juntos. Era alegre, divertida, relajada, incluso guapa. Pero si pensé en ella como acompañante fue, sobre todo, porque si algo la caracterizaba era su amor por la aventura y por el riesgo, aunque hasta ese momento ese amor se había circunscrito al área metropolitana de Madrid con alguna escapada a la costa. «¿Al Sáhara?, vale, me apunto, pero déjame preguntar en el curro», y al colgar me entró una duda fundamental, no me parecía muy moral irme con ella a un lugar tan siniestro sin ponerla al corriente de los riesgos del viaje. Como ya me había avisado de que iba a estar muy liada con los múltiples actos sociales a los que debía acudir, opté por dejarle un documental que había descubierto en la biblioteca, *El rumor de la arena,* realizado por Daniel Iriarte y Jesús Prieto en 2007, tan ambicioso como mi libro, tratar de explicarlo todo. El hilo conductor de la película era el reencuentro de un hijo con su padre y hermanas, separados desde 1975 al quedarse él junto a su madre en El Aaiún y ellos huir de la ocupación marroquí con el Polisario

refugiándose en Tinduf. Más de treinta años completamente extraños, ajenos, salvo en los recuerdos, en los sueños. Este milagro era posible por los vuelos organizados por el ACNUR, una medida de confianza entre las partes de carácter humanitario, el único logro de las conversaciones de paz auspiciadas por la ONU. Mezclados con la dramática historia de esta familia se sucedían testimonios de personalidades del Polisario, periodistas marroquíes, antiguos residentes españoles en la colonia, defensores de derechos humanos del Sáhara ocupado, otros saharauis, el periodista Tomás Bárbulo y el escritor Javier Reverte. Como inmersión en el tema estaba bastante bien aunque no compartía algunas de las afirmaciones que se vertían, quizá un tanto ideologizadas. Lo más interesante era que contaba el origen de la intifada y las consecuencias de la represión, algo real y presente. «Oye, que no hay ningún problema. En cuanto tengas las fechas exactas, me las dices», las fechas exactas, ése era mi problema. «¿Qué te ha parecido el docu que te pasé?», necesitaba tranquilizar mi conciencia. «Aún no he tenido tiempo, es que no paro». Yo más no podía hacer.

PREPARANDO EL RETORNO

Pasé varios días cavilando y tomé la decisión. Como en mi anterior viaje lo mejor puede que fuera la sorpresa, reservar los billetes y hacer una última ronda de llamadas para anunciar nuestra llegada a ver qué pasaba. Pero esta vez no acudí a las misteriosas oficinas de Air Maroc, directamente me fui a la agencia de viajes de El Corte Inglés. Por si nos ocurría cualquier cosa, quería ir dejando pistas de nuestra aventura, piedrecitas, como Pulgarcito, de esta forma podrían seguir nuestro rastro. Con mi mejor francés reservé una habitación en el hotel Sáhara Line, el mismo donde había pasado mis últimas noches en El Aaiún. Me acordé entonces de Nicoletta, la funcionaria del ACNUR, y de su terrible angustia por la presión permanente que la rodeaba. Qué habría sido de ella, ¿seguiría todo igual?

Los números del honesto Baida, el marroquí o el español, seguían sin responder. Sin ningún reparo le mandé un correo a Alejandro García para ver si le conocía. Me respondió enseguida negativamente, y tampoco entró en valorar a Baida. Volví a llamar a Inés, la abogada de Aminetu, quise darle pena, «el libro es muy importante para la causa y su testimonio sería un magnífico

capítulo final. Dile que por favor, que nos conocimos brevemente en La Haya». Su labor de protección era encomiable, «llámame esta tarde, me pillas en un juicio». En la espera contacté con un académico norteamericano a quien también había conocido en La Haya. Él me facilitó un nombre en El Aaiún, Duihi Hassan, y me quedé más tranquilo. Más tarde Inés se mostró más comprensiva, me dio los teléfonos de Aminetu Haidar, uno marroquí y otro español que utilizaba ahora que estaba en Canarias, «también te doy los datos de Ghalia, otra conocida defensora de los derechos humanos en el Sáhara ocupado, por si no coincides con Aminetu en El Aaiún». Las cosas se iban resolviendo. Llamé a Gela para informarles, «qué casualidad. Nosotros viajamos desde Barcelona el mismo día. Nos vemos en el aeropuerto de Casablanca». Bien, nos pegaríamos a ellos en el control del aeropuerto. Esa noche hice un hallazgo fabuloso, la dirección de correo electrónico de la misión de los oblatos en El Aaiún. Les escribí preguntando por el horario de misas para acercarnos, como si fuéramos unos peregrinos que estuvieran cruzando el desierto, otra pista más. A la mañana siguiente armándome de valor telefoneé a Aminetu. Un hilo de voz me respondió al otro lado, «no sé todavía cuándo regreso, estoy esperando los resultados de los análisis y lo que me diga el médico. Si puede, llámeme el viernes». Se me encogió el corazón, el viernes de esa semana era cuando Paula y yo viajábamos.

AEROPUERTO MOHAMMED V

La mañana de autos Paula, muy ojerosa, apareció con su mochila en la boca de metro de Lavapiés. No quise preguntar, era la mejor manera de empezar bien el viaje, ya la noche anterior no la había podido localizar hasta la una para poder fijar cómo quedábamos. Cuando ya nos acomodamos en nuestros asientos en el vuelo de Madrid a Casablanca, y antes de que echara su cabeza hacia atrás y desapareciese del mundo consciente, me atreví a preguntar, «¿conseguiste ver el documental?». Ella se incorporó un poco, su rostro se desencajó, «lloré muchísimo, es horrible lo que está pasando. Qué ganas de conocer los campamentos de refugiados». Yo la miré directamente a los ojos, «no es allí donde vamos, me parece que te lo había explicado. Vamos al otro lado de los muros, al Sáhara ocupado». Paula se quedó por un momento muy seria como pensando, después volvió a echarse hacia atrás y cerró los ojos.

El aeropuerto Mohammed V no se parecía en nada al que conocía de la vez anterior. Una placa decía que había sido inaugurado en 1992 por Hassan II pero el lugar estaba lleno de carteles: «Estamos trabajando por usted, disculpe las molestias», así que debían de estar modernizándolo. Por el momento resultaba laberíntico, oscuro, ya anticuado. Al pasar a la zona de vuelos domésticos nos enfrentamos a nuestro primer control de policía. «¿Destino?». «Laayoune», acerté a decir intentando poner cara de despistado. Nos miraron de arriba abajo, especialmente a Paula y sus pantalones vaqueros. Al final de un largo pasillo, bajando unas escaleras mecánicas estropeadas, encontramos la sala de espera, un salón enorme decorado estilo «alhambra» con mosaicos y artesonados, sin luz natural. Bajo la cúpula una maqueta en alabastro y dorados de la gran mezquita construida por Hassan II en Casablanca. Un decorado pretencioso, recargado, agotador. Y me fijé en algo que ya sabía que iba a dominar nuestra estancia, la mirada altiva del actual rey y la de su padre, desde dos retratos gigantes, vigilándonos. La sala se fue llenando poco a poco de verdaderos turistas que esperaban el vuelo a Marrakech. Tomamos algo y luego Paula se echó sobre unos sofás. A su lado una pareja madurita con aire de viejos amantes; él, sombrero de ala ancha, y ella, zapatos altos de tacón y faldita. Lo curioso, en las manos del varón un libro titulado *Ética y derechos humanos,* parecía premonitorio. Para no ser menos Paula sacó de su mochila un libro de poemas de Alejandra Pizarnik, una poeta suicida argentina. Al poco rato estaba como un tronco.

Aún quedaban un par de horas para el vuelo a El Aaiún y me dediqué a pasear para calmarme un poco. Me acordé entonces de que tenía que llamar a Aminetu. Su voz seguía sonando igual, quejumbrosa, «el médico todavía no me ha dicho nada. Llámeme el domingo por la tarde a las cinco y media. Si todo va bien, estaré en el aeropuerto para regresar a El Aaiún». En una de mis idas y venidas sin rumbo por la enorme sala, vi a Eugenio, el médico de la ONG, sentado en una butaca. Sobre sus rodillas tenía una especie de cuaderno de viaje en el que estaba escribiendo. «¡Eugenio! Qué bien, por fin os encontramos», él cerró el cuaderno de golpe, no creía que yo hubiese sido capaz de llegar hasta tan lejos. Me acordé entonces de su premio literario, «¿una nueva novela?», la primera

había resultado un éxito, yo me había informado convenientemente, relataba los intríngulis de la fundación de Villa Cisneros, actual Dajla, y de la primera colonización del territorio dirigida con habilidad por el coronel Bens, ayudado por el capitán Antonio de Oro Pulido, también conocido por el Lawrence de Arabia español. «Bueno, sí, ya estoy con la próxima. Siempre escribo novela histórica, historias sobre el Sáhara», era un médico ilustrado, en la línea de Gregorio Marañón. En la solapa ya no llevaba la bandera estrellada pero sí colgaba de su cuello una tarjeta de la UNESCO, era su salvoconducto para la policía de El Aaiún. «La llevo por si acaso. Desde lo de Aminetu son impredecibles. Aunque nosotros siempre informamos al alcalde por anticipado de nuestra llegada y de los contactos que queremos hacer para luego no tener ningún problema». No tenían ninguna libertad de movimientos, ésas eran las reglas del juego, las tomas o las dejas. «Estamos organizando una misión de oftalmólogos para que vengan unos días a operar cataratas», la luz del desierto, el polvo, la arena, el siroco, hacían estragos. «Lo que más me preocupa es que llevo plantas. Son un edulcorante natural muy bueno, para que consuman menos azúcar. Me da miedo que las confundan con otra cosa», añadió sarcástico. Nosotros no llevábamos nada, ni tarjeta ni plantas ni fax. Me volvieron los nervios. Sí, éramos turistas, no podíamos ser otra cosa.

Comenzaba a atardecer cuando salió nuestro vuelo. La presencia de algunas mujeres vestidas con melfa en los otros asientos era el signo evidente de que nos dirigíamos a un lugar bien diferente. Eugenio iba sentado en la primera fila, muy alejado de nosotros, no sabía si por capricho de la compañía aérea o por un deseo personal suyo para dejar bien claro que no íbamos juntos. Paula, a los pocos minutos, volvió a dormitar a mi lado. Por la ventanilla de poniente el cielo gris metálico aparecía hendido por una franja naranja brillante, como una estrecha ventana abierta hacia lo desconocido. Abajo la tierra, cada vez más parda, más oscura, invisible.

«ELLA ES FUNCIONARIA. YO SOY PROFESOR»

Aterrizamos en plena noche. Las luces de El Aaiún eran los faros de un gran trasatlántico en medio de un negro océano. Sentí cómo se aceleraban los latidos de mi corazón. Bajamos por la parte de detrás del avión y como sólo llevábamos equipaje de mano el destino nos puso de los primeros de la fila en la aduana. Policías de paisano y

de uniforme nos rodeaban como moscones. Otra vez con mi mejor francés. «Bonsoir». «¿Pasaportes?». Paula y yo les dimos nuestros pasaportes españoles, la prueba evidente de un futuro delito en aquel lugar. De nuevo nos miraban de arriba abajo especialmente los apretados pantalones vaqueros de Paula, el pequeño escote de su camiseta. «¿Qué vienen a hacer aquí?», y otra vez mi cara de despistado sonriente, «turismo». Llegó otro más de paisano, con gafas, alto, que parecía de la secreta, él era el que daba el visto bueno, «¿profesión?». «Ella es funcionaria. Yo soy profesor», segundos eternos de tensión mientras nos auscultaban con los ojos. «Es la segunda vez que vengo. Puede comprobarlo», añadí como para decir, eh, que soy de la casa, confiad en mí. Por fin el de las gafas perdió su interés por nosotros al contemplar a otro par de extranjeros, con pinta de mercenarios, junto a Eugenio al final de la cola. Nos pusieron el sello y pasamos. Era un milagro.

Sin embargo era mejor esperar a Eugenio. Nuestro viaje de turismo en el Sáhara comenzaba y no teníamos preparado ningún programa de visitas, ahora que ya estábamos dentro quizá él podía echarnos una mano. Miré a nuestro alrededor, allí habían tenido lugar los funestos sucesos que condujeron a la expulsión de Aminetu, la sacaron de la fila los secretas y la encerraron en alguna de aquellas habitaciones para interrogarla, una mujer sola. «Hola, ¿sois amigos de Gela?», una simpática cara saharaui nos saludaba. «Sí, estamos esperando a Eugenio, sigue en la cola». Eugenio nos saludó desde el fondo. La policía estaba ahora revisando la documentación de los otros extranjeros, después se los llevaron a un cuartito con sus bolsas. El saharaui fue hacia Eugenio para ayudarle con la policía. Paula y yo nos miramos ya relajados, estábamos dentro, no había marcha atrás.

El saharaui simpático era el enlace de un tal Didi, de la surrealista asociación de hispanófonos del sur, un nombre sin duda escogido a propósito para no levantar susceptibilidades. Pero el tal Didi todavía tardaría un rato en llegar con su camioneta. Eugenio, ya también relajado y sonriente, esperaba con nosotros a la entrada de la terminal del aeropuerto. Un fuerte olor a harina de pescado había inundado nuestros pulmones procedente de las factorías instaladas en la playa. «¿Y vosotros?», el enviado de Didi bruscamente interrumpió su conversación con Eugenio sobre sus

contactos con el alcalde para dirigirse a nosotros. Se acababa de percatar de que íbamos por libre. «¿Sois activistas?», nos espetó sin dejar de sonreír. «No, somos turistas», de inmediato me invadió el pánico, «queremos bajar un poco por la costa hasta Bojador». Su mirada se había congelado, nos escrutaba, «hay muchos controles, debéis tener paciencia, como sois españoles». Se hizo un silencio, Eugenio miraba para otra parte intencionadamente. «¿Sois amigos de Willy Toledo?», otra vez a la carga. Me entró la risa nerviosa. «Ese señor no ha contado más que mentiras. No queremos gente como él por aquí». Aquel saharaui simpático era con toda seguridad un informador de la policía, nuestro viaje peligraba. Los franceses recién llegados aparecieron por la puerta, también habían pasado el control, sus abultadas bolsas parecían portar armas. Aproveché el momento para cambiar de tema, «¿adónde van éstos con esas armas». Él tenía respuesta para todo, «vienen a cazar liebres y perdices. Gacelas no, porque están protegidas». Eugenio también aprovechó el nuevo tema de conversación, «nos ha venido muy bien que llegaran con nosotros. No han dicho nada de mis plantas ni del instrumental médico que traigo». Pero él no había terminado su interrogatorio, «¿es la primera vez que estás en el Sáhara?». Eugenio me miraba, Paula que lo sabía todo, también me miraba. Y yo como san Pedro negando la verdad, «sí». Afortunadamente en ese instante apareció el famoso Didi, el hispanófono. «Hola a todos», nos fue saludando, «una buena noticia. Nos han dado permiso para hacer aquí los exámenes del Instituto Cervantes». Aquello era contrario a la famosa posición oficial española de cooperación cero en el Sáhara occidental pero preferí no preguntar. «¿Nos podéis ayudar a conseguir un taxi hasta el hotel?», lo mejor era largarse y desligarse del grupo de Eugenio cuanto antes. Ya no me interesaba la ayuda de sus amigos, habría sido repetir mi viaje con Merebbi, esta vez necesitaba ser libre al precio que fuese.

El Aaiún, otra vez

Recordaba la ciudad con todo el bullicio nocturno de la época de ramadán pero parecía ser la tónica habitual, pasado el sol y su calor, todo el mundo se lanzaba a las calles a pasear, sentarse en los cafés. A la puerta del hotel Sáhara Line observé la fila de coches de la ONU aparcados. En la recepción nos esperaban, la habitación estaba lista. Dejamos todo de cualquier manera y salimos a buscar

un sitio para cenar en las vibrantes calles de El Aaiún. Paula caminaba alucinada contemplándolo todo, acababa de comenzar su película. A distancia se notaba de dónde veníamos, algunos grupos de chicos al cruzarse con nosotros nos sonreían y nos decían hola, como si tal cosa, ¿era un signo de connivencia política, simple simpatía o nos ofrecían sexo? La paranoia comenzaba, ¿nos estarían siguiendo ya? Nos metimos a cenar en un sitio llamado La Perla, cerca de la casa-palacio de Jalihenna Uld Rachid, el siniestro alcalde y presidente del CORCAS. La sensación de que alguien nos estuviera siguiendo nos producía una extraña risa nerviosa y nos pusimos a observar con detenimiento a la gente sentada en las otras mesas. Por el cristal que daba a la calle de repente vimos a una pareja de nórdicos, éstos sí parecían auténticos turistas. Les hicimos señas para que entraran y se sentaran con nosotros. Ellos nos miraron con horror y se alejaron, parecían estar aterrorizados por algo que nosotros, recién llegados y contentos por haberlo conseguido, no podíamos percibir todavía. Paula, divertida, se volvió hacia mí, «Eduardo, ¿crees que ahora mismo estarán registrando nuestro equipaje?».

Con las prisas a la poeta de Lavapiés se le había olvidado meter algunas cosas en su mochila, entre ellas, un calzado apropiado para caminar y ya había comenzado a quejarse. De regreso al hotel entramos en una tienda de zapatos cuyo dueño nos pareció saharaui por ir vestido con una derraa. «Sí, saharaui, soy saharaui, ¿españoles? Qué bien, ¿para la señora?», y se puso a sacar a Paula casi todo el muestrario. «Mis zapatos son muy buenos. Los traigo yo de Las Palmas en el ferry». Después de aquel sospechoso accidente sin heridos del ferry entre Fuerteventura y Tarfaya hacía dos años, según la versión oficial por la falta de calado del puerto, se había autorizado el ferry entre Gran Canaria y el puerto de El Aaiún, tardaba siete horas en llegar. «¿Qué tal éstos?», me preguntó Paula subida en unas terribles deportivas chinas con tacón. No había retrato de Mohammed VI por ningún lado, me dio buenas vibraciones. Mientras Paula seguía probándose zapatos y paseándose por la tienda a grandes zancadas, cogí el móvil y llamé a nuestro primer contacto, Duihi. Concerté una cita para el día siguiente delante de la iglesia, a la salida de misa de las siete. Entramos en la habitación con cierta ansiedad, todo parecía estar

exactamente igual a como lo habíamos dejado, sospechoso, muy sospechoso.

IFNI EN LA RECEPCIÓN

La capital del Sáhara, como Paula, tenía un despertar lento, trabajoso, sin prisas. Me adelanté subiendo solo al comedor, en la última planta del hotel. «¡Buenos días!», exclamé al entrar, buscaba con la mirada una cara amiga entre los camareros, en particular la de aquel amigo de Nicoletta, la del ACNUR, que había resultado ser un activista. Ninguno pareció entender mi saludo, ya no debía trabajar allí, al final lo habrían descubierto y echado a la calle. En ese momento apenas había dos huéspedes desayunando, militares africanos de la misión de la ONU. El plan para ese día era continuar con la comedia de nuestro papel de turistas, alquilar un coche y bajar por la costa hasta Bojador. Fui a recepción a informarme.

El chico de la recepción parecía estar esperándome, me miró directamente a los ojos, «soy de Sidi-Ifni», había bajado la voz como si me fuese a contar un secreto. «Santa Cruz de Mar pequeña», añadió sonriendo. Para él era como si me hubiera mencionado Cuenca y no la antigua plaza de soberanía española hasta 1969. «¿Lo conoce? Ahora está muy mal, todo muy abandonado, pero mi familia siempre me ha contado lo bien que se vivía con España. Teníamos hospital, un estadio para jugar al fútbol, buenos salarios», él era un medio colono, la tribu principal de Sidi-Ifni, los Ait Ba Amran, como sus vecinos los tekna saharauis, tampoco habían estado realmente sometidas nunca al sultán de Marruecos. «Mi abuelo que era cabo del ejército español recibía una pensión pero murió hace unos meses, ¿cree usted que mi abuela tiene derecho a ella?», no podía contestarle con seguridad, le recomendé que fuera a hablar con el tal Mariano, el representante de la Administración española, imaginé que ésa era otra de sus funciones, pagar las pensiones a los antiguos trabajadores y militares de la época colonial. «También quería pedirle otro favor. Mi padre era español y quiere recuperar su nacionalidad, lo que pasa es que ya no tiene su DNI, cuando los marroquíes entraron en Sidi-Ifni obligaban a la gente a romper su documentación española». En 2008 un levantamiento popular en Sidi-Ifni exigiendo mejoras económicas y sociales había sido aplastado por la fuerza provocando muertes y desapariciones. En ese instante Omar, el propietario del hotel,

apareció por la puerta y su asalariado de Sidi-Ifni enmudeció.

Omar vestía un traje impecable, llevaba el pelo bien cortado, caminaba con aplomo, signos evidentes de que él era uno de los vencedores, la oligarquía que, desde el primer día de la ocupación, se postró ante el rey para besarle la mano. Su español era perfecto, como el alcalde Jalienna y tantos otros, él también debía de tener su DNI bien guardado en alguna parte para cuando lo necesitara. Le expliqué lo del coche para ir a Bojador a pasar el día. Me puso una cara muy rara durante unos segundos, «mira, yo creo que lo mejor es que lo dejéis para mañana. Son más de quinientos kilómetros en un día y ahora es un poco tarde». Por un momento pensé que era una maniobra para tenernos cerca y controlados, pero, no, la verdad es que tenía razón y debíamos ser flexibles. En ese instante Paula salió del ascensor, fresca y radiante, dispuesta a comerse el Sáhara. Inmediatamente busqué planes alternativos para el día. Me acordé entonces de Baida, su casa palacio estaba por el centro de la ciudad, ¿qué tal una visita sorpresa? Mi nuevo amigo de Sidi-Ifni hizo algunas averiguaciones y me dio la dirección en un papel. Como dos auténticos turistas, Paula y yo salimos del hotel.

El psicópata

Eran las diez y media y muchos comercios todavía no habían abierto. El sol entraba y salía de entre las nubes con golpes de calor. Cruzábamos una calle cuando un hombre joven vino hacia nosotros, «¡eh! ¡Hola! ¿Habéis dormido bien?». Parecía inofensivo pero no dejaba de ser el típico pesado. «¿Qué hacéis en El Aaiún?», tenía un aire somnoliento, con los párpados levemente caídos. «Somos turistas», empezaba a estar ya harto de la pregunta. «Yo también soy turista, ¿os puedo acompañar?», Paula lo miró con aprensión y se puso a andar más rápido. Pinta de policía desde luego no tenía, le tiraría un poco de la lengua. «En mi familia hablamos de vez en cuando en español, aparte del árabe hazaña, pero nunca delante de marroquíes», caminaba a nuestro lado infatigable, «no hago nada en todo el día. Hace unos meses llegué de Bélgica, me expulsaron por pegar a mi mujer y a mi cuñado. Tengo que esperar dos años para poder regresar». Paula aceleró el paso invadida por el pánico y me echó una mirada de odio, «se puede decir que soy un psicópata». Evidentemente estaba drogado con pastillas, quizá era un psicótico y debía haber tenido un brote muy fuerte. Paula estaba a punto de

echar a correr, había que hacer algo lo antes posible. Por suerte llegamos a la avenida de Smara, «¿te apetece tomar un café con nosotros?», Paula quería matarme, pero era la única forma pacífica que se me ocurría para deshacernos de él, en mi propia paranoia de persecución entraba el evitar cualquier enfrentamiento con los lugareños. Por suerte vi a lo lejos el café Arena, de tantos recuerdos con Merebbi y el espía, uno de los lugares más chic de la ciudad con sus pretensiones de bistrot francés. Nos sentamos, «sólo hay trabajo para guardia de seguridad para el Estado o para empresas que hay en la playa. Ciento cincuenta euros al mes». Paula se levantó para ir al baño y desde la cristalera me hizo señas, no aguantaba más. «Oye, muchas gracias por acompañarnos, nos tenemos que ir, ¿conoces esta dirección?». Era la dirección de Baida, «sí, eso queda enfrente del hotel Jadisa, el de los judíos, lo mejor es coger un taxi». Judíos en el Sáhara, no quería saber si aquello era verdad o era parte de su posible delirio. «Allí viven los Baida, ¿por qué quieres verlos? Hammou, el que estaba en el consejo municipal, perdió las elecciones el año pasado, y Houcine, el otro, tuvo muchos problemas, se enfrentó a Jalienna», aunque estuviera loco sabía que estaba entrando en un tema peligroso, miró a su alrededor, «dijo en el *Journal* que el CORCAS no servía para nada, que cada vez hay más jóvenes separatistas», de repente, como activados por un resorte, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Ahora a mí también me daba miedo. Paula regresó pero se negó a sentarse, «Eduardo, tenemos prisa». Me levanté, «sí, es verdad, él nos va a ayudar a conseguir un taxi». El psicótico saharaui no opuso ninguna resistencia, nos paró un taxi, le dimos una propina y nos alejamos aliviados. Paula estaba fuera de sí, «tú no te dabas cuenta pero el loco ese no paraba de mirarme obsesivamente». Por las ventanillas comenzó a entrar el aire y nos fuimos relajando mientras, ante nuestra sorpresa, otros clientes subían y bajaban del taxi, en El Aaiún eran todos colectivos.

VIGILADOS Y PERSEGUIDOS

El portón de villa Badia estaba abierto. Dentro un oasis de frescor, verde hierba convenientemente regada y cortada, y lo más alucinante, un grupo de gacelas, las famosas gacelas del Sáhara, pastando con toda tranquilidad. No se veía a nadie. «¡Buenos días! ¡Buenos días!», comencé a gritar para ver si aparecía alguien pero la

mansión parecía vacía, como si por alguna razón inminente hubieran tenido que salir corriendo a alguna parte, llevándose incluso a la servidumbre. Un bocinazo desde la calle nos despertó de la ensoñación. Una camioneta penetró en el jardín, eran empleados de la casa. «Hace tiempo que no los vemos, no puedo indicarles», ni están ni se les espera, «si quieren pueden ir a la factoría de la playa. Allí sabrán algo más». Los Badia también eran de la élite sumisa, con su correspondiente empresa de alto rendimiento. Sin embargo la honestidad política del hermano Houcine había puesto todo en peligro. Lo mejor era poner tierra de por medio, venir de vez en cuando a vigilar la gallina de los huevos de oro y, mientras tanto, vivir en Canarias con su valiosos DNI hasta que el asunto se olvidase. Me acordé del negociante Mustafá y de sus miedos.

El barrio colonial había sido construido sobre la pendiente hacia la hondonada donde estaban los históricos «ojos de agua» de El Aaiún, el origen del asentamiento militar español. Lo recordaba bastante bien, había que dejar la avenida principal, la de La Meca, y descender por entre un dédalo de calles en cuyos edificios se mezclaba el viejo estilo original de edificaciones bajas y coronadas por las cubiertas de medio huevo, el estilo tipo barriada obrera de los setenta, implantado en la época del lejano desarrollismo y ahora de aspecto un tanto alienígena, e invadiéndolo todo, como una hiedra invasora, el nuevo estilo del ocupante marroquí, un pastiche del clásico Marrakech con toques posmodernistas inclasificables. Por los golpes de sol Paula había decidido lucir una especie de velo que la cubría de cintura para arriba, estaba ya completamente integrada en el entorno. A cada esquina uno o dos policías, vigilantes, los edificios públicos más importantes se encontraban allí, como el palacio del gobernador o el Parador, también la cárcel negra. Pero en el barrio quedaban pocos saharauis, la mayor parte de sus moradores eran los funcionarios de la administración marroquí y sus familias. «¿Nos puede indicar dónde está la Casa de España?», el colono sonrió, «está cerca, detrás de “al cañiza”». Al cañiza era el nombre que daban a la iglesia, «¿son turistas? Si necesitan un tour por el desierto yo se lo organizo». Parecía simpático, inocente, tomé su número y lo guardé.

La verja que guardaba la iglesia y los otros edificios donde

presumiblemente se encontraba la Casa de España estaba cerrada a cal y canto. Por la plaza deambulaban algunos policías y funcionarios. Mi idea de conocer a Mariano, el hombre de España en El Aaiún, quedaba pospuesta. Había que llenar la agenda como fuera. Nos acomodamos en uno de los bancos, una sensación de control reinaba en el ambiente, era un error garrafal quedar en ese lugar con un activista. Llamé a Duihi. «No hay problema, nos vemos a las dos en la puerta del Sáhara Line». Para relajarnos llevé a Paula al Parador y pedimos té. Unos españoles con acento canario y aspecto de empresarios se hacían fotos por los jardines ajenos a todo como si aquello fuera Fez o Marrakech.

A simple vista nadie nos esperaba a la puerta del Sáhara Line y aprovechamos para subir un rato a la habitación a descansar. Cuando abrí la puerta un trocito de papel salió volando, «lo he puesto yo», aclaró Paula a mi espalda, «es para comprobar si entran a registrarnos el equipaje». Ella pareció no preocuparse pero yo sí, no entendía cómo el papelito podía seguir allí si en cualquier caso habían tenido que entrar a hacernos la habitación. Mi móvil sonó, era Duihi, «os he visto entrar y os vienen siguiendo. Salid ahora y andad deprisa hacia la izquierda sin pararos». Hicimos lo que decía pero después de caminar durante un rato él seguía sin aparecer. Cuando estaba a punto de volver a llamarle para saber si le había pasado algo, un hombre con cazadora negra y gafas negras se interpuso en nuestro camino, «rápido, meteos por la siguiente esquina y esperadme al fondo». Paula y yo, cual dos autómatas aterrorizados, nos metimos por el callejón que nos había dicho, él venía detrás de nosotros. «Tenéis que coger un *petit* taxi hasta la estación de donde parten los que van a la playa. Aquí es imposible hablar, es muy peligroso». Por primera vez sentí la opresión de alguien espiando todos nuestros pasos, toda nuestra libertad de acción quedaba intimidada, coartada. Salimos corriendo y nos montamos en el primer taxi que pasaba. «¡Hola!», el conductor era saharaui, y como buen taxista un tanto lenguaraz. En cuanto bajó un cliente con aspecto de colono, comenzó a desahogarse, «a mi padre lo tengo en los campamentos de Tinduf. A los pocos días de mi nacimiento empezó la guerra y tuvo que huir. No volví a verle hasta hace tres años, vino a visitarme con uno de los vuelos humanitarios del ACNUR. Sólo de pensarlo me pongo triste, ¿por

qué tenemos que aguantar todo esto?». No sabíamos qué decir, nos habíamos quedado de repente sin palabras, la opresiva realidad circundante, como una tromba de agua, nos había penetrado hasta lo más hondo. «Estamos todo el día vigilados, no podemos hablar de nada. La policía, los colonos marroquíes, los traidores, todos nos escuchan».

Nos dejó en la explanada de donde salían los taxis para la playa. Subimos en otro, esta vez grande, no *petit,* pero igualmente compartido. Íbamos siete, incluido el conductor, en un viejo mercedes. En la parte de delante se habían aposentado dos chicas adolescentes, envueltas en melfas, contándose secretos al oído y riéndose, las ganas de vivir. Paula iba casi aplastada contra una de las puertas de atrás, yo, a modo de parapeto, la separaba de los otros dos orondos pasajeros. Pasamos tres controles de policía hasta llegar a la playa. Después en distintos puntos a lo largo del paseo, se fueron bajando nuestros compañeros de viaje hasta que quedamos solos. Cuando ya estábamos llegando al extremo, el conductor paró sin avisarnos, no iba más allá. Enfrente había un cafetín. Por una de las ventanas vi la cara de Duihi que nos hacía señas con la mano.

DUIHI, «NO VAMOS A RENUNCIAR»

No había mucha clientela y eran todos hombres concentrados al lado de la barra para ver mejor el partido de fútbol que, en esos momentos, estaban echando por la televisión. Duihi, ya sin sus gafas, había elegido para nuestra especial conversación una mesa al fondo pegada a las ventanas que daban a la calle, pero se había sentado de manera que desde fuera no pudieran verlo. Pedimos algo de beber rápidamente para no perder tiempo. «Nací en El Aaiún cuando España estaba todavía en el Sáhara. Cuando estalló la guerra mis padres se separaron, mi madre se fue a Tinduf y yo me quedé aquí, con mi padre, al cuidado de mi abuela», Duihi era representante del Comité de Protección de Presos Saharauis, «comencé a estudiar con el sistema español, después con la ocupación pasé al francés de Marruecos. Cuando terminé me fui a estudiar biología a la Universidad de Rabat. Era la época de la guerra, nadie podía hablar de nada, había mucho miedo. En 1988 Hassan II mandó que todos los estudiantes saharauis fuéramos expulsados de las universidades y nos dieran trabajos ficticios en la administración, cobrábamos por hacer nada, era su manera de

comprar nuestro voto ante un posible referéndum. En 1991 nos envió a todos de vuelta al Sáhara y a mí me dieron un empleo en Educación, igualmente para cobrar sin trabajar». Suspiró, «somos una generación perdida, Hassan no quería saharauis universitarios. Ahora después de tantos años sólo hay cinco saharauis médicos, mientras que en Tinduf en los campamentos de refugiados, hay más de quinientos y todos muy buenos por haberse educado en Cuba». Seguían apareciendo frutos del retorcimiento criminal de Hassan II, el padre de Mohammed VI, descorazonador.

«A partir de esa época la gente empezó a hablar aunque sólo fuera en privado. En 1999 fue la primera vez que salimos a la calle para protestar. Desde ese momento asumí mi compromiso y en mayo de 2005, cuando estalló la intifada, comencé a trabajar ya activamente por nuestros derechos». No quería desconcentrarme de la conversación pero noté que Paula miraba con insistencia por las ventanas. Me giré un instante y vi a un par de niños jugando en el patio al lado nuestro. «La primera vez que fui detenido e interrogado fue en 2006, a partir de ese día cada vez que abro la puerta de mi casa me encuentro a un policía de paisano vigilándome. Al año siguiente cuando estaban en mi casa dos abogados españoles que habían venido como observadores para los juicios contra activistas saharauis, llegó la policía y me llevaron. Perdí la noción del tiempo, me colgaron de un palo por los pies y me torturaron durante varios días». En ese momento se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo del bar, y sin ningún tipo de dramatismo, como si me estuviese describiendo una postura de yoga o un ejercicio de gimnasia, comenzó a explicarnos el tipo de tortura que habían utilizado con él. Paula lo miraba aterrorizada. «No hace falta que nos des detalles. Por favor, levántate», Duihi se volvió a sentar. Me di cuenta entonces de la gravedad de su rostro. Hablara de lo que hablase su expresión permanecía rígida, seria, la expresión de alguien que había resistido hasta el final una presión fortísima rozando los límites más extremos y que ha superado con éxito la prueba aun a costa de perder parte de sí mismo, de su personalidad, probablemente toda su espontaneidad, pero no su integridad ni sus valores. Sin embargo ahora era invencible. «El discurso del 6 de noviembre pasado para conmemorar la marcha verde significó el fin de la tolerancia cero con nosotros. No querían

ver a más abogados ni observadores en el Sáhara. Pero como son tan brutos, la expulsión de Aminetu les salió mal y ahora han tenido que ceder un poco, podemos viajar y pueden venir observadores, como Willy Toledo. El único límite, la prohibición de cualquier manifestación, para guardar las apariencias de que vivimos contentos con la ocupación. Si alguien se atreve a protestar en público en la calle, llegan con los palos». Paula seguía inquieta por algo, volvía a mirar hacia fuera. «Todos los años vienen representantes de la embajada norteamericana en Rabat para hablar con nosotros sobre la situación de derechos humanos en el Sáhara. De la embajada española nunca ha venido nadie y ese Mariano lo único que hace es defender a Marruecos. Ellos saben que vivimos en una dictadura represiva, aquí no hay ciudadanos, sólo súbditos, ¿quién puede creer en una autonomía?». Se paró un momento, se había dado cuenta de que había elevado demasiado el tono. Luego prosiguió, «después de tantos desaparecidos, tantas torturas, nosotros no vamos a renunciar, queremos un referéndum que incluya la opción de independencia. Baker con su plan encontró una solución ideal pero quiso imponerla y Marruecos, como cualquier dictadura, no confía en su propio pueblo, la rechazó. Ross ahora pretende que las partes se pongan a hablar. Cree que así llegarán a un acuerdo mutuo, pero esto es aún más imposible, los marroquíes no pueden hablar de nada, son prisioneros de su propia tiranía. Pero por el momento lo más importante es acabar con la represión, que la misión de la ONU nos proteja».

A pesar de su vehemencia, de la fuerza de sus afirmaciones, sus rasgos apenas se movían, eran de piedra, inamovibles. «Su única esperanza es que nos hagamos terroristas islámicos pero eso no puede ocurrir, vivimos nuestra religión de una forma diferente, no queremos encerrar a nuestras mujeres en casa. Y lo que es más importante, somos profundamente pacifistas. En todos estos años de ocupación nunca se ha dado un caso de agresión contra un marroquí». Me giré un momento hacia atrás, en apariencia todo continuaba igual, un grupo de hombres embebidos por el fútbol. «Después me han detenido y pegado muchas veces pero no hay vuelta atrás, te vuelves inmune». Afuera los gritos de los niños cesaron, «sólo tengo miedo de que hagan algo a mis hijos, por eso los llevo a un colegio privado. Y ahora vosotros por haberos

encontrado conmigo también tenéis que tener cuidado, ya saben por qué estáis aquí». Instintivamente miré por la ventana y vi a un niño casi pegado al cristal, y quince metros más allá, un hombre de camisa blanca que parecía mirar hacia la playa. «Necesitamos a gente como vosotros, como Willy, personas que vengan a estar con nosotros para que el mundo conozca el sufrimiento del pueblo saharaui. Ahora está con nosotros un chico de Badajoz, lleva una cámara de vídeo para grabarlo todo. Vive escondido en casas de militantes», ese dato era importante, había que localizar al infiltrado como fuera. «Lo último que os puedo contar es que la gente está harta, no tienen trabajo, no tienen casa, y ellos se quedan con nuestras riquezas. Hace dos semanas unas ciento veinte familias, como no pueden manifestarse en público en la ciudad porque la policía lo impediría, para protestar han decidido montar un campamento en las afueras de El Aaiún. Y van a resistir, os lo aseguro». En ese momento él mismo miró por la ventana y vio al tipo, «es mejor que nos vayamos». Nos levantamos y nos despedimos brevemente dentro del local, «hablamos, tened mucho cuidado». Él salió solo, se montó en su coche y desapareció.

Un paso en falso

Todavía bajo la impresión de la conversación con Duihi comenzamos a andar por la playa sin rumbo fijo. El espectáculo del océano bajo el sol batiendo en oleadas de espuma la orilla nos fue relajando. «Mira ese coche gris. No nos pierden de vista», Paula los había localizado. Me volví hacia la carretera y allí estaban, el de la camisa blanca, junto a otro que conducía, circulando lentamente arriba y abajo del paseo sin perdernos ojo, como la araña que paciente espera a su presa. En cuanto vi que se alejaban para dar la vuelta cogí a Paula del brazo y echamos a correr para escondernos por entre las casas del barrio de la playa. No se veía un alma, los edificios parecían cerrados. Fuimos dando giros por las callejuelas. Quizá no era una buena idea, si nos pasaba algo, no habría ningún testigo. Decidimos regresar al paseo. El coche gris no aparecía por ningún lado. «Estaban utilizando a los niños para escuchar lo que Duihi nos estaba contando pero prefería no interrumpiros», confesó Paula ya más calmada, «pero creo que es más fácil seguirlo a él que a nosotros. Controlando a los activistas ya saben qué extranjeros los visitamos y no necesitan tanto espía». Paula no dejaba de

sorprenderme, su serenidad y sus conclusiones eran dignas de toda una experta en tácticas persecutorias. Al poco rato nos envolvió una maravillosa sensación de euforia por haber superado una gran prueba, bajamos a la orilla, nos descalzamos y fuimos caminando hacia el norte, al fondo se veía la mole del hotel. Algunas familias también disfrutaban de la sensación de libertad del mar, los niños jugaban con las olas mientras el padre fumaba pensativo y la madre, cubierta de los pies a la cabeza, los observaba.

Llegamos al hotel bastante acalorados y pasamos al jardín interior, rodeado de bungalows, donde estaba la piscina. Un grupo de militares marroquíes, probablemente de algún cuerpo de élite por sus alturas y dimensiones, se estaba bañando. Con prudencia nos pusimos en el otro lado, ellos nos miraban y hacían comentarios. Como buenos turistas íbamos preparados para la ocasión. Paula se quedó en biquini, «creo que deberías ponerte encima una camiseta», se me ocurrió decir en un atisbo de lucidez. «Me da igual, que aprendan», proclamó la poeta de Lavapiés lanzándose al agua. Yo, otro inconsciente, salté detrás. No habían pasado dos minutos cuando un empleado del hotel empezó a hacerme gestos desde el bordillo, «¡señor, tiene que pasar por la recepción de inmediato!». La realidad se nos mostró abruptamente, nos encontrábamos en un lugar de religión musulmana y cultura árabe, aquello era una auténtica provocación, no ya que Paula estuviera en biquini, sino el simple hecho de que una mujer pudiera estar bañándose en público con hombres. Entramos en pánico, este acto sí que nos podía llevar a una detención si llamaban a la policía. Salimos corriendo del agua, nos cambiamos en los baños y me presenté con aires de mártir en la recepción. Los encargados, un hombre y una mujer envelada, nos intentaron catalogar durante unos segundos. «Tienen que pagar una tarifa especial por usar la piscina», eso era todo, una multa que evidentemente iba para sus bolsillos. Estábamos salvados, respiramos aliviados pero abochornados, entramos en un mutismo total. Este paso en falso nos podía haber costado el viaje y no por una cuestión política.

Para regresar a la ciudad necesitábamos un taxi de vuelta. Volvimos al cruce con la carretera principal caminando, a nuestro lado no veíamos más que coches con familias o con grupos de amigos. El sol estaba declinando, había que darse prisa, a las siete

se celebraba misa en la iglesia de El Aaiún y ése sí que era un punto prefijado de nuestro programa. Una vez más inconscientes, pero como buenos turistas, nos pusimos a hacer «dedo». Y la caridad musulmana respondió, enseguida nos pararon, un matrimonio de colonos de mediana edad. Atardecía, el paisaje de dunas que flanqueaba la carretera, bello e irreal, era un decorado de película antigua sobre amores imposibles en medio del desierto. Paula y yo, cada uno por su ventanilla, siempre en silencio, lo contemplábamos con admiración. A esa hora del fin del día, por sus colores y calidez, ningún paisaje podía dejar de impregnarse de belleza. Pasamos los controles despacio y entramos a la ciudad por los jardines que rodean al aeropuerto. Las parejas de enamorados conversaban tímidamente sentadas en los bancos. Aquellas alamedas cuajadas de palmeras y arbustos floridos eran un regalo de la monarquía marroquí, había mucho dinero invertido en todo aquello. Sin embargo era inútil. Las caricias y los besos mezclados con los golpes y los insultos, como ya había deducido Freud, sólo conducen al trauma y al deseo imperioso de huir y liberarse.

Otra mirada. La misión de los oblatos

«Tengo hambre», fueron las primeras palabras que ella pronunció cuando llegamos al hotel. Con las tensiones del día nos habíamos olvidado de nuestras necesidades primarias y no había mucho tiempo antes de la misa. En la avenida principal lo solucionamos en una oportuna pizzería. Nos comimos los trozos, chorreantes de queso, de camino a la iglesia. La gente nos miraba escandalizada, estos extranjeros vulgares, qué falta de educación. La misión católica de El Aaiún, de la que dependía todo el territorio del Sáhara occidental, estaba regida por la orden de los oblatos, especialistas en evangelizar pueblos difíciles. En mi anterior viaje había conocido a un extrovertido voluntario y a un viejo sacerdote. Esta vez quería ver al padre Rafael, toda una institución en el Sáhara desde la época colonial. Y qué mejor carta de presentación que mostrarnos como una devota pareja de extraño viaje por el desierto.

La verja estaba abierta y directamente penetramos en el templo. El oficio ya había comenzado. Había dos sacerdotes celebrando la misa y sólo tres feligreses. Con la mirada baja nos sentamos con discreción. Uno de los sacerdotes era negro, el otro debía de ser el

famoso padre Rafael. El fresco pintado sobre el muro de detrás del altar, con sus personajes de estilo primitivo e ingenuo, representaba muy bien el espíritu de aquella Iglesia, viva y liberadora, surgida con Juan XXIII del Concilio Vaticano II, y que el traumatizado polaco Juan Pablo II se había encargado después de enterrar. Las palabras que más repitió el padre Rafael en su corta homilía fueron paz y justicia. Paula y yo, sin que hubiéramos hablado antes de ello, nos acercamos a comulgar como corderos extraviados que acabaran de reencontrar al rebaño, queríamos sellar un compromiso con todo lo que estábamos viendo y para lograrlo necesitábamos al más honesto de los notarios. Una vez concluida la comunión esperábamos la bendición final. «¿Es usted Eduardo?», la voz del padre Rafael resonó por todo el templo como si el mismo Dios me buscase para recriminarme algo. «Bienvenidos. Ahora cuando acabemos, están ustedes invitados a tomar una copita en nuestra casa como es nuestra costumbre».

El otro sacerdote era del Congo y faltaba un tercero, joven, que estaba pasando unos días en España. Sobre la mesa del comedor de su casa habían puesto una bandeja con refrescos, una botella de vodka y otra de coñac, y unos platos con cacahuetes y gusanitos. Sentados con nosotros también estaban dos de los feligreses, militares de la misión de la ONU, uno argentino y el otro brasileño. La chica que venía con ellos, de El Salvador, no había podido quedarse. «Alrededor de esta misma mesa a principios de los sesenta se sentaron los primeros chicos saharauis que comenzaban a estudiar el bachillerato, nosotros les ayudábamos a prepararlo. Tengan en cuenta que ésa fue la tarea más difícil de aquella época, que abandonaran su nomadismo y trajeran a sus hijos a la ciudad para estudiar. Carrero Blanco había diseñado todo un plan para preparar a la élite de un futuro Estado independiente. Pero esos locos de Bassiri y de El Uali se pusieron en contra de España y lo estropearon todo. En el año 1974 a uno de esos chicos que absurdamente les seguía le pillaron en Madrid en el colegio mayor donde estudiaba, con una lista donde estaban los nombres de los estudiantes saharauis implicados, y les retiraron las becas a todos». Los militares no parecían querer beber alcohol, pero Paula y yo, con cierta ansiedad, estábamos dando buena cuenta del vodka. «Y Hassan II en cuanto observó que este desierto y sus aguas contenían

riquezas como los fosfatos y la pesca no quiso renunciar a quedarse con él. Franco los conocía muy bien a los saharauis. Quince años más y lo hubieran tenido todo». Al padre Rafael se notaba que le gustaba dar discursos aparte de homilías, el padre congoleño lo miraba entre divertido y complaciente. Ellos preferían el coñac. «Aquí lo más valioso es poseer una de esas cartillas que reparte el gobernador y que dan derecho a ciento treinta euros todos los meses. Pero, claro, sólo llegan a unos pocos saharauis, a los que son buenos, ¿por qué creen que están esas familias acampadas a las afueras de El Aaiún? Porque no tienen nada, ni casa ni trabajo, nada. Eso sí, aquí hay extraños pueblos fantasmas vacíos donde nunca ha vivido nadie. Y toda la ayuda de España se va para los de Tinduf». La situación se estaba volviendo un poco surrealista. En ningún momento nosotros le habíamos pedido su opinión pero sin duda había intuido que la buscábamos. Los militares de la ONU, por su parte, permanecían callados, con miedo de expresar su opinión, tampoco sabían ellos quiénes éramos. «Y todos esos activistas españoles que vienen a pasar por aquí unos días y luego se largan, no son buenos. Las consecuencias son para esta pobre gente que es la que se queda». Él, desde luego, no tenía ningún miedo, sus ojos recorrieron la estancia, «imagino que aquí hay micrófonos por todos los sitios. Nuestra verja está día y noche vigilada para controlar quién nos visita. A mis años ya me da igual».

«No somos activistas, yo me dedico al derecho internacional, soy doctor. Y Paula es funcionaria», la aludida me lanzó una mirada de advertencia, «bueno, y también, poeta. Hemos venido a pasar unos días y ver cómo está todo». Atravesábamos juntos las mal iluminadas calles del barrio colonial. El militar argentino charlaba conmigo, mientras que el brasileño lo hacía con Paula. Ellos se tranquilizaron, si las autoridades marroquíes les denunciaban a sus mandos acusándoles de haber infringido el código de neutralidad no sólo les mandarían inmediatamente de vuelta a sus países, también pondrían en peligro toda su carrera. «El Consejo de Seguridad no tiene entre sus prioridades resolver este conflicto, la situación no va a cambiar. No van a apoyar un referéndum que no les vaya a favorecer, y para ellos, en este momento, lo más importante es la estabilidad de Marruecos, aun a costa de sostener un régimen autoritario y corrupto», ése era un planteamiento digno de Kissinger

y de los tiempos de la peor guerra fría. En el fondo no habían evolucionado, preferían hacer una política a corto plazo sin pensar que sólo una democracia auténtica era garantía de estabilidad, pero, por supuesto, los países árabes eran otra cosa, eran diferentes, la democracia no iba con ellos. Me acordé de Merebbi, él también pensaba lo mismo, por su propio interés. Llegamos entonces a la avenida de La Meca, estaban alojados en el flamante hotel Al Massira, Marcha Verde, con su correspondiente fila de coches de la ONU aparcados a la puerta. «Nuestro trabajo resulta muy pesado, patrullar los muros que ha levantado Marruecos en el desierto. Vemos muchas cosas, se abren cuando les conviene, por ejemplo por dinero, por ahí pasa mucha emigración ilegal que quiere llegar a Europa».

El empresario maldito

Paula estaba agotada del día, su recién estrenado calzado chino, como era previsible, le destrozaba los pies. Los dos nos habíamos tumbado en la cama sin fuerzas. Mi móvil volvió a sonar, era Gela, la mujer de Eugenio, los de la ONG, «vente, estamos cenando cerca del café Las Dunas, y así hablamos». Era importante saber qué tal les iba a ellos, había que hacer el último esfuerzo. «Conmigo no cuentes, quiero llamar a mi madre», me quedé atónito, aquello no me lo esperaba de una chica independiente en plena aventura. Mujeres.

Gela, la antropóloga, y su marido Eugenio, el médico escritor, degustaban una fuente de gambas frescas a la brasa. En cuanto me vieron, cumplidamente cambiaron del catalán al castellano. Se les veía contentos, su nuevo proyecto de organizar una misión médica para operar cataratas estaba tomando forma. Yo apenas tenía fuerzas para hablar, me limité a comentar nuestro día por encima. Un hombre ataviado con una derraa blanca no dejaba de mirarnos desde otra mesa. Al final se levantó y se acercó, «¿les importa que me siente un rato con ustedes?». Por supuesto que no aunque los saharauis hubiesen dejado de ser nómadas, ese buenrrollismo de las jaimas siempre abiertas a los visitantes, ese deseo de conversar, de disfrutar de los otros, se adaptaba a la vida moderna, los bares, la calle. El lujoso reloj de su muñeca delataba oligarquía, riqueza. «A mí no me importa decirlo, soy ateo, pero soy ateo de todo, de religión, de tribu, de política. Lo único que me importa es el dinero,

y aquí en el Sáhara se puede hacer mucho, yo me dedico a los negocios inmobiliarios, comprar y vender», él era la versión cínica de Mustafá. «No hay impuestos de ningún tipo, todo lo que ganes es para ti. Y además la gasolina y los alimentos están subvencionados, ¿qué más se puede pedir? Es muy fácil hacer dinero, y si tienes los contactos políticos adecuados, puedes hacerte millonario», ésa era la manera de atraer a los colonos marroquíes hasta aquí y de tener contentas a las clases pudientes saharauis. Eugenio, un amante de las tradiciones saharauis, a pesar de su estricta neutralidad onegera, no pudo resistirse a preguntarle por la actualidad del sistema tribal. «La tribu es lo peor, los cheijs se han convertido en máquinas de conseguir favores y dinero. A ellos les llegan las malditas cartillas sociales y ellos las reparten, ¿así cómo va a progresar la gente? Sólo encuentro a colonos marroquíes que quieran trabajar en mis obras, los saharauis no quieren ensuciarse las manos, lo consideran un deshonor», llamó al camarero y nos pidió otra ronda.

«Estoy soltero, no quiero casarme, no quiero que mi familia me organice ninguna boda y tener que sostener a la familia de mi mujer», estaba de vuelta de todo. Luego su voz pareció ensombrecerse, bajó el tono, «viajo mucho a Europa, estoy recibiendo un tratamiento médico especial en Francia», Gela no pudo reprimirse, le preguntó qué le pasaba, «tengo hepatitis C». Durante unos instantes nadie habló, la hepatitis C se transmite por la sangre, como el VIH, y afecta principalmente a heroinómanos y homosexuales. Ésa era la razón de su malditismo, de su verborrea, el sentirse de vuelta de todo. De repente nos habíamos quedado un poco chafados, aunque Gela y Eugenio enseguida se pusieron a hablar del hospital clínico de Barcelona, uno de los mejores del mundo para ese tratamiento. «Por cierto nosotros somos un poco pedigüeños, no nos queda otra porque nadie nos subvenciona, ¿a lo mejor te gustaría colaborar?», ellos sin ningún reparo empezaron a contarle algo que él seguro que sabía mejor que nadie, la falta de todo a nivel sanitario que existía. Él no contestó, dijo que necesitaba más información, que a lo mejor podía hacer algo. Sin embargo intuí que era difícil que hiciera algo, las personas que padecían ese tipo de enfermedades psicológicamente sufrían mucho y en general desarrollaban un odio visceral hacia el mundo, se sentían cruelmente castigados por haber rechazado su estúpido

código de moralidad. Con nosotros, en cualquier caso, unos extraños, él se sentía bien, necesitaba sacar todo lo que le pasaba por su torturada cabeza. Luego quiso cambiar de tema, «y tú ¿en qué hotel estás? ¿El Sáhara Line? Qué bien, el de Omar Yumani. Él está ahora construyendo otro hotel, uno grande y de lujo, enfrente del aeropuerto». Ese apellido me sonaba. Luego se volvió hacia ellos, «¿vosotros no querréis conocer a Aminetu Haidar? Ella no era nadie y ahora se ha convertido en una diosa para muchos pero ¿qué ha hecho ella para merecerlo?». Gela intervino sin dudarlo, aquello era un terreno muy peligroso, «nosotros hemos venido a ayudar a todos, no nos metemos en política», terció.

«EL CORCAS ES UN PROYECTO QUE DESGRACIADAMENTE HA FRACASADO»

Era cerca ya de medianoche paseábamos sin prisa, ellos dormían en la casa que habían alquilado como clínica. Las calles a esa hora estaban prácticamente despejadas, con escasos viandantes. Una ligera brisa parecía llegar desde la playa. Sobre un muro en la esquina de una avenida leí un nombre, Mohammed Salem Baida. De inmediato me volvió a la cabeza el Baida que habíamos intentado encontrar por la mañana. Cuando enfilaba la calle que conducía a mi hotel, observé un local de Internet abierto, quería saber cuanto antes qué había sido de él. Rodeado de jóvenes en pleno éxtasis virtual con chicas a miles de kilómetros, busqué su rastro en la red. Lo último que salía en relación con él eran sus explosivas declaraciones al *Journal Hebdomadaire*. «¿Cómo reaccionaría usted si violaran su domicilio ilegalmente, si destruyeran sus bienes, si le apalearan delante de sus hijos? Ni siquiera Israel se comporta así», esas declaraciones las había realizado en calidad de presidente de la comisión de derechos humanos del CORCAS, un puesto para el que había sido nombrado por el rey. «He repetido al presidente que ignorar este factor no era la mejor manera de responder al Polisario», su audacia había rozado la locura, «pero se me respondía a menudo que eso no era una prioridad». Houcine Baida debía de estar ahora mismo en la luna si es que todavía estaba vivo, «el CORCAS es un proyecto que desgraciadamente ha fracasado». Después cargaba toda la responsabilidad en Jalienna, el todopoderoso, que sólo se interesaba por su familia. Lo único que había podido salvarle a él y a su familia era su declaración final, «esto no cambia nada mi lealtad a su majestad Mohammed VI y a su

proyecto de autonomía». El nombre de la avenida correspondía al de su padre, un héroe de la guerra contra España en 1958.

Rumbo a Bojador

Omar, Omar Yumani, el propietario de nuestro hotel era miembro de otra ilustre familia saharaui, una familia histórica. Muy probablemente era nieto de aquel Al Jatri Yumani, el gran conspirador que, para tenerlo a raya, Carrero Blanco nombró presidente de la Yemmaa y que luego, cuando sonaron los primeros tiros, había corrido a postrarse a los pies de Hassan II. Sus hazañas le habían reportado cuantiosos beneficios a él y a los suyos. El Sáhara Line era una pieza más de un entramado importante. A la mañana siguiente mientras desayunábamos, reparé en algo que hasta ese momento me había pasado inadvertido, la decoración del hotel. La pintura mural de la recepción, los cuadros de los pasillos, de las habitaciones, del restaurante, todos representaban, en una factura de lo más kitsch, escenas pseudofolclóricas marroquíes fácilmente discernibles por la indumentaria de los personajes y el entorno en el que estaban encuadrados. Los Yumani, como bien nacidos, habían sabido ser bien agradecidos.

Omar había quedado encargado de buscarnos un coche para ir a Bojador a pasar el día. Paula, dándolo por hecho, lucía su gran velo protector, gafas de sol y los zapatos de cuero que había traído de Madrid. No quise preguntar si llevaba también el biquini, imaginé que había constatado su inutilidad en aquellas tierras. En cuanto nos vio en recepción, se acercó, tenía varias ofertas. Sin embargo los precios eran bastante altos, demasiado. «Bueno, os dejo un rato para que os lo penséis». Una opción más barata era alquilarlo sin chófer pero arriesgarme a un accidente en ese contexto político y cultural era impensable. Uno de los botones que, como buen local, había estado pendiente de nuestra conversación se acercó a nosotros, «hay otra forma más barata, coger un taxi». Miré a Paula, ella puso cara de espanto. Un taxi significaba otra vez siete personas en un viejo mercedes esta vez recorriendo los más de doscientos kilómetros que nos separaban de Bojador. «Lo siento, no hay alternativa, el presupuesto no da para más», Paula se revolvió, «¿y allí cómo nos vamos a mover? Nos vamos a perder». Ese recorrido por la costa se lo había prometido desde Madrid, imposible plantear otra opción. Se me ocurrió una idea. Saqué de mi bolsillo el número

de teléfono del simpático colono que habíamos conocido mientras deambulábamos por el barrio colonial. «Oye, ¿estás haciendo algo? Estamos pensando en ir a pasar el día a Bojador, ¿te apetece venir con nosotros? Te invitamos», él saltó de contento al otro lado, tenía familia allí y podíamos comer con ellos. «Me vas a pagar el fisio cuando regresemos a Madrid, ya te lo advierto», sentenció ella. No quise entrar al trapo, y siguiendo otra recomendación del chico de recepción, fuimos a hacer fotocopias de los pasaportes para aligerar nuestro paso por los controles de seguridad.

MOHAMMED, COLONO Y GUÍA

Ni nos acordábamos de su nombre. «Me llamo Mohammed, como el rey», era el típico joven marroquí desocupado que te encuentras en cualquier sitio y se apunta a un bombardeo. Enseguida hizo acto de presencia en el Sáhara Line. A la estación de taxis de largo recorrido se podía llegar andando, no estaba lejos, había que bajar a la hondonada pero en sentido contrario al barrio colonial. Paula de forma inconsciente o a modo de venganza había sacado su cámara y hacía fotos por doquier entre las callejuelas. Yo rezaba para que no nos cruzásemos con ningún policía mientras rompía el hielo con Mohammed. Él y su familia eran de Ouarzazat, al sudeste de Marruecos, al pie del Atlas, «allí también tenemos desierto, vienen muchos turistas de Europa. Yo trabajaba de guía, ganaba muy buenas propinas». No me quedó claro si aquello era una añoranza o una expectativa.

Bajo el implacable azul del cielo del Sáhara los conductores de los taxis iban proclamando en alto sus destinos y las plazas disponibles. En poco más de diez minutos fuimos adjudicados. A toda costa, como buen caballero me aseguré de que Paula iba pegada a una de las ventanillas de atrás, yo haciendo una vez más de parapeto contra nuestro invitado Mohammed y un colono de mediana edad. Delante, de acuerdo con lo que debía de ser una costumbre para asegurar el respeto por el sexo débil, iban de nuevo dos mujeres enteladas.

Nuestro flamante mercedes dejó atrás la ciudad, la playa, el puerto con sus factorías de pescado, el desembarcadero de fosfatos, y enfilamos hacia el sur siguiendo la línea de la costa. Paula entró en una letárgica contemplación del paisaje, la dura corteza esteparia quebrándose ante el océano. Mohammed y yo,

encajonados como íbamos, continuamos charlando. Su padre era un militar de alta graduación recientemente retirado, habían decidido asentarse en El Aaiún porque la madre sufría de los pulmones y la sequedad del Sáhara le aliviaba. «La familia de mi padre son todos militares, mi tío es el comandante militar de Smara», cuántos recuerdos me traía el nombre de esa ciudad, la ciudad santa, el gran Cheij Malainin y sus peculiares descendientes. «Llevo sólo tres meses casado», lo dijo un tanto avergonzado, «mi mujer es saharaui, de una tribu originaria de Sidi-Ifni». Cada vez era más consciente de que lo que más temían los sultanes de Marruecos era el «gran Sáhara», el desafío que suponía la unión de todas las tribus saharauis del sur de Marruecos, del Sáhara occidental, del norte de Mauritania, del este de Argelia, y a ello oponían su idea imperial del «gran» Marruecos. «La conocía de vista, de pasear por la calle», las mágicas noches de El Aaiún, «un día me decidí a hablar con ella, charlamos un poco e intercambiamos nuestros números de teléfono. A los pocos días la llamé y concertamos una cita en su casa. Yo llegué acompañado de mi hermana, le dije que quería casarme, que necesitábamos una mujer para ayudar a mi madre», el matrimonio no estaba unido al amor sino al concepto de familia, su protección resguardaba pero también exigía. «La boda la celebramos en mi casa con una gran fiesta, vinieron muchos invitados», al hablar de ello se le iluminaban los ojos. Después recordó algo que a mi corazón occidental le resultó muy turbador, «tuve que tomarme seis cervezas antes de entrar en el dormitorio, tenía mucho miedo de no estar a la altura, las costumbres saharauis exigen que la familia pueda estar al otro lado de la puerta esperando». La prueba de la virginidad de la mujer y la prueba de la virilidad del hombre, como entre los gitanos. «Sólo tardé media hora», confesó con satisfacción.

El calor nos aplastaba, nuestras piernas, apretujadas unas contra otras, rechinaban. El conductor, por suerte, era consciente de nuestros males. En una gasolinera de carretera a la que estaba adosada una tienda-café llamada Shop Manolo nos detuvimos a respirar. «¿Me das unos dirhams para cigarrillos?», no tenía ni para tabaco, la cosa estaba mal en todas partes. Le conté a Paula la boda de Mohammed. Ella puso los ojos en blanco, el abismo cultural entre nosotros y ellos era bien profundo. Pero eso era en la actualidad porque si nos remontábamos cien años atrás en España

seguramente aquel concepto del matrimonio había sido la práctica general.

Volvimos a reacomodarnos en nuestros encajamientos. La carretera era una alfombra de asfalto custodiada a cada lado por la línea de la luz y por la línea del teléfono, como si aquellos postes formaran también parte del sistema de seguridad contra activistas y librepensadores. En los controles de la gendarmería el equivalente a nuestra guardia civil, para aburrimiento de nuestros compañeros de viaje, a Paula y a mí, a falta de un Merebbi o un espía, nos hacían bajar del vehículo. En una casetilla dotada de una mesa, un par de sillas, un teléfono fax y una prehistórica máquina de escribir. Ella no abría la boca, yo, con mi francés de academia, respondía al interrogatorio, «¿profesión?», nosotros nos conteníamos la risa, «ella es funcionaria y yo profesor». Algún gendarme era más despierto que otros, «¿profesor de qué?», y entonces yo miraba a Paula fijamente, «profesor de lenguas». Teníamos respuesta para todo.

La extraña familia

Bojador no había cambiado desde mi anterior visita. El gran faro de la época colonial, cual «gran hermano», seguía dominando la población. Una gran avenida hacía de corazón de su vida social extendiendo sobre sus aceras las terrazas de sus cafés y restaurantes. Dos hombres, familiares de Mohammed, nos esperaban. Tomamos un revitalizante té para recuperarnos. Nos relajamos, era imposible que nos hubieran seguido hasta allí.

Al apartarse de la avenida se entraba en la desolación, era una barriada de casas de dos o tres pisos en un estado lamentable. Las calles, sin asfaltar, parecían retorcerse de penuria, olores penetrantes llegaban de hogares mal ventilados, niños mal vestidos corrían a nuestro lado, para ellos nosotros representábamos una esperanza, por pequeña que fuera. Los familiares de Mohammed nos invitaron a comer en la casa de uno de ellos. Naturalmente la compra de los víveres necesarios corría de nuestra cuenta, ni rechistamos. Por comentar algo durante nuestro triste desfile pregunté por qué la mayoría de las casas estaban sin terminar, con el último piso vacío y sin ventanas. Ellos se miraron entre sí, «pues no sé, sí, es raro», su respuesta parecía corresponder a un código secreto ante el extraño. A mi mente volvió la explicación recibida en mi anterior viaje al porqué de tantas casas vacías y poblados

desiertos, que eran para los del otro lado del muro, para cuando se decidiesen a regresar. Ahora ya no esperaban a nadie.

Aquello no podía ser su casa, eran dos cuartos pequeños, una cocina minúscula y un retrete a la turca indescriptible. El cuarto que hacía las veces de salón estaba decorado con un cartel del Barça, otro de una cantante rubia desconocida de aspecto muy sensual y un tercero, bastante grande, de un paisaje de montañas presumiblemente en China. El propietario, que era primo de Mohammed por parte de su madre, se puso a cocinar un tajín y nosotros nos sentamos sobre las colchonetas del saloncito. «¿Queréis escuchar música saharaui?», todo resultaba grotesco, el ofrecimiento venía de un colono marroquí. Mohammed, incluso, para animar el tema hizo un intento de baile saharaui que debía de haber visto en la casa de la familia de su mujer. Paula, para no ser menos, también hizo unos cuantos pases, pero en cuanto observó la mirada de perros en celo de Mohammed y sus parientes, y la mía, de advertencia, se calmó y se sentó con recato en una esquina. «¿Y si vamos a por vino?», nosotros nos miramos el uno al otro un segundo, aquel tugurio no era una casa familiar, más bien era un picadero. «Mejor no, si no por la tarde no nos va a apetecer bajar a la playa», contesté. Ellos parecieron calmarse. El otro pariente, que era tío de Mohammed por parte de su padre, se sentó a mi lado a charlar, «llevo en el Sáhara desde hace ya más de veinte años, trabajo como funcionario en la oficina del gobernador». Tenía una hija ya mayor y acababa de tener un varón, «mi mujer perdía todos sus embarazos, aquí los médicos no son muy buenos». Vivir allí tenía muchas ventajas en subsidios y precios bajos, pero los sueldos no subían de los doscientos euros, la precariedad y la escasez eran consustanciales a su existencia. Sin que me lo esperase, Mohammed, que estaba conversando animadamente con Paula, tuvo una especie de arrebato y se giró hacia mí, «oye, ¿tú por qué haces tantas preguntas?». Una luz roja de alarma se encendió en mi cerebro, nuestro camuflaje de turistas presentaba huecos. «Es normal, me gusta conocer la vida de la gente de los lugares que visito», mis preguntas no debían hacerlas los turistas extranjeros en Ouarzazat. Ellos se pusieron a hablar entre sí en árabe, y Paula y yo, entre nosotros, «Eduardo, creo que te has pasado con tus preguntitas, no te das cuenta de lo pesado que puedes llegar a ser». Para dicha de

todos, a los pocos minutos, el primo entró con el tajín y nos lanzamos a comer con las manos en amable armonía, cordero con patatas y verdura, exquisito.

EN LA PLAYA

El objetivo del viaje era bajar a ver el puerto pesquero y echar un vistazo a la rocosa playa que recordaba. Dijimos adiós a los parientes de Mohammed sin mucho pesar, atravesamos la barriada y retornamos a la avenida principal. «Necesito urgentemente encontrar un baño», Paula no había querido por nada del mundo utilizar los servicios del picadero. Entró en uno de los cafés. Nuestro guía y yo nos quedamos en silencio, me di cuenta de que era domingo por la tarde también en aquellas latitudes y me llené de una inesperada melancolía. Intenté animarme, ¿cómo era la semana musulmana? «Los domingos tampoco se trabaja, ni los viernes por el rezo. El sábado sólo la mitad de la jornada», me aclaró él queriendo dar una nota positiva. Paula regresó sin mayor percance, «la clave es no tocar nada».

Cuarteles de la época colonial rodeaban el famoso faro, zona vedada. Nos hicimos una foto a escondidas para inmortalizar el momento, y desde allí fuimos descendiendo por una calle recta, hacia el mar. El silencio nos acompañaba, la señal de alarma que me había transmitido la reacción de Mohammed seguía provocando efectos entre nosotros y él. A pesar de ello la perturbadora influencia del océano que se extendía ante nosotros irremediablemente nos empujaba al olvido, no pasaba nada. Llegamos al paseo marítimo. Todo Bojador parecía estar en la playa a esa hora, era el gran acto social colectivo del día. Cuando el calor se replegaba bajaban a refrescarse con la brisa y a dejarse ver, observar, de la misma forma que Mohammed había conocido a su mujer. La orilla era un ir y venir de grupos humanos, jóvenes, niños, familias, ancianos. Las mujeres, por supuesto, envueltas en velos o las más modernas, en sofisticados chándales de colores, eso sí, siempre con el cabello cubierto como manda la tradición. Las más osadas remojaban sus pies con las olas, el resto, en general, si no paseaban, se sentaban sobre el poyete del paseo o en la arena a contemplar esas aguas que nunca rozarían sus cuerpos. Los hombres sí eran libres y podían zambullirse entre las olas. «¿Nos bañamos?», Mohammed también quería disfrutar de la tarde de domingo. Paula,

evidentemente, no entraba en la propuesta, ella lo sabía aunque aún tuvo un conato de rebelión, «qué asco de discriminación..., ¿y yo qué hago? Van a venir a acosarme todos los tíos». Lo mejor era que se sentase al lado de un grupo de mujeres, cuidando nuestra ropa. Mohammed y yo, insensibles, nos lanzamos al agua a cazar olas y ella, con cara de tragedia griega, se quedó mirándonos llena de envidia. No había duda de que era terrible ser mujer en aquella sociedad.

El único hombre vestido de derraa que había en la playa resultó ser pariente de la mujer de Mohammed. Parecía el último ejemplar de una especie en extinción, los saharuis de Bojador. El resto de los domingueros eran presumiblemente colonos marroquíes. Nos invitaron a tomar té. Los hombres nos quedamos sobre la arena al lado de la orilla. Pero Paula esta vez tuvo suerte, se unió al grupo de las mujeres de la familia que la acogieron bajo un toldo que hacía las veces de jaima playera. En la distancia comprobé cómo ella empezaba a conocer un mundo, escondido de la luz y con sus propios códigos, que las mujeres árabes habían tenido que construir para poder sobrevivir mentalmente sanas.

NOSTALGIA

Atrás habían quedado las tensiones del día, el sol en su último tramo nos acariciaba. De repente me acordé de que era la hora fijada para llamar a Aminetu Haidar y para estar a solas, dejé que ellos se adelantaran a visitar el puerto pesquero. Llamé y estaba desconectado, lo volví a intentar e igual, ¿estaría en esos momentos volando hacia El Aaiún? ¿O se encontraba peor y el médico le había pedido que permaneciese en Las Palmas? Toda la relajación voló de mi cuerpo en ese instante, me había equivocado de hora al no tener en cuenta la diferencia horaria. Los encontré jugando por entre las barcas, no habían salido a faenar y descansaban unas contra otras sobre una amplia rampa. «Paula, hay que darse prisa para poder estar en El Aaiún antes de las ocho». A la salida del puerto la policía nos pidió la documentación y una vez más la pareja ideal superó la prueba. Regresamos a la gran avenida subiendo por entre las casas de la barriada para ir más deprisa. El retorno conllevaba el mismo sistema, taxi colectivo, apelmazados. Nos miramos, sí, podíamos permitirnos un exceso, pagamos dos plazas de más para ir más cómodos. En mi mente sólo cabía una obsesión, estar de vuelta

cuanto antes en el hotel para llamar otra vez a Aminetu.

La luz iba perdiendo su color camino de la noche. Aparte de nosotros tres y el conductor, en el asiento delantero iba otro ejemplar de la especie en extinción, otro auténtico saharaui ataviado con la elegante derraa que todos ostentaban con orgullo para señalar su condición de patricios del desierto en medio de la masa plebeya marroquí. La decadencia debía de ser eso, una muerte lenta y consciente en la que la estética adquiría un sentido religioso y provocador. Paula, con el rostro vuelto hacia la nada dura y ensoñadora de la tierra envolviéndose en penumbras, tenía abierto un cuaderno entre las manos, escribía. Apenas habíamos comentado nada, como si esa realidad tan brutal no nos permitiese un respiro de reflexión verbal entre nosotros. Al descubrir mi mirada pasó, misteriosa, la página en la que había escrito. Después volvió a escribir y me acercó el cuaderno, «para cruzar las aguas primero hay que amar el desierto».

Mohammed, a mi lado, había perdido todo atisbo de desconfianza hacia nosotros. «¿Qué dicen en la Iglesia del sexo y del alcohol?», él recordaba con nostalgia sus días de guía en Ouarzazat, rodeado de bellas turistas y bebiendo cerveza bajo las estrellas del desierto, «¿sabes? Tenía una novia irlandesa. Venía a verme dos o tres veces al año. Estaba buenísima», sus ojos chispeaban. «La escondía en la casa de mi familia, que es muy grande. Sólo sexo, sólo», evidentemente aquello había acabado, nunca más la volvería a ver, lo sabía. Me hizo apuntar mi dirección de correo electrónico en un papel y él me dio el suyo, «todos quedaban muy contentos de cómo los habíamos tratado, éramos ya amigos pero luego casi nunca ninguno respondía a mis correos», añadió con amargura. «Tan pronto como nazca mi hijo, me iré. En el Sáhara no hay turismo, no puedo trabajar», le miré extrañado, ¿su mujer ya estaba embarazada?, «sí, desde el día de la boda, está de tres meses», sonrió, «me gustaría comprarle un regalo, un bolso, ¿me vais a dar luego algo de dinero?», y ésa era su triste realidad. Las luces que iluminaban la cinta transportadora de fosfato surgieron tímidamente del negro de la noche.

XXII

Estado de sitio

En la habitación nuestras cosas seguían tal y como las habíamos dejado, medio recogidas medio tiradas. Pero ese exceso de celo del servicio de limpieza del hotel por respetar nuestro particular caos nos resultaba igualmente sospechoso. Al entrar siempre nos quedábamos en silencio durante unos segundos mientras nuestras miradas escudriñaban las paredes en busca de ese ojo oculto represor. Una vez más intenté conectar con el teléfono de Aminetu y una vez más lo encontré desconectado. Llamé sin pensarlo a Ghalia, la mujer de la que me había hablado Inés, la abogada de Aminetu, el tiempo se nos escapaba entre los dedos. «¿La señora Ghalia? ¿Qué tal está? No sé si es un poco precipitado ¿podríamos invitarla a cenar?», mis palabras debieron sonar en su oído bastante infantiles. «Sí, no hay problema. Voy a hablar con Duihi, que tiene coche. Llámale en diez minutos». Duihi reaparecía en nuestras vidas y no debía de extrañarnos, aunque existieran distintas organizaciones trabajando por la defensa de los derechos humanos en el Sáhara, cada una con un objetivo muy determinado sin solaparse, todo ello bajo el paraguas de una misma causa, la autodeterminación del pueblo saharaui.

GHALIA Y LA VERDAD

La voz de Duihi tenía resonancias de acero, no admitía fisuras. Entrábamos de nuevo en el miedo, «esperad un cuarto de hora y salid del hotel sin deteneros. Tomad el segundo taxi que pase por la calle en ese momento. Que os lleve hasta la parada de los que van a la playa. Allí buscad un restaurante que está en una de las esquinas de la plaza y nos esperáis». Y otra vez era como entrar en un túnel, largo y oscuro, del que no vemos el final, y hay que correr, correr, por si acaso, y sin mirar atrás.

La parada de taxis no estaba bien iluminada. Un par de conductores, apoyados en sus vehículos, fumaban y charlaban. Al fondo un coche de policía con las luces apagadas y aparentemente vacío. Desde luego nuestra presencia era la más sospechosa, ¿qué hacíamos allí? ¿Dos turistas extraviados? ¿O es que teníamos ganas

de marcha y queríamos saltarnos todos los controles hasta llegar a la playa? Paula y yo nos refugiamos en la esquina más iluminada. Un poco más allá vimos que había un restaurante, El Rincón, ése tenía que ser el sitio. De repente de la oscuridad surgió un hombre, los dedos de Paula se aferraban a mi brazo, «hola ¿os hace falta un taxi?», lo último que uno debía hacer era dejarse llevar por el pánico, «no, gracias, estamos esperando a unos amigos». El hombre desapareció. Mi móvil comenzó a sonar, era Duihi, «os estamos viendo. Entrad en el restaurante y esperadnos dentro». Sin pensarlo un momento entramos. Era un lugar bastante grande con poca gente. En las paredes unas fotos de gran formato mostraban a unos señores ya mayores, sin duda españoles, acompañados por autoridades locales marroquíes, su permiso de apertura de negocio. Buscamos una mesa al fondo desde la que se pudiera observar quién entraba por la puerta, nuestros invitados tenían que sentirse cómodos para poder hablar con libertad.

«¿Os parece bien esta mesa? Si no, nos cambiamos», al lado del pétreo rostro de Duihi, la cara de Ghalia, sin ser expresiva, transmitía sorprendentemente tranquilidad y dulzura, «nos da igual, ésta está bien», nos sentamos todos y pedimos a los camareros marroquíes fritura de pescado, la especialidad de la casa. «Mi familia es toda de aquí, de El Aaiún. Pero en 1949 cuando abrieron allí las factorías de pescado, se trasladaron a Agadir, en Marruecos. Nací en 1961. Siendo todavía muy pequeña mis padres emigraron a Holanda y yo me quedé con mi abuela paterna, que fue la que me crió. Ella me transmitió la cultura saharaui, era una mujer muy conocida entre las familias saharauis emigradas a Agadir. Vivíamos en un mundo muy cerrado. Así creció, como parte esencial de mí misma, la conciencia de ser saharaui por encima de todo». Duihi había debido de advertirla de nuestras intenciones, y ella, mientras daba pequeños bocados a la comida, desgranaba su historia. «En 1984, en plena guerra en el Sáhara, un día mi abuela desapareció. Como una loca me fui por todas las comisarías para ver si sabían algo, hasta que en una me dijeron, “nos la hemos llevado por polisaria. Vete de aquí y no vuelvas más”. Ya no supe nada más y perdí su rastro, me puse muy mal, me habían quitado lo más importante de mi vida», le habían arrebatado su conexión con el mundo. «Dos años más tarde acabé mis estudios medios en

agricultura. Una vecina, cuya madre también habían hecho desaparecer, me contó entonces que corría el rumor de que las tenían encerradas en una cárcel secreta en el Sáhara. No lo dudé un segundo, conseguí un trabajo en la administración y pedí un puesto en El Aaiún».

«Llegar aquí fue un shock terrible, ver la guerra, la ocupación, el sufrimiento de mi pueblo. Poco a poco fui contactando con otras personas que tenían también familiares desaparecidos desde la entrada del ejército marroquí en 1976». La desaparición extrajudicial es de los crímenes contra la humanidad más terribles porque no acaba nunca, porque la esperanza de que la víctima siga viva nos empuja a una angustia interminable, a una búsqueda sin descanso para tener noticias, huellas, lo que sea, el rostro de los familiares se transforma en un interrogante que arrastran donde vayan, como una pesada losa que les lleva al abismo pero, al mismo tiempo, les concede una energía infinita para estar siempre de pie y enfrentarse a quien sea. «En 1987 nos llegaron noticias de que una comisión técnica de la ONU iba a visitar El Aaiún. Era nuestra oportunidad y nos organizamos para salir a manifestarnos como en 1975, cosimos banderas polisarias y preparé una carta con los datos de mi abuela para que me ayudasen a encontrarla», a mi mente vinieron imágenes del documental *El rumor de la arena.* Mayo de 1975, una comisión de la ONU visitó el Sáhara. Para sorpresa de todos, especialmente del gobierno de Arias Navarro, los saharauis se lanzaron a la calle con banderas del Polisario y pancartas a favor de la independencia. La maniobra de crear entonces un manipulable partido marioneta a cargo de Jalienna, el actual alcalde de El Aaiún y presidente del CORCAS, había resultado un fracaso. «Un día antes la policía apareció en mi trabajo y me detuvieron. Al registrarme encontraron las banderas y la carta. Ese día comenzó mi propia desaparición. Tres años y siete meses, con una capucha en la cabeza, encadenada. Nunca vi a un juez ni a un fiscal, mi familia nunca supo nada. Primero en una cárcel secreta en la playa, luego en una antigua porqueriza de la época de los españoles. Allí también estaba Aminetu Haidar. Torturas, violaciones, nos lanzaban porquería, nos ponían delante de perros rabiosos para que nos mordieran, tengo el cuerpo lleno de marcas. Pero lo peor era cuando queríamos hacer nuestras necesidades». Por un momento se

para, baja los ojos, no quiere dar detalles y yo tampoco quiero que me los dé. «Cuando vi aquellas fotografías de la cárcel de Abu Graib en Irak, cómo trataban los soldados americanos a sus prisioneros, con esas capuchas y los perros, me dije, éstos han recibido clases de los marroquíes», intentaba reírse un poco de su propio sarcasmo, pero le era imposible, igual que a Duihi, su interior de acero, fundido a la fuerza durante aquellos años, salía a la superficie, había sido su tabla de náufrago.

«Los carceleros no eran todos unos ogros. Algunos no podían evitar tenernos lástima. Uno de ellos me contó que mi abuela también había estado allí encerrada pero que se había puesto tan enferma que la habían tenido que sacar. En el hospital debieron de matarla antes de la visita del rey», la maldad, una vez desencadenada, no tenía límites y perdía sus peculiaridades de origen. Ghalia podía haber sido una judía bajo el régimen nazi, una comunista argentina durante la dictadura militar. «Llegó el año 1991, el acuerdo de alto el fuego. Los marroquíes para no reconocer nuestra presencia en sus cárceles ante la ONU prefirieron soltarnos. Sin embargo más de quinientos nunca volvieron, es posible que ya estuvieran muertos y enterrados en fosas perdidas, para qué dar explicaciones, pensarían», sobre este grupo que seguía desaparecido oficialmente el juez Garzón había iniciado en 2007 una investigación desde la Audiencia Nacional y planeado un viaje a Tinduf para tomar declaración a posibles testigos. Pero sin él, por sus propios problemas con la justicia, el expediente probablemente hubiese sido traspapelado en un lugar seguro. «Aunque no te lo vayas a creer, conocí a mi marido en la cárcel. Él también estaba "desaparecido". Se puso enfermo y lo llevaron a la enfermería, que estaba al lado de nuestra celda. El olor en esa antigua porqueriza era a veces tan insoportable que los mismos guardias se escapaban al patio. En esos momentos nosotras aprovechábamos para intentar animar a los que estaban en la enfermería. Así conocí a mi marido, animándolo a resistir aunque no pudiéramos vernos. Cuando salimos nos casamos, tengo tres hijos». Ese hilo de amor trenzado hebra a hebra en aquel pozo de desesperación difícilmente pudo ya romperse, formaba parte de su propio deseo de vivir. Paula la miraba estupefacta. «Fuera nos volvimos a organizar para preparar la documentación de los que seguían desaparecidos. En 1996 nos

presentamos en la embajada norteamericana en Rabat y nos recibieron, les dimos una copia», ni se les pasó por la cabeza dejar otra copia en la embajada española, la tenaz neutralidad que profesaba no permitía interesarse por violaciones de derechos humanos. Los camareros ponían y quitaban platos sin que a ella le importase, seguía hablando, imperturbable. «Las desapariciones cometidas por parte de las fuerzas marroquíes han continuado, especialmente desde 2005, hay todavía quince chicos de los que no se sabe nada desde entonces, aunque ahora suelen ser temporales, a las personas detenidas las sueltan al cabo del tiempo después de torturarlas».

«El discurso del 6 de noviembre pasado desencadenó una represión terrible, era como volver a la época de su padre, Hassan II. Iban casa por casa deteniendo gente, expulsaron a Aminetu. Cuando la diputada española Rosa Díez vino a El Aaiún para entregar una carta a sus hijos, se acercó a mi casa para que le explicase cómo estaba todo y entró la policía y la echó. Estábamos todos aterrorizados. Sin embargo ella ganó y nosotros también, perdimos el miedo. Ahora nadie nos va a detener, muchos de los nuestros han viajado a Tinduf, hace poco celebramos en Argel una conferencia internacional. Siempre intentamos que nos acompañen observadores internacionales para que sean testigos de los abusos, sólo eso les impide hacernos más daño. Por eso es tan importante que la sociedad civil española nos siga apoyando, no podemos continuar nuestra lucha sin ellos». A pesar del panorama que notábamos, ellos, sin embargo, eran optimistas, tenían esperanza. Les pregunté por su estructura, cómo estaba organizada la resistencia en el Sáhara ocupado. Noté enseguida la mirada de precaución que le acababa de lanzar Duihi, era un secreto por temor a los espías, «estamos presentes en todas las ciudades del Sáhara y estamos unidos porque todos tenemos la misma causa», no dijo más. «Somos conscientes de que la solución política a este conflicto va a tardar, todavía no somos importantes para el mundo. Nuestra lucha se centra ahora en la defensa de los derechos humanos. Es fundamental que la ONU se haga cargo de nuestra protección, estamos solos, y la monarquía, por su debilidad, necesita la violencia y la represión contra nosotros». Pedimos postre aunque ninguno de los cuatro tuviese muchas ganas, «el pueblo saharaui es

algo único en el mundo, rechazamos la violencia y sólo creemos en la paz para defender nuestra causa. Sin embargo nuestros jóvenes pueden pensar lo contrario». Era el final de su discurso, nada le había alterado, y comprendí por qué la belleza puede provenir no sólo de los rasgos físicos de alguien sino también de la superación personal y la lucha constante, éstas dotaban a la persona de un aura especial. «Al campamento siguen llegando familias saharauis. Si tienen tiempo deberían acercarse a verlo, es la primera vez en treinta y cinco años que los saharauis de la zona ocupada nos atrevemos a hacer algo así. Como le dije hemos perdido el miedo».

Sin embargo a Paula y a mí todavía el miedo nos aguardaba afuera. La oscuridad, los controles de carretera, la policía en cada esquina, continuaban cada uno en su sitio. Ellos, los supervivientes de la tortura, entraban en otra dimensión en la que debían de ver una luz al final del túnel y por eso podían sonreír y reírse incluso de ellos mismos. «Reunimos ya todos los calificativos del desastre, somos minoría en nuestro propio país, tenemos ahora desplazados en el mismo territorio y la mayoría de nuestro pueblo vive refugiada, ¿qué nos falta? Tú, que eres el jurista internacional, dime». Duihi había dejado para ese momento final un regalo muy especial, «Eduardo, te he conseguido el teléfono de Javier, el observador español», ésa sí que era una buena noticia. Desde allí mismo lo llamé, tardó un poco en cogerlo, se le oía lejano, «todavía estoy de camino a El Aaiún, hemos estado de reuniones en Assa y Tantán acompañando a una delegación de activistas». Su deje extremeño hacía aún más pausada su habla de por sí relajada, como si acabara de fumar marihuana. «Sí, sin problema, mañana por la mañana paso a veros al hotel».

Insistieron en llevarnos en coche, era casi medianoche. En cuanto arrancamos, creí oír a pocos metros otro vehículo también arrancando. Una vez más éramos vistos, oídos, vigilados, y aunque por el momento no iban más allá, todo el peso de la amenaza y de la intimidación, el qué podía pasarnos, modificaba nuestro comportamiento y nuestra forma de ver la ciudad y a sus habitantes. Esa espada sobre nuestras cabezas era tremendamente eficaz. Y si ése era el efecto que ejercía en nosotros, un par de españolitos curiosos y entrometidos, no era difícil imaginar cuál era el que producía en el conjunto de la población. Todas esas luces,

esas calles vibrando en el anochecer, esos comercios y cafés abiertos hasta bien entrada la noche eran todo un puro decorado, el espíritu iba por dentro, en el fondo de las miradas.

Estado de sitio permanente

El Aaiún, al igual que las otras poblaciones del Sáhara, era una ciudad en estado de sitio permanente desde el comienzo de la ocupación. Estado de sitio nunca declarado oficialmente por el rey de Marruecos para no empañar la imagen de territorio próspero y pacífico que debían tener las «provincias del sur», al igual que el resto del país, en su lento pero creciente progreso hacia la democracia, como aseguraban las declaraciones internacionales que tanto gustaban a sus padrinos europeos. Estado de sitio que implicaba no sólo controles de seguridad constantes y bien a la vista, también una red de informadores y de espías, que se nutría a su vez de los soplos y denuncias secretas de súbditos agradecidos o necesitados de prebendas, que permitía descubrir focos de ratas e insectos, sediciosos contrarios a la integridad del Estado bajo la preclara autoridad del príncipe de los creyentes. Estado de sitio que suponía que, rápidamente, una vez detectados, la fuerza intervenía, detenciones, registros, apaleamientos, torturas, desaparición, muerte, en completa impunidad, porque el individuo se encontraba solo, desamparado, la posible intervención de un juez independiente o de un abogado defensor quedaba por principio excluida. Todos lo sabían, y el miedo a caer en esa cadena de acontecimientos les hacía modificar de forma preventiva su conducta, su carácter, sus vidas, entrando en una dinámica de sumisión al poder instituido de la que era casi imposible escapar.

Pasamos frente a los muros del colegio España, una bandera marroquí ondeaba sobre el portalón, y junto a ella un cartel anunciando cursos de español para adultos. Incluso a esa hora, la hora de las brujas, dos policías patrullaban la acera, cuando se promueve el miedo se termina siendo su peor víctima. «Está prácticamente vacío, la gente no quiere problemas». Le pregunté a Ghalia por sus hijos, «tampoco puedo llevarlos a un colegio público, están todos militarizados, la policía entra y sale de ellos todo el rato haciendo detenciones. Sin embargo los niños de ahora no son como los de hace años, son muy conscientes de su identidad y de su diferencia por mucho que les obliguen a cantar himnos y lanzar

gritos por el rey». Duihi detuvo el coche en la esquina de la calle de nuestro hotel, tampoco había que tentar a la suerte. Paula y yo bajamos en silencio y caminamos lentamente bajo el mágico firmamento del Sáhara, no había un alma. La ciudad respiraba calma, normalidad, inmovilismo, y en mi interior me fui llenando de furia, necesitaba pensar que todo aquel decorado estaba a punto de explotar.

Drama del chico de recepción

El cielo amaneció encapotado y nuestro ánimo también, era nuestro último día en el Sáhara, nuestras cortas vacaciones terminaban al anochecer. Paula y yo desayunábamos silenciosos en el restaurante del último piso. Acababa de levantarse el último militar de la ONU tras haber dado cumplida cuenta de sus cereales con leche y el camarero de retén, aburrido, había aprovechado para irse de charla a la cercana cocina. En ese instante, con la ligereza y rapidez propia de los valientes, el chico de Sidi-Ifni que trabajaba en recepción penetró en la sala y se sentó con nosotros, «espero no molestarles». Sacó de debajo de la camisa un papel y me lo entregó, contenía los datos de su padre, «¿cree que es suficiente para solicitar la recuperación de la nacionalidad española?». La respuesta no era fácil, evidentemente habría instrucciones del gobierno para impedir o retrasar ese tipo de peticiones, los saharauis y los Ait Ba Amran de Ifni, a pesar de su larga conexión histórica con España, eran discriminados por nuestro Código Civil, a diferencia del trato privilegiado que recibían los originarios de Iberoamérica, Andorra, Filipinas y Guinea Ecuatorial, y los sefardíes, pero nadie se había preocupado en rectificarlo. Lo importante, en cualquier caso, era conseguir un certificado de nacimiento, «para ello, tienes que contactar con una gestoría de Madrid, no deberían tener problemas para solicitarlo en el archivo central. Búscala en Internet». Sus ojos reflejaban toda la desesperación del mundo, el sueldo que le pagaba Omar no superaba los ciento cincuenta euros al mes, de ese dinero y de la pensión militar del abuelo vivía toda una familia de siete miembros, querían escapar de la miseria a toda costa. En cualquier caso le iba a faltar un requisito, la residencia legal en España, y su padre vivía, por el momento, en el Sáhara.

Un héroe de nuestro tiempo

Nos apostamos a la entrada del hotel a la espera de Javier, el

observador español. Por si había que hacer una repentina maniobra de simulación estilo Duihi, palpaba con mi mano el móvil en espera de instrucciones. A los cinco minutos de la hora acordada hizo su entrada en el Sáhara Line nuestro invitado, sin turbante ni careta, a cara descubierta, impasible a cualquier posible presencia de policía secreta o de espías. «¡Hola! ¿Qué tal? ¿Os hace un café? Mejor nos vamos a Las Dunas, no queda lejos», su piel muy blanca, su barba negra, menudo, vestido con ropas verde militar, y sobre todo su felina mirada, le dotaban de un aspecto entre misterioso y angelical. «Es ya la tercera vez que paso una temporada en el Sáhara, llegué con Willy Toledo y otros observadores, hace unas semanas, acompañando a los delegados que habían acudido a la conferencia de Argel», Javier caminaba por las calles de El Aaiún como si estuviera en Badajoz, arrastrando pausadamente los pies, calzaba unas desproporcionadas botas de montaña. «Estoy aquí representando a Thawra, una organización que tiene como objetivo denunciar las violaciones de derechos humanos que se cometen en el Sáhara occidental, por eso voy siempre con mi cámara de vídeo digital, para grabarlo todo y colgarlo en nuestra página», «thawra» significa revolución. Con aquella mirada limpia y a la vez apasionada, con esas pintas, por un momento me recordó a las fotos que había visto de El Uali, el santo de la revolución polisaria, tenían muchas cosas en común. «También intentamos ayudar a las víctimas de torturas, aquí las rechazan en los hospitales y a veces incluso se niegan a venderles medicamentos». De improviso el sol volvió a aparecer iluminando las calles, «así es el tiempo en El Aaiún, las cuatro estaciones en el mismo día».

El café Las Dunas era una gran terraza ajardinada, a esas horas había pocos clientes, era un local más bien de ambiente nocturno. «Ahí ¿lo veis? Está el hotel Nagjir, en la plaza que está delante fue donde este verano apalearon a los activistas canarios por sacar la bandera saharaui», la cara hinchada y amoratada de una activista había ilustrado las portadas de todos los periódicos, los habían tenido retenidos en la famosa Casa de España hasta que fueron expulsados en uno de los ferries hacia Las Palmas. Nos sentamos y pedimos café, «yo no tengo miedo, me siguen allá donde voy pero yo como que no los veo, me muevo libremente, todos los saharauis me conocen, ellos me avisan si pasa algo. Pero la otra vez que vine,

sí me patearon bien. Estábamos en una casa esperando la llegada de unos activistas que habían viajado a Tinduf para celebrarlo. La policía rodeó el edificio, nosotros nos pusimos a ambos lados de la puerta para proteger a los saharauis. Cuando los activistas llegaron en coche y quisieron entrar en la casa, la policía cargó contra nosotros. Me pude cubrir la cabeza con las manos pero casi me destrozan el hígado de una patada», la imagen de su espalda golpeada estaba en Internet. Le miré fijamente, ¿era un héroe o un loco? Arriesgaba su vida no por su familia, un amor o alguien muy cercano, no, por todo un pueblo, un pueblo con el que se sentía comprometido. «Hay muchas organizaciones saharauis, todas ilegales claro, cada una dedicada a una tarea, están muy relacionadas entre sí y podríamos decir que juntas conforman el movimiento de resistencia a la ocupación y defienden la autodeterminación. Sin embargo en estos momentos no tienen un líder visible». Los héroes, personas dotadas de grandes virtudes, como la nobleza, la honestidad, la valentía, y que realizaban actos beneficiosos y extraordinarios para la comunidad.

«Hasta los jefes de tribu, los que se pasan el día chupando de las ayudas marroquíes, están con la causa pero no pueden manifestarlo en público, el miedo puede más. Y esto es igual en el sur de Marruecos, en la zona de Tantán, Tarfaya, los saharauis allí son incluso más pobres que los de aquí, ¿quién querría ser marroquí para vivir en estas condiciones? Pero, poco a poco, el miedo se está perdiendo, y será difícil de parar», hablaba con una gran seguridad porque él mismo, desde hacía tiempo, se sentía parte inseparable de esa causa, «y a veces se pasan. Hace unos días, organizamos una sentada en la calle para llamar la atención por la falta de libertad de expresión. Para que la policía no nos detuviera, la idea era llevar la boca tapada con cinta aislante. Bueno, pues ellos, con la boca tapada y todo, chillaban». En España trabajaba de informático, lo había dejado todo por venir aquí. «¿Dinero? No me hace falta, no tengo ningún gasto, ellos me lo dan todo, vivo en sus casas, me dan de comer, me esconden. Por seguridad procuro cambiar de casa cada pocos días, así nunca estoy localizable». Paula estaba impactada con nuestro héroe, él no tenía miedo y ésa era su fuerza, el estado de sitio no era un obstáculo insalvable sólo había que aprender a adaptarse a él. «Nuestra organización, Thawra, es

relativamente nueva. Las asociaciones de ayuda al pueblo saharaui están muy manipuladas por los partidos políticos y donde hay que trabajar es aquí, en la zona ocupada, hay que enviar observadores, ayuda médica, sacar a la luz toda la represión, y no sólo organizar viajes a Tinduf y repartir ayuda humanitaria a los refugiados, el futuro de los saharauis se está jugando en esta parte. El año pasado, uno de los líderes de la intifada fue invitado por un ayuntamiento a dar una conferencia sobre el Sáhara, cuando los organizadores comenzaron a oír que estaba hablando de la represión marroquí y no de los campamentos de refugiados quisieron callarle, eso no les interesaba, podía crearles problemas». Le pregunté por Mariano, el hombre de España en El Aaiún, «Mariano Collado, el pobre, intenta mediar a veces cuando la policía va a tomar por asalto una casa y se sabe que hay observadores españoles dentro, pero únicamente con la intención de que nos quitemos de en medio y dejemos a la policía hacer su trabajo», Mariano, un fiel funcionario, lo único que hacía era cumplir con la mágica expresión acuñada en los altillos del palacio de Santa Cruz, «constatamos», España constata que la ley marroquí es la vigente en el Sáhara, así que, a colaborar con ella, ¿cómo no? Me vino a la mente Hannah Arendt y su magnífico estudio sobre la banalidad del mal centrado en la figura de Eichmann, un frío y cruel funcionario, preferí olvidarlo. «¿Y si tu vida estuviera realmente en peligro?», Javier tenía un número de emergencia de la embajada de España en Rabat, «espero no tener que utilizarlo nunca», lo dijo como si fuera un deshonor, una cobardía recurrir a esa ayuda, si estaba allí y hacía lo que estaba haciendo era porque quería y asumía todas las posibles consecuencias.

«¿Os han contado lo del campamento? Quiero ir hoy para allá para empezar a tomar imágenes, está a media hora de aquí, en un lugar llamado Gdeim Izik». Le expliqué que andábamos a la búsqueda de Aminetu Haidar, llamábamos a su teléfono y siempre estaba desconectado, no sabíamos siquiera si se encontraba en El Aaiún. «Déjame llamar a alguien que quizá pueda saberlo», estuvo unos momentos hablando por su móvil, Paula y yo nos miramos a los ojos, estábamos pensando lo mismo, íbamos a intentar no separarnos de él en todo el día, era el hilo que nos conduciría por el laberinto hasta el minotauro. «Nadie parece saber nada, es extraño.

Pero si no tenéis nada mejor que hacer, podéis acompañarme a Zemla, tengo que ver quién me puede llevar en coche».

Barrio de Zemla, el origen de la resistencia

En el barrio de Zemla o Jatarrambla, también conocido como Casas de Piedra, en 1970 había comenzado todo. Desde aquellas calles estrechas partió la manifestación organizada por Bassiri, el otro gran nombre del santuario saharaui por la autodeterminación. Su único propósito, entregar al gobernador español del momento una petición de autonomía. Aquello había acabado como el rosario de la aurora, pedradas de los jóvenes contra las fuerzas coloniales españoles y, como reacción, detenciones, represión, muertos y desapariciones, incluida la del propio Bassiri. Ahora cuarenta años después la autonomía ofrecida por Mohammed VI, aun si fuera verdadera y plenamente democrática, ya no tenía sentido, los pueblos, como las personas, también crecen, especialmente bajo las dictaduras. Como en Bojador, en cuanto salías de las arterias principales llenas de comercios y pequeños cafés entrabas en un ambiente de pobreza y subsistencia. Sin embargo en Zemla había un añadido, un extraño silencio, un mirar torvo al cruzarse con el otro, un ambiente de intimidación, todo lo que hicieses o dijeses podía ser utilizado en tu contra.

Sin embargo, Javier, nuestro héroe, parecía ser inmune a él, seguía arrastrando sus pesadas botas por el asfalto sin inmutarse, «en este barrio la proporción entre saharauis y colonos marroquíes es más equilibrada. Si los saharauis no llevan puesta la derraa, para un extranjero son difíciles de diferenciar, yo a veces lo consigo pero por la forma de hablar». La gente lo miraba, «sí, claro, casi todos me conocen por lo menos de vista, estoy metido en todos los fregados», algunos se paraban a saludarle y él iniciaba con ellos el tradicional diálogo de salutaciones en hassania, cómo estás tú, tus padres, tus hijos, tu trabajo. Paula y yo lo seguíamos a trompicones entre los viandantes como niños detrás de su padre, «Willy Toledo es muy buen tío, hace mucho por la causa y no es de los que viene a hacerse unas fotos. Es independiente, pasa de asociaciones. En estos momentos, con otra gente, está ayudando en organizar la flotilla para dentro de unos meses», la flotilla era el gran proyecto que estaban incubando los activistas que apoyaban a la intifada saharaui. A imitación de la flotilla de barcos humanitarios que

había intentado romper el cinturón de seguridad israelí que rodeaba la costa de Gaza, ellos, desde Canarias, querían hacer algo parecido para llamar la atención del mundo sobre la situación en el Sáhara occidental. La marina israelí había sido implacable en su reacción asaltando las embarcaciones y provocando muertos entre los activistas propalestinos. De los marroquíes, siendo como eran más torpes y menos sofisticados, cabía esperar lo mismo pero en peor.

SIDAHMED, LA RESISTENCIA

Llegamos a casa de Sidahmed, presidente de CSPRON, Comité de Apoyo al Plan de Arreglo de Naciones Unidas y la Protección de los Recursos Naturales del Sáhara occidental, otro de los líderes de la intifada. «Es una pena que Brahim Sabbar o Naama Safari no estén hoy disponibles. Está todo el mundo revolucionado con el tema del campamento de desplazados en Gdeim Izik». Sabbar, más veterano y tradicional, era el presidente de la ASVDH, Asociación Saharaui de Víctimas de Graves Violaciones de Derechos Humanos, y Safari, un joven abogado de gran carisma, de CORELSO, Comité por el Respeto de las Libertades y los Derechos Humanos en el Sáhara, intentaban coordinar al conjunto del movimiento de resistencia en ausencia de los grandes líderes, como Tamek, detenidos desde hacía más de un año por reunirse con el Polisario en Tinduf, y que iban a ser juzgados en Casablanca en los próximos días. Desde la puerta principal se subían una serie de peldaños empinados hasta un primer piso. Nos descalzamos y pasamos a un salón grande, en penumbra, con el habitual banco corrido por la pared cubierto de alfombras y almohadones. Sidahmed, un patriarca ya, estaba echado en un lado, con cara somnolienta, «bienvenidos». Paula, ya una más, se echó igualmente en otro lado, «en este salón celebramos muchas reuniones pero existe el peligro de que la policía entre en cualquier momento y las interrumpa, afuera, no sé si lo han visto, hay siempre un policía de paisano vigilando quién entra y quién sale de mi casa», él también había sido detenido y torturado en diversas ocasiones desde 2005, pero le evité entrar en detalles. «Sí, estuve participando en la conferencia internacional de Argel, fue muy emocionante, con todas esas ONG que vinieron de Europa. Sin embargo a la hora de la verdad, después de tantos discursos, no se llegó a un plan de acción para defender mejor los derechos humanos de los saharauis, que es lo que necesitamos. En

eso fue decepcionante, de allí sólo salió una declaración testimonial, que no va a ninguna parte».

Paula aprovechó entonces para concentrarse en Javier y hacerle su particular interrogatorio, si había conocido el amor en el Sáhara, si había dejado a alguien en España, cómo lo llevaba. Yo seguí a lo mío, el famoso retorno desde Argel en el que Willy había salido escaldado, «preferimos adoptar una actitud pasiva, no contestar a los insultos ni a las provocaciones de la policía marroquí, poner la otra mejilla. Ellos nos quitaron todos los libros y documentos que traíamos, incluso unas pulseras y unas pegatinas con la bandera saharaui de ésas para poner en el reloj. Ni protestamos, no merece la pena. Pero en la ficha de inmigración, donde había que poner nacionalidad, todos pusimos Sáhara occidental, y entramos». Ese acto era el que le había costado a Aminetu su expulsión definitiva del territorio y de la que únicamente se había salvado tras su agónica huelga de hambre en Lanzarote. «Vivimos en la marginación, vemos cómo ellos se llevan todas las riquezas naturales de nuestra tierra y nuestras aguas y nosotros no tenemos ni casa ni trabajo, dependemos de la caridad. Por eso muchos han decidido manifestarse y exigir sus derechos, y como no lo pueden hacer en las calles de El Aaiún, han tenido que irse al desierto para que el mundo les escuche. Los gendarmes tienen rodeado el lugar pero, por el momento, no han intervenido». El campamento de desplazados se estaba convirtiendo en el próximo desafío a la presencia marroquí, podía tener consecuencias imprevisibles. Por lo pronto, llevaba en marcha ya casi dos semanas, e inteligentemente no tenía reivindicaciones políticas sino sociales, una vida digna, sin banderas. No obstante en el contexto de un territorio ocupado de forma ilegal, exigir su derecho a recibir los beneficios de los recursos naturales del Sáhara estaba indefectiblemente unido a la autodeterminación.

Brahim, juventud saharaui y futuro

Un chico joven irrumpió en el salón, Sidahmed y Javier le saludaron, se sentó con nosotros, venía para organizar la visita del observador español al campamento de protesta. Brahim era uno de los líderes juveniles de la intifada, rondaba los 18 años y enseguida se interesó por mi pertenencia al mundo académico. «Cuánto me gustaría poder estudiar derecho internacional, pero el año pasado

me expulsaron del colegio por activista y difícilmente podré terminar el bachillerato, ir a la universidad es un sueño», su familia era pobre, su padre había muerto hacía un año, no tenía dinero para ir a la privada. Era lo que nos había contado ya Ghalia, la policía estaba infiltrada hasta en la enseñanza, la actividad política de un alumno acarreaba graves consecuencias, «en las universidades es distinto, están en Marruecos, allí los estudiantes tienen más libertad para organizar actos en paralelo a los de la resistencia aquí». El tema apremiante era que Javier pudiese visitar esa misma tarde el campamento y grabase con su cámara las primeras imágenes para colgarlas en Internet. «Uno de mis hermanos mayores lleva durmiendo en las jaimas desde el principio, están muy bien organizados. El está muy contento, lleva años parado y es la primera vez que se siente útil». Llamaron a varias personas pero nadie estaba disponible justo a esa hora, quizá más tarde, otra clásica expresión saharaui, y es que era la hora de la comida. Yo le puse cara de angustia, «nosotros también querríamos ver el campamento pero no sé si nos va a dar tiempo, esta noche tenemos el avión para Casablanca, y antes queremos ver a Aminetu Haidar, pero sus teléfonos están desconectados, no sabemos siquiera si ella está aquí». Él se levantó de golpe, «eso tiene solución, vamos a su casa a ver si está».

Javier prefirió quedarse con Sidahmed. Nosotros tres nos adentramos más en el barrio de Zemla. Brahim también era bastante conocido, algunos le saludaban mientras que otros lo observaban con precaución. «Con los colonos marroquíes no tenemos ningún problema, nos respetamos, ellos no se meten con nosotros. Aunque algunos, los que están peor que nosotros, son fácilmente manipulables por la policía, que a veces los utiliza en contra nuestra haciendo que ataquen nuestras concentraciones». Él marchaba todo contento en nuestra compañía, dos europeos a su lado eran todo un símbolo de prestigio, también de peligro, pero eso a él hacía tiempo que le daba igual. Casi al final de una calle, dando a una pequeña plaza, estaba la casa de Aminetu, en nada se diferenciaba de las del resto. Un viejo coche azul estaba aparcado a su costado. Brahim llamó al timbre. Tardaban en contestar. De repente la voz de un hombre joven. Sí, ella estaba allí, pero dormía profundamente por efecto de los tranquilizantes, no había pegado

ojo la noche anterior, seguía mal. La noticia era excelente, la habíamos encontrado, y no nos íbamos a ir del Sáhara sin hablar con ella, «por favor, dile que pasaremos más tarde». Nos alejamos, «bueno, ahora, para hacer un poco de tiempo ¿qué tal si os venís a comer a mi casa?». Paula y yo ni lo dudamos, estábamos muertos de hambre. A modo de complemento compramos unas bebidas y pasteles, todo con mucha azúcar, según Gela la antropóloga, como les gustaba a ellos.

La primera visión al entrar en su casa creo que nunca la olvidaremos. Era el clásico salón saharaui estilo jaima con alfombras y almohadones, pero nuestros ojos se fueron directamente hacia una mesa baja que había en el medio, en una gran bandeja, se veían los restos de una cabra asada. Una señora mayor, la madre de Brahim, armada con un pequeño cuchillo, daba cuenta de la cabeza del pobre animal, «la hemos matado esta mañana, hay para todos, no hay problema», a mí me dio un vuelco al estómago. A su lado también, terminando de comer, tres jóvenes de distintas edades, sus hermanas, una ya madurita, que se levantaron rápidamente para atendernos como exigía el protoloco de hospitalidad saharaui. «Tengo también otro hermano trabajando en España», me aclaró Brahim. Nos aposentaron junto a la madre y nos trajeron otros cuchillitos. Paula y yo nos miramos y observamos a la despanzurrada cabra, y haciendo de tripas corazón, nunca mejor dicho, nos pusimos manos a la obra. El truco era ir tirando de la carne con los dedos y cortando poco a poco para poder llevarnos algo a la boca, y, para evitar sobresaltos, no observar lo que estaba haciendo la madre con la cabeza. «No, ninguna está casada, no sabemos qué hacer con ellas», bromeó Brahim, yo me reí, pero una de las hermanas, la más joven se hizo la ofendida y me preguntó descarada: «¿De qué te ríes? ¿Te parecemos tan feas?». Me puse rojo de vergüenza, ella en particular era bastante agraciada. Del salón se abrían otras estancias en penumbra, lugares también para la relajación, el sueño, la conversación. Sin embargo todo daba la impresión de cerrado, como si la muerte del padre hubiera condenado cruelmente al ostracismo a aquellas mujeres, se habían acabado los paseos nocturnos por las concurridas calles de El Aaiún en busca de miradas. Era la versión saharaui de la Casa de Bernarda Alba.

«La próxima vez que vengáis al Sáhara, os quedáis aquí con nosotros en casa. Nos gusta mucho acoger activistas», era la misma imagen que había visto en Tinduf, la casa, la jaima, era un lugar abierto, se comía, se hablaba, se dormía, se recibía al familiar, al amigo, al extraño, se le acogía, se le daba lo mejor. «Yo trabajo con la Western Sahara Resource Watch, una ONG internacional que denuncia a las empresas que, en colaboración con los marroquíes, expolian los recursos naturales del Sáhara», de acuerdo con las resoluciones de las Naciones Unidas y las aclaraciones del famoso informe «Corell», los beneficios de recursos naturales procedentes de territorios por descolonizar, como era el caso, debían revertir en sus habitantes y de eso debía asegurarse la potencia administradora. Como España, aun siendo la potencia administradora legal, había abandonado el territorio cediendo su administración a Marruecos en contra de sus obligaciones, nadie asumía esa obligación y los marroquíes actuaban con plena libertad en su beneficio. Si España renunciase formalmente a su condición de potencia administradora ante la Asamblea General de la ONU, ésta sería la responsable directa de la protección de los recursos del Sáhara y de sus habitantes. Sin embargo esta maniobra significaría el fin de la infamante cobertura española a la ocupación marroquí y, al parecer, el interés de España nunca había ido por ese camino. «Mis amigos y yo vamos con cámaras e intentamos colarnos en las factorías de la playa. Nos piden fotos para demostrar qué empresas extranjeras son las que se llevan los fosfatos, la pesca o la arena», me sacó fotos y datos de empresas españolas como Granintra, dedicada a sacar arena; Ership, naviera que transportaba fosfatos a FMC Foret en la Península; las conserveras Rianxeira y Escuris con factorías en la playa de El Aaiún; la pesquera Gildo, Netmar y Meripur dedicadas al pulpo de Dajla. «Con el pescado y las conserveras es fácil sacar fotos, los mismos colonos marroquíes que trabajan en eso posan sin problema. Lo más difícil son los fosfatos, la seguridad es muy fuerte y nos pueden pegar un tiro». Les confesamos que ya no queríamos más cabra y por fin se la llevaron de nuestra presencia. Nos relajamos un rato, las hermanas estaban encantadas de tener visita. Mientras la mayor preparaba té, las otras dos, después de revolver por algún lado de la casa, regresaron con regalos para nosotros. A Paula la engalanaron con unos pendientes chinos enormes, llenos de

pedrería, y una pulsera estilo chanel. A mí me pusieron un anillo hecho aplastando una moneda, una artesanía local. Aunque fuera la intimidación y el miedo conspiraban contra ellos, entre esas cuatro paredes, la risa y el olvido eran perfectamente realizables. Nos hicimos fotos, nos gastamos bromas, cuánto hubiéramos dado por quedarnos allí unos días más arropados por esa familia, pero el tiempo corría en contra nuestra. Al despedirnos con un hasta pronto no quise tener la sensación del hasta siempre, como si cuando pasasen apenas unas semanas nosotros fuéramos a regresar sin prisas y pudiéramos salir a la calle a celebrarlo todos juntos, como si su liberación estuviera al alcance de la mano.

UN CAMPAMENTO LLAMADO 'DIGNIDAD'

Para aprovechar al máximo las horas que todavía teníamos decidimos volver al Sáhara Line y recoger nuestros equipajes, de casa de Aminetu iríamos directos al aeropuerto. Rápidamente paramos un taxi. «¡Viva el Sáhara libre! ¡Fuera Sarkozy! ¡Fuera Zapatero, que nos han vendido!», el conductor había reconocido a Brahim, que nos acompañaba, él también era activista: «¡Viva el Polisario!», gritaba como un loco. Por suerte no podían oírlo desde la calle: «¡Que venga la flotilla, que venga, la estamos esperando!». De la emoción también nosotros nos pusimos a gritar sin ser conscientes de las posibles consecuencias: «¡Que venga la flotilla! ¡Que venga la flotilla!», desde fuera debíamos de parecer un grupo de locos camino del psiquiátrico. Mi miedo en ese momento era que, por cualquier tontería, la policía nos detuviese y se llevase nuestros pasaportes. Ésa era la práctica habitual con los extranjeros molestos, entrabas así en una dinámica impredecible, perdías el vuelo, te registraban de arriba abajo, te humillaban y te tocaba llamar al consulado de Agadir, donde al parecer nunca respondían, o al tenebroso número de emergencia de la embajada de España en Rabat. El taxista activista nos dejó enfrente del hotel, «gratis, gratis, para vosotros es gratis ¡Os esperamos con la flotilla! ¡No nos abandonéis!». Subimos corriendo a la habitación y bajamos con todo. Cuando, nerviosos, esperábamos al borde de la acera a que pasase otro taxi que nos llevase de vuelta a casa de Sidahmed, en el otro lado se detuvo el lujoso todoterreno de Omar Yumani, el propietario del Sáhara Line. Él descendió del vehículo y parecía disponerse a cruzar la calle para venir a saludarnos. Con Brahim a

mi lado, con todo lo que habíamos visto esos días, una sensación de asco me recorrió el cuerpo. No podía, no quería cruzar media palabra ya con él y lo que representaba. Tuve suerte, en ese preciso momento apareció un taxi y lo paré con la mano. Paula se dio cuenta de mi maniobra pero no tuvo tiempo de reaccionar, casi empujándolos los metí en el coche y desaparecimos entre el tráfico.

El salón de Sidahmed, durante nuestra larga ausencia, parecía haber sido presa del sopor. Lo habían invadido las sombras y varios cuerpos, incluido el del propio amo del lugar, dormitaban. Y era contagioso, Paula dejó su mochila contra la pared y se echó también sin mucho miramiento. Brahim y yo sólo nos sentamos, «entonces ¿no vas a venir a ver el campamento?», yo le miré a los ojos, «no vamos a poder, Aminetu Haidar nos espera dentro de un rato en su casa, y después ya no habrá tiempo». Él se puso serio, «es que es muy importante para nosotros». Yo lo sabía, era el desafío más grande a la autoridad de Marruecos, que una gran parte de la población saharaui que vivía bajo su dominio se uniese y pacíficamente hubiera decidido plantar sus jaimas en el desierto, volver a sus raíces, de forma indefinida hasta que sus reivindicaciones fueran atendidas, era un paso de gigante en la lucha del pueblo saharaui por sus derechos. Sin embargo la perspectiva de salir de El Aaiún y enfrentarme a los controles de policía y sus interrogatorios era una apuesta peligrosa si teníamos que volar esa noche. Y estaba Aminetu, claro, el *leitmotiv* de mi viaje. «Aunque no puedas ir, no quiero que te vayas sin verlo», metió su mano en el bolsillo, sacó su famosa cámara antiexpolio del Sáhara y la encendió, había grabado varias películas de corta duración el día anterior. «Ya hay más de doscientas jaimas, en los próximos días vendrán más», alineadas bajo el cegador sol del desierto, su lona cruda resplandecía con cierta ingenuidad, hombres, mujeres y niños, con aire decidido y orgulloso miraban casi sin pestañear hacia el objetivo de la cámara. «Como ves no hemos puesto banderas saharauis, nuestra voluntad es pacífica. Estamos pidiendo que los beneficios de los recursos naturales del Sáhara lleguen a los saharauis, queremos un trabajo, una casa, nada de política», los acampados habían hecho unas pancartas con telas blancas para mostrar sus reivindicaciones, las habían escrito en árabe, pero también había alguna en español. «Los gendarmes nos

vigilan en la distancia y están controlando a la gente que entra y que sale. Ayer no sé si por equivocación, se acercó un coche de la ONU, pero en cuanto vieron a los gendarmes se largaron, también ellos tienen miedo de los marroquíes». Evidentemente el agua y la comida tenían que ser llevadas a diario a los acampados, «estamos muy organizados, no hay problema». Aquellas imágenes me hicieron recordar los campamentos de refugiados saharauis en medio de la Hamada, ese infierno que duraba ya varias generaciones. Era el mismo pueblo, las mismas jaimas, la misma lucha, el espantoso calor. «El gobernador nos ha enviado estos días varias delegaciones a negociar con nuestros representantes pero no hemos querido hablar con ellos. Decían que nos iban a enviar a Jalienna, ese traidor, pero a ese tampoco lo vamos a recibir. Además ha intentado poner a los jefes de tribu en nuestra contra y éstos se han negado. Sólo hablaremos con algún miembro del gobierno, no nos fiamos, los conocemos muy bien», su intención era dialogar de forma pacífica y sin provocaciones, sin embargo, yo veía mucha inocencia y mucha vulnerabilidad en su estrategia, en mi opinión, sus escasas posibilidades de éxito pasaban por llamar la atención a la comunidad internacional e involucrar a la ONU directamente, algo también casi imposible. «Ya verás, esto va a ir a más. Si no haremos una huelga de hambre colectiva, todos, hombres y mujeres, menos los niños, hasta que nos hagan caso», lo dijo con gran solemnidad, todas esas gentes que yo podía ver a través de aquella pequeña pantalla habían hecho un juramento inquebrantable. La cabeza de Javier asomó por la puerta: «¡Hola! Pero ¿qué pasa? Abajo está el coche listo para irnos». Se formó un pequeño revuelo, todos bajamos a la calle. Era el final, «seguiremos tu trabajo por tu página web, que tengas mucha suerte», él se quedaba con ellos sin límite de tiempo, el límite si acaso lo pondría la policía marroquí, tuve la impresión al abrazarle que su frágil cuerpo, como el de Duihi, como el de Ghalia, como el de Aminetu, también estaba hecho de esa dura aleación de acero y honestidad.

AMINETU HAIDAR, NO VIOLENCIA Y LIBERTAD

Había llegado el momento tan anhelado. Brahim nos volvió a llevar frente a su puerta y llamó al timbre. La misma voz masculina de antes respondió, esta vez nos esperaban. Nos despedimos y él se marchó corriendo a reencontrarse con Javier, la visita al

campamento era primordial, las imágenes de la protesta debían recorrer el mundo lo antes posible. Paula y yo miramos nuestros relojes, teníamos el tiempo justo para el encuentro final. Pasados unos segundos de expectación la puerta se abrió. Era ella, Aminetu Haidar, de tanto verla en los medios de comunicación, sobre todo durante su huelga de hambre, me había hecho de ella una imagen que no se correspondía exactamente con la real, la fotografía también es subjetiva. La mujer que tenía ante mí era alta, delgada, de una especial belleza por la fuerza que transmitían la delicadeza de sus rasgos y la frágil elegancia de sus gestos. No se encontraba bien físicamente, y eso se notaba en el cansancio de sus párpados, en sus pupilas empañadas de fiebre. «Sé que llevan varios días buscándome, perdonen, pero todavía me estoy recuperando», la acompañaba un joven de gafas, gordito, de rostro preocupado, su hermano. Dejamos nuestros equipajes en la entrada. Después nos hicieron pasar al salón, que estaba en la planta que daba a la calle. A diferencia de los otros salones saharauis que habíamos visitado en esos días, el de Aminetu poseía mucha luz y un especial toque de distinción, los colores rojo y dorado dominaban el espacio. Ella fue directa al grano, «pasamos de una época, la de Hassan II, en la que se cometieron graves crímenes contra la humanidad, a la actual, con su hijo, en la que se ha creado una atmósfera de miedo y represión, las violaciones de derechos humanos se realizan de forma más sutil y personalizada. Por eso es tan importante que vengan aquí observadores internacionales, los necesitamos para protegernos. Cuando hay testigos, ellos se amilanan, les preocupa mucho que todo esto se llegue a conocer en el exterior». Mientras hablaba no pude menos que recordar que, como Ghalia, ella había sido secuestrada y torturada durante cuatro años, su crimen, haber participado, cuando apenas contaba 21 años, en una manifestación en 1987 a favor del referéndum de autodeterminación. En 2005 también había pasado una temporada en la cárcel negra. De todo aquello tenía graves secuelas que, con la huelga de hambre, le habían reaparecido. «Si hay algo de lo que me di cuenta durante aquellos días de huelga de hambre en Canarias fue que ningún gobierno del mundo nos apoya, pero sí multitud de personas y de organizaciones independientes en todas partes. Si no hubiera sido por esa fuerza que recibía de todas ellas, no habría aguantado,

ahora estaría muerta», tal y como aquel lejano día de La Haya llevaba gafas, que le daban cierto aspecto de profesora universitaria, contrastaban con la tradicional melfa, la suya en colores claros. El uso de potentes luces de *flash* como tortura óptica en los interrogatorios a que había sido sometida en prisión le había dañado la vista para siempre. «No soy miembro del Polisario, soy una defensora de los derechos humanos que vive en la zona ocupada, pero el Polisario es el único representante del pueblo saharaui».

«En este miedo que nos rodea no es fácil mantener el espíritu de resistencia. Tenemos que enseñar a la juventud a luchar, pero a luchar pacíficamente, defendiendo los valores democráticos y los derechos humanos», Aminetu era la presidenta de CODESA, el colectivo saharaui de defensores de los derechos humanos, que gozaba de gran prestigio internacional por lo bien documentadas que presentaban sus denuncias, «hay organizaciones saharauis que tienen objetivos a más corto plazo, los nuestros son a largo plazo, pero unos y otros, todos luchamos por una misma causa, defendemos la resistencia». Su hermano, que había permanecido fuera de la estancia, entró y le comentó algo al oído, ella explicó, «están ahí fuera, han aparcado un coche. Normalmente si tengo seis invitados o más, entran y los detienen, los interrogan en comisaría y los apalean para asustarlos. Ésa es su forma de actuar», la cabra de mi estómago pegó un salto, me entró pánico sólo de pensar que nos detuvieran cuando nos faltaba tan poco para terminar nuestro viaje. «No tengo miedo, todo lo que he hecho lo volvería a hacer, si me enfrenté al rey fue por mi familia y por mi pueblo. Y gané, y eso ellos no lo van a olvidar nunca. Pero el camino del sacrificio es el único para nosotros». Le pregunté por la posición del gobierno español, «Zapatero es cómplice de Marruecos, las organizaciones españolas que nos apoyan deben trabajar para cambiar esta situación, necesitamos apoyo político, nuestro problema es político. Y también hay que buscar el apoyo de la sociedad civil francesa para que presione a su gobierno». Sus hijos, naturalmente, eran su único punto débil, también los tenía en un colegio privado para evitar las represalias o las desapariciones, «los saharauis luchamos pacíficamente por nuestros derechos sin hacer daño a nadie, sin embargo, nuestros jóvenes muchas veces no lo entienden, muchos

querrían utilizar la fuerza, hay que hacerles comprender que eso es justo lo que están buscando nuestros enemigos y podríamos perder lo que hemos conseguido aunque sea muy poco». No entendía cómo alguien la había podido llamar la *Pasionaria saharaui,* en ella no cabía ni la agresividad ni la venganza, no deseaba liderar ninguna guerra, Aminetu Haidar sólo luchaba con las armas de la paz, el respeto y la confianza plena en el poder de la justicia y la defensa de los derechos humanos. El hermano volvió a entrar, estaba más alterado, teníamos que dar por concluido el encuentro, ¿iba a unirse al campamento de protesta? Aminetu sonrió tímidamente, «ya me gustaría, estoy con ellos, pero ahora sólo debo pensar en recuperarme».

A pesar de su estado convaleciente Aminetu se empeñó en acompañarnos a la calle a coger un taxi que nos llevase al aeropuerto. Caían unas gotas, El Aaiún, las cuatro estaciones en un día, hacía frío. Ningún taxi nos paraba y era para preocuparse, teníamos que estar ya en el aeropuerto. Enseguida nos dimos cuenta de la causa de nuestra repentina desgracia, éramos amigos de ella, la famosa rebelde, nadie se atrevía a llevarnos por temor a tener problemas con la policía. Aminetu, por supuesto, también se dio cuenta, era consciente de la estigmatización que conllevaba el tener contacto con ella, «no os preocupéis, os llevo yo». Nuestras protestas no valieron de nada, su hermano metió nuestro equipaje en el maletero y ella se puso al volante.

Bajo la lluvia recorrimos las calles de la capital del Sáhara, la gente se quedaba mirándola al reconocerla como si fuera una aparición, sí, sigue viva y está con nosotros. Algunos valientes le lanzaban una tímida sonrisa, un fugaz saludo, era un mito de la lucha del pueblo saharaui, se había levantado contra el rey y sus padrinos extranjeros y ella, con toda su fragilidad, los había vencido. Al mirar al espejo del retrovisor noté que ella me miraba fijamente, «¿nos habíamos visto antes, verdad?», yo le sonreí, estaba pletórico, «sí, hace unos años, nos vimos en La Haya, en una conferencia sobre el Sáhara occidental y el derecho internacional», ella también sonrió, «cuántas cosas han pasado desde entonces y todas buenas. Los saharauis no sabemos andar hacia atrás». Como si nuestro coche irradiase una extraña energía, pasamos todos los controles sin que se atrevieran a pararnos, ni siquiera cuando

aparcamos frente a la terminal. Cuanta ternura y cuanta fortaleza, ésas eran las armas de este pueblo. El adiós fue muy breve, fugaz, lleno de promesas de reencuentro, de próximos viajes, en cuanto se encontrase mejor ella debía retomar su campaña internacional. Sin embargo lo importante no fue eso, lo importante fue esa última mirada en la que uno lo comprende todo y ya no hay marcha atrás, y ellos la reciben y confían que así sea, para siempre.

SARCASMO MORTAL

En el avión entramos en silencio, aliviados por liberarnos de la opresión que dejábamos atrás pero también preocupados por el compromiso que acabábamos de asumir, qué podíamos hacer por ellos a partir de ahora. Ya en el aire mientras contemplábamos por la ventanilla cómo nos íbamos alejando, todavía sin hablarnos, me fue envolviendo un angustioso sentimiento de abandono y de culpabilidad, un desasosiego que parecía impregnar todos mis pensamientos, definitivamente había cambiado mi manera de entender el derecho internacional, el mundo y mi mezquino país, cuán importantes eran la honestidad y la justicia para poder vivir en paz. Paula se volvió hacia mí y nos abrazamos, después de aquellos días de miedo y silencio, era la primera vez que nos sentíamos el uno al otro.

Una azafata se acercó a pedirme un bolígrafo, otro pasajero debía rellenar un cuestionario sobre su grado de satisfacción con la compañía aérea. Me volví a ver quién era. Tenía aspecto europeo, incluso español. Mi curiosidad podía más, pasados unos minutos me levanté y fui hacia él, «¿ha terminado?». Efectivamente, español, «sí, gracias». Sin pensármelo dos veces, me senté a su lado, «¿qué tal? ¿Qué le ha parecido el Sáhara?», era andaluz, un tipo grande, de mirada inteligente, unos 40 años, «bien, muy bien, me ha gustado mucho». No me podía creer aquella respuesta, ¿de qué Sáhara me estaba hablando? ¿No se había dado cuenta de que era un territorio ocupado donde se violaban los derechos humanos? Mi visible consternación no pareció afectarle, empezó a contarme que él era representante de grupos de flamenco y que había ido allí en busca de contratos. «De todas maneras hay que ser práctico, la policía marroquí lo único que hace es protegernos del terrorismo islámico. Hay que dejarlos en paz, que se las arreglen solos, no sé por qué tenemos que traer en verano todos esos niños del desierto a

España, es mejor que se queden allí». Le miré fijamente a los ojos, noté su tono sarcástico, pero también un fondo frío, muy frío. Aquel tipo trabajaba para los servicios de inteligencia y había ido al Sáhara a hacer algún trabajito, y encima se quería reír de mí. No pude contenerme, empecé a elevar la voz echándole en cara su incultura y su insensibilidad. Por fortuna enseguida apareció Paula, «te recuerdo que este avión es marroquí», me agarró del brazo y regresamos a nuestros asientos. Volvió a abrazarme para que me calmara, «déjalo, no tiene sentido».

El previsible futuro

Casablanca, esa noche, nos pareció oscura y siniestra, pero sobre todo, indiferente. A la mañana siguiente antes de irnos otra vez al aeropuerto para tomar nuestro vuelo a Madrid, quisimos dar un paseo hasta la gran mezquita. Rodeada de barrios humildes, míseros, surgió la mole blanca enfrentada al océano, irreal, como aquellos iglús de la Cooperación Española en medio de los refugiados. Millones de euros gastados en mármoles, maderas nobles y otras riquezas, el regalo de Hassan II a todas esas masas grises de súbditos desesperados que luchaban día a día por su sustento y cuyo único sueño era tener un visado a Europa para poder ganarse la vida más dignamente. Más allá unas enormes grúas trabajaban sin descanso en los nuevos planes de desarrollo diseñados por el gobierno de su hijo, rascacielos, clubes de yates, áreas reservadas, una nueva fachada para recubrir la pobreza, ¿realmente era tan vital para esos planes de progreso seguir ocupando el Sáhara? Las cifras decían lo contrario, era el sudor de todas esas gentes el que estaba pagando con creces ese injusto capricho, ni la pesca ni los fosfatos llegaban a cubrir la elevada cuenta de subvenciones, prebendas, salarios sociales y militares, armamento, funcionarios, regalos que su conservación demandaban. Qué absurdo. En el vuelo a Madrid una desagradable coincidencia, el diputado Aristegui del PP, su portavoz de exteriores en el Congreso, condecorado recientemente por Mohammed VI por no sé qué servicios, viajaba acompañado por su nueva mujer, una bella súbdita marroquí, me entraron escalofríos, ¿representaba este señor la política exterior del previsible futuro gobierno del PP después de Zapatero? Puede que para los saharauis lo peor aún estuviera por llegar.

Epílogo

Esperando al amanecer

El campamento de desplazados saharauis de Gdeim Izik, también llamado campamento *Dignidad,* levantado a escasos 15 kilómetros de El Aaiún, tuvo una vida relativamente corta, en torno a unas siete semanas. Sin embargo, para los más de 20.000 saharauis que llegaron a habitarlo se convirtió en la primera experiencia de libertad en treinta y cinco años de ocupación marroquí. Como su propio nombre indicaba, sus moradores pedían dignidad, derechos sociales y económicos, un trabajo, una casa, que los beneficios de los recursos naturales del Sáhara occidental revirtieran sobre su población originaria como exige el derecho internacional. En un principio Marruecos no supo cómo afrontar este desafío. Como cualquier dictadura sólo acertó a eliminar cualquier presencia de testigos y expulsó a la prensa española que intentaba informar sobre lo que estaba ocurriendo. Al final tras una negociación en la que sus promesas y regalos no sirvieron de nada, presionado por la alta cúpula militar, Mohammed VI comunicó al gobierno español sus intenciones de desmantelar el campamento. El 8 de noviembre, dos días después del aniversario de la «marcha verde», horas antes de que Marruecos y el Polisario se reunieran en Nueva York para una nueva rueda de negociaciones, las fuerzas de seguridad marroquíes rodearon el campamento y lo asaltaron. De forma implacable arrasaron con todo y saquearon lo que pudieron mientras detenían y apaleaban a todo el que se oponía, sin hacer distinción de sexo o edad. Al día siguiente la juventud saharaui de El Aaiún, llena de rabia, por primera vez también en treinta y cinco años de ocupación hizo uso de la fuerza y pasó a la lucha callejera, algo impensable hasta entonces entre los siempre pacíficos activistas saharauis, varios policías marroquíes fueron degollados. La reacción de las fuerzas de seguridad fue brutal. Con ayuda de colonos marroquíes asaltaron las viviendas y negocios saharauis y prosiguieron las detenciones, las torturas y las desapariciones. El número final de muertos saharauis víctimas de la represión marroquí aún tardaría mucho tiempo en conocerse de forma fehaciente a la espera de una

investigación internacional. El terror y el miedo volvían a instalarse entre los saharauis del territorio ocupado, la represión continuaba.

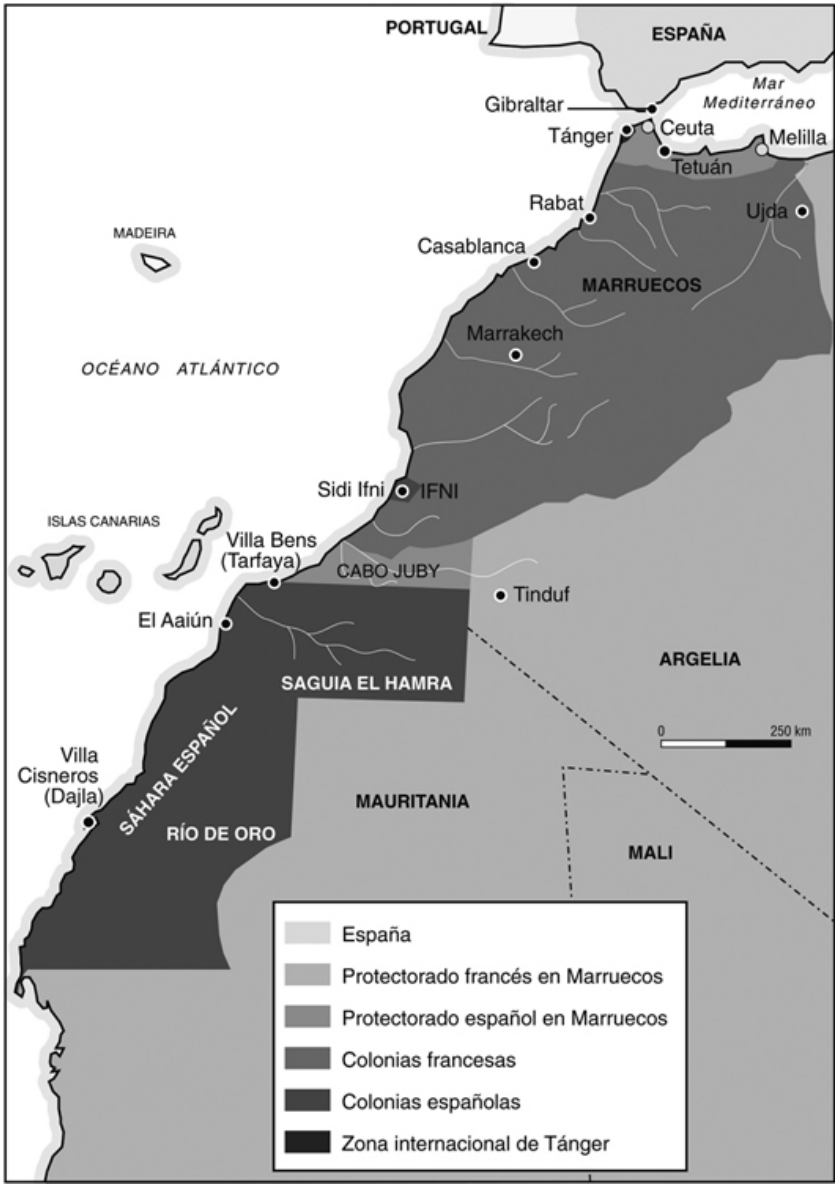
Ante el estupor de los partidos políticos y de la sociedad española Trinidad Jiménez, la recién nombrada ministra de Asuntos Exteriores en sustitución de Moratinos, se negó a condenar expresamente a Marruecos por estos hechos hasta tener datos más concretos mientras se amparaba en una supuesta "neutralidad". A pesar de ello, lo más grave fue escucharla declarar en el Senado que España no tenía ninguna responsabilidad legal internacional y que Marruecos no podía ser calificado como potencia ocupante del Sáhara occidental pues su control del territorio no era producto de un acto de fuerza, sino de un acuerdo. El acuerdo al que se refería eran, por supuesto, los fraudulentos acuerdos de Madrid de 1975 contrarios al principio de autodeterminación de los pueblos coloniales. Pero la postilla de su discurso fue incluso peor, Trinidad Jiménez señaló sin reparos, «eso es lo que hay desde el punto de vista del derecho internacional y yo, como ministra, me acojo a la legalidad internacional».

Javier, nuestro héroe de El Aaiún —junto a otros tres observadores más, dos españoles y un mexicano— vivió todo aquello desde dentro, instalado primero en el campamento como un poblador más y después, durante la posterior represión, escondido en distintos lugares. Para suerte de futuros investigadores internacionales, en la medida de sus posibilidades, siguió grabando y enviando imágenes por Internet para que quedase constancia de lo que estaba viendo. Hasta que una semana después del asalto, para poder salir vivo de la experiencia, pues la policía marroquí lo estaba buscando casa por casa, no tuvo más remedio que recurrir al teléfono de emergencia de la embajada española.

Días más tarde me encontré con él y su compañera Silvia en Madrid, en un local de la calle Pez. Aunque visiblemente agotados, los ojos de ambos brillaban con la inquietante paz de los iluminados, y no tuvieron ningún problema en relatarme muchos detalles de lo que habían vivido. Sin embargo, cuando les pregunté qué había sido lo peor de todo, los dos se miraron un momento con gesto de duda, como si fueran a revelarme un gran secreto. Luego, pausadamente, hablaron, «lo peor fue su frustración, ver cómo todos esos saharauis que por fin habían levantado la cabeza y

estaban luchando en las calles arriesgando la vida por sus derechos esperaron durante días que sus hermanos del otro lado, los refugiados, se levantasen, rompieran el absurdo alto el fuego y se unieran a ellos en la lucha. Pero nada de esto pasó, el Polisario volvió a sentarse a la mesa de negociaciones con los marroquíes mientras estaban masacrando a su pueblo». Ellos también creían en el uso de la violencia por los oprimidos, la vía pacífica había fracasado.

Preocupado, esa misma noche, llamé a Alí, un saharaui de la vieja guardia que trabajaba para la causa en Madrid, «sí, los jóvenes han llegado al límite a un lado y al otro del muro, y si la comunidad internacional no empieza ya a resolver este asunto con justicia, ni nosotros, el Polisario, ni los defensores de derechos humanos, como Aminetu Haidar podremos detenerlos y seremos también arrollados. Y hartos de promesas, como en Palestina, una nueva fuerza incontrolable incendiará el desierto desde los pies del Atlas hasta el Sahel. Acuérdate de mis palabras».



1. Mapa histórico del Sáhara.

2. Mapa del Sáhara actual. *Fuente:* Naciones Unidas.

Obras mencionadas

AREILZA, J. M. y CASTIELLA, F. M.: *Reivindicaciones de España,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941.

BÁRBULO, T.: *La historia prohibida del Sáhara español,* Destino, Madrid, 2002.

CARATINI, S.: *Les Rgaybat (1610-1934),* L'Harmmatan, París, 1989.

CARO BAROJA, J.: *Estudios saharianos,* Júcar, Madrid, 1990.

CEMBRERO, I.: *Vecinos alejados: los secretos de la crisis entre España y Marruecos,* Galaxia-Gutenberg, Madrid, 2006.

CIERVA, R. DE LA: *¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?,* ARC Editores, Madrid, 1996.

DOULS, C.: *Le Sahara Occidentale entre le tropique et le Oud-Draa,* Révue de Géographie, 11, Madrid.

GARCÍA, A.: *Historia del Sáhara y su conflicto,* Los Libros de la Catarata, Madrid, 2010.

GARCÍA, A.: *Historias del Sáhara. El mejor y el peor de los mundos,* Los Libros de la Catarata, Madrid, 2001.

HAMZAWY, A.: «The 2007 Moroccan Parliamentary Elections, Results and Implications», *Carnegie Endowment for International Peace,* web comment, septiembre 2007.

HERNÁNDEZ MORENO, Á.: *Guerra de banderas en el Sáhara,* Entimema, Madrid, 2006.

OTTAWAY, M. y RILEY, M.: «Morocco, from Top-down Reform to Democratic Transition», *Carnegie Endowment for International Peace,* nº 71, octubre 2006.

POINTIER, L.: *Sahara occidentale, la controverse devant les Nations Unies,* Khartala, París, 2004.

REVERTE, J.: *El médico de Ifni,* Plaza & Janes, Barcelona, 2005.

RUIZ MIGUEL, C.: *El Sáhara Occidental y España: Historia, Política y Derecho, análisis crítico de la política exterior española,* Dykinson, Madrid, 1995.

SOROETA LICERAS, J.: «La posición de la Unión Europea en el conflicto del Sáhara Occidental, una muestra palpable (más) de la primacía de sus intereses económicos y políticos sobre la promoción de la democracia y de los derechos humanos», *Revista de Derecho Comunitario Europeo,* nº 34, 2009.

TUSELL, J.: *Carrero, la eminencia gris del régimen de Franco,* Temas de Hoy, Madrid, 1993.

VIEUCHANGE, M.: *Smara, carnets de route,* Payot, París, 1993.

VILALLONGA, J. L. DE: *El Rey; conversaciones con Don Juan Carlos I de España,* Círculo de lectores, Barcelona, 1993.

Sobre el autor

Eduardo Soto-Trillo es jurista internacional experto en derechos humanos, escritor y creador audiovisual con una amplia experiencia de terreno en países en conflicto en distintas partes del mundo. Sus anteriores libros publicados son *Voces sin voz* (2002), sobre la guerrilla colombiana de las FARC, y *Los olvidados* (2004), sobre la dramática realidad de Guinea Ecuatorial.

© 2011, Eduardo Soto-Trillo
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-13172-9
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Mapas de interiores: Fernando de Santiago
Conversión ebook: Negra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.